Luisa Montcalegre.

RAST Ast R 2154
00000538241 R198733

EL SEÑORITO OCTAVIO

RAST
Ast R
2154

8

EL SEÑORITO

OCTAVIO

NOVELA SIN PENSAMIENTO TRASCENDENTAL

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

D. 53824

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2
—
1881

R. 198. 733

DERECHOS RESERVADOS

Tip. CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, á cargo de E. Lluch, Infantas, 42.

I

Despierta el heroe.

Ni las ventanas cerradas con todo esmero, ni las sendas cortinas que sobre ellas se extendían, eran dique suficiente para la luz, que vergonzantemente se colaba por los intersticios de las unas y la urdidumbre de las otras. Pero esta luz apénas tenía fuerza para mostrar tímidamente los contornos de los objetos más próximos á las cortinas. Los que se hallaban un poco lejanos gozaban todavía de una completa y dulce oscuridad. Las tinieblas, desde el medio de la estancia, atajaban el paso á la luz, riéndose de sus inútiles esfuerzos.

Hé aquí los objetos que se veían ó se vislumbraban en este momento en la estancia. Apoyado en la pared de la derecha y cercano al hueco de la ventana, un armario antiguo, que debió ser barnizado recientemente, á juzgar por la prisa con que devolvía en vivos reflejos los ténues rayos de luz que sobre él caían. En fren-

te, y cerca de la otra ventana, percibíase un tocador de madera sin barnizar, al gusto modernísimo, de esos que se compran en los bazares de Madrid por poco dinero. No muy léjos del tocador se hallaba una silla forrada de *reps*, sobre la cual descansaban hacinadas varias prendas de vestir, masculinas. Hasta el instante de dar comienzo esta verídica historia, nada más se veía. Esperemos.

Suenan por la parte de afuera algunos ruidos matinales que dejan presumir el sitio en que nos hallamos. Nada de carruajes que al pasar rodando estremecen con leve vibracion nuestros cristales y nuestro lecho; nada de voces ásperas y opacas que pregonan no se sabe qué; nada de mazurcas, cien veces concluidas y cien veces comenzadas por los dedos aprendices de alguna vecina. Escúchanse gorjeos suaves de pájaros, ladridos de perros, golpes de herramienta y una que otra imprecacion lanzada sobre las inocentes bestias que arrastran un carro. En las habitaciones interiores se alza el cántico, más fresco que melodioso, de una criada. Tal vez nos hallemos en el campo. Ruego, no obstante, que no se anticipe juicio alguno acerca de este punto.

La luz, cada vez más atrevida, consigue acorralar á las tinieblas en los rincones de la estancia. Se ve algo más. Una mesa de escribir talla-

da con pésimo gusto, y sobre la cual hay muchos papeles y un enjambre de baratijas que los sujetan, tales, como un galgo de bronce, una mano de mármol, una bola de cristal, al traves de la cual se ve en fotografía la cabeza de una mujer hermosa, etc., etc. Detras de la mesa un sillon forrado de la misma tela que la silla que ántes hemos visto, y detras del sillon, y colgada de la pared, una cabeza disecada de ciervo, sobre cuya profusa cornamenta descansa una linda escopeta de dos cañones, y debajo de la cabeza, y tambien colgados, un par de floretes, otro de caretas y un guante de esgrima. El pavimento de la sala está cubierto con una alfombra ordinaria y sus paredes exornadas de varios cromos que representan... No percibo bien lo que representan: ya lo diré cuando haya un poco más luz.

Se oye una respiracion suave y acompasada y la luz deja en descubierto el marco de una puerta con vidriera discretamente entornada. Es la puerta de una alcoba, y dentro de ella ya es posible observar los contornos severos de una cama de ébano, obra al parecer del siglo XVII. Contrasta lastimosamente con la majestad de esta cama, la mesilla de noche de humilde aspecto y exiguas proporciones. Sobre la mesilla hay una palmatoria con su bujía apagada, un

reloj despertador, otro de bolsillo, dos ó tres libros de cubierta amarilla, un par de guantes y un pañuelo de seda. El caballero que duerme en la cama del siglo XVII, duerme con la cara hacia la pared y no puedo decir otra cosa sino que es rubio y disfruta de una abundante y riza cabellera. Pero aguardemos unos instantes, porque el despertador, segun veo, debe sonar á las siete y no faltan más que cuatro minutos. Suena al fin con el ruido agrio y estridente que caracteriza á tales artefactos. El blondo caballero se estremece levemente, alza un poco la cabeza de la almohada, aspira el aire con fuerza por entrambas narices, tira hacia sí por la ropa que le cubre y se sume otra vez en la almohada, dejando escapar de su garganta un débil y prolongado ronquido semejante al que producen los gatos cuando se les acaricia. ¡Bravo sueño tiene el caballero!

Al cabo de media hora, poco más ó ménos, se escuchan unos ligeros pasos por la estancia; ábrese lentamente la puerta y una voz que aspira inútilmente á ser discreta y suave dice:

—Señorito... señorito Octavio.

—¡Eh!... ¡cómo!... ¿quién va?

—Soy yo, señorito... ya son las nueve.

—¿Cómo las nueve? ¿Y por qué no me has llamado á las siete y media?... ¡Por vida de!...

¿No te he dicho que me llamaras á las siete y media?

—Es verdad, pero usted me ha encargado le dijese que eran las nueve.

—¡Ah! ¿De modo que no son las nueve?

—No, señorito; son las siete y media.

—Está bien; vete y vuelve por aquí dentro de un cuarto de hora por si acaso he vuelto á dormirme.

El señorito es un adolescente de tez blanca y ligeramente sonrosada, de facciones puras y correctas como las de un Apolo, los ojos de un azul muy claro, la frente despejada, quizá demasiado despejada, y la boca pequeña, quizá demasiado pequeña. A no ser por el bozo incipiente que mancha un poco su labio superior, sería su rostro el de una dama y no mal parecida.

Efectivamente, el señorito se durmió otra vez, sin pensar en ello, así que la criada cerró tras sí la puerta. Su sueño no era tan sosegado como ántes. De vez en cuando le corría un estremecimiento por todo el cuerpo y la roja colcha de damasco que le tapaba se agitaba blandamente como si entrase por las ventanas un soplo de aire; otras veces daba súbito una vuelta y abría los ojos desmesuradamente y tornaba á cerrarlos con cierta precipitacion nerviosa; más tarde extendía los brazos y se escuchaban crujir los hue-

sos y lanzaba un fuerte suspiro que le dejaba aniquilado.

Indudablemente el señorito Octavio batallaba rudamente con el sueño.

—Señorito... señorito... ¿no se levanta usted?

—Sí, sí... allá voy... en seguida.

Y dicho y hecho; abrió los ojos, llevó á ellos los puños y los frotó con singular encarnizamiento, corrió todo el cuerpo hacia arriba hasta tocar con la cabeza en las maderas de la cama, cruzó los brazos sobre el pecho, y otra vez quedó dormido.

Hay que confesarlo francamente; nuestro heroe es más hermoso dormido que despierto. Tiene su rostro dormido tanta pureza, correccion y serenidad, que hace venir á la memoria el retrato que la historia nos ha dejado de Alcibiades. Pero los ojos no prestan ningun atractivo á este rostro: son demasiado claros, demasiado frios y resbalan sobre los objetos sin penetrarlos. Despues de todo, no es fácil hallar ojos que convengan á esta clase de rostros. Tomad los más hermosos de la tierra, ponédselos á la Vénus de Milo, y estoy convencido de que habréis destruido todo su encanto.

Trascurre media hora y la criada penetra nuevamente en la alcoba.

—En seguida... en seguida. Corre las cortinas

y abre las ventanas. Antes de cinco minutos estoy vestido.

En efecto, el jóven, con la mayor premura, levantó la ropa de la cama de un solo golpe, echó el brazo fuera y trató de alcanzar el pantalon que yacía extendido sobre una silla, pero aunque le faltaba poquísimo espacio, no pudo conseguirlo. O el brazo era muy corto ó la silla estaba demasiado léjos. De todas suertes el jóven no había podido prever este contratiempo; así que, dejó caer el brazo desesperadamente sobre la cama con señales de abatimiento. A los pocos instantes sintió un ligero temblor de frio, y dulce y lentamente atrajo la ropa y se cubrió la mitad del cuerpo. Despues fijó los ojos en un punto del espacio, los puso más tarde en blanco, cerrólos por último y se me figura que volvió á dormirse.

La luz inundaba vivamente la estancia, que, fuera de cierto abigarramiento ya indicado, estaba decorada con elegancia y era, á no dudarlo, la habitacion de un jóven de espíritu cultivado y con gustos artísticos. Los cromos de las paredes representaban en su mayoría mujeres hermosas y escenas de amor. Romeo despidiéndose de Julieta y bajando por la escala cuando el canto de la alondra se lo ordena cruelmente: Francesca y Paolo leyendo juntos el libro de

Galeoto: Fausto y Margarita paseando cogidos del brazo por el jardin: una jóven circasiana reclinada sobre cojines de terciopelo, etc., etc. Tambien se ve sobre una rinconera, contrastando con estas escenas, aunque tiernas, profanas, la imágen en yeso de una Purísima Concepcion de nada comun belleza.

La puerta torna á abrirse y chilla un poco. Octavio da un salto y queda sin saber cómo de pié sobre la cama.

—No se puede entrar, no se puede entrar. Me estoy vistiendo. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Pues aún tengo tiempo. Márchate, Ramona.

Todo el mundo comprende que no es decoroso ni cómodo permanecer mucho tiempo en pié sobre una cama, en ropas menores. Nuestro caballero lo fué comprendiendo paulatinamente y paulatinamente fué cambiando de postura, doblando ahora una rodilla, poco despues la otra, sentándose más tarde y concluyendo por extenderse como ántes se hallaba; todo esto como si cediera á inspiraciones superiores ó á dura necesidad y no á un liviano capricho suyo. La misma necesidad le obligó despues á cubrirse las carnes que tiritaban. Cerráronsele los ojos de golpe; volvió á abrirlos y volvió á cerrarlos. Al cabo de algunos instantes torna á abrirlos é

inmediatamente se le cierran. Esta vez ya no los abre.

Los ruidos matinales que ántes se escuchaban se habían ido trasformando poco á poco. Oíase ahora el andar acompasado de los transeuntes y los saludos que al pasar se dirigían; sonaba tambien de vez en cuando algun balcon que se abría con estrépito ó la voz de una mujer que mandaba á su hijo á la escuela, ó los chillidos penetrantes de los niños que jugaban en la calle. Envolviendo todos estos ruidos de un modo vago y misterioso, percibíase el lejano rumor de un rio que no corría muy apacible. Indudablemente no estamos en el campo, pero tampoco en la ciudad. Todo hace presumir que nos hallamos en una villa de escaso vecindario, que participa, como todas las de su clase, de la naturaleza urbana y la rural.

El sol no se contenta ya con bañar alegremente el recinto de la sala, y penetra en la alcoba, y envuelve la cama y el mancebo en su luz gloriosa y triunfal. Con su infinito poder decorativo, trasforma lo que ántes era oscuro lecho, ocupado por un mancebo, en una especie de altar fantástico y resplandeciente donde reposa la juventud. Las columnas lustrosas, talladas con mil suertes de primores, la roja colcha de damasco, las sábanas de singular blancura, las guarniciones de las

almohadas, el reloj y la palmatoria que yacen sobre la mesa de noche, los cabellos dorados del jóven y las paredes enjalbegadas, todo brilla, todo arde, todo lanza vivos destellos. Los diversos colores se igualan y hasta se confunden bajo el poder adorable de aquella luz risueña. Es una especie de apoteósis instantánea que atrae y halaga la vista.

El jóven duerme con más sosiego que nunca, miéntras su cabeza arde y se inflama con los rayos del sol. Estos penetran como un torrente por todos los huecos de la blonda cabellera, y la iluminan interiormente y la convierten en una masa incandescente que arroja por intervalos llamas extrañas y fugaces. Su rostro va tomando una expresion de beatitud, que coincide perfectamente con el nuevo estado de apoteósis teatral en que le ha colocado la luz del sol. Es fácil sospechar qne sus tibios rayos han traido consigo los gratos sueños y los bellos fantasmas de la poesía, porque el rostro del mancebo presenta nuevas y nuevas señales de regocijo. De vez en cuando menea la cabeza de un modo casi imperceptible, y como si asintiese á una sugestion interna; mueve los labios suavemente y deja escapar palabras que no se oyen pero se adivinan. Son palabras de amor. Basta observar el ligero temblor que las acompaña, y el ansia discreta con que

son pronunciadas. Y por si alguna duda nos cupiese, observemos cómo alarga tímidamente los labios con un gesto de niño mimoso, que le sienta á maravilla, y cómo salen de ellos y vuelan por la atmósfera enardecida y luminosa del cuarto algunos diminutos besos. Una sonrisa apasionada se extiende por su rostro, el cual toma al mismo tiempo cierta expresion petulante y lánguida que parece postiza. En efecto, á despecho de esta expresion de hombre seguro de sí mismo, una ola de carmin empieza á invadir sus mejillas trasparentes, y amenaza llegar hasta su frente. El señorito da una vuelta repentina, y sonriendo y temblando, oculta la cabeza en las almohadas.

El sol sigue hiriendo esta cabeza por detras y hace brillar su cuello lustroso y mórbido. La colcha de damasco sube y baja con un compas monotono que incita á dormir. La atmósfera, cada vez más encendida y sofocante, empieza á verse surcada por algunos insectos alados que zumban con tonos agudos y mareantes. El reloj de bolsillo que está sobre la mesa, hace coro, cual otro insecto, con un levísimo *tic tac*, al zumbido de sus compañeros. Una que otra vez se oye el chasquido de las maderas de la cama ó de los armarios.

En este momento se abre con violencia la

puerta de la sala y penetra en ella una crasa persona del sexo femenino.

—Hijo de mi alma, ¿no te has levantado? No ha venido Ramona á llamarte, ¿no es verdad? ¡Jesus que mujer! ¿Dónde tendrá esa mujer el sentido? ¡Dios me dé paciencia para sufrirla!... Pues ahora ya no es tiempo. Acaban de pasar á escape por la plaza.

—La culpa es mía, mamá. Ramona me ha llamado á la hora.

—Pero ¿cómo te has dormido de ese modo, criatura? Si te hubieras acostado con cuidado, no sucedería eso. Yo me despierto cuando se me antoja. No necesito más que fijarme un poco ántes de dormirme en la hora en que quiero despertar, y ¡zas! es cosa sabida... minutos más ó ménos, me tienes enteramente despabilada.

—Lo difícil, mamá, no es despertar, es levantarse,—dijo el jóven con profunda filosofía.

—Ya lo comprendo; pero es necesario hacer algo por sí, hombre. Claro está que si uno se abandona al sueño nunca se levantará cuando necesita, ni tendrá tiempo para nada. Tú duermes mucho, hijo: eso no puede sentarte bien. Pienso que tu padre tiene razon cuando dice que tu palidez proviene de eso.

—¿Quién los ha visto cruzar por la plaza?

—La señora Rafaela, que vino á traerme unas

calcetas que ya más de dos meses le tenía encargadas,—¡ay qué pesada es esa mujer!—me dijo que había visto á Pedro el del Palacio salir á caballo, como á cosa de las ocho, por la carretera arriba. Á las nueve, poco más ó ménos, llegó un carruaje con dos caballos, que paró enfrente de la casa de D. Marcelino. Al parecer D. Marcelino estaba á la puerta de la tienda, y cuando llegó el carruaje él mismo detuvo los caballos. Dentro venía el señor conde, la señora condesa y en el pescante dos criados de uniforme. D. Marcelino se empeñó en que se apeasen para descansar un poco y tomar algun refresco, pero el señor conde se negó completamente, y doña Feliciana no tuvo más remedio que salir con una bandeja de dulces y unas copas de Jerez á la calle. El señor conde no quiso probar nada, pero la señora condesa tomó una rosquilla de Santa Clara, y pidió despues un vaso de agua. Estando en esto llega otro carruaje, donde venían los niños con una señora rubia muy guapa, que traía sombrero tambien al igual de la señora condesa. Los niños, como es natural, comieron algunos dulces, pero la señora rubia, ni por uno ni por otro fué posible que tomase siquiera una almendra.

—Y D. Primitivo, y el juez ¿no estuvieron á saludarles?

—Aguarda, hombre, voy allá. En esto se presentó D. Primitivo, y entónces el señor conde se bajó del carruaje y le dió un abrazo muy apretado y empezó á hablar con él que no cerraba boca. Despues llega D. Juan Crisóstomo, y un poco más tarde el juez. Me dijo la señora Rafaela, que el señor conde estuvo mucho ménos cariñoso con el juez que con D. Primitivo. Todos estaban empeñados en que se bajasen y descansasen un rato, pero no lo consiguieron, porque el señor conde les dijo, que faltando tan poco para descansar de una vez, no había necesidad. Y en eso creo que tenía razon. Á estas horas ya están de seguro en la Segada. Lo que siento es que tú no hayas ido á darles la bienvenida, porque lo que es tu padre... ya podía llegar el rey de España, que él seguiría tan quieto en su despacho, sin asomar siquiera la cabeza por el balcon para verle pasar... Pues á poco rato dicen que pasó Pedro á caballo, que traía al niño mayor delante de sí. El niño iba muy contento, y arreaba la caballería con un latiguillo. Dicen todos que los chicos son muy guapos...

—Y la condesa, ¿cómo está?... Ya no me acuerdo de ella.

—La señora condesa dicen que está aún más hermosa, pero de peor color. ¡Qué había de suce-

der! ¡Si todos los que vienen de aquel Madrid parece que llegan del otro mundo! La vida debe ser muy agitada en aquel Madrid: ¡tanto baile, tanto teatro, tanto café! Y luego tanta gente reunida en una casa... no puede ser sano; ya se lo decía á la señora Rafaela, no puede ser sano. En cambio, el señor conde está igual que hace once años. La verdad es que su cara no podía perder. Toda la vida fué descolorido como la fruta de invierno. ¡Qué diferente de su padre, que en paz descanse! ¡Aquél si que era un mozo como una plata! ¿Te acuerdas cuando fuimos una tarde á la Segada y nos enseñó toda la casa de arriba abajo, y á ti te regaló un raton de cristal que tenía sobre la mesa de su despacho? ¡Cómo se pasan los años! ¡Si parece que fué ayer!

—Pues lo que es tipo de conde me parece que ha de tener más éste. Por lo poco que recuerdo, su figura debe ser más delicada y más elegante. El otro era demasiado gordo y tenía las facciones abultadas y traía el pelo muy corto. Era un tipo de *bourgeois*.

—Sería lo que se te antoje, pero era un hombre muy campechano y muy á la buena de Dios. ¡Así fuese éste como él! ¡Pobre señor conde, en qué pocos días se escapó al otro mundo!... Me voy, que aún no le he mandado el almuerzo á tu

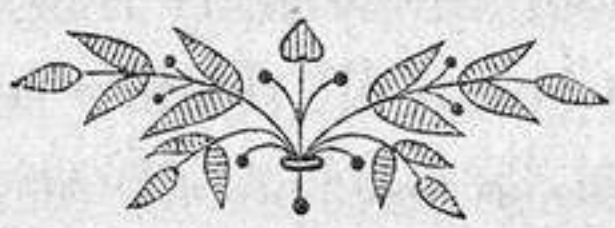
padre, y estará furioso. Ahora hazme el favor de salir de esa bendita cama y no vuelvas á dormirte. Hasta luégo, hijo mio.

La señora doña Rosario (que así se llamaba la mamá del heroe), dió algunos pasos por la sala en direccion á la puerta. Su hijo la llamó ántes de llegar á ella.

—Mamá.

—¿Qué se te ofrece, hijo?

—Mira, mamá,—dijo el señorito Octavio bajando la voz y un si es no es cortado,—al hablar de los condes ó cuando á ellos te dirijas no digas señor conde ó señora condesa, sino conde ó condesa simplemente. El señor ántes del título lo dicen sólo los criados y dependientes de la casa ó las personas inferiores que no se rozan con ellos en un pié de igualdad. Es por lo tanto de mal gusto y sirve á la par para que ellos adivinen la condicion de la persona que les habla. Si no quieres, pues, ponerte en ridículo ó que te tomen por cualquier cosa, suprime el «señor» y trátalos con la familiaridad distinguida que caracteriza á la buena sociedad.



II

Los señores condes, ó los condes á secas, como pedía el señorito Octavio que se dijese.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Hecha la señal de la cruz, los condes se sentaron, desdoblaron las servilletas y acercaron las sillas á la mesa con rápido movimiento.

Los niños continuaron en pié con las manos cruzadas sobre el pecho y murmurando una oracion. El aya, en pié tambien, con las manos cruzadas, les observaba atentamente, sin dejar por eso de mover á toda prisa sus labios finos y rojos. Concluida la oracion, los niños miraron al aya; ésta hizo una imperceptible señal con los ojos y todos se sentaron. Hubo un ruido breve y áspero de sillas que se arrastran por el suelo. Un criado con librea fué anudando las servilletas á la garganta de los niños bajo la atencion vigilante de la institutriz. Nadie despegaba los labios, y el criado empezó lentamente á dar la

vuelta á la mesa sirviendo el primer plato del almuerzo.

Puesto que nadie habla en la mesa, dediquémonos un instante á observar la traza y figura de los que á ella se sientan, empezando por el conde, como jefe, que es, de la familia.

El conde es un hombre flaco y de color moreno que tira á aceitunado, de labios delgados, de ojos negros opacos que miran con notable insistencia á los objetos, lampiño hasta cierto punto, pues que no adorna su rostro más que un exiguo y negro bigote y no ofrecen sus mejillas señales del paso de la navaja; la nariz fina y la frente levantada y estrecha. Viste con esmerada correccion y á par con gravedad. Si á cualquiera, y sólo por la apariencia, se le preguntase la edad que el conde puede tener, pienso que se vería muy embarazado para contestar; á tal punto me parece indefinida y vaga. Su rostro, aunque sin frescura, es juvenil, y el cabello, lacio y sedoso, todavía no ofrece entre sus negras hebras ni una sola blanca. Mas con todo eso, hay en la extraña inmovilidad de sus ojos y en la fijeza de los rasgos de su fisonomía un nosequé de marmóreo y cadavérico que, irradiando sobre toda su persona, la comunica el sello de la vejez. Al mismo tiempo su modo de vestir es harto severo para un jóven. Sus manos son tan finas, tan es-

trechas y delicadas que, si como vulgarmente se cree, éste es un signo de aristocracia, el conde debía pertenecer á una de las más antiguas y esclarecidas familias de España. Y en parte, así era la verdad, porque el señor conde de Trevia pertenecía á una antiquísima familia, pero no española, sino italiana. Allá en tiempos lejanos, uno de sus antepasados había contraido matrimonio con cierta rica heredera del norte de España, y había venido á establecerse á Madrid. Sus descendientes continuaron residiendo en esta capital, enteramente naturalizados, y disfrutando las pingües rentas que venían de Nápoles y las aún más cuantiosas que llegaban de la provincia española del norte, en que ahora nos hallamos. El abuelo del conde actual quiso todavía ser más español y enajenó su patrimonio de Nápoles, rompiendo de esta suerte toda relacion con Italia. Decían en Madrid por aquel entónces que una española muy vistosa y de mucho rumbo había tenido la culpa de este rompimiento. Los condes de Trevia, que ya eran españoles por naturaleza, lo fueron desde entónces tambien por la parte económica. A partir de esta época los condes de Trevia padecían de nostalgia.

El conde que en este momento preside la mesa había sido educado en Francia desde sus

más tiernos años por voluntad de su madre, persona extremadamente caprichosa y extravagante, que nunca pudo acomodarse con el carácter franco y generoso y un poco rudo y agreste de su marido. De esta educacion francesa quedábale al conde, amén de muchas costumbres que chocaban abiertamente con las nuestras, una pronunciacion extranjera, que se esforzaba en disimular, y una exquisita y un tanto afectada urbanidad en sus modales, que se grababa profundamente en la memoria de cuantos le trataban. Había en la eterna y leve sonrisa que plegaba los labios del conde y en lo insinuante y correcto de sus maneras, algo de femenino, que no se compadecía poco ni mucho con lo firme é insistente de su mirada. Tal vez no sea femenino el adjetivo más propio para el caso, pero en este momento no encuentro el adecuado. Aunque no es posible cerciorarse ahora, dado caso que está sentado, puedo no obstante afirmar que es alto. Se encuentra de cara á la luz y sus negros cabellos, peinados negligentemente hacia atras, brillan como el azabache, y sus largas pestañas, cada vez que levanta la cabeza, bajan y suben con ligero temblor queriendo evitar los rayos importunos de la luz. El conde no es hermoso, pero tenía mucha razon Octavio al presumir que era un hombre distinguido. La perfecta segurí-

dad de sus movimientos y el descuido elegante con que toma los manjares y alarga la copa al criado para que le eche vino, acreditan en él al hombre nacido y educado en la opulencia. En este momento toma con sus dedos afilados y morenos un hueso de ave que lleva á la boca y empieza á roer con una limpieza de gato. Y aquí está la palabra que ántes me hacía falta. El conde de Trevia en sus actitudes y maneras tiene más de gato que de mujer.

La condesa está sentada á su lado y es una mujer que seguramente no llega á los treinta años, pequeñita, de mejillas frescas y sonrosadas, de ojos pardos rasgados, de cabellos de un castaño claro, y con una boca deliciosa provista de pequeños y blancos dientes. Es una mujer sana y hermosa. Aunque su figura es menuda, está admirablemente formada, pero se observan en ella tendencias á engordar que pudieran más adelante dañar su gentileza. Hoy por hoy, con su cuello mórbido y gracioso, con su seno firme y decidido, que aspira á levantarse hacia la barba, con su cintura delicada, con sus brazos redondeados y ceñidos, con sus manos breves de uñas sonrosadas, y sus piés inverosímiles, la condesa de Trevia es una mujer hecha á torno. Guardaba parecido con la fruta de la tierra, con las manzanas lustrosas y encarnadas que en

apretados piños cuelgan por encima de las paredes de las huertas en el país en que nos hallamos. Ella tambien era una fruta del país, sazonada y dulce como pocas. El conde de Trevia, en una de las expediciones de caza que hizo á su vuelta de Francia, la vió colgada al balcon tosco y deteriorado de una casa solariega y no le costó más trabajo que alargar la mano para cogerla. ¡Y qué tiene esto de particular sabiendo la vida que aquella niña gentil llevaba en su casa solariega! Hija de un propietario insignificante, de los que tanto abundan en las provincias del Norte, severo hasta la crueldad con las cuatro hijas que el cielo le había dado, la pobre Laura, que así se llamaba la condesa, vivió los primeros años de su existencia en un fatal estado intermedio entre el señorío y la pobreza. El escudo de piedra que ornaba la fachada de su casa daba á la familia de Estrada lugar preeminente en la comarca, pero no redituaba ninguna clase de interes. Las rentas de la casa eran tan exíguas, que D. Alvaro Estrada y su familia vivían casi atenidos á los productos de lo que en este país se llama la posesion, esto es, á los frutos de las tierras que ordinariamente circundan las casas solariegas. Para explotar sus tierras D. Alvaro no tenía más servidumbre que dos criados y una moza, que alternaba entre la

direccion de las simplicísimas tareas culinarias de la cocina de D. Alvaro y las un tanto más complicadas ocupaciones de bajar por agua al rio, echar de comer á las bestias durante la ausencia de los criados, lavar la ropa de la familia, amasar el pan y sacarlo del horno, ir al mercado de la villa los lúnes por aceite, especias, estambre para las señoritas, etc., etc., y durante las interminables noches de invierno hilar, en compañía de la familia y algunas vecinas en el vasto y oscuro salon de la casa, unas cuantas varas de lienzo burdo para sábanas.

¡Qué noches aquellas de invierno! La buena madre de Laura, despues de cenar á primera hora, sentábase en un extremo del anchuroso sofá de lana, y se ponía á hacer calceta debajo de un colosal velon que ardía solamente por uno de sus mecheros. Ella y sus hermanas se colocaban en torno de la mesa y trabajaban, hilando, cosiendo ó haciendo tambien calceta. Las vecinas labradoras iban entrando una á una en silencio, con sus basquiñas negras de estameña, sus pañuelos anudados sobre la cabeza, y sus brazos mal cubiertos por una camisa de lienzo, y despues de dar las buenas noches en voz baja buscaban con la vista un rincon oscuro y allí se sentaban sobre el pavimento lustroso de madera de castaño, y fijando la rueca en la cintura, em-

pezaban á hacer rodar los husos, mojando repetidas veces con la lengua el lino, del cual tiraban por breves intervalos. Las pausas eran tan frecuentes y dilatadas en esta reunion que una sola pausa llenaba á veces horas enteras y hasta noches. Sin embargo, algunas veces se hablaba del vecino que había perdido una vaca en el monte, y se le compadecía sinceramente, y se le encomendaba á San Antonio bendito para que se la volviese, ó bien de la riqueza improvisada del tio Bernabé, que con sólo treinta años de trabajo constante y ahorro, había comprado recientemente el prado de la Laguna en ¡treinta mil reales!, ó bien de la nube de piedra que el año anterior había arrancado toda la flor de los árboles, y tirado un sin fin de plantas de maíz por el suelo. La cosecha era el tema más general y predilecto de estas tertulias, y aunque alguna vez se apartasen de él para entrar en otros, la cosa más insignificante volvía á traerlo á la memoria y á cuento. Rugía un poco el viento por fuera; pues ya apuntaba una vecina que los años de viento eran siempre de miseria. Miraba D. Álvaro al cielo por la ventana y decía que estaba diáfano y estrellado; pues en seguida se suponía que estaba helando, y se lamentaba grandemente la reunion, porque las heladas iban á secar toda la siembra. Pasaba un muchacho

cantando por delante de casa; pues no faltaba un tertulio que exclamase: «¡Sí, canta, canta, que lo que es este año vamos á tener tiempo para llorar!» En los largos intervalos de silencio se escuchaba el rumor solemne y misterioso del rio, que corría en el fondo del valle, á unos cien pasos de la casa, y la lluvia que acompasadamente caía casi siempre sobre las hojas de los árboles produciendo fugaces temblores de frio en los circunstantes. Dentro de la sala crujía el lino al ser desgarrado por los dedos de las hilanderas y sonaban las agujas de la calceta al chocar ligeramente unas con otras. La luz del velon se iba muriendo poco á poco por falta de aceite y los tertulios quedaban envueltos en una media sombra hasta que doña Rosa alzaba la cabeza con un movimiento de impaciencia, y decía: «¡Jesus, que no veo! Pepa, ¿en qué estás pensando? ¡Echa aceite á ese velon!» Al revivir de pronto la luz todo el mundo respiraba con fuerza, y alguna mujer que dormía se despertaba lanzando un suspiro. Al llegar cierta hora, infaliblemente, subía D. Álvaro de la cocina, donde se había quedado charlando con los criados, tambien sobre la cosecha. Los pasos torpes y pesados de los tres hombres por las escaleras, agitaban la tertulia del salon. Doña Rosa posaba la calceta y decía: «Laura, ve por el rosario,

que ya sube tu padre.» Y ella entónces abría la puerta de un gabinete sumido en la oscuridad y temblando de miedo, que se hubiera guardado muy bien de confesar, descolgaba á tientas y precipitadamente un rosario que colgaba sobre la cama de su madre. Tomábalo D. Álvaro de las manos de su hija y comenzaba las Ave-Marías, paseando lentamente de una esquina á otra del salon. La familia y los vecinos se arrodillaban devotamente frente á una estampa ordinaria y ridícula de la Vírgen, que, provista de un marco negro, colgaba sobre el sofá, y contestaban con un sordo y prolongado murmullo á las oraciones que D. Álvaro decía en alta voz. Las cuatro hijas rezaban siempre en un mismo sitio, bajo la mirada persistente de su madre. Á la más leve distraccion, al más insignificante descuido, la madre gritaba con aspereza: «¡Matilde!... ¡Laura! ¿quereis estaros quietas?» Don Álvaro entónces interrumpía un instante su paseo, callaba, y dirigía á las culpables una mirada precursora de algun castigo. Despues continuaba el paseo y alzaba nuevamente su voz, que rocorría varios tonos agudos y graves. Empezaba ordinariamente la oracion con un sonido grave y cavernoso, que á poco se debilitaba y moría, se alzaba otra vez hacia el medio de la cláusula, y terminaba por tres ó cuatro palabras medio

cantadas en un tono chillon y plañidero. El coro respondía siempre con el mismo monotono rumor percibiéndose sobre él las notas gangosas de la voz de doña Rosa. Cuando llegaba la letanía, aquel rumor monotono cambiaba, y se trasformaba en otro diverso, más breve, en el cual la ese final del *ora pro nobis* se prolongaba con un silbido dulce que provocaba en Laura cierta soñolencia lánguida que la hacía feliz durante unos instantes. Venían despues las oraciones de pura devocion, y miéntras duraban, las vecinas se sentaban en el suelo y las cuatro hermanas se colocaban en sus sillas. Rezábase entónces por cuanto es posible rezar en este mundo y en el otro, por las ánimas del purgatorio, por el Santo Angel de la Guarda, por el santo de su nombre, por los caminantes y navegantes para que Dios los conduzca á puerto de salvacion, á San Roque bendito, abogado de la peste, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, etc., etc., terminando siempre con un Padre-nuestro á todos los santos y santas, ángeles, serafines, tronos y dominaciones de la corte celestial, para que nos ayuden en la hora de la muerte. Concluidos los Padre-nuestros, D. Álvaro se hincaba de rodillas en el suelo, y las mujeres se levantaban para hincarse tambien, con un rozamiento de enaguas que infundía siempre en

BIBLIOTECA DE ASTURIAS
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO
OVIEDO

el corazon de Laura la especial satisfaccion que proporciona una tarea concluida. El rosario iba á terminarse. Hincado D. Álvaro, decía con voz más solemne que ántes: «Cincuenta mil millones de millares de veces sea bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar,» y empezaban los actos de fe, despues de los cuales venía el alabar á Dios, y al llegar aquí las palabras del dueño de la casa eran cada vez más cortadas y rápidas y el coro apénas podía seguirle, anhelante y fatigado. Con esto se daba por terminado el rosario. Eran las diez. Las vecinas se levantaban en silencio y despedíanse con palabras melosas y serviles. Un criado encendía el candil de la cocina y bajaba á abrirles la puerta. ¡Cómo se acordaba Laura de todos estos detalles! Cuando venían á su memoria aquellas noches de invierno, sentía correr por su corazon un estremecimiento que ella misma no podría decir si era de horror ó de pena.

Por el día, las constantes lluvias del país y la severidad de su padre, reteníanlas en casa limpiando las habitaciones y barriéndolas ó recosiendo la ropa blanca. En los momentos en que cesaba la lluvia, solía salir en almadreñas hacia el rio ó la fuente con Pepa. Allí se juntaban algunas mozas de la vecindad con sus jarros de barro oscuro y sus herradas relucientes, y miéntras la

fuente llenaba con pausa todas aquellas herradas, las mozas retozaban y se decían chistes toscos y cándidos. Estos eran los únicos momentos de expansion que Laura tenía los dias de trabajo. Su categoría superior no la impedía tomar parte en aquellos juegos. Todas las muchachas que allí se juntaban eran sus compañeras desde la infancia y la trataban familiarmente de tú; lo único en que se mostraba la diferencia que entre ellas existía, era en que al llegar Laura, la que ocupaba el mejor sitio, poníase en pié y se lo dejaba con una sonrisa afectuosa. Al mismo tiempo, podía notarse que alguna vez la daban rudos y sonoros besos en las mejillas, cosa que jamas hacían entre sí.

Cuando llegaba la época de la recoleccion, don Alvaro llamaba unos cuantos jornaleros para auxiliar á los criados. Por la noche, hablando de los trabajos del dia siguiente, solía decir á sus hijas en tono humilde que asustaba por lo inusitado, afectando al mismo tiempo sonrisa campechana: «Si quereis ir á divertiros un poco mañana al prado de los Molinos, ya sabéis que principian á segarlo.» Las niñas comprendían perfectamente, y al dia siguiente de madrugada tomaban unos palos ligeros y lustrosos por el uso, y se pasaban el dia esparciendo la hierba segada para que el sol la secase más pronto. Cuando tornaban

á casa al caer de la tarde con los cabellos en desórden y las mejillas atezadas, involuntariamente fijaban la vista en el escudo de la fachada. Los leones de piedra parecían mirarlas tristemente con sus órbitas inmóviles, y un pensamiento de indefinible y vaga melancolía rozaba suavemente las cándidas frentes de las señoritas de Estrada. Esto duraba un instante. Por lo demas, las hijas de D. Alvaro veían siempre con gusto venir el otoño, y gozaban placeres sin cuento ayudando á los jornaleros en sus tareas. El aire puro y los aromas del campo, las infundían nueva vida; crecía en ellas el apetito y el sueño y pasaban las mañanas y las tardes en una perpetua carcajada, escuchando y tomando parte en las toscas chanzonetas de los criados. D. Alvaro, en esta época, disfrutaba siempre de mejor humor, y solía, miéntras presenciaba sentado sobre la hierba, los trabajos de la gente, contarles alguna anécdota chistosa de su juventud ó dar un poco de cantaleta con cierta pesadez cómica á alguno de sus criados.

El conde de Trevia vió á Laura, como hemos dicho, á su vuelta de Francia. La casa solariega de los Estrada distaba nada más que legua y media del palacio de los condes y se hallaba asentada sobre una eminencia de la márgen derecha del rio Lora. Entre la casa y el palacio,

aunque mucho más cerca de éste, encontrábase la pequeña villa de Vegalora. Laura tuvo amores con el conde y se casó con él en medio de un estupor que no la dejaba ver lo que pasaba en el fondo de su corazon. Apénas se acordaba ya de las sórdidas alegrías de sus padres, de la sorpresa de sus hermanas, de la violenta oposicion del viejo conde, de los plácemes serviles de las vecinas, de las miradas agudas y coléricas de las muchachas de la villa, de los preparativos fastuosos de la boda, del caballo blanco en que salió de su casa para la iglesia: todo pasaba por su mente como un sueño del cual se escapan los contornos y la luz. Sobre este sueño flotaba sólo con admirable precision una verdad; es á saber; que si Laura hubiese tenido el valor de no amar al conde, D. Álvaro la hubiese ahogado entre sus manos. Despues de casados se fueron á Madrid y allí estuvieron once años. Todo lo que pasó en estos años estaba perfectamente clavado en la memoria de Laura.

La mesa continúa en el mismo silencio en que la dejamos cuando nos pusimos á describir á los condes. Cada cual lleva los manjares á la boca y los traga cual si desempeñase una tarea grave y solemne. El choque de los platos y copas y los pasos del criado, que sigue dando vueltas en torno de la mesa, son los únicos ruidos

que á menudo se perciben en el espacioso comedor. Puede notarse, que á más de no cruzar la palabra, las tres personas mayores que se sientan á la mesa no se dirigen siquiera una mirada; y este cuidado con tal escrupulosidad lo realizan, que á cualquiera se le ocurre que hay en él una buena parte de afectacion. Sólo los tres niños giran lentamente sus grandes ojos garzos, posándolos alternativamente y por breves instantes en su padre, en su madre y en la institutriz. Algunas veces se miran entre sí y sonríen inocentemente como deseando comunicarse sus pensamientos sencillos, pero lo aplazan para más adelante cual si fuesen soldados en formacion. Sin embargo, no hay duda que por debajo de la mesa se encuentra establecida una corriente comunicante en la que sus menudos piés juegan papel de martillos telegráficos. Á menudo, cuando estos martillos caen con demasiada pesadez, la fisonomía del yunque se contrae y deja escapar un ligero grito que hace volver la cabeza y fruncir las cejas de la bella institutriz. El yunque entónces despliega su fisonomía contraida y se apresura á llevar el tenedor á la boca como si nada hubiese acaecido que mereciera llamar la atencion de los presentes. La condesa frecuentemente dirige á ellos sus ojos y los envuelve en una mirada dulce y protectora ó les hace una rá-

pida seña para que se limpien ó cuiden del plato que está á punto de caer. Los niños cambian con su madre sonrisas y miradas, pero atienden con más empeño á su padre. La fisonomía indiferente y glacial de éste atrae sus ojos con singular insistencia y como si despertase en ellos una gran curiosidad. No pasa un instante sin que ó uno ú otro tengan sus miradas clavadas en él.

—Me *apieta* la servilleta,— concluye por exclamar en tono lastimero la niña que se sienta al lado de la institutriz.

Es una hermosa criatura de cinco años á lo sumo, con rostro trigueño y cabellos negros ensortijados, que caen en profusion sobre el cuello y la frente.

La institutriz, sin despegar los labios, lleva sus manos al cuello de la niña y afloja la servilleta. Pero no debió ser grande el desahogo, porque la niña tornó á llevar sus diminutas manos á la garganta, gritando con más ansiedad:

—Me *apieta,* mamá, me *apieta.*

—No es *sierto*—exclama la institutriz;—la servilleta está bien puesta. No sea usted mimosa, señorita, ó la *enserraremos* miéntras se come.

La voz de la institutriz, irritada en aquel momento, no dejaba de tener inflexiones dulces, aunque extrañas. Su acento era marcadamente extranjero.

—Me *apieta*, mamá, me *apieta*,—repitió á grito pelado la niña, y con creciente angustia.

—Cállese usted, mimosa,—exclama la institutriz, cogiéndola por el brazo y sacudiéndola fuertemente.

El conde levanta la cabeza con impaciencia y cambia una rápida mirada con la institutriz.

—¡Me *apieta*, me *apieta!*...

La institutriz arranca violentamente la servilleta, baja á la niña de la silla, la arrastra hacia una habitacion contigua, abre la puerta y empuja la criatura hacia lo interior, cerrando despues. Y tranquilamente vuelve hacia la mesa y se sienta.

La condesa, durante aquella escena, había seguido con los ojos desmesuradamente abiertos los movimientos del aya, y despues de sentada ésta, siguió inmóvil, teniendo cogida con una mano la punta de la servilleta en ademan de llevarla á la boca para limpiarse. Los gritos de la niña, aunque amortiguados por la distancia y el obstáculo de la puerta, comenzaron á sonar agudos y lastimeros. La condesa continuó unos instantes en la misma actitud con los ojos fijos y el oido atento á aquellos gritos; despues se puso á comer, tragando atropelladamente los manjares, que apénas trituraba entre sus menudos dientes. El conde no levantó siquiera la

cabeza, y con la misma seguridad y elegancia siguió comiendo silenciosamente, sin manchar siquiera sus labios finos y pálidos. La institutriz parecía absorta y abismada en sus pensamientos, porque no apartaba la vista del frasco de mostaza que delante de sí tenía y dejaba pasar largos intervalos sin mover el tenedor que apretaba entre sus dedos. Los lamentos de la niña eran prolongados y desgarradores y se repetían sin cesar y sin debilitarse. Los dientes de la condesa continuaban triturando con fuerza grandes pedazos de pan y sus manos se paseaban un poco temblorosas por la mesa tomando y soltando precipitadamente los objetos que se hallaban á su alrededor. A menudo levantaba la cabeza y parecía concentrar todos sus sentidos en el oido derecho, que inclinaba ligeramente hacia la puerta del gabinete vecino. Los gritos de la niña se iban haciendo ménos agudos por virtud de la fatiga, trasformándose en quejidos roncos y profundos. La puerta del gabinete se agitaba á veces á impulso de los pequeños golpes que daba con sus manecitas. Poco á poco los quejidos fueron cambiándose en sollozos convulsivos, que expresaban mayor desesperacion todavía, y algunos sonidos articulados empezaron á percibirse confusamente en aquel torrente de sollozos.

—*Teno* miedo, mamá... *teno* miedo, mamá...

La condesa llevó una copa de vino á los labios y dejó caer unas gotas sobre la ropa: sin echarlo de ver, siguió tragando pedazos de pan, abriendo y cerrando los ojos al mismo tiempo con nerviosa rapidez.

—¡Ay, mamita, por Dios! ¡*Teno* miedo... *teno* miedo!...

De pronto se oye un estrepitoso ruido en la estancia.

La condesa se había levantado súbitamente y con extraña violencia, dejando caer la silla donde se sentaba, y apresuradamente había corrido á la puerta del gabinete y la había abierto. Tomó la niña entre sus brazos y estalló una nube de vivos y sonoros besos. Despues vino con ella hacia la mesa, levantó la silla y se sentó. Un círculo pálido, casi amoratado, se dibujaba en torno de los hermosos ojos de la condesa, que se paseaban con expresion feroz de su marido á la institutriz y de la institutriz á su marido. Tenía las mejillas inflamadas, y por sus narices abiertas entraba y salía el aire rápidamente y con ruido. Con las manos temblorosas acariciaba la ensortijada cabeza de la niña y la apretaba contra su pecho anhelante.

Los ojos del aya, miéntras duró esta brevísima escena, no se alzaron de la mesa, y sus labios

estuvieron contraidos con una sonrisa dura y nerviosa.

El conde clavó la vista en su mujer y se alzó de la silla pausadamente. Por aquellos ojos opacos cruzó un relámpago siniestro, y en su boca empezó á palpitar un nosequé bárbaro.

En este momento penetró el criado en el comedor diciendo:

—Un señorito jóven y rubio, que viene de Vegalora, pregunta por los señores.

—Que pase adelante.

III

Los amigos del conde.

A los piés de usted, condesa: ¿sigue usted bien? ¿Cómo está usted, conde?

Los condes respondieron con algun embarazo al saludo de nuestro heroe; que no era otro el jóven rubio que venía de Vegalora preguntando por los señores. No procedía solamente este embarazo de la escena violenta que acabamos de presenciar, sino tambien de que los condes no tenían el gusto de conocer al señorito Octavio. Así que, mirábanle de hito en hito miéntras arrastraba con sus manos enguantadas una silla y la colocaba entre los esposos, y despues de sentado aún siguieron mirándole esperando sin duda algo que debía decir.

—Octavio Rodriguez,—dijo al fin éste, mirando á uno y á otro.

—¡Ah!—dijo el conde, sin dejar de contemplarle y esperando sin duda mejores explicaciones.

—He tenido el gusto,—siguió el señorito,—de conocer á su papá, que Dios haya, y de visitar cuando niño esta casa bastantes veces. Su papá era muy amigo del mio. A usted no he podido conocerle, porque en la corta temporada que usted pasó aquí me hallaba yo fuera de Vegalora estudiando la segunda enseñanza.

—¡Ah!—volvió á exclamar el conde con aire complaciente.

—Había pensado saludar á ustedes á su paso por la villa, pero tuve la mala fortuna de llegar á la plaza precisamente en el momento de arrancar el carruaje que estaba detenido frente á la tienda de D. Marcelino. Lo he sentido de veras... (Breve pausa durante la cual el jóven baja la vista hacia sus pantalones y los sacude un poco con el junquillo que lleva en la mano.)—¿Al fin se han decidido ustedes á hacer un pequeño *tour de promenade* por estas lejanas tierras?

Al decir estas palabras, el jóven sonrió con beatitud y los condes siguieron su ejemplo.

—No por ser lejanas dejan de ser muy bonitas. Lo mismo Laura que yo hemos venido extasiados todo el camino contemplando las hermosas riberas del Lora.

—¡Oh! Han venido ustedes en la mejor estacion. Es la época en que se evapora la cortina de nieblas que las ha tapado todo el invierno.

Este país con luz sería indudablemente muy bonito, pero desgraciadamente no la tenemos sino dos ó tres meses del año.

El señorito Octavio no abandonaba la sonrisa beata. El conde le observaba atentamente de la cabeza á los piés.

—¿Y piensan ustedes pasar mucho tiempo en esta posesion?

—Quizá todo el verano: despues de once años de abandono, ya comprenderá usted que no me faltarán asuntos que arreglar.

—¡Ah! Indudablemente. La verdad es que han sido ustedes crueles con nosotros, privándonos de su presencia por tanto tiempo.

—Mil gracias... deje usted el sombrero. Me parece que de aquí en adelante renunciaremos á Biarritz, y vendremos á gozar por los veranos de esta magnífica naturaleza.

El señorito dejó el sombrero sobre otra silla, inclinando repetidas veces la cabeza para indicar que las palabras del conde le interesaban profundamente. Y digamos ahora cómo era el señorito fuera de la cama. No es tan niño nuestro heroe como nos pareció cuando por primera vez le vimos acostado en su lecho del siglo XVII. Aunque su rostro cándido y delicado es de adolescente, la figura no lo es, y declara en él un jóven de veintidos ó veintitres años, de mediana estatura y

bien proporcionado. Viste con extraordinaria pulcritud, y si bien un poco retrasado en la moda respecto á Madrid, está adelantado y mucho respecto á la que ordinariamente rige en las provincias, sobre todo en los pueblos secundarios. Su traje se compone de un *chaquet* de tela azul, chaleco blanco, pantalon tambien azul, y botas de charol muy empolvadas: los guantes son oscuros y de invierno: por este lado flaquea mucho nuestro señorito.

—Pero aquí, conde, resígnese usted á llevar la vida de la naturaleza. Las personas con quienes se puede alternar son tan escasas, que realmente están reducidas á una docena á lo sumo; y áun en ellas, no encontrará usted, ni por pienso, la cultura y las maneras de la buena sociedad. Si no trae muchos libros, se me figura que se va usted á aburrir soberanamente. ¡Ah! los libros son los que hacen posible la vida en estos rincones del mundo...

Aunque las palabras iban dirigidas al conde, Octavio miraba al decirlas á la condesa con la misma sonrisa en los labios y un poco ruborizado, sin duda, de haber hablado tanto tiempo seguido.

El conde le observaba cada vez con más curiosidad.

—Usted es muy jóven y no me sorprende que

se aburra en Vegalora. Me parece, sin embargo, que exagera usted un poquito.

—No exagero, conde, no exagero. Es un pueblo fatal. Yo lo sé bastante bien por desgracia. Si no fuera por no disgustar á papá, me iría á vivir á Madrid, al ménos durante el invierno...

—¿Su papá de usted es de este país?

—Sí señor, y aquí ha ejercido la profesion de abogado toda la vida... D. Baltasar Rodriguez... tal vez le conozca usted...

—¡Ah! ¿es usted hijo de D. Baltasar Rodriguez?

El conde pronunció estas palabras con tal pausa y frialdad, que no acertamos á comprender cómo no se helaron ántes de salir fuera de los labios.

—Servidor de usted,—dijo Octavio con señales visibles de hallarse cortado.

—He oido hablar bastante de su papá,—prosiguió el conde con mayor pausa aún y sin apartar su mirada fría y escudriñadora del rostro de Octavio.—Es, segun tengo entendido, una persona principal en la villa y ha ejercido varias veces el cargo de alcalde, ¿no es verdad?

—Ha sido alcalde, sí señor.

—Sí, sí, he oido hablar bastante de su papá y le he visto tambien algunas veces durante mi corta residencia aquí.

Cesó la conversacion de pronto y el conde se puso á mirar con indiferencia los árboles y las montañas que se percibían al traves de los cristales. Octavio se obstinaba en sacudir con el junquillo los pantalones, haciendo saltar nubecillas de polvo apénas perceptibles. La condesa se entretenía en jugar con los rizos de su niña y la institutriz hacía bolitas de pan con los dedos mirando fijamente al frasco de mostaza. Todos parecían estatuas, ménos Octavio, que á menudo mudaba de postura haciendo rechinar la silla.

—Realmente parece que han traido ustedes el buen tiempo consigo—dijo al fin.—Hoy es el primer dia bueno desde hace lo ménos quince.

—¿De veras?—dijo el conde sin dejar de atender á los cristales.

—Sí señor, sí; hemos tenido una temporada fatal... Y luego como aquí se ponen los caminos tan malos... ¡es atroz!... Cuando viene uno de estos temporales es necesario encerrarse en casa hasta que Dios quiere.

Nuevo silencio. Octavio, cada vez más cortado, extiende lentamente el brazo y tomando por la mano á la niña que la condesa tiene reclinada sobre el regazo la atrae con suavidad hacia sí, la mete entre sus rodillas, y besándola, la dice muy quedo:

—¿Cómo te llamas?

—Emilia.

—Es un nombre muy bonito. ¿Quieres mucho á tus hermanos?

—Sí.

—¿Y á tus papás?

—Sí.

La niña, al pronunciar esta segunda afirmacion, levantó los ojos del suelo y echó una rápida mirada á su padre. Este dignóse al fin volverse hacia los presentes y se encaró con el señorito Octavio.

—Diga usted, Sr. Rodriguez; su papá ¿no fué el presidente de la junta revolucionaria?

—Sí señor, lo fué en los primeros momentos, pero á los pocos dias hizo dimision. Aceptó el cargo solamente por compromiso, y para evitar los desmanes que, si no fuese por él, hubiera habido seguramente.

—Hizo perfectamente; ha sido un proceder muy noble, ó muy levantado, como ahora se dice.

Y despues de una pausa durante la cual empezó á dibujarse en sus labios una sonrisa, siguió:

—¡Oh! Ya sé que el papá de usted es una persona muy ilustrada, y un campeon decidido de la libertad.

La sonrisa del conde era tan penetrante, que

se tiñeron de carmin las mejillas del señorito Octavio.

—Precisamente un campeon, no señor... Es un hombre que piensa de cierto modo... Como tiene un carácter muy abierto, se expresa siempre con calor... Esto le perjudica á veces...

—De ningun modo. A mí me gustan los hombres resueltos en sus convicciones, y su papá es un verdadero progresista, segun me han dicho, muy honrado, muy sincero, etc., etc. Los progresistas, por punto general, son buenas personas. Usted me dispensará, amigo mio, si le dejo en este momento, — dijo levantándose;— tengo muchísimas cosas que arreglar. Ya sabe usted lo que es un viaje con niños.

Al decir tales palabras, el conde extendía la mano, sin mirarle, al señorito Octavio, que tambien se había levantado. Despues le volvió la espalda y dió unos pasos hacia el gabinete.

—El señor cura de la Segada desea ver á los señores,—anunció la voz del criado.

El conde volvióse rápidamente y dió un paso hacia la mesa. El aya llamó apresuradamente á los niños y cuchicheó con ellos un instante. El señorito Octavio permanecía aún de pié.

En el marco de la puerta surgió de pronto la figura de un sacerdote anciano. Era de estatura más que mediana y vestía un balandran bastan-

te deteriorado y grasiento, y mostraba en lo erguido de su cuello y en su actitud firme, que poseía una complexion recia. Como tenía el sombrero en la mano, dejaba al descubierto una cabeza que aún estaba regularmente provista de cabellos blancos y rizos sin aliño ni compostura ninguna. La tez era excesivamente morena, y los ojos negros y un poco hundidos ofrecían tal fuego y viveza que contrastaban notablemente con las arrugas del rostro y la blanca color de los cabellos. Colocado á la puerta, sin avanzar un paso y sonriendo campechanamente, comenzó á hacer reverencias mundanas, diciendo al mismo tiempo:

—¡Conque al fin no se nos han perdido por allá! ¡Conque al fin estos despegados señores se acuerdan de que hay un rincon en el mundo que se llama la Segada! ¡Conque al fin todavía los lugareños valemos algo para los cortesanos!

En aquel momento los niños avanzaron hacia él, y tomándole una mano se la fueron besando sucesivamente. Despues el aya, que venía detras, quiso hacer lo mismo, pero el clérigo la retiró velozmente y con sorpresa. El conde le abrazó en el mismo instante, respetuosa pero afectuosísimamente.

—¡Vaya si valen los lugareños, y vaya si se les quiere tambien por allá!

—Señor conde, usted tiene algun diablo metido en el cuerpo; está usted tan mozo y tan fresco como la última vez que le ví. La señora condesa no tiene tan buen color, pero ha de ser por culpa, si no me engaño, de estos diablejos que veo por aquí tan gordos y sonrosados. Vaya, vaya con el señor conde, ¿y qué le habremos hecho nosotros para que así nos aborrezca?... ¿y qué le habremos hecho nosotros para que así nos aborrezca?

El cura de la Segada tenía por costumbre repetir dos, tres y hasta cuatro veces la misma frase, mirando fijamente al interlocutor, y abriendo desmesuradamente la boca para reir y tambien para dejar ver unos enormes y desvencijados dientes, de un color que no me es posible definir ahora.

—Conque diga usted, criatura, ¿qué le hemos hecho nosotros para que así nos aborrezca?

—Señor cura, no ha sido todo culpa mía. Crea usted que no dejaba de acordarme muchas veces de este hermoso país y de los buenos amigos que aquí tengo.

—¡Ah tunante! ¡Ah tunante! ¡Y qué bien se conoce que viene usted de la corte! Señora condesa, no le deje usted mentir tan descaradamente. Señor conde, es usted un grandísimo tunante... sabe usted mucho para un pobre cura

como yo... sabe usted mucho... sabe usted mucho.

El cura decía todo esto riendo y sin cerrar un momento la cueva de su boca. El conde le señaló un asiento y todos se sentaron. El cura se hizo cargo entónces de la presencia de nuestro heroe, y dijo dirigiéndole una mirada y una sonrisa muy ambiguas:

—¡Calle! ¿Tambien el señorito Octavio está por aquí? El señorito Octavio es muy fino. ¿Y cómo siguen sus señores padres, señorito?

—Muy bien, señor cura, ¿y usted cómo sigue?

—¿Cómo quiere usted que siga un cura en estos tiempos, señorito? Tirando... tirando por este cuerpo pecador... ¡Válate Dios por el señorito Octavio!... ¡Válate Dios!...

La risa persistente y las miradas del cura se conocía que no despertaban en el jóven una alegría muy íntima, aunque otra cosa quisiera aparentar.

—Vaya, vaya, vaya... lo que es ahora, señor conde, no se nos escapa usted tan pronto. Los madrileños se quedarán chupando el dedo por una temporada... ¿no es verdad, señora condesa?... ¿Dónde mejor que entre los suyos, señores?... ¿dónde mejor que entre los suyos?

El cura daba palmaditas afectuosas en la rodilla del conde, que le obligó á ponerse el sombrero.

—¿Y qué tal, qué ocurre por la parroquia, señor cura?

—Pero, hombre de Dios, ¿qué quiere usted que pase en este miserable rincon? Déjese de miserias y cuénteno s algo de aquel Madrid, de aquel Madriiid... ¡Ay qué Madrid de mis pecados! De allí á la gloria, señor conde, de allí á la gloria... ¡Cuánto señorío!... ¡cuánto coche!... En los dias que estuve allá con el chico no paré en casa un momento: andaba por las calles con la boca abierta y no me cansaba de mirar para aquellos palacios tan magníficos y para aquellos señorotes que pasaban en coche con mucho ceño... Esto no es para nosotros, querido, le decía yo al chico... Vámonos, vámonos cada uno á nuestro rincon... Yo soy un pobre cura... tú eres un pobre estudiante... ¿Qué tenemos nosotros que partir con estas grandezas?...

—Vamos, señor cura, que bien sabe usted que no es precisamente entre el ruido donde más se divierte uno, y bien se quejaba usted de aquella batahola continua.

—¿Pero quién se compara conmigo, señor conde? Yo soy un pobre cura que está más allá que acá. Yo no toco pito en ninguna parte más que en mi sacristía. Si hay todavía algunas personas como usted, señor conde, que me aprecian de veras, allá se las hayan... yo me lavo las ma-

nos. Me acuerdo ahora de aquella tarde en que me dejó usted solo en su carruaje y ordenó al cochero que me llevara á un sitio que llaman la Castellana... ¡Santo Cristo del Amparo!... Señores, aquel era un cruzar de coches á un lado y á otro, lo mismo, lo mismo, que cuando se tropieza con un hormiguero en la tierra... Aquellos señorotes y señorotas que iban muy arrellanados me miraban y se reían... Dirían, sin duda, ¿qué diablos vendrá á hacer aquí este pobre cura de aldea?... ¿Y á mí qué? Tenían mucha razon... mucha razon... mucha razon... Desengáñese usted, señor conde, los curas vamos de capa caida... caiiida... caiiida...

—Pues á pesar de todo, señor cura, le aseguro que me va fastidiando cada dia más la farsa y la frivolidad de la capital; no puedo soportar á tanto necio, á tanto advenedizo, á tanto sapo hinchado como ahora ha subido á la superficie al són del himno de Riego...

—Porque usted, señor conde, es muy raro, muy raro, muy raro... Siempre lo ha sido... siempre lo ha sido... ¿A que no le pasa otro tanto al señorito Octavio?... ¿no es verdad, señorito?... ¡Cuánto más vale aquel Madrid tan hermoso, tan suntuoso, que esta miserable aldea!

—Yo no estuve en Madrid, señor cura...

El jóven pronunció estas palabras visible-

mente turbado. La sonrisa del cura le inquietaba y le hacía subir los colores al rostro. ¡Era tan fina y estaba tan cargada de malicia!

—Es verdad, señorito... es verdad... es verdad... no me acordaba... Pero no tiene usted más remedio que ir á Madrid, señorito... no hay más remedio... Aquí se aburre usted... necesita usted más campo. Los jóvenes de provecho no pueden estarse en las aldeas toda la vida.

—Oiga, señor cura,—dijo el conde,—¿qué noticias tiene usted del chico?

—Tiene salud, gracias á Dios. El pobre, cuando me escribe, nunca deja de acordarse de usted, y me dice que siempre le tiene presente en sus oraciones, lo mismo que á su amada esposa y familia. No puede usted figurarse, señor conde, lo agradecido que le está. Si no fuese por la beca que usted ha tenido la bondad de sacarle, ¿cuándo hubiera podido yo darle carrera? Dentro de dos meses ¡loado sea Dios! cantará misa el pobre. Ayer le escribí precisamente y le decía: Desdichada ocurrencia es la tuya al ordenarte. Los tiempos están malos, malos, malos, para la clerigalla. Mucho mejor te vendría meterte por alguno de los *clubs* que no dejará de haber por ahí, y hacer carrera...

La risa descompasada y aguda del conde le interrumpió.

—¡Siempre ha de ser usted el mismo, señor cura!

—Pues qué ¿no digo la verdad? Y á propósito, señor conde; es fácil que necesite molestar á usted nuevamente. No sabe usted el trabajo que me cuesta decidirme á ello, por más que esté bien convencido de la proverbial bondad de usted y de la estimacion que sin merecerlo me profesa... Pero de estas cosas ya hablaremos más tarde... ¡Qué gana va usted á tener ahora de escuchar recomendaciones!...

—Adelante, adelante, señor cura.

—Nada, nada, no quiero molestar á usted ahora que acaba de llegar. Otro dia será.

—Ya sabe usted que no me molesta nunca. Siga usted; ¿qué es ello?

—Ahora no, ahora no... tiempo tenemos... ¡no faltaba otra cosa!... Quiero, señor conde, que al ménos hoy no pueda usted decir cuando me vaya: «Este cura de la Segada es un posma.»

Celebró el conde la frase con mucha risa, y el cura contestó á sus metálicas carcajadas con otras sonoras y campestres, que produjeron unos instantes de algazara en el comedor. La condesa sonreía dulcemente, miéntras el señorito Octavio seguía ejecutando esfuerzos prodigiosos y titánicos para que los chistes del clérigo le desternillasen de alborozo.

Presentóse nuevamente el criado, y dijo que tres señores que acababan de llegar de Vegalora deseaban saludar á los condes.

—Hágales usted entrar.

Y á poco rato taparon el hueco de la puerta tres figuras provinciales, que es bien que describamos brevemente.

El primero es D. Marcelino, el mismo que cuatro horas ántes había salido de su tienda y, con riesgo inminente de la vida, había detenido los caballos del carruaje en que iban los condes, tan sólo por el placer de ofrecerles una copa de Jerez y una rosquilla de Santa Clara. Es hombre ya entrado en dias, grueso y bajo, muy moreno, con unas narices enormes y unos cabellos tiesos y erizados como los de un jabalí. No gasta pelos en la cara, pero se afeita de tarde en tarde, lo cual da mayor realce á su rostro, espléndidamente feo. Es castellano de nacimiento, y toda la villa le había visto llegar de su país con una mano atras y otra delante, como acostumbraban á decir los particulares de Vegalora á la hora de la murmuracion. No era verdad, sin embargo, porque D. Marcelino, cuando llegó de tierra de Campos hacía treinta años, traía las manos sumamente ocupadas con una porcion de saquillos de lienzo crudo, atestados de espliego, flor de malva, manzanilla, sangui-

naria, flor de tila, anís y otras varias hierbas y simientes medicinales, que pregonaba con una hermosa voz de barítono que á los vecinos de Vegalora les penetraba hasta lo más escondido de los sesos. Despues, y sucesivamente, fué pasando por los estados de rematante de la carne, de los artículos de beber y arder, de tratante en paños y bayetas, recaudador de contribuciones, síndico del ayuntamiento, administrador de correos, alcalde y no recuerdo si algun otro cargo más. He dicho que había ido pasando, y no es verdad; D. Marcelino los había ido adquiriendo todos merced á una serie de trabajos más espantables que los de Hércules, y librando en cada uno una batalla de suprema delicadeza y habilidad. Á la hora presente ejercía todos los que no eran incompatibles por la ley, y algunos tambien de los que lo eran. En el desempeño de estas funciones D. Marcelino había llegado á rico, gozando al mismo tiempo del respeto y la consideracion de sus convecinos. Cuando iba á paseo por las carreteras con D. Primitivo ó con el juez, todos los labradores y jornaleros se quitaban la boina ó la montera y decían: «Buenas tardes, D. Marcelino y la compañía.» D. Marcelino no veía más que esto, pero yo que he ido algunas veces detras de él, he visto á los aldeanos quedarse parados un instante con la mon-

tera en la mano, mirándole á las espaldas de un modo bastante ménos respetuoso que á la cara. He oido tambien á alguno crujir los dientes y murmurar sordamente: «¡Mal rayo te parta, ladron!»

En pos de D. Marcelino venía D. Primitivo, varon formidable, de elevada estatura y ámplias espaldas, con el rostro mofletudo y encendido, lleno de herpes, de barba escasa y recortada y con los ojos siempre encarnizados como los de un chacal. Era procurador del juzgado y sentía una pasion profunda, inmensa, hacia la horticultura, á la cual dedicaba casi todos sus ocios; pero era una pasion honrada y platónica, porque D. Primitivo no tenía huerta. Entreteníala, pues, ya que no la satisfaciese, poniéndose escrupulosamente al tanto de todas las particularidades de las huertas de sus amigos, dándoles siempre oportunos consejos acerca del cuidado de la hortaliza y de la conservacion de los frutales y regalándoles semillas exóticas que no se sabía dónde y cómo las adquiriera. Los propietarios le respetaban y decían de él ahuecando la voz y con asombro «que conocía sesenta y cuatro castas de peras». A pesar de esta aficion agrícola, D. Primitivo era un animal carnívoro, esto es, se alimentaba casi exclusivamente de carne, lo cual al decir del médico de

Vegalora, introducía en su organismo un exceso de fibrina que ocasionaba las herpes de que estaba plagado y le exponía á una congestion cerebral, y que no se anduviera en fiestas, porque tenía la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza.

Con ambos señores venía el licenciado don Juan Crisóstomo Alvarez Velasco de la Cueva (que así firmaba siempre sus demandas y sus réplicas), persona pulquérrima á quien distinguían de léjos los vecinos de la villa por la blancura inmaculada de sus pecheras. Gastaba bigote y perilla, lo cual le daba más aspecto de coronel de caballería que de hombre de toga. Hablaba muy poco, casi nada, pero era tan exquisita y ceremoniosa su cortesía, que los que platicaban con él siempre quedaban un poco cortados y descontentos de sí mismos. Asentía á todo cuanto se le dijese, cerrando los ojos, bajando la cabeza y diciendo en tono melífluo: «¡Perfectamente!» Tenía el Sr. Velasco de la Cueva infinitos modos de pronunciar este *perfectamente,* alargando, contrayendo, reforzando ó suavizando las sílabas, de tal suerte, que se ajustaba al tono y significado de las palabras del interlocutor. A pesar de eso, el promotor fiscal, que era hombre muy chusco, hacía su parodia en la tienda de D. Marcelino, y contaba que un dia expli-

cándole á D. Juan Crisóstomo de qué modo se había caido de un caballo, al llegar al punto de decir—«el caballo se levanto de atras y me arrojó por la cabeza, estrellándome contra una pared cercana»,—D. Juan Crisóstomo le había interrumpido exclamando: — «¡Perfectamente!» Sería esta una invencion del promotor, pero era muy verosímil.

Al penetrar estos tres varones en el comedor, el conde y Octavio se levantaron: el cura permaneció sentado lo mismo que las mujeres.

—¡Oh, señores, qué pronto se han tomado ustedes la molestia de venir!

—Señor conde,—dijo D. Marcelino,—estábamos impacientes por saber cómo habían llegado ustedes á la Segada. Aunque calienta un poco el sol, ya estamos acostumbrados á sufrirlo... ¿no es verdad, D. Primitivo?... Ademas, cuando las cosas se hacen con gusto... ¿eh? ¿eh?

Y se reía bienaventuradamente D. Marcelino, y se reía el conde, y se reía D. Primitivo, y se reía el cura y hasta se reía el señorito Octavio.

—De todos modos lo agradezco en el alma, señores. ¿Y qué tal, qué tal por estas tierras?

—Perfectamente.

No hay para qué advertir quién pronunció este adverbio.

—En la última carta que le escribí, señor

conde,—dijo D. Marcelino,—le comunicaba todas las noticias de este pueblo, y ya ve el señor conde que eran bien poco interesantes.

—Este pueblo es muy pacífico,—apuntó don Primitivo.

—Aquí no llegan esos motines que hay ahora por Madrid un dia sí y otro no. (Otra vez don Marcelino).

—Alguna ventaja habíamos de tener... alguna ventaja... alguna ventaja. Dios lo ha compensado todo, señores. Vivimos apartados de los deleites de la corte... es verdad... es verdad... pero vivimos por ahora tranquilos. No es poca fortuna, créame usted, no es poca fortuna...

—La gente del país ha de ser muy sencilla, ¿no es cierto? En estas provincias del Norte es donde se conservan todavía restos de aquella honradez y piedad que tanto caracterizaban á nuestros mayores.

—Es una gente honrada á carta cabal,—dijo D. Primitivo. — Afortunadamente todavía no nos los han maleado.

—Unos infelices, señor conde... unos infelices... Lo único que les hace falta es un poco de filosofía alemana para ser hombres completos.

Todos se rieron con estrépito.

—Alguna que otra vez,—apuntó D. Marcelino,—cuando tienen una copa de más dentro

del cuerpo suelen cometer cualquier desman, pero ya se sabe que entónces obra el vino por ellos.

—Y tienen bastante aficion á lo ajeno,—indicó el señorito Octavio.—Casi todos los años nos dejan sin fruta en la huerta.

—Es verdad, señorito, es verdad... Tiene usted mucha razon... Hay mucha aficion á lo ajeno en esta comarca... Pero, créame usted, señorito, el gobierno tambien tiene alguna... y no es precisamente á la fruta...

El conde dirigió una sonrisa al cura.

—Desde la muerte del guarda-montes, hace ya tres meses,—dijo D. Primitivo,—no se ha oido hablar en este concejo de ninguna tropelía.

—¿Fué el que hallaron estrangulado en un maizal?—interrogó el conde.

—No señor, ese fué Antuña, el pagador de la carretera. Esa muerte ha sido mucho ántes... á principios del otoño.

—De todos modos, ha sido un asesinato horrible.

—Pero, señor conde,—dijo D. Marcelino,—Antuña murió porque quiso. ¿Á quién se le ocurre salir de noche de la villa con veinticuatro mil reales en el bolsillo? ¿No conoce usted que es una imprudencia mayúscula?

—¡Perfectamente!

—Hechos aislados, señor conde, hechos aislados... por ahora, hechos aislados. El trueno gordo no tardará en venir. Pero no hay que tener cuidado, porque los excesos de la libertad se corrigen con la libertad... sí, señor, se corrigen con la libertad... eso decía un periódico que le viene al señor juez de Madrid todos los dias... todos los dias.

El conde se inclinó hacia el cura y le dijo unas palabras al oido.

—¡Bravo, señor conde, bravo!—exclamó el cura, echándose hacia atras en la silla y mirándole fijamente con aire triunfal.—Todos haremos lo que podamos para que se logre. Usted es la persona más á propósito.

Despues se pusieron ambos á cuchichear animadamente.

D. Primitivo corrió la silla hacia ellos y preguntó en voz baja:

—¿Hay alguna noticia de allá?

—No se trata ahora de allá, sino de acá,—contestó el cura.

Vuelta á cuchichear los tres. D. Primitivo parecía sumamente interesado en la conversacion y movía los gigantescos brazos cual si sirviesen de volante á sus ojos carniceros que rodaban por las órbitas con pavorosa velocidad. Al mismo tiempo hacía supremos y angustiosos esfuerzos para

trasportar su desentonada voz al falsete discreto que usaban el conde y el sacerdote.

El licenciado Velasco de la Cueva, despues de posar en el grupo de sus amigos varias miradas á cual más imponente, osó tambien aproximar la silla, y presto le enteraron del asunto que trataban.

La condesa se levantó y dijo al señorito Octavio, que era el único que concedió atencion á su movimiento:

—Con permiso de usted: soy con ustedes al instante.

Y se fué por la puerta del gabinete.

El aya se puso tambien á hablar con los niños en voz baja, dirigiéndoles, á juzgar por su continente severo y el no ménos grave de los oyentes, serias y profundas advertencias sobre su proceder en lo futuro.

Nuestro señorito tomó pié de ello para sacar el pañuelo y sonarse con ruido. Despues, con mucha calma, lo paseó repetidas veces por debajo de la nariz, y por último, no sin vacilar un poco, se decidió á meterlo en el bolsillo. Inmediatamente, y sin ningun preparativo, abrochó un boton del guante que se había soltado. Despues tosió tres veces consecutivas y se puso á examinar, con profundísima atencion y frunciendo ferozmente las cejas, el puño del junquillo, y no

bien hubo terminado esta tarea, pasó á azotarse con él los pantalones, de la misma traza que lo hiciera al comienzo de su visita. Todavía se alzaron á los golpes algunas nubecillas de polvo, aunque más leves y trasparentes.

El cuchicheo del conde y sus amigos proseguía vivo y lleno de expansion. El del aya con los niños, grave y discreto como ántes. El criado entraba y salía llevando las fuentes, los platos, las botellas, los vasos, los cubiertos y los demas objetos que yacían en desórden sobre la mesa; pero todo con mucho silencio y espacio, y sin dejar de dirigir, cada vez que entraba, una mirada insistente y curiosa á nuestro heroe, el cual procuraba artificiosamente evitar el cambio. El comedor era una vasta cámara, más vasta que cómoda y apetecible, y sus muebles toscos y ennegrecidos, y sus grandes cortinas de colores pálidos, y los cristales turbios y emplomados de sus balcones, mostraban claramente que el viejo conde se curaba poco del aliño de la casa, y que el nuevo no la habitaba mucho tiempo. El falsete de los interlocutores producía en este vasto comedor un efecto extraño y severo, como el murmullo de los fieles en una iglesia. Á nuestro jóven le parecía demasiado severo. De vez en cuando la voz de D. Primitivo, no pudiendo resistir tanto tiempo la presion cruel que sobre

ella estaba pesando, lanzaba un *gallo*, y se oía la palabra *votos* ó *candidatos* ú otra cualquiera. El aya levantaba sus ojos profundos y los fijaba un instante en el grupo de los caballeros.

Al fin nuestro señorito decidióse á tomar una de las copas que aún quedaban sobre la mesa, y empezó á observarla escrupulosamente, dándole vueltas y más vueltas en la mano, haciéndola sonar con un golpe de uña, y llevándola despues al oido para escuchar sus vibraciones hasta que morían. Por mucho que le embargasen al jóven estas observaciones de la física experimental, no dejaba por eso de mover los ojos con ansia hacia todas partes, y especialmente hacia la puerta del gabinete, como si por allí le hubiese de venir su salvacion. Respirábase en el comedor un ambiente cargado de discrecion, que á nuestro jóven le producía la misma inquietud y malestar y los mismos desmayos enervantes que si estuviese cargado de electricidad. Y ya se entregaba lánguidamente á pensamientos tristes de muerte, cuando empezaron á dibujarse en su desmayado espíritu los contornos de una idea fortificante y regeneradora, la idea de marcharse. Mas para llevar á cabo este acto era preciso despedirse, y el despedirse había sido siempre para nuestro señorito uno de esos problemas pavorosos que pocas veces obtienen resolucion. Ántes

de levantarse, cuando estaba en visita, tenía que sostener una batalla consigo mismo, que á veces se prolongaba más de la cuenta. Sentía el mismo temor y embarazo que los oradores noveles cuando levantan su voz en público. Pero si siempre había sido un problema difícil, en aquel instante, considerado el éxito poco lisonjero de su visita y el carácter y la situacion de las personas que allí se hallaban, ofreciósele al alma como una utopia. Ni podía ser de otra suerte. ¿Qué de comentarios no harían aquellos señores despues que él saliese por la puerta? ¿Cuántos chistes no se le ocurrirían al cura acerca de su persona? Al jóven se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en ello. La idea, pues, de marcharse era de todo punto inadmisible. Más valía seguir haciendo experimentos acústicos con la copa de cristal.

Miéntras continuaba embebecido en esta fructuosa tarea, el cura de la Segada apartóse un momento de la conversacion y le clavó los ojos con expresion reflexiva. Despues, volviéndose al conde con la misma voz de falsete, le dijo:

—La única persona que cuenta en este país con bastantes fuerzas para ganar unas elecciones, es D. Baltasar Rodriguez. El enemigo temible es ese, y no los que indicó D. Primitivo. Créame usted, señor conde... créame usted...

—Es lo que yo tenía entendido ántes de venir,—repuso el conde.—Al parecer es hombre acaudalado y tiene simpatías en la poblacion...

—No cabe duda, no cabe duda.

El cura volvió á mirar á Octavio, sonriendo esta vez maliciosamente, y prosiguió:

—Don Baltasar es una buena persona... es todo un caballero... muy cumplido en sus tratos... ¡y un padrazo, señor conde, un padrazo!...

El conde alzó la cabeza y dirigió una larga mirada á Octavio. Los demas interlocutores tambien volvieron hacia él la vista.

—Señores,—dijo el conde levantándose,—es una lástima que estemos encerrados en casa en un dia tan hermoso. Vamos á dar una vuelta por la pomarada. Tengo ya deseos de pisar hierba y verme debajo de los árboles.

Los circunstantes se levantaron todos. La condesa apareció en aquel momento por la puerta del gabinete. Octavio quiso aprovechar la ocasion, que le pareció de perlas, para despedirse y dió algunos pasos hacia ella con la mano extendida.

—Condesa, á los piés de usted... He tenido mucho gusto en ver á ustedes tan buenos y...

—¿Qué es eso, señor Rodriguez,—exclamó el conde viniendo hacia él,—nos quiere usted dejar tan pronto? ¿Por qué no viene usted á dar un

paseo con nosotros?... ¿Tanta prisa tiene usted?

Estas preguntas fueron hechas en un tono franco y cariñoso, y Octavio, un poco aturdido, balbució:

—Prisa, precisamente... no... pero...

—Pues si no tiene usted prisa, es usted de la partida. Señores, en marcha.

El licenciado Velasco de la Cueva, que desde muchos años atras venía ejerciendo el monopolio de las buenas maneras en Vegalora y siete leguas á la redonda, ofreció el brazo á la condesa con una reverencia digna del siglo XV. Don Primitivo quiso imitarle, y se lo ofreció al aya en la forma elegante y desenvuelta que un oso lo hubiera hecho, pero la blonda extranjera lo rehusó, dándole las gracias con una inclinacion ceremoniosa. Seguíalos el cura llevando de la mano á un niño, y cerraba la marcha el conde, que llevaba cogido familiarmente á Octavio por la espalda.

IV

La pomarada.

Cuando el licenciado Velasco de la Cueva puso su planta ceremoniosa en los umbrales del palacio condal, los rayos de un sol fogoso de estío le forzaron á guiñar los ojos, con lo cual perdió no poca autoridad su rostro imponente. La condesa soltó el brazo y le dió las gracias.

Eran las cuatro de la tarde de un día del mes de Junio. Los condes y sus amigos tenían delante de sí uno de los panoramas más espléndidos y grandiosos de la provincia en que nos hallamos, que es la más bella de España. El palacio, como las gentes del país lo llamaban, ó el vetusto caseron, como nosotros lo denominaremos, estaba situado á la márgen izquierda del Lora y en el fondo del valle donde radica el concejo y partido judicial de Vegalora. En torno suyo veíanse quince ó veinte casas con honores de chozas, pertenecientes en su mayoría y habi-

tadas por colonos de la casa de Trevia. Esta casa grande y parda y las casuchas más pardas aún que yacían á su alrededor, semejaban de léjos á una gallina pastando con sus hijuelos en el campo. Alzábase el pueblo de la Segada, como decimos, en el fondo del valle y ocupaba el ángulo formado por un riachuelo que venía de las montañas cercanas, al desembocar en el Lora. Distaría del primero unas cien varas, y de éste unas trescientas. La fachada principal de la casa no miraba al valle, sino á las altísimas montañas que lo cerraban. Entre la casa y la falda de estas montañas no mediaban de tierra llana más de doscientas varas y era el sitio que ocupaban la huerta y la pomarada. Desde los balcones de la fachada trasera veíase todo el valle, que no era muy extenso, y tambien se divisaba como á una media legua de distancia un grupo blanco de casas, que era la villa de Vegalora. Entre la Segada y la villa corría bullicioso y límpido el rio, el cual tomaba y dejaba á su talante la parte del valle que mejor le convenía para su cauce. Como lo cambiaba muy á menudo, las tierras plantadas de maíz y los prados que bordaban sus orillas nunca tenían seguro el dia de mañana y tan presto regalaban la vista y el oido con sus maíces sonorosos y su verde césped, como molestaban y cansaban los piés con sus redondos ó

puntiagudos guijarros. Los vecinos de Vegalora y la Segada, en el espacio de cuarenta ó cincuenta años, habían visto correr el rio por casi toda la superficie del valle. A pesar de esto, al poco tiempo de haber dejado el rio un sitio cualquiera, ya brotaba allí una vegetacion briosa, y el valle continuaba siempre pintoresco y regocijado como pocos. Por todas partes lo circundaban colinas de una regular elevacion vestidas de castañares y prados relucientes, excepto por el fondo, ó sea por el lado de la Segada. Aquí las colinas ocupaban sólo el primer término: por encima de ellas se alzaban enormes y enriscadas montañas, cubiertas de nieve desde Octubre hasta Junio: formaban parte de la cordillera fragosa que separa las provincias del Norte de las del Centro. Vegalora era, por tanto, el último concejo de la provincia en la region en que nos hallamos, y detras de aquellas moles inmensas y oscuras se extendían los campos yermos y dilatados de Castilla.

Nuestros señores, al salir de casa por la puerta principal, alzaron la vista para contemplar estas montañas soberanas, iluminadas por un sol que ya empezaba á descender hacia las colinas laterales. La nieve había desaparecido casi totalmente del paisaje: sólo en las crestas más elevadas percibíanse algunas manchas blancas como

de ropas tendidas á secar. Entre aquellas crestas descollaba una de pasmosa elevacion y arrogancia, que la gente del país llamaba Peña Mayor: era un enorme peñasco, á quien todos los demas que en torno suyo se agrupaban servían de pedestal. Terminaba en punta, como la aguja de una inmensa y fantástica catedral; pero los que hasta allá habían trepado alguna vez afirmaban que sobre esta punta había un campo bastante espacioso: tal y tan desmesurada era su elevacion. Durante los meses de verano, los habitantes del valle podían admirar á su placer los majestuosos contornos de la peña, que se alzaba en el cielo diáfano, y cortaba el éter cual si fuese la reina del espacio. Servíales, ademas, en estos meses de reloj, pues el sol hería su frente de lleno, al llegar precisamente el mediodía. Cuando el otoño era ya un poco entrado, se ocultaba entre la niebla, y no volvía á parecer sino uno que otro dia muy raro del invierno, en que el viento, soplando fuerte por la noche, había barrido el tupido manto de los cielos. Pero hasta llegar á la Peña Mayor había una serie de escaños graníticos, superpuestos los unos á los otros, de mil extrañas formas, é imitando, á veces, enormes edificios y animales monstruosos. Á la izquierda de la Mayor había una peña corcovada que semejaba á un dromedario, y á la derecha

otra que era la perfecta imágen de la torre de un gran castillo, con sus desmesuradas almenas, por entre las cuales se veía el azul del cielo. Esta cortina de montañas cerraba herméticamente el valle por aquel lado; al llegar á este sitio, parecía que se acababa el mundo, y que detras de la oscura cortina, no había más que el espacio sin fin. No obstante, observando mejor, se notaba que aquel telon de montes estaba rasgado por uno de los lados ó tenía una abertura muy estrecha y sombría, que las sinuosidades del terreno y los árboles no bastaban á ocultar enteramente. Por tal abertura descendía de las montañas, y entraba en el valle, el riachuelo que desembocaba en el Lora cerca de la Segada.

Los condes y sus amigos detuviéronse á la puerta de la casa, y con la mano puesta sobre los ojos á guisa de pantalla, se estuvieron un buen espacio paseando la vista por el gran telon descrito. El conde dijo que aquel paisaje era muy bonito, y Octavio le contestó que era precioso. Despues atravesaron todos la calle y entraron en la huerta por una gran puerta enrejada de hierro. Era la huerta cuadrilonga y bastante espaciosa, y estaba cerrada por altos y toscos muros un tanto deteriorados. En el fondo había otra puerta igual á la primera, que daba paso á la pomarada.

Toda la comitiva conversaba y reía dando vueltas por las calles no muy bien aderezadas de la huerta, parándose á cada instante y entremezclándose contínuamente sin guardar etiqueta. D. Primitivo parecía el dueño de la casa y desde que la puerta enrejada se cerrara tras él se creyó en el caso de no cerrar boca á fin de explicar á los circunstantes las particularidades y pormenores de todas y cada una de las plantas que iban encontrando, sin perdonar el más insignificante detalle que pudiera esclarecer á sus oyentes en asunto tan delicado. Las únicas personas que ni reían ni tomaban parte en la conversacion eran el aya y la condesa. La primera no perdía de vista á los niños, regulando con señas imperiosas todos sus pasos y movimientos; la segunda no apartaba los ojos de las pardas montañas que tenía delante, y deshojaba distraidamente una rosa que uno de los niños había arrancado de su tallo para ofrecérsela. Aquellas montañas se veían tambien, aunque más lejanas, desde la casa solariega de D. Álvaro. ¡Buena gana de reir tenía Laura en aquel instante! Su pensamiento volaba, volaba sin detenerse por todos los dias de su existencia, desde aquellos remotos en que contemplaba absorta, de bruces sobre el balcon, las nubes que cubrían la cabeza de la Peña Mayor, hasta las escenas más recien-

tes. Los remotos se le aparecían envueltos en una gasa blanca que borraba los contornos y aún más los alejaba; los cercanos veíalos tan bien como si estuviesen tallados en relieve y parecían saltar hacia ella palpitantes y teñidos de sangre. ¿Por qué no había permanecido toda la vida en su casa, serena, tranquila, contemplando aquellas montañas que nada malo le enseñaban? Al considerar que miéntras su espíritu, en los últimos once años, daba tantas vueltas, bajaba y subía tantas veces desde el cielo hasta el infierno, ellas habían estado allí, altivas, felices, contemplando noche y dia el firmamento augusto, una envidia sorda se apoderaba de su corazon y comenzaba á nacer en él un deseo vivo, irresistible, de reposo. ¿Pero qué reposo deseaba? ¡Ay! deseaba volar á la cima de la Peña Mayor, llevada por un ángel, y allí, bañándose en el éter azul, sin escuchar una voz afilada que tenía siempre en los oidos, pasar la vida acariciada por Dios y acariciando á sus hijos.

Al dar vuelta á un recodo de la huerta sintió de improviso en su cuello un aliento cálido y una voz afilada le dijo al oido muy quedo:

—Recuerda que has agraviado á miss Florencia.

Y vió que una sombra se alejaba de ella para unirse otra vez al grupo de los paseantes. Se es-

tremeció fuertemente, detuvo el paso, y la rosa mutilada cayó de sus manos. Octavio se le acercó en aquel momento.

—Condesa, la veo á usted muy pensativa. ¿Echa usted de ménos ya á Madrid?

—Sí señor, lo echo de ménos.

—Lo comprendo perfectamente, pero me parece que todavía no tiene usted motivo para quejarse, pues acaba de llegar. ¡Oh! cuando lleve usted aquí algun tiempo ya verá lo que da de sí este delicioso país. La materia, condesa, impera aquí como reina y señora. Usted viene del mundo del espíritu, y le han de doler los primeros pasos sobre esta tierra muerta y silenciosa. No me extraña nada.

—¡Ah, si no me dolieran más que los primeros pasos!

—Es muy cierto; lo peor en la vida del campo es la monotonía, y ésta, como es lógico, crece y se hace irresistible con el tiempo. Por lo demas, no es posible negar que este país es hermoso y que encierra mucha poesía. Yo que he nacido en él, y en él he vivido siempre, aún me siento impresionado cuando al abrir las ventanas de mi cuarto por la mañana fijo la vista en las altísimas montañas que tenemos enfrente. ¡Qué bien se destacan sobre el fondo azul! ¡Qué pureza de líneas! ¡Qué contornos! Pero miro en se-

guida hacia abajo y viene el desencanto, condesa: los paisanos no corresponden al país. Aquí nadie se preocupa con otra cosa que con dinero. Se respira una atmósfera sórdida, en la cual se asfixian todos los sentimientos elevados. Hay algunas personas de alma delicada y generosa, pero áun éstas no pueden ménos de resentirse de la sociedad en que han vivido; son capaces de un rasgo heroico, de una pasion fuerte, pero no pueden alcanzar ciertas *nuances* del espíritu, ciertas delicadezas que sólo se encuentran en las clases elevadas y en una sociedad culta y refinada.

—¿No piensa usted en dar una vuelta por Madrid?

—De muy buena gana la daría y áun me quedaría allá, pero mis papás no tienen más hijo que yo... y ya ve usted...

—Quédese usted, quédese usted... No piense usted en Madrid por ahora... Tiempo le queda para saber lo que es aquello.

—No vaya usted á creer, condesa, que es curiosidad lo que siento, no; es el deseo que tengo de llenar ciertos vacíos que hay en mi espíritu lo que me obliga á pensar en Madrid. Yo no gozo con lo que aquí suele gozar la gente; ántes bien sus placeres son ocasion de padecer para mí, porque nada hay que atormente tanto como

encontrarse aislado entre la muchedumbre y á mil leguas de sus pensamientos y aspiraciones. Así, que paso la vida encerrado en mi casa, sin ganas de agregarme á ella... leyendo... pensando... soñando. Alguna vez he asistido con la imaginacion á las *soirées* donde usted ha brillado tanto, condesa.

—¿De veras?

—Sí, señora: acostumbro á leer las revistas de salones de *La Época*, y en ellas he visto con frecuencia el nombre de usted rodeado de adjetivos que ahora me parecen muy pálidos.

—Mil gracias.

—Me precio de sincero, condesa. En el último baile de los duques de Hernan Perez, llevaba usted un vestido de *surah* azul celeste, con escote sesgado y espalda de forma *princesa*. El vuelo de la falda formaba por detras una cascada de *pouffs* sostenidos por cordones, y llevaba usted asimismo lazos de *surah* en los hombros y en el talle.

—¡Ah! Veo que no se le ha escapado á usted nada.

Un rugido de D. Primitivo les obligó á interrumpir el diálogo. Estático, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplaba sin pestañear un cuadro de lechugas, miéntras los compañeros le miraban sin comprender el motivo de tal sor-

presa. Al fin, despues de un largo silencio, exclamó con voz ronca:

—¡Si no lo viese por mis ojos nunca lo creyera! Yo mismo le dí la semilla á Pedro; yo mismo le indiqué cuándo debía sacarlas del vivero; yo mismo estuve una tarde entera ayudándole á plantarlas... ¿Cómo han espigado estas lechugas?... ¿Por qué han espigado estas lechugas?

Y D. Primitivo movía la cabeza hacia adelante, hacia atras, á la derecha y á la izquierda.

—Tal vez la lluvia de estos dias habrá influido perniciosamente sobre ellas,—manifestó tímidamente el licenciado Velasco de la Cueva.

—¡Qué lluvia ni qué ocho cuartos!... No diga usted tonterías, D. Juan. La lluvia, cuando las lechugas se plantan ¿está usted? en la época y en la forma en que deben plantarse, no influye, no tiene por qué influir sobre ellas.

—Perfectamente.

—Aquí no puede ménos de haber algun misterio. Pedro habrá hecho alguna majadería en el cuadro. Ellas por sí estoy seguro de que no hubieran espigado. ¿Á qué asunto habían de espigar? Así que le tropiece me enteraré de lo que ha hecho con las lechugas, y ya verá usted cómo resulta lo que yo dije.

La irritacion de D. Primitivo cedió ante la esperanza de ver muy pronto avergonzado y

confuso al licenciado, que había querido «meter la cucharada» donde no le llamaban.

Continuaron recorriendo lentamente la huerta, parándose ahora delante de unas alcachofas, despues ante un cuadro de remolachas ó de una esparraguera. D. Primitivo, maniobrando constantemente en el centro del grupo, parecía un maestro de la escuela peripatética.

La condesa y Octavio se habían quedado un poco atras, y siguieron hablando del baile de los duques de Hernan Perez, ó sea del «mundo del espíritu», como decía nuestro señorito. La horticultura no les seducía, al parecer; mas al hallarse en frente de una frondosa y espléndida magnolia, ambos detuvieron el paso para contemplarla. Era un árbol hermoso y grande como pocos, y entre sus hojas oscuras y metálicas advertíase un crecido número de bolas blancas que soltaban aroma fresco, acre y penetrante. Las primeras ramas no pasaban de la altura del rostro. La condesa asió con la mano de una de ellas provista de flor y la trajo hacia sí. El árbol, al ser movido, dejó caer algunas gotas de agua sobre las mejillas de la condesa, que hizo una mueca graciosa.

—El árbol la bendice á usted—dijo Octavio mirando extasiado cómo corría el agua por las mejillas de la dama.

—Hubiera pasado sin su bendicion perfectamente—contestó la condesa riendo.

Y al mismo tiempo sumió su lindo rostro en el cáliz de la flor para aspirar la fragancia. Permítasenos decir que la condesa de Trevia estaba en aquel instante bellísima; porque sus ojos grandes, rasgados, se cerraban blandamente con la expresion de un placer celestial; porque sus mejillas de rosa, acariciadas por las blancas y carnosas hojas de la magnolia, brillaban y temblaban de gozo; porque sus cabellos castaños, sedosos, le caían con cierto desórden sobre la frente; porque inclinaba la cabeza dejando ver el principio de una espalda de alabastro; porque estaba empinada graciosamente sobre la punta de sus piés inverosímiles. No hay para qué decir que Octavio lo vió lo mismo que nosotros. La condesa levantó la cabeza y exhaló un largo suspiro.

—¡Oh qué delicioso aroma!

Octavio se apresuró á sumir tambien el rostro en la flor que la dama aún tenía cogida.

—¡Delicioso! ¡delicioso!

—¡Es tan penetrante... tan embriagador!.. Siempre fuí apasionada de este aroma.

—Yo lo seré de aquí en adelante.

La condesa soltó la rama é inclinó la cabeza sonriendo afablemente. Y emprendieron otra

vez la marcha en silencio. Octavio lo rompió al cabo de un instante diciendo:

—¿De qué perfumista acostumbra usted á surtirse, condesa?

—No tengo ninguno conocido; entro indistintamente en la primer perfumería que encuentro.

—Pero al ménos tendrá usted una marca predilecta.

—Tampoco; nunca me fijo en los rótulos de los frascos.

—Pues yo, despues de haber probado las principales marcas, me he decidido por la de María Faria; es la que he hallado mejor. Sus perfumes son ménos intensos que los de otras casas, pero son mucho más delicados. Debemos exceptuar, sin embargo, la rosa blanca, que como usted sabrá seguramente, es un privilegio especial del célebre Hakinsson. La rosa blanca y el azahar son los únicos perfumes que tomo ahora de esta casa.

Siguió la conversacion de los perfumes durante algun tiempo todavía, muy animada por parte de Octavio, que parecía hallarse en terreno firme y abierto; lánguida y cortada por parte de la condesa, que, como ya había dicho, no era inteligente en este ramo. D. Primitivo y sus secuaces habían entrado ya en la pomarada, y nues-

tra pareja siguió el ejemplo. Al llegar á la puerta tropezaron con miss Florencia y los niños. La condesa dirigió á aquélla una sonrisa. El aya permaneció grave y se inclinó profundamente dejándoles paso.

Era la pomarada un campo vasto, donde los árboles estaban tan espesos y habían adquirido tal desarrollo, que el sol no conseguía, sino despues de mucho trabajo, introducir en él algunos delgados rayos. Los manzanos son árboles de poca imaginacion, y en vez de gastar sus fuerzas estérilmente en subir hasta mecerse en las nubes, procuran buenamente redondearse, ocupando el mayor pedazo posible de este miserable planeta. Mas al desenvolver su personalidad libremente en el tiempo y el espacio, nunca dejan de molestar al vecino, de lo cual resulta siempre una bóveda más sólida y espesa que fantástica. Algunos de ellos tanto descendían en sus aspiraciones, que tocaban con las ramas á la tierra formando glorietas naturales, frescas, sombrías, mullidas, á propósito «para merendar cada cual con su morena.» A pesar de los esfuerzos inauditos que el sol había hecho durante todo el dia para templar sus ardores en la frescura del cesped, éste se hallaba todavía húmedo. Los lindos zapatos de la condesa, que se sumían en él como dos ratones, aparecían mojados cada vez que levantaba

el pié. Dentro de aquella bóveda enana, zumbaba una muchedumbre de insectos, que empezaban á sentirse inquietos por la marcha cada vez más precipitada del sol. Á veces se percibía un ruido leve y sordo entre las ramas, y veíase un pájaro salir de un árbol y posarse en otro cercano. Los árboles no derramaban aroma, porque los frutos estaban aún demasiado verdes: en cambio, el suelo exhalaba un olor muy fuerte de tierra húmeda. En uno de los ángulos de la pomarada se veía una gran mancha de sombra: era que el sol estaba besando ya la cima de las colinas y empezaba á abandonar el valle.

Á todo esto, D. Primitivo había sacado de las profundidades de su gaban una enorme podadera, y prodigaba minuciosos cuidados á los manzanos, hacia los cuales se sentía atraido por una simpatía irresistible. Aquí le cortaba un renuevo á uno, más allá le quitaba un caracol á otro, en otra parte levantaba un rodrigon que se había caido, etc., etc. El procurador pasaba cerca de ellos como el soplo de la Providencia.

Octavio seguía al lado de la condesa y conversaba con ella sobre cosas indiferentes, alusivas unas veces á los objetos que tenían á la vista, otras (las más) á las particularidades de la vida cortesana, que el jóven parecía conocer tan bien como la condesa. El rostro y los ademanes

de Octavio no correspondían en un todo á la materia de la conversacion; decía todas sus frases en un tono tan insinuante y se mostraba tan turbado, que cualquiera podría creer, observándole de léjos, que estaba haciendo una declaracion de amor. Siempre le pasaba lo mismo á nuestro mancebo cuando hablaba con las mujeres. Su fisonomía sonriente, ruborosa y expresiva con exceso, le había hecho pasar por novio de casi todas las damiselas á quienes se había acercado en su vida. Claro está que tales presunciones no tenían fundamento positivo; pero quizá si penetrásemos en los misterios de la psicología, hallaríamos alguna disculpa para la ligereza de los vecinos de Vegalora. Porque hay en ciertos temperamentos un fondo tan grande de materia amorosa (si se me permite esta singular locucion), que no necesita más que un leve motivo para mostrarse en la superficie. El amor reposa en estos temperamentos, como una masa de polvo colorante en el fondo de un vaso de agua: así que se agita un poco el vaso, toda el agua queda teñida. El hecho aparente era, que nuestro amigo ni se enamoraba ni se declaraba á las mujeres que tenía cerca, pero mi opinion es que, en realidad, hacía uno y otro. Su plática, pues, con la condesa tenía mucho de duo amoroso. Cuando decía, verbi gracia: «Se

está usted humedeciendo los pies, condesa,» la traduccion exacta de la frase, que se dibujaba en sus ojos, era: «De qué buena gana, señora, se los secaría con mi aliento.» Se había quitado el sombrero, y jugaba con él entre las manos afectando una posesion de sí mismo que estaba muy léjos de sentir. Hasta llegaba á ponerlo sobre la punta del baston y hacerlo rodar en alto. Llevaba en la boca un clavel blanco salpicado de manchas rojas, y lo mordía con una displicencia digna de un socio del Veloz Club. De vez en cuando volvía el conde la cabeza y le dirigía una sonrisa afectuosa, á la cual nunca dejaba de contestar Octavio con un saludo familiar.

—Es muy bonito ese clavel que lleva usted,—dijo la condesa, miéntras lo admiraba sinceramente con los ojos muy abiertos.

Octavio lo quitó precipitadamente de la boca.

—Si no fuese porque ya está mordido, tendría un placer muy grande en dárselo á usted... Pero, en fin, le quitaremos un poco del tallo... (al mismo tiempo cortaba la parte que había estado en la boca). ¿Lo acepta usted así, condesa?

—Con mucho gusto. Mil gracias.

Estaban ya próximos á la empalizada que circuía la finca, y para no volver por el mismo sitio, empezaron á caminar al lado de ella.

Apénas habían dado algunos pasos, cuando sintieron por la parte de fuera un aliento jadeante, y vieron en lo alto de la estacada la cabeza de un perro, el cual cayó inmediatamente á sus pies y se puso á ladrarles, sin atender á las razones de D. Primitivo, que le decía:

—Ven acá, Canelo... ¿No me conoces, Canelo?... ¿Dónde está tu amo, Canelo?...

El perro recordó que ya había visto aquella cara en otra parte, pero no quiso dar su brazo á torcer ni confesar que se había equivocado, y siguió ladrando, aunque sin gana y por compromiso.

—¿Qué es eso, Canelo?... ¿Te olvidas de los amigos, Canelo?,..

—*Guau, guau, guau.*

—¿Dónde dejaste á tu amo, Canelo?

—*Guau... guau.*

—¿Venís de caza, Canelo?

—*Guau...*

Por detras de la empalizada empezó á salir una escopeta de dos cañones, y se vió un sombrero de grandes alas que ocultaba á medias el rostro de un jóven moreno, el cual, con mucha presteza y agilidad, pasó ambas piernas por encima de las puntas de las estacas, y dando un salto quedó en pié delante del conde.

—¡Hola, Pedro! ¿De dónde vienes?

—Señor conde, fuí á matar un zorro que me dijeron andaba por la mata del tio Bonifacio. En cosa de ocho dias le zampó tres gallinas.

—¿Y lo traes?

—Sí señor, aquí está vivo todavía. No le tocaron más que unos cuantos perdigones en esta pata... ¡No se acerque usted, señora condesa, que estos animales son muy traidores!

—Hola, caballerito,—dijo el conde dirigiéndose al zorro que colgaba de la espalda de Pedro. —¿Conque entretiene usted sus ocios engullénde se las gallinas del vecindario? ¿Y se figuraba usted que sus proezas no habían de tener fin jamas?

—Este Pedro,—dijo el cura,—es un buen muchacho... es un buen muchacho. Nos va despejando la comarca de alimañas. Señor conde, tiene usted una alhaja en este muchacho... sobre todo es un mozo formal y de palabra.

—Señor cura, si no fuí á ayudarle á usted á arreglar la huerta, fué porque estos dias anduve muy ocupado preparando las cuentas...

—Bien, hombre, bien; yo no te he preguntado nada; no hago más que referir tus méritos y cualidades al señor conde.

—Es que yo entiendo muy bien las indirectas.

—Pedro, deja aquí el zorro y ve á casa por un poco de paja ó hierba seca.

—¿Qué es eso, señor conde, le quiere usted hacer cama á este bicho?—preguntó D. Primitivo.

—Sí; le quiero hacer un lecho cómodo para que se cure.

No tardó Pedro en llegar con una muy bastante cantidad de hierba entre los brazos, y así que la dejó en el suelo, ordenóle su señor que colgase el zorro por las patas traseras de la rama más baja de uno de los árboles. La condesa, miéntras se practicaba esta operacion, alejóse velozmente del grupo y se perdió muy pronto de vista entre los árboles. Mandó en seguida el conde colocar la hierba debajo del zorro, y sacó del bolsillo una preciosa fosforera de oro.

—¡Hola, señor conde, intenta usted hacer un auto de fe? Ya concluyeron esos tiempos ominosos, señor conde... ya concluyeron esos tiempos ominosos. El zorro le va á llamar á usted oscurantista, y con razon, sí señor... y con razon.

El conde se bajó sonriendo y aplicó un fósforo encendido á la hierba.

El zorro, colgado boca abajo, permanecía inmóvil, y nadie le tuviera por vivo, á no ser por sus ojos abiertos que giraban lanzando miradas recelosas á los espectadores. La sonrisa de éstos le contrariaba visiblemente. Empezaban á sonar los chasquidos de la hierba y el fuego iba cun-

diendo poco á poco por lo más interno del monton, que lanzó una bocanada de humo espeso. El zorro quedó envuelto por un instante y se le escuchó estornudar.

—Ya le sube el humo á las narices, señor conde,—dijo D. Primitivo.

El viento disipó el humo espeso, y el monton comenzó á arrojar una columnita de otro azulado y trasparente. Quedó el zorro al descubierto, y observáronse en él señales de una inquietud que iba en aumento. Todos le contemplaban curiosamente y sin quitarle ojo, excepto Pedro, el cual, ajeno totalmente al espectáculo, se ocupaba en sacar el cartucho quemado de la escopeta y en arreglar sus llaves. Una llama brotó súbito de la hierba y rozó el hocico del animal, que sacudió la rama con violencia.

—Ya le come, ya le come, por do más pecado había—dijo riendo el cura.

Tornó á brotar la llama con más fuerza y esta vez se detuvo algun tiempo en el hocico del zorro, que lanzó un chillido áspero y ridículo. El Canelo comenzó á ladrar furiosamente y fué necesario que su amo le diese un par de puntapiés para hacerle callar. Los espectadores acogieron con mucha algazara el chillido del animal. El conde no hizo más que sonreir. Por tercera vez salió la llama del monton, próximo

ya á convertirse en hoguera, y envolvió con una horrenda caricia la cabeza del zorro, el cual, tratando de huirla, principió á enroscarse, lanzando al mismo tiempo contínuos chillidos. El perro, sin hacer caso de los puntapiés de Pedro, no cesaba de ladrar y aullar, corriendo de un lado á otro, unas veces acercándose á la hoguera con las orejas tiesas y los pelos erizados, marchando otras á ocultarse entre las piernas de alguno de los presentes. La algazara había ido cesando poco á poco en el concurso y los rostros quedaron completamente sérios. El conde seguía sonriendo como ántes. Quemaba ya la hierba por todas partes y chisporroteaba arrojando pavesas inflamadas que se apagaban instantáneamente y caían convertidas en ceniza. El dia estaba concluyendo: la mancha negra de la esquina se había extendido cual si fuese de aceite por toda la pomarada. Así que, la luz de la hoguera trazaba círculos luminosos en ella y corría á veces impetuosamente por debajo de la bóveda iluminando una gran extension y prontamente se replegaba abandonando el campo á la sombra. Veíanse reflejos vivos y fugaces en las hojas de los árboles y sentíase en el rostro el calor abrasante de las llamas. El desgraciado zorro seguía enroscándose y retorciéndose para salvar su cabeza, pero el fuego le tostaba el

lomo cruelmente. Un hedor irresistible de pelo quemado se esparció por la atmósfera. El dolor arrancaba al pobre animal gritos cada vez más extraños y penetrantes que resonaban de un modo siniestro en el silencio de la pomarada. A estos gritos desgarradores respondían lúgubremente los aullidos del perro que daba vueltas en torno de la hoguera, espantado y trémulo.

Un espectador se desplomó y cayó con ruido sordo sobre el césped. Todos acudieron á aquel sitio. Era el señorito Octavio que se habia desmayado. Inmediatamente que lo levantaron recobró el conocimiento.

—No es nada, no es nada... muchas gracias... me pasa esto con alguna frecuencia.

D. Primitivo sacó de las reconditeces de su faltriquera un vaso de metal y corrió á un charco que estaba próximo. Cuando llegó con el vaso lleno, Octavio estaba ya en pié y hablaba serenamente con el conde. Mas D. Primitivo no quiso perder el viaje y acercándose cautelosamente á él, sin darle aviso alguno le encajó toda el agua en mitad del rostro. Octavio quedó un instante sin respiracion.

—Muuuchas... gra...cias, D. Primitivo... No... había necesidad...

Aunque trató de secarse inmediatamente con el pañuelo, no pudo evitar que una regular can-

tidad de agua le entrase entre el cuello de la camisa y la carne, lo cual le produjo escalofríos y estornudos para un buen rato.

El fuego había quemado en tanto la cuerda que sujetaba el zorro al árbol y el animal había desaparecido ya en la hoguera. Las llamas fueron decreciendo poco á poco y presto no hubo allí más que un monton de cenizas.

—Me parece que es hora ya de ir aproximándonos á nuestro asilo,—dijo el licenciado Velasco de la Cueva.

—Tiene usted razon, D. Juan,—repuso don Marcelino;—la noche se viene encima y de aquí á Vegalora todavía hay un paseito.

Se pusieron todos en marcha hacia la casa. A los pocos pasos hallaron á la condesa que salió de entre los árboles con un niño de la mano y el clavel de Octavio en la boca. Esta vez sintió nuestro jóven un fuerte escalofrío de placer que le indemnizó con creces de los tormentos que le había hecho sufrir el agua de D. Primitivo. Acercóse rápidamente á la dama y se puso á darle cuenta de su desmayo.

—No puede usted figurarse, condesa, lo impresionable que soy. Es una desgracia nacer con un temperamento como el mio. El médico me dice que soy un manojo de nervios y que debo evitar todas las emociones vivas, lo mismo

las tristes que las placenteras... Pero si he de huir las últimas—añadió despues de un breve silencio y fijando sus ojos tímidos en la condesa —es preciso que no vuelva á parecer por aquí...

—¿Y por qué?

—Porque... la impresion que usted me causa es demasiado placentera.

—¿Sabe usted que sin salir de Vegalora es usted ya un cortesano perfecto?

Octavio sintióse aún más lisonjeado por estas palabras que por el buen sitio que la condesa había otorgado á su clavel, y miéntras caminaban en direccion á la huerta se enredó en un laberinto de explicaciones metafísicas sobre las diferencias y afinidades que existen entre la galantería, el amor, la amistad, la simpatía etc., etc. Miéntras tanto D. Primitivo se enteraba con profunda sorpresa de que Pedro no había tocado siquiera en el cuadro de las lechugas. El procurador se guardó muy bien de comunicar la noticia á sus compañeros, y cuando llegaron á la huerta y se encontró frente á las malhadadas lechugas, que habían tenido la audacia de espigar *motu propio*, bajó la cabeza y pasó de largo sin conocerlas. No obstante, al llegar á la puerta dejó que todos pasasen delante y con la mano puesta ya sobre el cerrojo les lanzó una mirada cargada de odio y malevolencia.

—Adios, señor cura, mañana pasaré á verle en su rectoral. Adios, D. Primitivo. Adios, señor Rodriguez, que no deje usted de visitarnos con frecuencia. Adios, D. Juan; adios, D. Marcelino.

Octavio se había quitado un guante apresuradamente; y al dar la mano á la señora de la casa, le dijo en voz baja:

—¡Qué felices son algunos claveles, condesa!

Todos partieron. El cura les dejó á la salida del villorrio, y emprendió el camino pendiente y tortuoso de la rectoral. Los cuatro vecinos de Vegalora siguieron la calle de avellanos que conducía al rio, salvaron el puente, y una vez en la carretera fué asunto de pocos minutos el poner el pié en la villa. Octavio apénas despegó los labios en todo el camino. Una nube de pensamientos flamígeros daba vueltas en torno de su cabellera, y le impedía ver las que se cernían en las alturas, besadas suavemente por los moribundos rayos del sol. ¡Qué cara pondrían los tres graves señores que marchaban á su lado, si Octavio dijese en alta voz lo que iba pensando!

En una de las calles dejaron á D. Primitivo, que se metió en su casa. Más adelante dejaron al licenciado Velasco de la Cueva. Por último llegaron á casa de D. Marcelino. La tienda estaba ya iluminada.

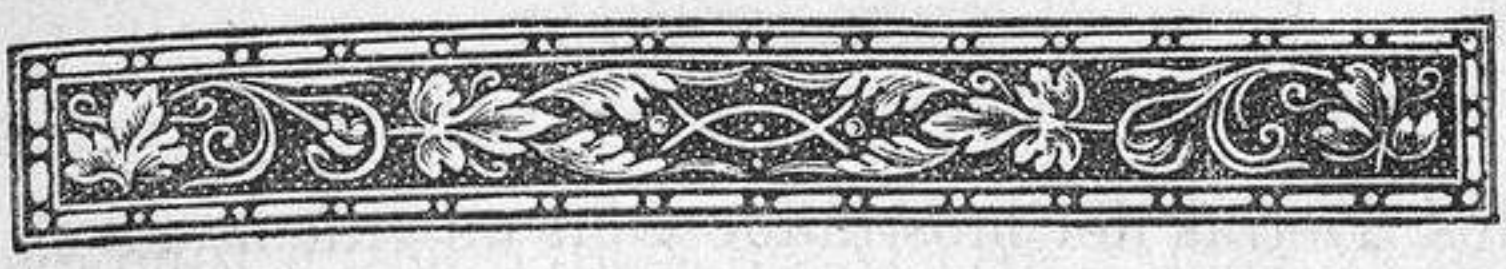
—¿No ve usted qué amigos son de la claridad

en mi casa?—dijo D. Marcelino en un tono que no expresaba ninguna satisfaccion. — ¿Quiere usted pasar, D. Octavio? No tardará la gente en llegar.

—Con mucho gusto. Pase usted, D. Marcelino.

—Pase usted, D. Octavio.

—Pase usted, D. Marcelino.



V

La tienda de D. Marcelino.

Aunque mucho más clara de lo que su amo hubiera deseado á tales horas, la tienda no era, á decir la verdad, un farol veneciano. Toda su iluminacion se reducía á una lámpara de petróleo colgada en el centro de la estancia sobre el mostrador. Y como quiera que la tienda era grande y la lámpara tenía pantalla, su luz blanca y crecida, en forma de mariposa, no conseguía traspasar los polvorientos cristales de los armarios. Si no supiéramos, pues, hace mucho tiempo, que D. Marcelino comerciaba en paños y bayetas, no era fácil que ahora nos informáramos del contenido de tales armarios. El mostrador iba desde una á otra pared á lo ancho y era oscuro, y estaba resplandeciente por el uso lo mismo que si lo acabasen de barnizar. Había clavadas en él algunas monedas falsas y en uno de sus extremos se veía una pecera muy sucia por la cual nadaban algunos pececillos colora-

dos. Detras del mostrador y en un rincon de la tienda se hallaba una mesilla rodeada por un enrejado de madera pintada de verde. Era el escritorio, ó sea el paraje más temible y peligroso de la comarca. Decía Paco Ruiz á sus amigotes del café, que prefería ir á media noche al cementerio á llegarse á las doce del dia al escritorio de D. Marcelino.

El contenido oficial (digámoslo así) del establecimiento, y por el que D. Marcelino pagaba su contribucion, si es que la pagaba, que no estoy seguro de ello, eran los paños y las bayetas; mas puedo afirmar bajo palabra de honor, que un dia vi entrar á un niño pidiendo media libra de fideos y se la dieron, otro dia entraron varios jóvenes por cohetes y salieron con ellos, y finalmente, en otra ocasion entró una mujer pidiendo sanguijuelas y observé que satisfacían su demanda. Y si D. Marcelino no era exclusivo en la naturaleza y circunstancias de sus mercancías, es fuerza confesar que aún lo era ménos en el carácter y opiniones de los tertulios que cotidianamente invadían su tienda. Allí acudían, como todo el mundo sabe, personajes tan arcaicos y retrógrados como D. Primitivo, D. Juan Crisóstomo, el cura de Vegalora y el de la Segada; conservadores partidarios del justo medio, como don Lino Pereda, D. Ignacio Valcárcel y otros; li-

berales templados como D. Baltasar Rodriguez, el juez y el promotor fiscal; y, por último, republicanos federales socialistas con todas sus consecuencias, como Paco Ruiz y su sabio amigo el jóven *krausista* Homobono Pereda, hijo de D. Lino. Fáciles son de presumir los zipizapes de que sería teatro en muchas ocasiones el establecimiento de paños y bayetas de D. Marcelino. Por fortuna éste tenía la saludable costumbre de dar la razon á todos y cada uno de los contendientes, y de esta suerte nadie se encontraba solo en la defensa de ninguna causa y la irritacion nunca podía llegar á un grado peligroso.

Cuando nuestros amigos entraron en la tienda, las únicas personas que en ella había eran doña Feliciana y su hija Cármen cosiendo debajo de la lámpara, y Paco Ruiz sentado sobre el mostrador con las piernas colgando hacia fuera, que se balanceaban suavemente como dos péndulos.

—¡Hola! ¿Vienen ustedes de visitar á la ilustre familia de los Trevia?—dijo Paco Ruiz, que era un mozo guapo y arrogante, de ojos negros expresivos, barba recortada y que á la sazon mordía, cerrando los ojos voluptuosamente, un magnífico cigarro habano.

—Sí, venimos de la Segada.

—Y diga usted, D. Marcelino, ¿repartían por allá monedas de cinco duros?

—Lo que se repartía cuando fuimos era un sol magnífico capaz de derretir las piedras.

—De manera, que usted cree que yo no debo ir á la Segada, ¿no es verdad, D. Marcelino?

Paco Ruiz dijo estas palabras con una gravedad muy cómica y doña Feliciana y Cármen soltaron á reir.

—¡Siempre ha de ser usted el mismo!—repuso D. Marcelino un poco amoscado y levantando la tabla del mostrador para entrar.

Efectivamente; Paco Ruiz siempre era el mismo, esto es, siempre era un jóven más chistoso que afable y más desvergonzado que chistoso. Pertenecía á una antigua aunque arruinada familia de Vegalora y para subvenir á sus muchas necesidades no tenía otras rentas que el tresillo, el golfo y el monte, en cuyos juegos, al decir de toda la villa, era un asombro de habilidad. Cinco ó seis horas de casino todos los dias le bastaban para gastar más con su persona que otros muchos con toda su familia. Vestía con lujo, pero caprichosamente y sin someterse á ninguna moda, traía sortijas de valor en los dedos y fumaba los mejores cigarros de la provincia. ¿Por qué era republicano Paco Ruiz? Yo que le he tratado mucho tiempo, nunca acerté

á comprenderlo de un modo exacto. Es verdad que se reía de las preocupaciones nobiliarias y decía muy buenos chistes á propósito de los conservadores; pero con todo eso, pongo en duda que hubiese en el fondo hombre más orgulloso y linajudo que Paco Ruiz. He llegado á sospechar que este muchacho encontraba muy original el ser demócrata perteneciendo á una familia aristocrática, y que, sólo buscando la belleza de tal contraste, había venido á dar con sus huesos en el partido liberal más avanzado.

Octavio pasó tambien con D. Marcelino al interior de la tienda, y se sentó al lado de Cármen, y le dijo en voz baja no sé qué cosa al oido. La niña le contestó igualmente en voz baja, y con mucha amabilidad.

Cármen era una niña hermosa; infinitamente más hermosa que su padre. Acababa de cumplir los diez y ocho años, y era blanca como la leche y rubia como el oro. Su madre tambien lo era, pero nunca había pasado por bonita. Tenía los ojos azules, oscuros y profundos como el mar, y como en éste, tambien fingía la mente detras de su misterio, palacios encantados de cristal y jardines deslumbradores. ¡Parecía increible que tal pimpollo fuese hijo del puerco espin de D. Marcelino! Cuando más niña, la llamaban en la villa *el angelito;* por cierto que ella se incomodaba

mucho y solía venir á casa llorando, cuando al salir de la escuela los chicos la seguían, apodándola de este modo. Y en efecto, era difícil imaginarse nada más lindo y más aéreo que Cármen á los doce años. Con la edad, y al hacerse mujer, los contornos celestes y angélicos se habían borrado un tanto, pero nada había perdido por eso su belleza. Sobre las líneas puras y gloriosas del ángel, la naturaleza había trazado otras más curvas y terrenales que le iban á maravilla. Confieso mi debilidad; estas mezclas de tierra y cielo en las mujeres, siempre me han hecho un efecto extraordinario. Así que, no diré una, sino muchas veces estuve tentado á soltar la pluma del narrador é introducirme como uno de tantos personajes secundarios de la historia insignificante que voy relatando, tan sólo por el gusto de galantear á la hija de D. Marcelino. Supongamos que no me hubiese dado calabazas (todo cabe en el terreno de las suposiciones); pues ya saben ustedes que, dejando aparte las antedichas curvas, la niña no estaba en la calle, como decían en Vegalora. Y si D. Marcelino me hubiese aceptado por yerno, á estas horas seguramente me tendrían ustedes, para lo que gustasen mandar, en su acreditado establecimiento, despachando con toda solemnidad camisetas de algodon y percal

frances. De esta suerte hubiera podido evitar el humillante calvario que en España se ven obligados á recorrer los que, como yo, se dedican á las letras con más aficion que ingenio; aunque tal vez cayesen sobre mi cabeza otros males de los cuales ruego á Dios les libre á todos ustedes. Amen.—Pero entónces, ¿quién hubiera escrito la novela del señorito Octavio? Galdós, Alarcon y Valera son llamados á más altas empresas, y ademas estoy seguro de que no han entrado una vez siquiera en la tienda de don Marcelino ni han puesto los piés jamas en la Segada. Y lo que es en Vegalora y seis leguas á la redonda afirmo, aunque parezca inmodestia, que no hay un solo novelista que me llegue á la suela del zapato. Por no privar, pues, á las generaciones futuras de obra tan interesante y por cierto contrato que sobre ella tengo hecho con un librero, me propongo relatar fielmente la historia sencilla de nuestro amigo Rodriguez.

Continúo y digo, que Cármen tenía un modo de mirar dulce, rápido y lleno de timidez que seducía á la gente jóven de la villa. Cuando lanzaba una de sus miradas fugaces y vivas como un relámpago de estío, parecía que el alma se asomaba un instante á los ojos, poníase al tanto de todo, y se entraba otra vez, y velozmente, en su retiro. Hablaba poco y sonreía á

BIBLIOTECA DE ASTURIAS BIBLIOTECA PUBLICA

menudo. Los tertulios viejos de D. Marcelino no tenían boca bastante para elogiar su modestia y afabilidad; los jóvenes no hallaban términos suficientes para exaltar su belleza.

—Conque, diga usted, D. Marcelino, y no se ofenda, ¿el conde viene tan loco como se fué?

—Vaya, vaya, veo que está usted de mejor humor que yo.

—Me han contado cosas muy graciosas de su vida en Madrid. Últimamente le ha dado, segun me han dicho, por bañarse todos los dias en una porcion de aguas, de modo que la última quede siempre tan cristalina como ántes de meterse en ella. El mejor dia le van á salir escamas al pobre señor, aunque ya me parece que vive escamado... y hace bien, porque su mujer vale lo que pesa.

—Vamos, Paco, no sea usted malo,—dijo doña Feliciana con una mueca que revelaba la influencia fascinadora que sobre su alma ejercía la murmuracion.

—Si usted fuera á dar crédito á todo lo que se dice, Paco,—añadió D. Marcelino,—pasaría la vida escuchando necedades.

—Pero, hombre de Dios, ¿quiere usted decirme á mí lo que es ese caballero? ¿Pues no le he visto yo pegar un tiro á una yegua que le había costado diez mil reales porque se le encabritó

cerca del puente nuevo? ¿Y no recordamos todos cuando andaba por esas calles vestido de dril blanco en el mes de Enero?

—A mí me contó Dolores, la doncella que dejaron aquí,—apuntó doña Feliciana,—que recien casado con Laura la obligaba á sentarse en una mecedora y él se sentaba frente á ella en otra y pasaba horas enteras meciéndose, sin quitarla ojo.

—¡Estaría divertido, como hay Dios!.. Pero eso tambien creo que lo hacía D. Marcelino con usted; ¿no es verdad, doña Feliciana?

—¡La cuenta!—dijo ésta un poco cortada.—Nosotros los plebeyos no podemos darnos el gusto de tener extravagancias como ustedes los aristócratas.

—¡Adios! ya se enfadó doña Feliciana.

—¡Buena tonta sería en enfadarme por una simpleza como esa! Me parece que ya debía estar acostumbrada á sus ocurrencias.

—*Nosce te ipsum*, doña Feliciana. Usted está enfadada y no lo conoce. Meta usted la mano en el pecho y se hará cargo...

—¡Cállese usted, hombre, cállese usted,—exclamó la señora de D. Marcelino queriendo contener la risa sin poderlo conseguir.—A usted hay que meterlo en salmuera para que no se pierda.

—Está visto; doña Feliciana no puede enfadarse conmigo.

Y así era la verdad. El espíritu de aquella señora guardaba en sus adentros notables afinidades con el del jugador, y ambos se comprendían admirablemente. Para doña Feliciana, encerrada noche y dia detras del mostrador y ocupando todas las horas de su existencia en ir levantando poco á poco y ochavo á ochavo la fortuna de su marido, Paco Ruiz, con sus dichos picarescos, á los cuales daba realce la constante gravedad de su fisonomía, representaba el teatro, el baile, las joyas, los vestidos y todo lo que constituye el recreo y á menudo la felicidad de una mujer. Para el jugador, doña Feliciana era un sér despreciable, como todos los de la creacion, pero que le comprendía, alcanzando el valor de sus frases irónicas. En muchas ocasiones, pues, y cuando se enredaba en los pliegues de un *humorismo* harto sutil, Paco se veía en la necesidad de hablar sólo para doña Feliciana. El resto de la tertulia adivinaba de un modo vago la malignidad de que estaban cargadas las palabras, pero no iba hasta el fondo de su significado.

Llegó, en esto, á la tienda un señor como de sesenta años de edad, alto, delgado, vestido todo de negro y con sombrero de copa. Y á propósito

de los sombreros de copa, necesito decir que en Vegalora sólo había siete personas que lo gastasen á diario, entre las cuales se contaban el licenciado Velasco de la Cueva, el juez, D. Ignacio Valcárcel y el caballero de las patillas blancas, que ahora da las buenas noches á los presentes con una reverencia protectora, que indica claramente la enorme respetabilidad de que gozaba.

—Buenas noches, D. Lino,—dijo Paco.—¿Dónde ha dejado usted á Homobono?

D. Lino tosió dos ó tres veces, se sentó con mucha calma y se dignó responder al cabo de algunos instantes:

—Homobono, entregado al estudio con harto más ahinco de lo que aconseja la higiene y la prudencia, no vendrá hasta dentro de un rato.

—Tiene usted un hijo de mucho provecho, D. Lino. Bien que, siendo republicano, no hay para qué añadir que es un jóven excelente.

D. Lino tosió otras tres veces y dejó trascurrir bastante espacio entre la tos y el discurso.

—¿Qué se os alcanza á vosotros todavía sobre los altos asuntos de la política? Como sóis unos muchachos (Paco tenía treinta años), camináis desenfrenados persiguiendo un ideal de todo punto imposible. (D. Lino vuelve á toser y prosigue su oracion firme y pausadamente, como hombre que posee una renta de cinco mil duros

en bienes raíces).—¿Nunca observásteis cómo el hombre que corre mucho para llegar á un punto, á menudo cae y se inutiliza y no consigue jamas su propósito? ¿Y cómo el que á su lado camina lenta, pero seguramente, suele dar cima á su empresa y logra ver colmados sus deseos?...

—Pero, D. Lino, ese argumento no tiene fuerza, porque...

—Espera, hombre, espera; déjame terminar; los jóvenes sóis muy precipitados. (Nueva y prolongada pausa.) Pues de la misma suerte que entre estos dos caminantes, el segundo es el juicioso y el primero el insensato, y el uno consigue su intento, miéntras el otro derrocha estérilmente sus fuerzas y las consume, así en el gobierno de las naciones, cuando se quiere caminar con harta celeridad por el arriesgado sendero de las reformas, nos exponemos á caer en el abismo de las revoluciones, al paso que...

—Sr. D. Lino, esa no es razon...

—Espera, hombre de Dios, espera... Al paso que, marchando sin impaciencia, poquito á poco, con la vista fija en el camino para no tropezar con los obstáculos que en él hubiere, es más hacedero llegar al fin á la consecucion de una prudente, relativa y bien entendida libertad.

—Esa prudente, relativa y bien entendida libertad, guárdesela usted, D. Lino. Estamos

hartos de sufrir injusticias y no conozco más libertad que una. Y si caemos en las revoluciones, ¿qué? Al pueblo ya no se le comulga con ruedas de molino; necesita algun desahogo y se lo toma cuando puede. Si ustedes no quieren exponerse á esos disgustillos, no le tiranicen ustedes tanto, instrúyanle ustedes, aliméntenle ustedes, trátenle ustedes como hermano...

—Despacio, despaacio, despaaacio... no vayamos á dar tan pronto en huecas declamaciones. Es necesario ante todo, cuando se habla, medir y pesar escrupulosamente el valor de las palabras que se emplean: de otra suerte estamos siempre en inminente peligro de caer en anfibologías y contradicciones. La exactitud en las palabras es lo único que nos puede llevar á la verdad... Vamos á ver, hombre, vamos á ver (D. Lino tosió otras cuantas veces). ¿Qué es lo que entiendes tú por pueblo? ¿Darás por ventura el nombre de pueblo á la gavilla de perdidos haraposos que hace seis meses pasó por aquí y me robó catorce mil reales? ¿Daráslo acaso á los holgazanes que pasan su vida conspirando y poniendo en grave riesgo la seguridad del Estado y la tranquilidad pública?... En manera alguna lo entendemos así. (Este era un giro de *El Pabellon Nacional* que D. Lino leía todas las mañanas.) El pueblo son los honrados braceros

que ganan el pan con el sudor de su frente, que no conspiran, que no perturban el órden con motines y algazaras, que no conocen siquiera el Gobierno que les manda, porque siendo su destino obedecer, lo mismo les da que sea uno que otro. A este pueblo honrado, laborioso y digno de ser protegido por los gobiernos no sólo no se le puede confiar la direccion de los altos intereses del Estado, como vosotros pretendeis, pero ni siquiera se le puede conceder la intervencion, porque es ignorante en primer lugar, y en segundo, porque se encuentra á merced de todas las seducciones y todos los apetitos insanos. Las clases directoras de la sociedad han sido, son y serán eternamente las que por su nacimiento ó por su fortuna gozan de independencia y tienen medios de ilustrarse. No es el pueblo, no, el que pide derechos que no le corresponden...

—Porque le tienen ustedes embrutecido.

—No es el pueblo, no,—siguió D. Lino sin contestar á la interrupcion; — el pueblo no pide derechos, porque con derechos no se come: lo que pide el pueblo es trabajo y vosotros con vuestras insensateces contribuís á que no lo tenga. El capital es medroso por naturaleza y huye de los motines y se refugia en los países tranquilos. Por eso en nuestro país no hay en el dia agricultura, no hay industria (al decir esto contaba por los

dedos), no hay comercio, no hay arte, no hay ciencia...

—¿Y cree usted que en tiempo de Calomarde habia todo eso?

—Espera, hombre, espera... No hay hacienda, no hay riqueza pecuaria, no hay marina, no hay ferro-carriles, no hay carreteras, no hay caminos vecinales, no hay correos, no hay telégrafos, no hay puertos de refugio, no hay canales, no hay mercados cubiertos, no hay administracion general, no hay administracion provincial, no hay administracion municipal...

Dejemos á D. Lino enumerar la parte negativa de nuestro país, que ya tiene tarea para un rato, y digamos al lector que tales y casi idénticas razones se repetían todas las noches en la famosa tienda donde sin su permiso le hemos introducido. Si á D. Lino le faltase este cachito de discusion, que por su edad y prestigio, venía siempre á reducirse á un monólogo conservador, pienso que no tendría ganas de cenar al irse á casa. Paco Ruiz le respetaba mucho más de lo que podía esperarse de su carácter díscolo y desvergonzado, lo cual no sé si procedía de la amistad que le unía á su hijo Homobono ó de otra mayor razon.

Durante la discusion de Paco y D. Lino, fueron entrando en la tienda y sentándose en los bancos forrados de gutapercha, algunas figuras

silenciosas, que resultaron ser las del juez, D. Ignacio Valcárcel, el promotor, el médico y otros dos caballeros á quienes no tengo el gusto de conocer. Callaron un buen rato y atendieron á las razones que ambos contendientes se arrojaban al rostro; pero observando su escasa ó ninguna novedad, se pusieron á hablar entre sí. Don Ignacio fué el primero que se volvió hacia sus compañeros entablando conversacion: no le gustaba escuchar, segun decía, sino cuando le enseñaban algo. Por eso él, siempre que hablaba, vertía raudales de ciencia, enseñando á sus oyentes á qué hora se había levantado, si el chocolate le había producido algun ardor en el estómago, cuál era su paseo favorito, si las últimas botas que le hicieron habían resultado buenas, en qué postura dormía más á su gusto, etc., etc. Estos conocimientos no salían de la esfera de su personalidad. Si D. Ignacio fuera un poeta inspirado ó un gran filósofo ó un estadista notable, tendrían, á no dudarlo, bastante importancia, sobre todo, cuando se tratase de escribir su biografía; pero, desgraciadamente, no sentía ninguna aficion á las musas, odiaba á los filósofos, y en cuanto á la política, quedaba reducida su actividad á leer *El Tiempo,* por lo cual ustedes me perdonarán que no haya tomado más apuntes sobre su carácter, ni diga una sola palabra acer-

ca de la influencia que ha ejercido sobre el presente siglo.

Un grupo de mujeres, abrigadas con mantones grises y envuelta la cabeza en sereneros de estambre de varios colores, entró en la tienda animándola repentinamente con una ráfaga de saludos y movimientos desordenados. Doña Feliciana y Cármen se levantaron y salieron á recibirlas. Hubo por un breve rato besos sonoros en las mejillas, risas descompasadas y preguntas sin fin. Todas aquellas señoras querían hablar á un tiempo, todas tenían en su cabeza un mundo de pensamientos referentes á si habían salido ó no habían salido de casa el dia anterior, á si habían traido el calzado fuerte por causa de la humedad, á si habían cenado primero que otras noches, ó si estaban constipadas, ó no habían tenido humor para peinarse, etc., etc., que necesitaban echar fuera cuanto más ántes y sin darse punto de descanso. Ya un tanto sosegadas, doña Feliciana propuso que se pasara á la trastienda, y allá se fueron las hembras acompañadas de Paco Ruiz, el promotor y Octavio. Los caballeros quedáronse en sus puestos, y es fama que en toda la noche el infeliz D. Ignacio no pudo aprender nada, gracias á la prodigiosa facundia de D. Lino.

Una vez en la trastienda, que era una sala

cuadrada bastante sucia, vestida de una estantería de madera llena de piezas de paño, y sembrada, sobre todo hacia los rincones, de una multitud de objetos polvorientos y enmohecidos, las señoras se despojaron de sus abrigos. En el centro había una gran mesa cubierta con un tapete azul, y colgando sobre ella una lámpara idéntica á la de la tienda. Sentáronse todos con gran algazara y moviendo las sillas mucho más de lo necesario. Octavio se sentó al lado de Cármen, sin que nadie se acordase de disputarle el sitio; ántes por el contrario, se observó por varias de las señoras, que doña Feliciana, distraidamente sin duda, soltó velozmente una silla que tenía cogida al lado de la de su hija, cuando nuestro jóven se acercó á ella.

—Venga esa bolsa, Carmelita,—dijo Paco que andaba dando vueltas alrededor de la mesa, metiendo la cabeza entre las señoras, hablando y riendo con todas,—¿dónde la ha puesto usted?

—Ahí, en el segundo estante, á la izquierda... cójala usted.

—Señoras, yo llevo la voz cantante esta noche. Les participo que he tomado ántes de venir dos huevos crudos. Ninguna de ustedes está en situacion de hacerme la competencia. Daré el *dó* de pecho y haré una porcion de *fermatas* de última novedad.

Paco sacó de la enorme bolsa de percal un enjambre de cartones de lotería y los dejó sobre la mesa. Las señoras se apresuraron á tomarlos y ponerlos delante de sí, uniéndolos simétricamente. Despues sacó un plato de metal que quedó fijo en el centro.

—Vamos, señoras, dinero al plato, dinero al plato,—dijo doña Feliciana.

Los tertulios fueron sacando de sus faltriqueras un crecido número de monedas de cobre y otro mucho más escaso de plata.

—Yo no tomo hoy más que un carton,—dijo una señora que tenía cara de lagartija.—El domingo perdí seis reales... Ahí va un perro chico.

—Doña Demetria,—apuntó Paco,—es usted muy desgraciada en el juego. Debe usted ser dichosa en amores.

—Sí lo he sido, porque nunca tuve un novio tan insignificante como usted.

—Por más que usted diga otra cosa, doña Demetria, yo sigo creyendo que usted y yo haríamos una pareja muy cuca... Ya sabe usted que en cuanto esos labios de coral pronuncien el ansiado sí, encargo el *trousseau* á Madrid... ¿Le gustan las camisas de seda, doña Demetria?

—Vaya, vaya, callen los novios, y empiece ya á cantar,—dijo doña Feliciana.

—Vamos allá.

Paco empezó á remover con mucha prisa y donaire la bolsa. Las bolas de madera de boj que había dentro produjeron un ruido desagradable.

Octavio acercó la boca al oido de Cármen y le dijo suavemente en voz muy baja:

—¿Te has acordado mucho de mí hoy?

La niña se sonrió y siguió mirando para los cartones que tenía delante.

¡Hola, hola! ¿Conque al parecer el señorito Octavio es novio de la niña de D. Marcelino? ¡Quién lo hubiera dicho hace pocas horas al verle tan rendido y melifluo al lado de la condesa de Trevia! Y no es un novio cualquiera, segun todas las señales, sino un novio consentido y aceptado por los padres, esto es, un novio oficial. ¡Qué bien se conoce que D. Baltasar Rodriguez ganó mucho dinero á la abogacía y áun más con algunos negocios de minas en que estaba metido! D. Marcelino poseía un buen capital, pero tenía varios hijos, miéntras don Baltasar acumulaba riquezas para uno solo. Hé aquí el secreto de que nuestro señorito se hallase sentado tan á sus anchas al lado de la hermosa Cármen.

—Esta noche he soñado—continuó Octavio en voz apénas perceptible—que te habías muerto. Estabas tendida sobre un lecho de hojas

de laurel y sándalo y tenías ceñida la frente por una corona de azahar. Tu madre me llevó de la mano adonde yacías y me dijo: «Mira qué hermosa está; ¡si parece que está dormida!» Yo me incliné sobre ti y te contemplé algun tiempo y se me saltaron las lágrimas. Mis lágrimas cayeron sobre tu rostro y levantaste la cabeza con un movimiento rápido: «¡Está viva, está viva!» gritó tu madre...

—¡Sabes que sueñas unas cosas divertidas! Habrías cenado fuerte.

—Entónces yo me incliné aún más, mucho más, metí las manos suavemente por debajo de tu cabeza y la aproximé mucho, muchísimo á la mia. Despues hice una cosa que quisiera estar haciendo á todas horas...

—¡Qué tonto eres!—dijo la niña ruborizándose.

—El once; el cuarenta y tres; el setenta pelado, y revuelvo—gritó Paco.

Miéntras agitaba las bolas, todas las miradas se posaron en los dos amantes, que instantáneamente cesaron de conversar. Paco volvió á sacar y á gritar los números.

—¿Me quieres mucho?

—Como la trucha al trucho—contestó riendo la niña.—¿No te lo he dicho bastantes veces? Ya debías estar cansado de saberlo.

—Dime, ¿cuando te despiertas por la noche, en qué piensas?

—Yo nunca despierto por la noche, querido. En cuanto apago la luz quedo como un leño, y si alguna vez por casualidad me despierto, al dia siguiente no me acuerdo de lo que estuve pensando. Ya sabes que yo no soy tan poética como tú... Apunta ese diez y siete que acaba de salir... Yo creo que para querer bien no se necesita tener esas ideas románticas.

—Pues yo creo que sí.

—Pues yo creo que nó.

—Vaya, no riñamos y mírame un poco. Tú no sabes las cosas que yo veo al traves de tus pupilas azules. Lo más hermoso que existe en la creacion es azul; el cielo, el mar y tus ojos. ¿No has observado qué aficion tengo al color azul desde que te quiero? Mira mi traje; mira corbata...

—El veintiocho; el tres; el cinco; el ochenta pelado y revuelvo—gritó Paco.

—Ya tengo terno,—dijo doña Feliciana.—Oiga, Paco, no ha contado usted á estas señoras la escena de la llegada de los condes. ¡Si vieran ustedes qué bien imita á Laura! Es morirse de risa. Vamos, Paco, describa usted la escena.

—Sí, sí, que la describa,—dijeron todos.

—Ahora estamos jugando; más tarde—repuso Paco.

—No, no, ahora—clamaron todos.

El jugador se hizo todavía un poco de rogar, pero al fin, cediendo á las instancias reiteradas del concurso, dejó la bolsa sobre la mesa y dijo á doña Feliciana.

—Pues bien; ofrézcame usted las rosquillas.

Doña Feliciana se levantó con la sonrisa en los labios, tomó el plato de los cuartos y se fué hacia Paco con ademan humilde y presentándoselo. Entónces el jugador, con modales grotescos y atiplando la voz, comenzó á remedar á la condesa de Trevia (que en aquella tertulia se llamaba siempre Laura á secas) contrahaciendo sus nobles y sencillas palabras y poniendo en caricatura sus graciosos ademanes. Los tertulios todos, exceptuando á Octavio, reían con estrépito cuando Paco Ruiz tomaba con la punta de los dedos, y como temiendo mancharse, una moneda del plato y figuraba morderla con mucha delicadeza, diciendo: «Están muy buenas, doña Feliciana: ¿las ha hecho usted? No podía usted ofrecerme un regalo mejor, señora.» Y las frases incisivas y groseras volaban de boca en boca, miéntras el jugador, como un notable comediante, seguía parodiando la escena breve, en la cual, aquella doña Feliciana que ahora se reía con tan rematado gozo, había salido á la calle toda sofocada con una bandeja de dulces, prodi-

gando á la condesa las más extremadas y serviles lisonjas. Una señora exclamaba: «¡Ya lo creo que estarían buenas! ¡Que se acuerde de las que comía en casa de su padre!» Otra decía: «¡Vaya por Dios, señor; yo con estas cosas me mareo!» Mas allá murmuraba una vieja: «¡Qué mundo este y cuántas vueltas da!» Y todas ellas hacían coro con sus risas maliciosas y sus dichos punzantes á la mímica del jugador, el cual, así que concluyó de representar la escena, volvió á coger la bolsa, y dijo hablando consigo mismo en un tono entre compasivo y desdeñoso: «Á esta pobre Laura le sienta el condado como á un Cristo un par de pistolas.» Las señoras le miraron con respeto y rieron discretamente este chiste que cerraba la serie de los pronunciados con tal motivo. Octavio dijo á Cármen en voz baja pero muy irritada:

—¡Parece mentira que tú te rías de estas payasadas!

La niña le miró con ojos muy abiertos y asombrados como si no acertara á comprender la posibilidad de que fuese malo y feo lo que solazaba á tanta gente respetable. Desde que tuviera uso de razon no había escuchado en su tienda otras conversaciones.

—El treinta y dos; el siete; el setenta y uno; la niña bonita...

—Es decir, Cármen,—sopló Octavio al oido de su novia, la cual le pagó con una mirada risueña que sin duda significaba: «¡Acabáras de decir algo de provecho!»

—Los anteojos de Mahoma; el uno; arriba y abajo...

—¡Alto! ¡alto! ¡alto!—exclamó atropellándose una señora que tenía una berruga en la nariz y gastaba sortijas de pelo en las sienes.

—Ya principia doña Faustina,—dijo doña Feliciana con mal humor.—¡Bendito sea Dios, señora, qué suerte tiene usted!

Miéntras se confrontaban los números del carton con los de las bolas que se hallaban esparcidas encima de la mesa, tarea que duró un gran rato, porque Paco se complacía en atormentar á doña Faustina, diciendo á lo mejor: «El tres no ha salido,» y mostrándose sumamente perplejo, hasta que parecía despues de bastante tiempo, los amantes no cruzaron la palabra. Cuando el jugador volvió á agitar la bolsa, comenzó otra vez el arrullo suave de los tórtolos.

—Te voy á pedir una cosa.

—¿Qué es?

—¿Me la concederás?

—Díme ántes lo que es.

—No, no, quiero que me digas primero si has de concedérmela.

—Miéntras no sepa yo de qué se trata, no te lo puedo decir: ya comprendes que si es una cosa que no deba concederte...

—Pues bien, te lo diré; dame un zapatito tuyo.

—¡Ave María Purísima, qué suciedad! ¿Y para qué quieres tú eso?

—Para tenerlo guardado siempre como una reliquia en un cofrecito de cristal y ponerlo al lado de mi cama; para sacarlo cuando me vaya á acostar y acordarme de ti y darle un millon de besos...

—¡Calla, calla, sucio!—exclamó la niña sonriendo y un poco ruborizada.

—El diez y seis; el treinta y nueve; el setenta pelado y revuelvo.

—¡Jesús qué setenta,—interrumpió doña Demetria,—ni una sola vez deja de salir!

—¿Me lo concederás, hermosa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es una suciedad... Apunta ese cuarenta y nueve.

—Todo es límpido y bello tratándose de ti.

—¿Te figuras que yo soy cuerpo santo?... Espera, espera un poco,—dijo mirando para los cartones de Octavio,—has dejado pasar el trece sin dar el alto.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—preguntó doña Feliciana, introduciéndose en la conversacion.

—Que Octavio ha dejado pasar el trece, que le faltaba, sin dar el alto.

—Pues ahora ya no tiene derecho,—exclamó precipitadamente y lanzando miradas ansiosas al plato, doña Faustina.

—¿Y por qué no lo ha de tener, si estaba distraido?—repuso doña Feliciana.

—Pues por lo mismo; el juego es juego y se ha de atender á él con formalidad.

—No se apure usted tanto, señora, que no es puñalada de pícaro. Si tuviera los cinco sentidos puestos en el carton, como usted, no le sucedería eso.

—No se necesita tener puestos los cinco sentidos para apuntar los números que salen, y es una triste gracia que, porque una persona se distraiga, los demas suframos las consecuencias.

—Más triste es la gracia de ganar una lotería y que otro se la lleve.

—Mire usted,—dijo Paco al oido de la señora que tenía á su lado,—con qué energía defiende doña Feliciana los perros chicos de su yerno.

Doña Feliciana comprendió por el movimiento de los labios del jugador y por la sonrisa de su compañera, que había servido de tema á una burla, y no dijo otra palabra. El juego continuó y

volvió á escucharse el cántico de los números en medio de un religioso silencio. Al cabo de unos instantes doña Faustina dió el alto.

Dejo al lector considerar lo que entónces pasó por el corazon de doña Feliciana. Si no fuese porque Paco la miraba fijamente y sonriendo, estoy seguro de que aquella noche doña Faustina hubiera oido las verdades del barquero. Otras cinco veces entraron de golpe las bolas de boj en la bolsa y otras tantas salieron una á una y con pausa. Con la vista fija en los cartones y un grano de maiz entre los dedos todos los tertulianos permanecían silenciosos y atentos, excepto nuestro señorito, que á menudo se inclinaba hacia la oreja nacarada de Cármen para decirle algunas palabras. Aunque parezca mentira, aquel senado gozaba placeres infinitos miéntras alguno de sus miembros no gritaba «¡alto! ¡alto!» El único que se aburría de un modo irresistible era Paco, quien procuraba ostentar su aburrimiento y presentarlo á la tertulia como un nuevo derecho á su gratitud y admiracion. Su grito bronco y desafinado llegaba perfectamente hasta la tienda y hacía sonreir á los padres graves en los momentos de silencio. La charla de éstos sólo llegaba á la trastienda cuando degeneraba en disputa. A las diez se levantó una señora diciendo que era muy tarde. Las demas lograron conven-

cerla de que debía esperar la última lotería. Cuando concluyó, todos empujaron los cartones hacia adelante y Paco comenzó á tirar granos de maíz á las señoras, que se alborotaron como gallinas en el corral y muertas de risa dispararon iguales proyectiles contra el agresor, el cual haciendo muecas y contorsiones cómicas fué á refugiarse en un rincon de la estancia. Miéntras tanto Octavio separaba un lápiz de oro que pendía como un dije de la cadena de su reloj y volviendo un carton del reves escribió estas palabras: «Adios, dueño mio; voy á pensar en ti.» Despues presentó el carton á su novia. La niña se rió, y pidiendo el lápiz á Octavio, comenzó á borrar lenta y cuidadosamente lo escrito.

—Vaya, vaya, que es muy tarde—dijo con impaciencia la señora que primero se había levantado.

Empezaron á ponerse los abrigos. Paco tomó el serenero de una señora y se envolvió la cabeza con él y salió de esta traza á la tienda, donde fué recibido con risas protectoras y benévolas. Las señoras á su vez chillaban y soltaban carcajadas agudas que provocaban á reir. Hubo, lo mismo que á la entrada, apretones de manos, besos sonoros y mucho ruido. Todas las damas hablaban á un tiempo. Octavio aprovechó la confusion para mandar un beso á su novia con

la punta de los dedos. Por fin el bullicioso grupo salió á la tienda, y de allí, despues de haber tomado en su compañía la parte masculina de la tertulia, á la calle. En la puerta encontraron á Homobono Pereda, que era un muchacho de veintidos años con las piernas torcidas y cara de niño lloron. En Vegalora le llamaban el *Feto*. Acababa de concluir la carrera de Filosofía y Letras en Madrid y tenía ya escrito y publicado un volúmen sobre los *Orígenes de la vida;* otro, que comprendía sólo la parte general, sobre el *Libre albedrío,* y un folleto de sesenta páginas titulado *¿Adónde vamos?* en el cual se esclarecían de todo en todo las más famosas teorías y sistemas que han nacido para defender la inmortalidad del alma. D. Lino deploraba en público «las ideas extraviadas y los sueños» de su hijo, pero en realidad no dejaba de considerarlo como un milagro y como á tal lo sacaba á pasear casi todas las tardes por la villa, ofreciéndolo á la admiracion de sus convecinos con la misma uncion que el sacerdote al presentar al Santísimo Sacramento á la vista del pueblo. Había conocido y tratado en Madrid á muchos elevados personajes y lumbreras científicas, y cuando á ellos se refería en la conversacion, solía decir del modo siguiente: «Viniendo yo un dia de casa de Nicolás (entiéndase Salme-

ron...) Así me lo decía en cierta ocasion Emilio (entiéndase Castelar...) Estando en el Ateneo con Paco Silvela y Perico Alarcon... etc., etc. Esto producía un efecto mágico en todo el partido judicial.

—¡A buena hora llega usted!—dijeron á un tiempo dos señoras, así que vieron á Homobono. —De seguro estaría usted estudiando... los libros le sacan á usted loco.

—No lo crean ustedes,—repuso el Feto ruborizándose.—No hice más que entretenerme un rato... Pensaba venir á jugar, pero se me pasó la hora sin saber cómo... Aunque ya era tarde, como estaba muy cansado, salí á tomar un poco el fresco... Tengo la cabeza como un horno...

—Eso no puede ser bueno, Homobono,—dijo una señora.

—Se está usted matando,—añadió otra.

—Todos los extremos son malos,—apuntó una tercera.

—¡Sí, sí; estudia, querido,—exclamó Paco Ruiz,—que ya verás cómo te paga este país!

D. Lino sonreía bienaventuradamente diciendo al promotor, «que bueno era estudiar, que brutos demasiados había en Vegalora.» El grupo siguió marchando por las calles oscuras y mal empedradas riendo cuando alguno tropezaba y charlando animadamente. Poco á poco se

fué reduciendo el peloton por ir deteniéndose cada cual á la puerta de su casa. Octavio no se fué á la suya hasta despues de acompañarlos á todos. Ya sabemos el trabajo que le costaba despedirse de un concurso. Cuando llegó á ella su madre le esperaba y la cena tambien. D. Baltasar ya se había ido á la cama. Durante la cena, madre é hijo hablaron como dos amigos en un tono discreto y confidencial. No quiero decir lo que hablaron, porque se va haciendo muy largo este capítulo. Sólo apuntaré que Octavio llevó casi todo el tiempo la palabra y que su madre le escuchaba atentamente y con satisfaccion. Los ojos de doña Rosario expresaban un orgullo inocente al posarse sobre el rostro de su hijo, más lánguido y ojeroso que de costumbre.

Finalmente, entróse nuestro mancebo en el cuarto donde por la mañana le encontramos, y miéntras se quitaba perezosamente la ropa y arreglaba con voluptuosidad las cortinas del lecho, no dejó de pensar un instante... ¿en quién, en quién pensaba el hijo único de D. Baltasar Rodriguez? No sabré decirlo á punto fijo, porque las palabras fugaces que se le escapaban una que otra vez de los labios eran incoherentes. Sólo cuando alzó la ropa del lecho y metió una pierna dentro, se le oyó claramente decir: «¡Qué elegan-

cia, qué distincion!» Y más tarde, cuando apagó con un soplo la luz de la bujía y se zambulló en las sábanas, tambien se le oyó murmurar: «Es bonita, es bonita y tiene un tipo ideal, pero ¡es tan cursi la pobre!»

VI

Un dia más.

La doncella que á la mañana siguiente entró en el dormitorio de la condesa de Trevia hizo el menor ruido posible al entreabrir los balcones, y dirigiendo una mirada triste y compasiva al lecho de su señora, salió sobre la punta de los piés como había entrado. La condesa se incorporó y estuvo un buen rato paseando la vista por los objetos que en torno suyo yacían con insistente y extraña curiosidad, como si la hubiesen trasportado durante el sueño á un paraje que jamas hubiera visto. Tenía las mejillas encendidas, y sus ojos brillaban de un modo sombrío debajo de la primorosa cofia que mantenía prisioneros sus cabellos. Bien se echaba de ver que no había despertado en aquel momento. El sueño dulce de la juventud no arrebata de tal suerte las mejillas, ni infunde en los ojos semejante brillo, ni deja, sobre todo, tal expresion aciaga sobre el rostro.

Por delante de aquellos ojos inmóviles y resplandecientes como el acero bruñido había desfilado durante la noche una procesion de fantasmas que la martirizaron con muecas horrendas. La mirada de Laura guardaba aún restos del terror y el extravío que las visiones infunden siempre en el alma.

¿Qué había pasado aquella noche? No lo sé á punto fijo; mas presumo que sería lo que otras veces. Porque la jóven condesa, en los años que llevaba de matrimonio, había visto desfilar muy á menudo sobre su lecho la misma procesion de fantasmas pálidos. Un criado indiscreto dijo al cabo de algun tiempo á un vecino de Vegalora que aquella noche había visto por la rendija de una puerta á la condesa de rodillas ante miss Florencia. El conde, con el rostro más pálido que nunca, los brazos cruzados y un poco tembloroso, estaba en pié mirándola fijamente. Ántes había percibido en el gabinete de sus amos ruido de pasos precipitados, voces y gemidos, lo cual había excitado su curiosidad hasta el punto de impulsarle á espiar lo que hacían. Cuesta trabajo á la pluma apuntar ligeramente ciertos pormenores, cuanto más descender á narrarlos menudamente, por lo que el lector me perdonará que esta vez no describa una escena muy viva y muy conmovedora, pero muy repugnante. ¡Ojalá estuvie-

ra en nuestra mano el hacer siempre lo mismo y pudiésemos pasar en todas ocasiones cerca de la basura del alma, como pasamos cerca de la de la calle; sin mirarla!

La condesa concluyó al fin por fijar su mirada extraviada en el brazo que tenía fuera de la cama, hizo un gesto de dolor, sacó el otro que tenía entre sábanas, y suave y lentamente empezó á recoger hacia arriba la manga del primero. La tenue camisa de batista fué poco á poco arrollándose en torno del brazo, como un turbante. Los hechizos de aquel brazo, prodigio de elegancia y blancura, iban quedando al descubierto sin recibir el homenaje de admiracion que un escultor le hubiera seguramente otorgado. La condesa no atendía sino al ascenso del turbante, que empujado delicadamete por sus dedos, iba aumentando de tamaño. Por último cesó de dar vueltas. En una de ellas había aparecido de pronto sobre el fondo blanco y lustroso del brazo una gran mancha morada con bordes amarillentos. Laura, al ver aquella mancha, no pudo reprimir un leve gesto de espanto: despues siguió con la vista clavada en ella un larguísimo rato con la misma expresion de extravío ó indiferencia. Poco á poco se fueron contrayendo sus labios y dejaron paso á una sonrisa dura y cruel como nunca se había visto en su fresca y cándida boca. Y detras de

esta sonrisa quiso percibirse, allá en el fondo de la garganta, una risa apagada, nerviosa, amenazadora, como jamas tampoco había salido de su noble pecho. Todas las almas, hasta las más puras, se sienten acariciadas en algun instante de su vida por el crímen. La condesa sentía ahora, sobre la frente, su beso ardoroso y maldito. Separó los ojos de la mancha morada y los movió siniestramente en todas direcciones. Parecía buscar la víctima. Dejó vagar sus manos crispadas sobre la cama, apretando con fuerza la ropa y soltándola instantáneamente. Quizá buscaba el arma.

Pero ni la víctima ni el arma se mostraron. En vez de ellas, tropezaron sus ojos al pasar por la ventana con los almenados riscos de la Peña Mayor, que flotaba á lo léjos en el éter azul. Pocas veces apareció tan pura y limpia de vapores como en aquel momento. La mañana era espléndida; el sol había madrugado mucho, señal cierta de que á la tarde se nublaría. Los contornos de la Peña Mayor y de sus compañeras parecían dibujados sobre el gran lienzo del firmamento por un pincel monstruoso. Laura miró otra vez á la mancha del brazo, y otra vez levantó la vista hacia las altas montañas del horizonte. El odio y la ira que habían enturbiado sus claras pupilas se fueron disolviendo, y tor-

naron á aparecer en ellas las purezas y hermosuras del fondo. No tardaron en nublarse de lágrimas y áun en dar paso á un torrente de ellas que le abrasaron las mejillas, refrescándole el alma.

Vistióse con mucha pausa, sin pedir auxilio á la doncella, y arrastrando un poco los piés, que iban sumidos en unos pantuflos de raso amarillo, se acercó á la ventana. Las mañanas son frescas en este país hasta en el mes de Junio, y los cristales se habían empañado. La condesa se puso á escribir distraidamente sobre ellos con su dedo rosado. Primero, escribió su nombre varias veces; despues, trazó el de su niña «Emilia»; despues, el de su hijo mayor «Pepito». Las letras despedían hermosos reflejos azules; el dedo de la condesa, al trazarlas, producía un débil chirrido. Quedóse un instante pensativa, y de pronto escribió rápidamente con caractéres casi ininteligibles sobre otro cristal el nombre de «Cárlos». Era el de su marido. Y al instante, rápidamente tambien, y con cierta ansiedad feroz, puso la palma de la mano sobre él, y lo hizo desaparecer. Quedó limpio el cristal. La Peña Mayor, bañada ya por la luz del sol, dejóse ver risueña y serena como nunca.

Hizo llamar á sus hijos, y pasó más de una hora jugando con ellos como una niña. El que

la hubiese visto retozar locamente y correr desatinadamente de un lado para otro, ora ocultándose de Pepito, ora persiguiendo á Enriqueta, ora llevando entre sus brazos á Emilia para sustraerla á las caricias de sus hermanos, no imaginaría seguramente que pocos momentos ántes derramaba copioso y amargo llanto. Una de las propiedades que más caracterizaban á la jóven condesa, era el pasar fácilmente del pesar á la alegría. Su naturaleza sana y equilibrada rechazaba el dolor, como los organismos rechazan siempre los cuerpos extraños. Aquella sangre, henchida de juventud, que discurría por sus venas azuladas, tiñendo de carmin las mejillas y latiendo poderosa en las sienes, tenía fuerza bastante para ahogar los negros fantasmas de la imaginacion. Era el suyo un temperamento feliz que sólo muy tristes y odiosas circunstancias podían volver desgraciado.

Despues que los niños se fueron á estudiar sus lecciones, se puso á escribir una carta. Ántes de terminarla, recibió la visita de su hermana Matilde, que habitaba como señora la casa de Estrada. Sus padres habían fallecido y tambien una de sus hermanas; otra, llamada Ángela, se había casado con un ingeniero belga y se había ido á establecer á Andalucía. Matilde era la única que vivía en el país casada con un muchacho

más alto y fornido que rico, gran bebedor y jugador de bolos, que poseía los instintos groseros y viciosos de un labriego y los humos nobiliarios de un mayorazgo. Tenían ya siete hijos, y aunque Laura y Ángela les cedieran su parte de herencia, criábanlos más pobremente aún que D. Álvaro había criado á los suyos. Raro era el año que no vendían alguna finca ó tomaban á préstamo algun dinero para cubrir el déficit de sus ingresos.

Charlaron mucho, muchísimo, y Laura no se cansaba de acariciar á su hermana y de contemplarla con ojos ansiosos y húmedos. Recorrieron toda la casa: Matilde quiso ver todas las ropas y objetos de Laura, y ésta por complacerla se tomó la molestia de mostrárselos, sin notar las miradas penetrantes y codiciosas que su hermana posaba sobre ellos, ni la sonrisa de despecho que vagaba por sus labios. Todas aquellas telas deslumbrantes que derramaban un perfume delicado, aquellos encajes costosísimos y los mil primores de todas suertes que iban saliendo de los baúles, despertaban en Matilde la sensualidad y concupiscencia de su naturaleza aldeana. ¡Cómo se hubiera reido de quien le dijese que su hermana la opulenta condesa de Trevia era más desgraciada que ella!

Almorzaron en el palacio, y gracias á esta

circunstancia, hubo conversacion en la mesa. Poco despues de tomar el café, Matilde rogó que sacasen los caballos de la cuadra, pues había dejado á los pequeños con la criada y estaba inquieta. Y montando con más arrojo que donaire y acompañada de su robusto marido, partióse al trote corto, y es fama que durante el camino no dirigió la palabra á su consorte.

Volvió Laura á la soledad de su cuarto. El dia seguía despejado y caluroso. Era la hora de la siesta y los ruidos del campo se habían apagado por completo: en la casa no se escuchaba más que la conversacion de los criados que departían ó altercaban en la cocina y el choque de la vajilla al ser limpiada. Despues de permanecer un rato apoyada en la ventana, resolvióse á salir, no sin haberse procurado una sombrilla y tomar su album de dibujos y algunos lápices. Cuando salvó la huerta con ligero paso, el calor había alcanzado su grado máximo: el sol relucía iracundo y embrasado en las alturas con grandes ánsias de reducir á cenizas todos los verdores del valle: el viento perezoso no les daba ayuda con un leve y fresco soplo siquiera. Los árboles, las hierbas, las plantas y las flores aguantaban á pié firme aquel chubasco de rayos con dignidad y resignacion. Puesto que no hay otro remedio, parecían decir, dejémonos tostar por

ese bárbaro, esperando mejores tiempos: algunas hojas más pequeñas que las otras no podían resistir aquel infierno, y se doblaban y se retorcían como pacientes en el tormento. Y algunos hombres ¡egoistas! todavía se aprovechaban de los árboles para guarecerse y evitar los vejámenes solares. ¡Ah, si los desdichados tuviesen piernas en aquel momento, pronto quedaría el valle de Vegalora más calvo que la palma de la mano!

La condesa avanzaba por la huerta y la sombra desmesurada de su quitasol corría como una densa nube por encima de los cuadros de hortaliza. Algun pájaro que venía jadeante á refugiarse entre los árboles, proyectaba tambien su monstruosa silueta, al pasar, sobre la huerta. Abrió la puerta de la pomarada y entrando en ella la recorrió á lo ancho hasta dar con su mano en el pestillo de otra puerta de madera. Detras de ésta había un vasto campo poblado de castaños que estaba en declive y era tambien pertenencia de la casa. Empezó á subir por él lentamente y apoyándose en el quitasol que ya había cerrado. Parábase de vez en cuando á tomar aliento con pretexto de contemplar el valle que se iba desplegando á sus espaldas con sus infinitos tonos verdes que la luz del sol matizaba. Cuando se sintió incapaz de seguir, buscó con la vista el castaño más grande y frondoso y

fuése á sentar debajo de él. Dejó pasear su mirada serena durante algunos minutos por el hermoso panorama que tenía delante. El Lora, como una cinta de plata bruñida, desarrollábase á sus anchas por la parte llana: las montañas mostraban á lo léjos sus faldas de terciopelo verde.

Por último abrió el álbum y tomando un lápiz se puso á dibujar el tronco añoso y retorcido de un árbol cercano. Embebecida en su trabajo la condesa, no escuchaba el crujir de la hierba que no muy léjos de allí estaban segando. Al cabo de poco tiempo una voz fresca de barítono entonó con pausa las primeras notas graves de uno de los cantos del país. Laura dejó reposar el lápiz; le parecía conocer aquella voz y aquel canto. Sintió vibrar en su corazon los ecos perdidos de aquella balada triste y monotona como todas las que resuenan en los valles del Norte, y advirtió que en otro tiempo lejano, muy lejano, esas mismas notas, suaves como el arrullo de la tórtola y prolongadas como el rumor del rio, habían pasado no sé cuántas veces por la garganta de una niña cándida y alegre á quien todos besaban y llamaban de tú, trasformada despues en señora ilustre y condesa. Cuando el canto hubo cesado, se levantó y empezó á caminar hacia el sitio de donde saliera. No tardó mucho tiempo en ver desde el bosque donde se

hallaba un prado extenso que le seguía y en medio de él una cuadrilla de segadores inclinados hacia la tierra y moviendo sus brazos á compas. Cerca de ellos, en pié, estaba un jóven vestido de dril azul y sombrero de paja. Era nuestro conocido Pedro, que vigilaba los trabajos de la gente y los dirigía. Podría tener unos veinticinco años de edad y era de mediana estatura, robusto y bien formado, de rostro moreno y expresivo, con grandes ojos negros y cabello crespo y enredado. No había nacido en la Segada, sino muy cerca de la casa de D. Álvaro Estrada. Tocóle ir de soldado á los veinte años y consiguió llegar á sargento segundo muy pronto por su buena conducta y rápida comprension. Cuando volvió á su país, hacía poco más de un año, había perdido el hábito de trabajar en las faenas del campo, puesto que ganara mucho en el manejo de la pluma y buenos modales. Por influencia de Matilde y su marido, entró como administrador subalterno de la casa de Trevia, habitando en el palacio de la Segada, y dependiendo del administrador general, que residía en la capital de la provincia.

La condesa se fué acercando al sitio donde estaba la cuadrilla. Cuando llegaron á percibirla, todos suspendieron el trabajo, y apoyados en la guadaña quedáronse contemplándola miéntras

Pedro corrió á recibirla con el sombrero en la mano.

—¿No tiene usted miedo al calor, señora condesa?

—No; viniendo preservada del sol no es tan grande; ponte el sombrero. Al parecer pronto concluiréis de segar el prado.

—Contábamos darlo por concluido esta tarde.

—Mucho es, sin embargo.

En esto llegaron cerca de la cuadrilla, que la saludó diciéndole «santas tardes» y llevando las manos á los sombreros, boinas y monteras, que de todo había. La condesa pasó la vista por aquellos rostros atezados y cubiertos de sudor que sonreían rústicamente sin quitarla ojo.

—Mal dia teneis, amigos mios,— dijo movida á compasion por la fatiga que revelaban.

—La luna nos incomoda un poco, señora,— contestó un viejo queriendo decir un chiste,— pero ya estamos acostumbrados.

Los compañeros se rieron, y la condesa tambien, por complacencia.

—Mira, ven á enseñarme el establo y así nos libraremos un poco del calor.

—Como guste la señora.

El establo se hallaba en la parte superior del prado, y era un edificio construido con poco esmero, compuesto únicamente de una gran pieza

al nivel de la tierra para el ganado, y otra encima de ella para guardar la hierba. Pedro corrió el cerrojo de una gran puerta pintada con almagre y la abrió de par en par. El vaho que despedían los animales les calentó el rostro: las diez ó doce vacas que había dentro extendidas sobre hojas de castaño y rumiando sosegadamente, volvieron lentamente la cabeza para mirar á la puerta; una de ellas, más medrosa que las otras, se puso en pié. La condesa aspiró aquel ambiente denso y húmedo con más placer que los perfumes de su tocador.

—¿Cómo se llama esa vaca que se ha levantado?

—Cereza.

—¡Qué hermosa es!

La condesa entró en el establo y dió algunos pasos hacia ella.

—¡Cuidado, señora, que es un animal muy torpe!

Pero la señora no hizo caso y llegó hasta la vaca, la cual sacudió la cabeza y lanzó un resoplido dando señales de susto.

—¡Cuidado, señora, cuidado!—volvió á exclamar Pedro.

La condesa, sin vacilar un instante, puso su diminuta mano sobre el testuz del animal, despues lo cogió por un cuerno y por último empe-

zó á acariciarle el hocico. La vaca al principio sacudía la cabeza y hacía sonar la cadena que la sujetaba, pero muy pronto se dió á partido, contentándose con soplar fuerte y abrir mucho los enormes ojos. Al fin, vencida de gusto por las caricias, extendió la cerviz y lamió con su áspera lengua la mano de la señora.

—Ya ves que no hay por qué tenerla miedo—dijo riéndose y secando la mano con el pañuelo.

Pedro la contemplaba con sorpresa.

—Estas son las crías, ¿verdad?—dijo apuntando para unas cuantas becerras que estaban sujetas á otro pesebre más chico.

—Sí, señora; ahora no hay más que tres, pero muy pronto tendremos otras dos.

—¿Cuánto tiempo tiene esta pequeñita?

—No tiene más que un mes; nació el veintisiete de Mayo.

—¡Qué cosa tan linda! ¡es una monada!

La becerra se puso á dar brincos y á tirar de la cadena cuando se acercaron á ella. Una de las vacas volvió rápidamente la cabeza y lanzó un débil mugido.

—¡Mira, mira la madre, cómo nos riñe! La pobrecilla cree que vamos á hacer daño á su hijo. No tengas cuidado—exclamó dirigiéndose á ella—que no la tocaremos.

La vaca, como si quedase satisfecha con las palabras de la condesa, dejó de mirar á la cría y siguió rumiando tranquilamente.

—¡Qué animalitos de Dios! Son como nosotros.

—Y á veces mejores que nosotros—contestó Pedro.

—Y á veces mejores que nosotros—repitió la condesa, por cuyos ojos pasó una nube que apagó un instante su brillo.

Salieron del establo cuando venían hacia él algunas mujeres con cargas de hierba en la cabeza.

—¿Vais á meter la hierba en el pajar?—les preguntó la condesa.

—Sí, señora; la que traemos ya está seca.

—¿Quereis que yo os ayude?

Todas se echaron á reir. Una de ellas, más atrevida que las otras, contestó:

—Sí, señora; súbase al pajar y recoja la hierba que nosotras le daremos.

Pedro levantó una escalera de mano que estaba en el suelo y la arrimó á la abertura del pajar, subiendo inmediatamente por ella.

—¿Se atreve usted á subir, señora condesa?—dijo desde arriba.

—Mira si me atrevo—contestó la señora, al mismo tiempo que ascendía por la escala con soltura y decision.

Pedro la tomó por la mano al tiempo de poner el pié en el pajar. Estaba éste mediado de hierba, y Laura se dejó caer sobre ella pesadamente aspirando con voluptuosidad el aroma fresco del heno, del tomillo, saúco silvestre y otras hierbas aromáticas que se crían en los prados de la montaña: despues se levantó y se puso á dar vueltas de un lado para otro hundiéndose hasta la rodilla, lo cual le placía sobremanera, á juzgar por la sonrisa feliz que contraía sus labios. El pajar estaba solamente cubierto por las tejas, y como éstas no ajustaban herméticamente, por los claros que dejaban penetraba la luz, que por breves intervalos hería el rostro de la condesa.

—Yo me colocaré á la ventana y recibiré la hierba que me den las mujeres; usted, señora condesa, ¿quiere ser la encargada de esparcirla?

—Sí, sí; estoy dispuesta á trabajar mucho; empieza cuando quieras.

—Pues á ello: ¡eh! tú, Rosaura, sube esa carga.

Una mujer subió hasta la mitad de la escalera de mano, y desde allí entregó su carga á Pedro, que despues de desatarla empezó á tomar grandes brazados de hierba y á arrojarlos con fuerza hacia el sitio donde se hallaba la condesa, que á su vez la tomaba tambien entre los brazos y la

iba esparciendo convenientemente. Al poco tiempo de ejecutar esta tarea, algunas gotas de sudor empezaron á correr por la frente de la condesa.

—¡Si viérais cómo trabaja la señora condesa!—dijo Pedro á las mujeres de abajo.

—Así, así; hoy ganará su jornal—contestó una.

La condesa se reía. Tenía ya las mejillas encendidas como la granada: toda su sangre de aldeana parecía fluir á ellas velozmente cansada de agitar el corazon.

—¿No está usted fatigada, señora?

—No, no; adelante.

—Pronto concluiremos; faltan solamente tres cargas.

Aunque no quería confesarlo, la condesa se hallaba horriblemente fatigada. Sus hermosos brazos, que se trasparentaban dentro de la bata sutil que los cubría, se iban moviendo cada vez con ménos soltura; tenía la boca entreabierta y respiraba aceleradamente. Al encendido encarnado de las mejillas había sucedido cierta palidez, sobre todo en los labios y en el hueco de los ojos. Cuando Pedro dijo «ya hemos concluido», se dejó caer como una piedra, exclamando:

—¡Qué atrocidad! ¡Cómo me he cansado!

—¿La habrá hecho á usted daño, señorita?—preguntó Pedro con solicitud.

—No, no; esto pasará en seguida.

Poco á poco, en efecto, fué desapareciendo la palidez del rostro, que volvió á teñirse de vivo carmin: los lábios se fueron plegando para ocultar las dos filas de primorosos dientes que habían mostrado hasta entónces. Con el pañuelo se enjugaba el sudor del rostro y cuello. Tenía la cabeza cubierta por un sin fin de hierbas y hojas menudas que se habían enredado en el cabello. De vez en cuando levantaba con la mano los rizos que le caían por la frente.

Despues de una pausa bastante prolongada, fijó sus ojos con insistencia en Pedro, que se había sentado á su lado, y áun estuvo de este modo algun tiempo sin hablarle. Al cabo le preguntó:

—¿Eras tú el que cantaba hace poco?

—¿Dónde, en el prado?... Sí señora.

—¡Cuántas veces habré cantado yo ese romance!... En mi casa lo llamaban el romance de Laura. Tú eras muy niño, pero tu madre se acordará seguramente de habérmelo oido.

—Tambien yo me acuerdo.

—¿De veras? Debías ser una criatura. Cuando me casé todavía ibas á la escuela: me acuerdo de verte pasar por delante de casa con el carta-

pacio de cuero colgado al cuello. ¿No teníais la escuela en el atrio de la iglesia?... Sí, sí; me acuerdo perfectamente: el maestro era un aldeano bastante bárbaro: mi madre reñía con él algunas veces por lo mucho que os maltrataba. Tú eras muy guapo de chico; pero tambien muy travieso. Un dia pasó un muchacho por delante de nuestra puerta con la cara ensangrentada y nos dijo que tú le habías golpeado. Mi padre se incomodó mucho...

—¿Era un hijo del tio Pepe de la casa de abajo?

—Me parece que sí.

—Pues le pegué porque estaba pinchando con un alfiler á una niña de ménos edad que él, hija de Telesforo el tabernero. No se me olvida que caimos los dos rodando en el barranco que hay junto á la iglesia. Me acuerdo muy bien de todo, porque aquel dia me puso el cuerpo el maestro lo mismo que una criba.

—¡Qué bruto!... Pues otra vez un criado de casa te quiso meter miedo cuándo ibas al oscurecer á la iglesia á tocar la oracion, disfrazándose con una sábana á modo de fantasma... ¡Pero bueno eras tú para dejarte meter miedo!... Así que estuvo cerca cogiste una piedra y se la zampaste en la cabeza con la mayor frescura. Vino descalabrado para casa, jurando que se las habías de pagar.

—Pues yo, señora condesa, me acuerdo de usted en aquel tiempo como si la tuviera delante de los ojos. ¡Qué divertida y jaranera era usted, señorita! Donde usted estaba no podía haber mal humor y en todos los horuelos y *esfoyazas* se aguardaba á la señorita Laura como al agua de Mayo. Oía decir en mi casa y en todas partes que no había corazon como el suyo; así que la quería más que á ninguna de sus hermanas. Despues tuve motivos para quererla mucho más, porque hizo usted por mí una cosa que no la olvidaré miéntras viva, así viva mil años.

—No recuerdo...

—Pues yo lo tengo bien presente. Mi padre, como usted sabe, señorita, hacía almadreñas y de eso vivíamos. Marchaba por la mañana al monte y solía venir á la tarde. Los juéves iba á Vegalora á vender las almadreñas. Yo acostumbraba á llevarle la comida al monte. En una ocasion mi madre había estado enferma y en la cama algunos dias, y tomó algunas medicinas que yo le fuí á buscar. Al parecer se gastó en ellas el único dinero que había en casa, porque me acuerdo bien que un mártes á la hora en que yo solía ir al monte con la comida, me dijo mi madre: «No tengo que mandar á tu padre; el tabernero no quiso fiarme el pan ni darme un poco de manteca para componer las patatas. Dile que

si tiene algunos cuartos te los dé: á mí me proporcionará un poco de caldo la tia Prudencia y tengo bastante.» Marchéme al monte y hallé á mi padre trabajando con mucho afan. Cuando me vió llegar sin la cesta me preguntó: «¿No me traes la comida?» «Mi madre me dijo que no tenía que mandarle: que si usted tenía algunos cuartos me los diera para comprar pan.» Mi padre llevó la mano al bolsillo, pero no sacó nada de allí, y me dijo con una alegría que yo comprendí que era fingida: «No hay necesidad de ir por pan; no tengo hoy ganas de comer; conque, á trabajar, amigo mio.» Y se puso, en efecto, á manejar el hacha con nuevo afan. Yo, entre tanto, empecé á corretear por las cercanías, sin sospechar que mi padre no había tomado alimento desde el dia anterior. No obstante, me hice cargo pronto de que su ardor iba cediendo y las fuerzas le iban abandonando poco á poco. Movía los brazos con dificultad, y á menudo se detenía para tomar aliento. Sin darme cuenta de ello, cesé de enredar, y me fuí acercando á él, mirándole en silencio. Al cabo de un rato dejó caer el hacha de las manos, y fijó en mí una mirada de angustia, que aún tengo clavada en el corazon. «No puedo más, Pedro; tengo hambre,» me dijo. Yo no sé lo que pasó por mí entónces, señorita. Se me

hizo un nudo aquí, en la garganta, como si fuese á ahogarme, y se me figuró que todas las cosas daban vueltas á mi alrededor, y sentí dentro del pecho un frío particular, que nunca más volví á sentir. De repente me acuerdo que eché á correr como un loco por el monte abajo, sin saber adónde marchaba. Como no seguía la vereda, me iba destrozando los piés con la retama y las zarzas; pero no lo notaba. No veía nada, porque las lágrimas me nublaban los ojos; pero corría, corría cada vez con más furor, y sin saber cómo ni de qué manera, me encontré delante de su casa. Estaba usted sola al balcon cosiendo, y recuerdo que la dije temblando de miedo: «Señorita, mi padre tiene hambre; déme usted una limosna, por Dios.» Me miró usted con mucha sorpresa, y me dijo: «Aguarda un instante.» Al poco tiempo bajó usted á la calle, se enteró de lo que pasaba, y me dió una peseta, diciéndome: «Anda, ve á comprar pan, y corre á llevárselo á tu padre.» No había necesidad de advertírmelo. Partí como una exhalacion á la taberna, compré un pan y un buen pedazo de queso, y subí dando brincos y trepando como un corzo al sitio donde estaba. Cuando me vió con el pan y el queso en la mano, lo primero que hizo fué preguntarme: «¿Quién te dió eso?—La señorita Laura.—¡Que Dios se lo pague y se lo represente de gloria en

el cielo!» Despues se puso á comer con un ansia que partía el corazon. «Come tú tambien, hijo mio, me dijo al poco tiempo.—Ya me dieron de comer abajo, le contesté.» Era mentira; yo tampoco había tomado nada aquel dia, pero quise que mi padre comiera lo que le hacía falta. Cuando bajé, tragando unas cortecillas que había dejado, y la ví á usted otra vez en el corredor, le juro que me pareció más hermosa que la Vírgen. Quise darla las gracias; pero no fuí capaz de decir una palabra, y pasé con la montera en la mano, sin dejar de mirarla. Algo debió usted haber conocido en mis ojos, porque se sonrió y me saludó con la mano.

—¡Pobre Pedro!

—Los perros no olvidan la mano que les ha acariciado una vez. El hombre que olvida los beneficios, es peor que un perro.

—Despues que yo me fuí has estado en el servicio, ¿verdad?

—Sí, señora; me tocó la suerte. Cuando me marché, la víspera de San Antonio, creí que todos estos picachos se me venían encima. Iba más triste que la media noche. Este pobre Canelo que usted ve aquí era entónces un cachorrillo, y me siguió más de cuatro leguas, hasta que tuve que pegarle para que se volviese; pero despues de pegarle, todavía me seguía de léjos,

y entónces hice que lo atasen y lo llevasen á Vegalora. En mi casa no podían mantenerlo, y se lo dejé á un amigo panadero que tengo en la villa. Así que perdí de vista estas montañas, ya me sentí otro hombre, y canté y retocé como los demas. ¡Qué palos me tienen costado estos retozos! Había un sargento en mi compañía que nunca prevenía las cosas más que una vez, porque decía que él no era reloj de repeticion. A la segunda hablaba siempre con el garrote. Pues, á pesar de santiguarnos de lo lindo, no le queríamos mal, porque era un hombre franco y nunca delataba á nadie. En una accion cayó herido á mi lado, y yo lo cogí y lo llevé sobre las espaldas cerca de una hora, hasta encontrar una barraca, donde murió á las pocas horas.

—¡No habrás pasado pocos trabajos, Periquillo! Llevarías escapulario siempre, ¿no es verdad?

—De Nuestra Señora del Cármen.

—¿Caiste herido alguna vez?

—Sí, señora; una vez en Navarra me pasó una bala de un lado á otro; me entró por aquí, salva sea la parte, y me salió por aquí. Poco faltó para que me echasen la tierra encima. En Cuba un negro, más negro que las tinieblas y grande como un castaño, me descargó un machetazo en un hombro, que á poco me parte en dos. Sin embargo, me curé más fácilmente que del

balazo. Pero en la guerra lo de ménos son las heridas, señora condesa. Cuando uno cae herido, lo llevan al hospital, y allí se está tres ó cuatro meses como un canónigo, tomando buenos caldos y platicando con algun compañero, miéntras los demas andan con la lengua fuera de aquí para allá, unas veces comiendo mal y otras veces sin comer, al sol cuando lo hace y al agua cuando cae... Tambien tiene sus raticos buenos, no vaya usted á creerse; cuando uno va á atacar una trinchera, pongo por caso, y suena la corneta en medio del silencio, y se descargan los primeros tiros, y se huele el humo de la pólvora, y sin verlo, porque el humo lo tapa, se escucha la voz ronca del oficial que grita: «Adelante, muchachos»; y se sube, se sube hasta encaramarse sobre la trinchera, salpicados de sangre, entre los quejidos de los que caen, los gritos de los que suben y el choque de las bayonetas, aunque parezca mentira, siente uno unas cosquillas que corren por todo el cuerpo y le hacen gozar... Hay momentos que no se cambiarían por muchos años de buena vida, señorita... Cuando aquel negro me dió el machetazo, caí de rodillas, como aplastado; pero aún tuve fuerzas para levantarme y clavarle la bayoneta en el pescuezo. Al verle desplomarse como una montaña sobre el suelo, y mirar cómo corría su sangre

espesa por el pecho, lo mismo que cuando aquí dejan correr el mineral de hierro desde la boca de la mina por la montaña abajo, á pesar del vivo dolor que el hombro me producía, sentí tal placer, que solté una carcajada y fuí á caer desmayado sobre él, bañándome el rostro con su sangre.

Pedro se había ido animando poco á poco, y sus grandes ojos negros giraban descompasados con expresion feroz y su crespa cabellera erizábase como la crin de un corcel de guerra. La condesa le miraba con susto.

—¡Qué atrocidad!—exclamó.—¡Qué gustos tan bárbaros tenéis los hombres!

—Tiene usted razon, señorita; bien mirado, ¿habrá bestialidad mayor que la guerra?

—Y sin embargo, yo no sé lo que tiene, que hasta á nosotras las mujeres nos inflama y entusiasma. ¡Cuántas veces al ver pasar un batallon, marchando al són de la música con su bandera delante y las agudas bayonetas en alto que brillan al sol y se mueven con un compas siniestro, me ha entrado en apetito el ser hombre para seguir su suerte borrascosa! Desengáñate, Pedro; á vosotros, cuando los tiempos vienen malos, os queda el recurso de luchar con el destino, miéntras que nosotras... ¡Jesus!... ¿qué me ha picado aquí?

La condesa interrumpió su discurso para sacar vivamente una mano que tenía sumida en la hierba. En la blanca y torneada muñeca apareció una gota de sangre bastante crecida. Pedro se apoderó instantáneamente de la mano de su señora, y poniendo los labios sobre ella, chupó aquella gota de sangre.

—¿Qué haces?

—Nada, señorita. Si la ha mordido una víbora, no es usted ya la que muere, sino yo.

—¡Oh, qué horror! ¡Quiera Dios que no sea víbora! Gracias, Pedro... Has hecho mal en exponerte... ¡La Vírgen del Cármen permita que no sea víbora!

—No se apure usted, señorita. Expuse tantas veces la vida por cosas que á la larga no me importaban, que nada tiene de particular que la exponga por mi señora.

—Gracias, gracias, Periquillo... No querrá Dios que sea víbora... Ofrezco una misa á la Vírgen del Cármen si no te sucede nada... Mira, vámonos de aquí... Estoy agitada... nerviosa... Vámonos, vámonos pronto.

La condesa tornó á bajar la escalera de mano, ayudada por Pedro, y juntos atravesaron el prado, descendieron por el bosque de castaños y penetraron en la pomarada, abriendo la puerta de madera. A los pocos pasos la condesa distin-

guió á lo léjos entre el follaje á su marido, acompañado de Octavio.

—Vuélvete, Pedro, que ya no me haces falta,—dijo muy de prisa á su acompañante. Despues avanzó sola hacia el sitio en que se hallaba el conde, y como llegase allá, fué saludada por, Octavio que se hizo un almíbar al tomarle la mano y enterarse de su salud. Y todos juntos se dirigieron lentamente hacia el palacio, porque el sol ya declinaba. En una de las revueltas del camino tuvo tiempo el conde para decir en secreto á su mujer:

—Conviene que te muestres amable con ese muchacho. Espero que así lo harás.

VII

Il sol de l'ánima.

Trascurrieron bastantes dias. Octavio, alentado por la extrema confianza que los condes le otorgaban, no escaseó sus visitas á la Segada. La mayor parte de los dias iba despues de comer y volvía á la caida de la tarde, pero alguna vez se quedaba hasta las diez ó las once de la noche, y entónces un criado de la casa salía acompañándole con un farol hasta el puente; allí le dejaba, y Octavio caminaba solo por la carretera hasta llegar á la villa. El trayecto era breve como ya sabemos. Nuestro jóven, embargado en un laberinto de pensamientos vagos y risueños, lo convertía en brevísimo. A tales horas no era fácil encontrar á nadie en el camino, sino es algun que otro arriero con sus mulas delante y montado en una de ellas sobre una pirámide de fardos, ó á cualquier vecino que por casualidad saliese en busca de una vaca extraviada, ó á los

mozos crudos de Vegalora que tuviesen arrestos suficientes para ir á cortejar las mozas de la Segada ó de otros lugares cercanos. El señorito Octavio no tenía miedo precisamente cuando veía blanquear entre las sombras espesas la camisa de un labrador ó escuchaba á lo léjos unos pasos rudos que poco á poco se iban acercando, pero no le hacía gracia ninguna. Por un instante quedaban suspensos en el aire los risueños fantasmas de su imaginacion, esperando que el transeunte pasase. Cuando éste decía: «Buenas noches, señorito Octavio», el jóven dejaba escapar un suspiro de satisfaccion al verse reconocido y murmuraba: «Es una temeridad andar á estas horas solo por tales sitios: ¡no me vendré otro dia sin *revólver!*» El acuerdo jamas llegaba á cumplirse, y seguía yendo y viniendo de Vegalora á la Segada totalmente inerme y á merced de todos los riesgos y venturas. Quizá tuviese un vago presentimiento de que el *revólver* no le había de prestar un socorro muy eficaz en caso de apuro.

Para comprender bien qué casta de pensamientos alteraban y embebecían al jóven durante sus paseos nocturnos, son necesarios algunos antecedentes sobre su educacion, temperamento y aficiones. El padre del heroe, D. Baltasar Rodriguez, era hombre que poseía una inteligencia muy clara, ilustracion, si no muy extensa, bas-

tante sólida, y sobre todo una sensibilidad exquisita y tierna que procuraba ocultar cuidadosamente debajo de un exterior frío y hasta severo. Esta era la parte flaca, pensaba él, de su carácter, y la combatía y la refrenaba sin tregua en todos los momentos de la vida sin lograr resultados satisfactorios. D. Baltasar no aceptaba su excelente corazon como un beneficio de la Providencia, sino como una carga pesadísima que le había molestado durante su carrera, estorbándole en el logro de todos sus propósitos. «Si yo hubiese tenido arranque para dejar á mi mujer y á mi chiquitin y partir para Cuba, cuando en 1854 me ofrecieron la plaza de Secretario del Banco de la Habana,—solía decir á los amigos íntimos,—á estas horas otra sería mi fortuna. Si yo me hubiera aprovechado, como don Marcelino, de la ruina de la casa de Argüelles, esa vega que usted ve ahí, señor juez, sería mia. Si yo tuviese valor para arrojar de la casería á Modesto Fernandez, que hace ocho años que no me paga renta alguna, podría agregar todas esas tierras á la posesion y ésta doblaría de valor... Pero, ¡si no puede ser!—concluía diciendo siempre en un tono desesperado.—¡Si los hombres como yo debieran estarse quietos en su casa y no meterse en dibujos!» Cuando alguno por consolarle le decía: «Despues de todo, D. Baltasar, es

mucho mejor tener la conciencia tranquila como usted, que no manchada como los otros», volvíase airadamente exclamando: «¿Y qué es la conciencia? Yo no creo en la conciencia. Yo veo que don Agapito de las Regueras, despues de haberse comido la fortuna de los hijos de su hermano, vive tan tranquilo y es más feliz que yo; yo veo que D. Marcelino goza de su riqueza con la serenidad de un arcángel y no sueña que hay séres que derraman lágrimas por su causa... ¡La conciencia, la conciencia! La conciencia es una cosa que sirve sólo para molestar á los hombres honrados.» No dejaba de ofrecer sus ribetes de cómico el deseo ardiente que D. Baltasar tenía de ser un hombre inmoral y perverso. El temperamento de Octavio guardaba bastantes afinidades con el suyo, lo cual le traía desesperado. D. Baltasar hubiera dado cualquier cosa porque su hijo fuese un lagarto que se perdiera de vista, y un truchiman capaz de enredar con sus artimañas á todo el concejo. Pero desgraciadamente no era así ó por mejor decir, era todo lo contrario. «Este chico, decía D. Baltasar, me da á mí quince y raya; cuando yo me muera será capaz de pedir permiso á los vecinos para comer lo que le pertenece.» Sintiéndose y sintiéndole tan léjos del carácter que ambicionaba, no dejaba de exponerle á menudo las ventajas de este carácter ideal.

«Mira el hijo de D. Rodrigo cómo se las ha arreglado para echar á los dos médicos del municipio y quedarse él solo cobrando el sueldo de ambos. Mira el secretario del ayuntamiento qué casa tan hermosa está levantando en la plaza.»

—¿Y qué sueldo tiene el secretario?—preguntaba Octavio.

—Diez mil reales.

—¿Y con diez mil reales al año se levantan casas magníficas?

—Ahí verás tú—contestaba D. Baltasar guiñando maliciosamente el ojo izquierdo.

Y el padre y el hijo, las dos almas más cándidas y nobles de la comarca, proseguían silenciosamente su paseo abismados en la admiracion que les infundían aquellos miserables á quienes no podían imitar.

Doña Rosario era digna consorte del buen abogado, por más que existiesen entre ambos notables puntos de desemejanza, los cuales tocaban sólo á la superficie, dejando incólume el fondo, igualmente generoso y honrado. El ingenio y la discrecion no eran las cualidades sobresalientes de doña Rosario, y por lo mismo eran aquellas en que más hincapié hacía su vanidad pueril é inofensiva. Tambien se vanagloriaba de poseer un alma elevada y poética, que había sabido resistir á la influencia prosaica y á

las costumbres vulgares del pueblo en que vivía. Por la noche, ántes de recogerse, solía abrir el balcon de su cuarto para contemplar la bóveda estrellada; alimentaba siempre un canario y una pareja de tórtolas, y cultivaba esmeradamente en tiestos algunas plantas de claveles y geranios. Los dias festivos dedicábalos íntegros á la lectura y tambien algunos momentos robados á los quehaceres domésticos durante la semana. Su autor favorito era Perez Escrich. Nadie puede figurarse la influencia que este autor llegó á ejercer sobre su imaginacion. Había leido todas sus obras cinco veces, excepto *El cura de aldea*, que habían sido nueve, por lo mucho que le interesaba y placía. «¡Qué hombre, qué hombre éste! (exclamaba á menudo doña Rosario con el primer tomo de *La esposa adúltera* en la mano); ¡qué conocimiento tan profundo tiene del corazon humano!» Octavio se hubiera llamado Enrique seguramente, á tener noticia su madre de tal novelista, al tiempo de darle á luz; pero en aquella época acababa de leer una novela francesa donde figuraba en primera línea un jóven muy simpático llamado Octavio, y Octavio se le puso. Doña Rosario, por las razones antedichas y por algunas otras análogas, se consideraba la mujer más sensible del distrito.

Octavio poseía varias propensiones ó cualida-

des de su madre, entre ellas la aficion á las flores y á la lectura. Pero estas aficiones al ser trasmitidas sufrieron alguna modificacion, como sucede casi siempre en tales casos. Doña Rosario alimentaba su inclinacion á las flores regando los crecidos y frescos claveles y geranios de sus tiestos: Octavio desdeñaba estas flores por vulgares y mentaba á menudo en su discurso otras exóticas, totalmente desconocidas para los habitantes de la villa.

Aseguraba con formalidad que el mejor adorno de los jardines y salones no eran las flores, sino las plantas y los arbustos, y citaba y describía con frase pintoresca los que estaban á la moda por aquel tiempo en los saraos de la corte, tales como los *tornelios*, *begonios*, *marantos*, *bambús de la India*, *pándanos de Java*, *latanieros*, etc., etc. Había llegado hasta pedir la semilla de muchos de ellos á París, pero como no tenía estufas en el jardin ni disponía de otros medios indispensables para la vida de tales plantas, no había logrado aclimatar ninguna. Sin embargo, á fuerza de cuidados y despues de reñir mucho con el criado y de incomodarse, había conseguido formar una glorieta bastante hermosa y tupida de *lianas* y *capullos de Levante*. Era el sitio predilecto de nuestro jóven y donde solía refugiarse á leer en las tardes calurosas de

estío. Tambien crecían por el jardin varias plantas de reseda y heliotropio, y una muchedumbre de perlas de Oriente y rosales de *malmaisson*, que debían igualmente su existencia á los desvelos de Octavio.

Otro tanto había sucedido con la lectura. Octavio había principiado por leer los tomos desvencijados y grasientos que su madre guardaba en el armario de la ropa blanca, pero no tardó en cansarse de ellos hallándolos demasiadamente inocentes. Enfrascóse despues en el trágico laberinto de los folletines de Ponsson du Terrail, Paul Feval y Gaborieau, que si bien le mantuvieron agitado y divertido una larga temporada, no consiguieron pegársele al alma. Por último, habiendo llegado á Vegalora un ingeniero belga para dirigir el laboreo de unas minas de D. Baltasar, tomó algunas lecciones de frances y trabó conocimiento por su mediacion con los más acreditados y flamantes novelistas de la nacion vecina, como Alfonso Kar, Julio Janin, Teófilo Gauthier, Octavio Feuillet y otros. El último fué el que inmediatamente adquirió la privanza de su corazon y le sedujo hasta un punto indecible. Encargó todas sus obras á Paris y las hizo encuadernar lujosísimamente en piel de Rusia (una de las manías de nuestro heroe era el tener todos sus libros encuadernados con

elegancia) y colocadas en el lugar preferente de su biblioteca, fueron para él, á un tiempo mismo, código de la cortesanía y biblia de los sentimientos nebulosos y delicados. Desde entónces vivió una vida ficticia, pero llena de encantos, incomprensible para la mayoría de los humanos, sobre todo, para los humanos de Vegalora. Alejándose cada vez más del comercio de la gente que le rodeaba, principió á asistir con la imaginacion á las escenas descritas con más arte que vigor por su favorito Feuillet, y á representárselas con tal verdad, que ni un solo pormenor les faltaba. Conocía de un cabo á otro el *fauburg Saint-Germain*, teatro imprescindible de las novelas de su homónimo, y trataba familiarmente á los personajes que allí figuraban. Estaba á la vez enamorado de *Julia Trecœur* la *Petite comtesse* y *Sibila*, y admiraba profundamente el carácter extravagante y las maneras cortesanas y el valor de *Monsieur de Camors*. No se le caían de la mente aquellos diálogos ingeniosos donde la respuesta siempre oportuna parecía meditada con espacio y no fruto de la improvisacion, ni los rasgos delicados donde se mostraba de golpe y en cualquier menudencia la elevacion y nobleza de un alma, ni la galantería voluptuosa y discreta, ni el estilo insinuante y perfumado que caracterizan á tales

obras. Y no solamente fué espectador humilde de estas escenas, sino que, dejando suelta la rienda á su fantasía desocupada, se puso á tejer novelas análogas de las cuales siempre resultaba él el heroe ó protagonista. Ahora se veía á los piés de una duquesa diciéndole con voz temblorosa frases apasionadas y candentes que ella escuchaba arrobada y suspensa; ahora se encontraba batiéndose á espada con un jóven coronel en mitad de un bosque con dos amigos vestidos de negro al lado; ahora asistía á la caza de un jabalí cabalgando á par de una hermosa y egregia dama, á quien salvaba la vida por un acto de valor heroico; ahora, en fin, resolvía suicidarse escribiendo ántes una larga carta de despedida cuajada de frases elocuentes y tildes psicológicas, nada claras para el que no estuviese iniciado en el lenguaje cortesano, á la señora de su mejor amigo, de quien había tenido la desgracia de enamorarse perdidamente. Aunque éstas no fuesen más que imaginaciones que vivían ocultas y satisfechas en el magin de nuestro señorito, todavía lograron trasladarse un tanto á la vida real por la fuerza de la costumbre y la huella que iban dejando en su espíritu. Así, de un modo vago é inconsciente, principió á imitar el carácter y las inclinaciones de los personajes que más admiraba y á adoptar en la

forma estrecha y deficiente que podía, los usos de la sociedad elevada donde tenía puestos los ojos. Entónces se le vió andar por los parajes más retirados de la poblacion, solo y vestido con extraordinario lujo y elegancia. A lo mejor se paraba ante un niño que lloraba en medio de la calle y lo consolaba y le limpiaba las lágrimas con un pañuelo, y le metía despues una moneda de plata en la mano. Otras veces se le veía paseando á caballo, tambien solo, por las cercanías, dejando las riendas sueltas y contemplando el paisaje con mucho sosiego, ó bien marchando á todo escape como si huyese de alguno que le perseguía. Encargó á Madrid cajas de guantes y corbatas, suscribiéndose á dos periódicos franceses que traían revistas de salones, y tambien hizo venir floretes y caretas con todos los restantes adminículos del juego de esgrima. Como en Vegalora y acaso en toda la provincia no había maestro de armas que le enseñase, compró un tratado, y ateniéndose á sus explicaciones y á las figuras que representaban sus grabados, se puso á esgrimir el florete contra las paredes, sin otro resultado que el de romper dos ó tres cristales y tirar un frasco de tinta sobre la mesa. Tambien quiso ensayarse en la caza por ser el recreo favorito de la aristocracia, pero siendo la tierra donde vivía

extremadamente montuosa y quebrada, se fatigaba demasiado, y hubo de renunciar á ella.

Como al fin y al cabo Octavio tenía veinte años, y una imaginacion nada apagada y le bullía la sangre en el cuerpo, por más que en todo el pueblo no hubiese mujer capaz de inspirarle una pasion aérea y nerviosa como su entendimiento más que su corazon ansiaba, no pudo sustraerse á la ley que á todos los humanos encadena. Un dia, hallándose en el jardin de su casa recortando los setos de boj y membrillo, para lo cual y con objeto de no lastimarse las manos, solía ponerse unos guantes muy fuertes, vió en una galería cercana unas cabecitas rubias que le sonreían. Eran los hijos de D. Marcelino, á quienes Octavio como vecino no dejaba de conocer muchísimo. Allí no estaban más que los pequeños y empezó á hacerles señas y á enviarles besos con la punta de los dedos, que los niños se apresuraban á devolver por el mismo procedimiento. Cansado de la mímica, les dijo esforzando un poco la voz:

—¿Quereis una flor?

Los chiquillos se pusieron á gritar «sí, sí», moviendo la cabeza afirmativamente hasta descoyuntarse. Octavio arrancó un clavel y se lo arrojó, pero no habiendo hecho bien la puntería, cayó en el patio contiguo con grande y rui-

doso sentimiento de los nenes. Tomó otro riendo y volvió á tirarlo; esta vez obtuvo un resultado satisfactorio. El niño que lo cogió le dió las gracias con un beso. Los demas se pusieron á gritar:

—Dáme *oto*, dáme *oto*.

—Allá voy; no hay que impacientarse; para todos habrá.

Cuando el jóven se disponía á tirar el segundo clavel, vió levantarse rápidamente sobre las maderas de la galería otra cabeza rubia un poco mayor, aunque no ménos hermosa; una mano blanca salió por un instante fuera, y una voz de timbre dulce y sonoro pronunció estas palabras:

—Esa es mejor.

Al mismo tiempo cayó á los piés de Octavio una grande y magnífica rosa de Alejandría. La cabeza y la mano habían desaparecido como un relámpago. El jóven, recogiendo la flor con no poca sorpresa, preguntó:

—¿Quién está ahí con vosotros?

Los niños contestaron á coro:

—Es Cármen, es Cármen. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Los chicos empezaron á dar gritos de dolor. Al parecer, su hermana, poco satisfecha de la sinceridad del coro, les estaba repartiendo sendos pellizcos en las piernas.

—Decidle que se asome para darle las gracias.

—No quiere... no quiere asomarse.

—Pues entónces dadle las gracias en mi nombre.

—Dice que no las merece.

—Díle, que siento mucho que no se asome.

—Dice, que por qué.

—Porque me gustaría mucho verla.

—Dice que bien vista la tienes.

Efectivamente, Octavio la veía todos los dias ya en la calle, ya en la galería, pero con la superioridad desdeñosa que los mancebos muestran siempre á los niños, aumentada en este caso por sus aficiones romancescas y costumbres singulares; no había reparado en ella. Insensiblemente Cármen había ido creciendo y desarrollándose hasta convertirse en una mujercita muy linda y apuesta, sin que nuestro jóven lo echase de ver. Cuando se efectuó la anterior escena, Cármen podría tener unos catorce ó quince años.

En la noche de aquel dia, Octavio, un tanto preocupado con la aventura de la flor, que le dejara en la boca cierto sabor novelesco muy de su gusto, fué de tertulia á la tienda de D. Marcelino, donde casi nunca ponía los piés. Apénas le vió la niña, se echó á correr por las escaleras arriba como una cierva huida, y no pareció en

toda la noche. Otro tanto sucedió en las tres ó cuatro siguientes. Al fin aquella corza ligerísima, un poco más familiarizada con la vista del jóven, principió á vagar por los contornos de la tienda, aunque siempre recelosa y pronta á escapar. Una noche Octavio le dió la mano al despedirse, como si se tratase de una persona formal. La niña se lo agradeció con una sonrisa, y en las noches siguientes se aventuró á mirarle de aquel modo dulce, rápido y lleno de timidez, de que ya hemos hablado. Octavio llamaba á estas miradas *de vuelta de llave*, porque, en efecto, parecía que abría un instante las puertas de su alma, y veloz como un relámpago tornaba á echar el cerrojo. Para abreviar, que ya es tiempo, diré que Octavio y Cármen se entendieron perfectamente al poco tiempo, y que de este noviazgo imprevisto se habló bastantes dias en la villa.

Apénas entró nuestro señorito en amores francos con la hija de D. Marcelino, principió á desbordarse de su fantasía el torrente de emociones vagas y refinadas, sentimientos alambicados y caprichos extravagantes que allí habían ido formando depósito. Y tanto por el cariño que inmediatamente nació en su corazon, como por conceder un desahogo á las imaginaciones que desde hacía tiempo bullían en su cabeza,

comenzó á ensayar en sus relaciones todo aquel conjunto de metafísicas amorosas y zalamerías aristocráticas de que estaban plagadas las novelas que más á menudo leía. Algo de ello ha visto ya el lector en uno de los anteriores capítulos, pero no fué más que una muestra insignificante, porque el depósito de monerías de Octavio era inagotable. Unas veces le pedía el pañuelo á su novia y se lo devolvía al dia siguiente despues de haber dormido con la cabeza apoyada en él. Otras veces se levantaba á las horas avanzadas de la noche, echaba una escala de seda, que había comprado, á los balcones de don Marcelino, subía por ella y llamaba muy discretamente en el cuarto de Cármen. La niña, muerta de miedo, preguntaba: «¿quién anda ahí?» Octavio, metiendo la voz por las rendijas del balcon, contestaba: «Cármen, te quiero, te quiero, te quiero;» y se descolgaba rápidamente riéndose del susto de su novia. Otras veces reñía con ella por cualquier bagatela y pasaba ocho dias sin verla, al cabo de los cuales, aprovechando un momento en que los dejaban solos, se arrojaba á sus piés y se los besaba pidiéndole perdon y haciendo mil extremos de arrepentimiento. Tan pronto ideaba obstáculos insuperables para unirse con su amada, ya fuese la oposicion violenta de D. Marcelino,—el cual, dicho sea entre pa-

réntesis, no pensaba en semejante cosa,—ó algun funesto misterio que se interponía entre ambos, como se complacía en llamarla su prometida y su esposa y en que saliera á paseo con su madre doña Rosario ó viniese á comer á su propia casa. En una ocasion se empeñó en que le dijese que le quería más que á Dios: en otra se le antojó que durmiese con guantes para conservar bellas y tersas las manos.

Todos estos caprichos y otros infinitos más de nuestro heroe, los acogía la niña con marcado disgusto y resistiéndose. No acertaba á comprender el por qué de aquellas tonterías y en no pocos casos hubo de negarse rotundamente á las que ella consideraba burlas más que pruebas de amor.

La verdad es que Cármen estaba formada de una pasta muy distinta de la de su novio, y por su natural era poco á propósito para sondear las profundidades más ó ménos ridículas y extravagantes pero siempre espirituales del carácter de Octavio. Hubiera preferido, sin duda, unos amores ménos alambicados y un novio más á la pata llana, que hiciera lo que todos los demas, esto es, que la acompañara en paseos y romerías, le contase las especies que corrían por la villa, le dijese que la quería cuando viniese á cuento y en términos lisos y llanos, y si alguna

vez le entraban tentaciones de ser más tierno que de costumbre, le diese buenamente un beso en las mejillas y no en la punta de los dedos ó en el pelo, como hacía el suyo.

Cuando los condes de Trevia llegaron al país, los amores de Octavio y Cármen contaban cerca de dos años de existencia, y en este tiempo los caprichos del uno y la resistencia de la otra habían ido cediendo paulatinamente. El trato constante de las personas, mucho más cuando es el de las que amamos, influye siempre notablemente en nuestro carácter, y la fuerza de la costumbre es incalculable en lo que se refiere á las propiedades secundarias de nuestro espíritu. Ambos se habían llegado á *acostumbrar* y reñían con ménos frecuencia y estoy seguro de que hubieran concluido por casarse sin la aparicion inopinada en Vegalora de la condesa de Trevia. Pero esta noble señora tuvo el privilegio de resucitar inmediatamente, y á la primera entrevista, todas las ilusiones amortiguadas de nuestro heroe, removiendo de una vez el depósito de aficiones, esperanzas y sueños seductores que yacían desmayados en el fondo de su alma. Y en verdad que nadie que tuviera ojos en la cara y alguna inclinacion artística en el corazon, lo extrañaría. No digo á Octavio, de suyo impresionable y fantástico como sabemos,

sino á cualquiera de mis lectores, áun al más empedernido (y que esto no sea faltarles al respeto), sería capaz la condesa de sacarle de sus casillas. Por mi parte declaro que jamas he visto una mujer que reflejase en su fisonomía más nobleza, bondad y ternura, ni que supiese unir de un modo más dichoso una modestia sincera, á una firmeza y elegancia en sus modales que alguna vez le hacían aparecer altiva y desdeñosa. Precisamente esta última cualidad era la que más atraía y encantaba al hijo de don Baltasar. Avezado al trato insustancial y vulgar de las jóvenes de Vegalora, que sin motivo se reían estrepitosamente ó se mostraban serias como un regidor de Ayuntamiento, de esas niñas que observan las corbatas que uno tiene y las botas que trae, y se enfadan si no se las saluda á una legua de distancia, y se hacen almíbar así que un jóven rico se acerca á darles las buenas tardes, la condesa fué para él una revelacion ó por mejor decir, la realizacion viva, hecha carne y al alcance de la mano, de lo que los libros le habían ya revelado. Cuando se acercaba á saludarla y tocaba sus dedos finos enguantados y aspiraba el perfume delicado que se escapaba de su persona, como si fuese cualidad de ella y no afeite del tocador, y escuchaba su voz siempre entonada discretamente, y veía

vagar por sus labios una sonrisa distraida y melancólica, se acordaba de las heroinas que sucesivamente habían ocupado su fantasía y se decía que la condesa nada desmerecía á su lado. Cuando volvía de la Segada despues de haber pasado algunas horas cerca de ella y entraba por los sucios arrabales de Vegalora, nuestro señorito dejaba escapar siempre un suspiro y se pasaba la mano por la frente. Allí se rompía el encanto, y la nube brillante que le envolvía durante el camino volaba á unirse con las que el sol besaba ántes de morir.

Una tarde se hallaban ambos asomados de bruces al balcon principal de la casa. El conde leía un periódico, arrellanado en una mecedora y envuelto en una bata de color rojo muy subido, que le daba un aspecto extraño y un poco *mefistofélico*. La gorra negra de caza, que le cubría la cabeza, ayudaba tambien á producir este efecto. Miss Florencia se paseaba por la huerta con los niños. El dia estaba opaco y caluroso: montones de nubes espesas vendaban la frente de la Peña Mayor, y bajaban hasta reposar sobre las colinas más próximas, cubriendo todo el valle de un toldo impenetrable, sin que por ello hubiese temor de lluvia ó tempestad. En estas tardes, muy frecuentes en los países del Norte, el silencio es más completo; el aire es sofocante

y abrasa las mejillas. Si no fuese por el rumor del rio, se creería uno sordo, pues los pájaros callan posados inmóviles sobre las ramas, los perros dormitan tendidos en los parajes más frescos, las bestias de carga reposan en el establo ó pacen silenciosamente en los prados, los insectos no zumban y los humanos se esconden no se sabe dónde. Y, sin embargo, nunca se muestra la vida tan poderosa como en estos dias. Parece que por las entrañas de la tierra circula una fuente abundosa de actividad que fecunda los gérmenes depositados en ella y prestos á salir: hay como una concentracion de fuerzas en la naturaleza y un prurito irresistible de crear. Por eso la gente del país llama con notable exactitud á estos dias *criadores*. Nuestro cuerpo, como es lógico, sufre la misma influencia, y advertimos en él, en medio de cierta pesadez letárgica, mayor fuerza y salud; la sangre hierve, circulando activamente por las venas y latiendo con inusitado brío en las sienes; las mejillas se inflaman, los labios se secan y los ojos brillan suavemente como las luces que quedan encendidas en los dormitorios.

La condesa llevó una mano á la frente y separó un poco los rizos que le caían.

—¡Qué calor tan sofocante! Prefiero los dias de sol; ¿y usted?

—Antes tambien los prefería: hoy me he pasado á los nublados.

—¿Y por qué?

—Por algo extraño que está acaeciendo en mi espíritu, y que no acierto á explicarme. He cambiado mucho de gustos de poco tiempo á esta parte, condesa.

—Pues yo voy á explicarle en dos palabras lo que le sucede. Usted está enamorado, Octavio.

—Puede ser,—respondió el jóven, ruborizándose.

—Sí, sí, estoy enterada de todo. Ayer me la han enseñado. ¡Es preciosa! Lo que es en este asunto le aconsejo que no cambie de gusto.

—¿Y si cambiase?

—Iría usted perdiendo en el cambio probablemente.

—¿Y si no perdiese?

—Haría usted muy mal de todos modos.

La condesa vaciló un instante ántes de contestar así, y Octavio, al observarlo, sonrió levemente. Los dos callaron y sumieron sus ojos en aquella gasa impenetrable de vapores. La condesa buscaba el sol. Octavio buscaba una fórmula. La condesa principió á tararear muy *piano* la famosa frase *il sol de l'ánima* de *Rigoletto*. Octavio la escuchaba con arrobamiento, y sintió

humedecerse sus ojos y apretarse su garganta. Cuando la dama distraidamente quiso pasar á otra melodía, Octavio la interrumpió, exclamando:

—No puede usted figurarse, condesa, qué impresion tan honda me causa la frase que acaba usted de cantar. De todas las melodías que hasta ahora he escuchado, ninguna expresa más vivamente el triunfo del amor. Hay cantos donde se pinta mejor el amor inocente y puro que refresca el corazon y endulza la vida; los hay tambien que reproducen con más verdad las amarguras del amor desgraciado ó los gritos desesperados de una pasion tempestuosa y loca; pero no hay otra donde el amor se muestre tan feliz y embriagado, henchido de alegría y cargado de perfumes; donde el alma y los sentidos reposen con más deleite. ¡Oh! Es el amor con que sueña la juventud; que enciende el corazon sin consumirlo; que inunda nuestro espíritu de luz y de armonía, y penetra, cual bálsamo dulcísimo, por todos los poros del cuerpo; que nos agita un instante para darnos despues blando reposo; que nos hace despreciar todos los otros bienes que Dios nos ha otorgado.

—¡Está usted muy elocuente!—dijo la condesa mirando con sorpresa á Octavio, que daba muestras de hallarse conmovido.

—Lo que estoy es ridículo, espetándole á usted un discurso sobre el duo de una ópera,—repuso el jóven sonriendo y calmándose repentinamente.

—Nada de eso; habla usted perfectamente, y sobre todo el calor con que se expresa, prueba que tiene usted un corazon sensible.

—Lo cual es una desgracia, condesa.

—No lo crea usted: aunque se sufra mucho, vale más sentir que no sentir. Siempre es preferible ser hombre á ser piedra.

—No me atrevo á disputarlo, porque mi causa es antipática; pero crea usted que hay momentos en que daría uno cualquier cosa por ser insensible como las piedras.

—Nada, nada, Octavio; está usted enamorado; se le conoce á usted á la legua—dijo la condesa con aire infantil y familiar, capaz de trastornar á cualquiera.

—Sí que lo estoy—repuso Octavio con firmeza y clavando sus ojos en la dama;—pero no sabe usted de quién.

La condesa miró en aquel instante para la huerta, y vió á miss Florencia que parada en medio de un camino los contemplaba fijamente. Despues, arrastrada por cierta fuerza misteriosa que acredita la existencia del magnetismo, volvió la cabeza hacia la sala y halló los ojos tur-

bios y frios del conde, que tambien los contemplaba. Y como si notase que con un arma de fuego le estaban apuntando al pecho y con otra á la espalda, dejó velozmente el balcon, dió algunas vueltas por la sala, fué, por último, á sentarse delante del piano, y empezó á correr los dedos por las teclas distraidamente. Octavio, en la misma postura y absorto en sus pensamientos, no parecía haber notado la marcha brusca de la condesa, ni escuchar las caprichosas notas que salían del piano. Los dedos de la dama, cansados sin duda de vagar á la ventura por el teclado, empezaron á señalar delicadamente una melodía. Era *il sol de l'ánima*. A Octavio le dió un vuelco el corazon y volvió rápidamente la cabeza. La condesa, con la sonrisa en los labios y los ojos medio cerrados, le miraba por entre sus negras y largas pestañas con expresion picaresca. Despues que hubo cesado el piano, Octavio se dirigió á la dama, apretó su mano un poco más que de costumbre y se despidió hasta el dia siguiente. El rostro del mancebo, al enderezar la marcha hacia Vegalora, parecía decir á todos los árboles que sombreaban el camino: «Amigos mios, esto es hecho.»

VIII

La romería.

El conde dijo á la condesa:

—Si tienes gusto en ir á esa fiesta, ve, querida mia. Me has de permitir sin embargo que no te acompañe; esos recreos campestres no despiertan en mi corazon los tiernos y bucólicos sentimientos que despertarán, á no dudarlo, en el tuyo; tengo la desgracia de ser insensible á la gaita. Pero, líbreme Dios de imponerte esta insensibilidad mia; ya sabes que yo gozo con que tú goces: ve, pues, y disfruta cuanto puedas, que en eso me complazco yo.

Lo dijo con la misma sonrisa de siempre. Estaban presentes el cura de la Segada y el licenciado Velasco de la Cueva. El conde de Trevia guardaba á su mujer delante de gente el respeto y atencion que la más egregia dama pudiera apetecer de su marido. Aun, en este punto, iba mas allá de lo que ordinariamente se practica en el mundo. Ora fuese resultado de su ca-

rácter extravagante, ora procediese de un prurito de resucitar añejas y olvidadas costumbres de la nobleza, ó simplemente por apartarse del vulgo, lo cierto es, que su excelencia rodeaba á la condesa públicamente de un aparato de ceremonia y homenaje que recordaba los buenos tiempos de la caballería ó la refinada cortesanía de los salones de Luis XIV. Jamas hablaba de su mujer sin nombrarla por su título, y cuando los criados le venían á pedir la vénia en cualquier acto del servicio, por regla general los despedía diciéndoles: «Ve á saber lo que ordena la condesa.» Cuando firmaba una carta ó cualquier documento, ponía constantemente la inicial del nombre de su mujer delante del suyo. Cuando se despedía de ella para un viaje, ó regresaba, si alguna gente de fuera asistía á la despedida ó al recibimiento, nunca dejaba de besarle la mano. Teníale por el estribo cuando montaba, sin permitir que ningun criado desempeñase este oficio; llevábale el libro de misa á la iglesia y la sombrilla ó el chal al paseo y le ayudaba á quitar ó poner los guantes. Era, en fin, tan quisquilloso y delicado en cuanto á sufrir ninguna falta de respeto á su esposa, por leve que fuese, que no pocas veces se vió por ello en graves compromisos. En cierta ocasion cruzó con su látigo el rostro de un militar y se batió con él á muerte,

por haber pronunciado en voz alta una palabra grosera al pasar junto á su señora. Era, pues, nuestro conde, un fino caballero y cortes sobremanera, puesto que la servidumbre y los amigos íntimos sabían á qué atenerse sobre esta cortesía.

La condesa quiso ir á la romería de su parroquia. La idea de presenciar nuevamente una fiesta donde tanto había gozado cuando niña, la lisonjeaba en extremo. Pedro por su parte, no dejaba de mentar muy á menudo esta romería, que era tambien la suya, y de prometérselas muy felices para cuando llegase, lo cual aguijaba más y más el deseo de su señora. Decidió por fin ésta, con la vénia de su marido, acudir á ella y dijo á Pedro:

—Si no fuese porque no quiero impedir que te diviertas á tu sabor, tú serías mi acompañante en la expedicion.

—Y lo seré, señorita, si es que usted no me echa de su lado. La mejor diversion para mí hoy, es ver honrada la romería de mi parroquia por la señora condesa.

—Vamos, eso lo dices con el borde de los labios nada más.

—Señorita, créame, que le hablo con el corazon.

—No te lo creo.

—Señorita, que el diablo me arrastre el alma

de monte en monte como la niebla, si no tengo más gusto en acompañarla que en beber todo el vino de la romería y en bailar todas las tonadas de la gaita.

—Gracias, gracias. Ven conmigo, pero ya sabes que no te lo exijo.

—Señorita, por Dios, no me ofenda...

Despues de haber hablado algun tiempo sobre ello, decidió la condesa ir á pié para confundirse con la muchedumbre de los romeros y participar de todos los placeres y molestias de este género de regocijos.

Salieron poco despues de almorzar. La condesa llevaba un gracioso traje corto de rayas blancas y verdes, ligeramente descotado en forma de corazon; la cabeza descubierta y sueltas sobre la espalda las dos espléndidas trenzas de su cabello castaño. Pedro vestía pantalon apretado de color lila, chaqueta negra, tambien ceñida, sombrero de paja, un pañuelo blanco de seda al cuello, y faja morada: en la mano llevaba un garrote de acebo muy pintarrajeado con una cinta para colgar de la muñeca. El Canelo, con el rabo enroscado, marchaba delante, unas veces cerca, otras léjos y parándose con frecuencia á ver si sus amos le seguían.

Miéntras no salvaron el puente fueron en silencio. La condesa observaba con el rabillo del

ojo y sonriendo picarescamente, la actitud encogida y espantada de su acompañante. Al llegar á la carretera tuvo compasion de él y le dirigió la palabra:

—Sabes que es un garrote tremendo ese que llevas.

—No es malo, señorita, pero lo que importa es manejarlo bien cuando llegue el caso.

—Mira, dámelo, y toma; yo llevaré el garrote y tú la sombrilla, que no me hace falta.

La condesa empezó á caminar apoyándose en el palo con mucho donaire, pero al cabo de un rato dijo haciendo una mueca encantadora de fatiga:

—Mira... llévalo tú, que no puedo con él. Está visto que hoy no he de dar ningun palo en la romería.

Pedro dejó escapar una risa burda. Quiso decir algo, tal vez una galantería; movió un poco los labios, se puso encarnado... y no dijo nada.

—Por más que disimules, Pedro, no puedes ocultar que vas á disgusto conmigo. Vamos, dí la verdad, ¿no hubieras preferido ir solo?

Pedro trató de convencer á su señora por cuantos medios le sugirió su imaginacion, por cierto bastante extravagantes, de que iba contentísimo. La condesa le contradecía, riéndose de verle tan sofocado, y celebraba con mucha al-

gazara los disparates que al pobre mayordomo se le ocurrían para demostrar su tésis.

—¿Y qué dirá tu novia cuando vea que no bailas con ella? Procuraré que tengas un rato libre para bailar.

—Pero si no tengo novia... ¿Quién le dijo á usted, señorita, que yo tenía novia?... Apuesto á que fué Manuel de María... Pues que se ande con cuidado ese charlatan con las bromas, que bien sabe cómo las gasto...

Dieron un corto rodeo para no pasar por la villa y tornaron á seguir la carretera, siempre á orillas del Lóra. La tarde estaba apacible y límpida; sólo algunas nubes festonadas asomaban la frente por encima de la crestería de las montañas. El sol no les molestaba sino á ratos, y su fuerza estaba deleitosamente mitigada por un vientecillo fresco que el rio traía sobre su corriente. Segun se alejaban del palacio y de sus contornos, crecía pasmosamente la locuacidad de la condesa, que empezó á descargar una nube de preguntas sobre la cabeza del mayordomo. ¿Había estado en la romería el año anterior? ¿Había venido con alguna muchacha? ¿Qué casa era aquella que se veía del lado de allá del río? ¿Habría salmones en el pozo que tenían á sus piés? ¿Cuántas veces se había bañado ya desde que empezó el verano? ¿Cuántos años tenía el

Canelo? ¿Era buen cazador?—A todas las preguntas iba contestando Pedro con la gravedad y firmeza que le caracterizaban, satisfaciendo la curiosidad de su señora y esclareciendo su inteligencia sobre las diversas cuestiones que sometía á su decision. Paulatinamente se había ido despojando del temor y cortedad que le embargaban.

La pobre Laura, con su figurilla menuda y agraciada, con sus manos y mejillas de clavel, con sus ojos claros y húmedos, sus labios rojos y sonrientes, y sobre todo, con las palabras amables que dulcemente fluían de ellos sin compostura ni engaño, no era á propósito para inspirar temor á nadie. Quizá en los salones de la corte, fastuosamente ataviada, cuando aquellos ojos garzos rasgados se clavaran con ceño, y aquellos labios frescos y cándidos se plegaran duramente con una sonrisa fría, pudiera aparecer altiva (y tal era la opinion que de ella tenían formada muchos); pero la dama orgullosa y severa se había quedado por allá: aquí no estaba á la sazon más que una hermosa mujer que charlaba por los codos y marchaba sin compas, unas veces á brincos y otras arrastrando los piés, bajándose á lo mejor para tomar una piedra y arrojarla al rio, ó pegando golpecitos con la sombrilla en las ramas de los árboles.

Pronto divisaron la casa solariega de los Estrada encima de la carretera como á unas cien varas. Allí desembocaba en el Lora un riachuelo. Nuestra pareja abandonó la carretera y emprendió la marcha por la estrecha cañada que este riachuelo seguía. Al pasar por debajo de su casa, la condesa alzó los ojos hacia ella y sacó el pañuelo para enjugar unas lágrimas.

—Pedro,—dijo señalándola con el dedo,—ahí ya no queda nadie.

Siguieron marchando y bien presto la variedad amena del camino divirtió á la condesa de los tristes recuerdos que le asaltaran á la vista de su antigua morada. La garganta por donde caminaban era estrechísima: formábanla dos enormes montañas calizas cortadas verticalmente, de suerte que era tan estrecha por arriba como por abajo. Aquellas monstruosas paredes eran blancas, pero estaban salpicadas por grandes manchas de musgo, lo cual las hacía muy hermosas.

—¡Qué atrocidad! ¡qué altura tienen estas montañas, y qué cercanas están! ¡Si parece que se vienen encima!

—¿Ve usted, señorita, aquel agujero que tiene la peña allá arriba?

—Sí.

—Pues ántes había allí un nido de buitres, y yo entré de chico una vez á cogerles los huevos.

—¿Y por dónde fuiste allá?

—Por una cornisa que forma la peña y que apénas se ve desde aquí: por cierto que cuando llegué delante del agujero salió de repente un buitre y me dió un aletazo en la cara que me hizo vacilar.

—Si te hubieras caido, adios romerías, ¿no es verdad, Pedro?

—Iría á las romerías del cielo, que deben de ser mejores que éstas.

—Tienes razon, Pedro. ¡Qué hermosas serán las fiestas que los ángeles celebran en honor de Dios! ¿No hubiera valido mucho más morirse de niño, sin haber pecado, para ser uno de esos ángeles que están á los piés de la Vírgen?... Pero ahora... ahora ya no puede ser... Debemos contentarnos, si somos buenos, con ir al cielo y estarnos allí muy quietos gozando con ver á Dios y nada más...

Siguieron hablando de cosas del cielo durante algun tiempo, pero no como personas graves, sinó como niños. Aquella charla continua y pueril parecía refrescar á la condesa, y evidentemente le daba mucho placer. La niña cándida y bulliciosa volvía á nacer dentro de ella, y salía lanzando dulces carcajadas á la luz, olvidándose de la oscura prision en que había yacido once años. Hablaba por hablar, como los niños,

y preguntaba las cosas más sencillas y menudas complaciéndose en humillar su inteligencia cultivada, y en trocar sus maneras cortesanas por otras rudas y campesinas. Mas era de observar cómo á medida que esta trasformacion se operaba, cambiábase tambien el encogimiento y temor del mayordomo en franqueza y libertad. Insensiblemente Pedro empezó á tratar á su señora como á una compañera, hasta reirse algunas veces de sus preguntas pueriles y disparatadas. La condesa se reía tambien, así que las hacía, pero le daba algunos golpecitos con la sombrilla, llamándole burlon y cazurro. Si la despojasen de su ropa y la pusiesen un traje de aldena, hubieran pasado muy bien por novios ó hermanos. Cuando encontraban una saltadera, Pedro saltaba primero y alargaba su gran mano callosa á la condesa, que sumía dentro de ella la suya breve y fragante como un boton de rosa. Otras veces, si era demasiado alta y la señorita gritaba desde arriba con mimo «no salto, no salto, tengo miedo», la tomaba por la cintura y la depositaba en el suelo con la misma delicadeza que si fuese un objeto de cristal. «¡Qué fuerza tienes, Pedro!—le decía ella:—si me dieses un golpe con esas manazas, me matarías!» Pedro sonreía á modo de sultan acariciado y se encogía de hombros con desden. Poco á poco se iba estableciendo entre

ellos la relacion trazada por la naturaleza: ella como sér débil, delicado y menesteroso, sometiéndose; él como fuerte y enérgico, dominándola y protegiéndola.

El camino estaba sombreado por avellanos que con sus haces de troncos delgados y formando á modo de enormes canastillos, salían de los prados vecinos. El verde claro y deslumbrador de éstos, resaltaba y hacía contraste con el oscuro de aqéullos, regalando la vista y convidando á reposar. El rio corría murmurando por el fondo de la cañada. En uno de los prados que bordaban el camino, corría tambien un arroyo que servía para mover un molino que blanqueaba entre los árboles. Era cristalino y puro, y se desataba tan gentil y suavemente, que daba gloria verlo marchar por la pradera. La condesa significó el deseo de reposar un instante en su orilla: estaba cansada y le placía en extremo mirar el curso del agua: ademas, tenían tiempo de sobra para estar en la romería. Sentáronse sobre el manto de césped salpicado de florecillas blancas, y empezaron á contemplar con ojos estáticos la serpiente de plata que se arrastraba perezosamente á buscar su guarida en el molino. La condesa se bajaba, metía la mano entre sus escamas y la sacaba mojada, y la sacudía riéndose sobre la cara de Pedro, el cual se reía á su vez y

no se tomaba el trabajo de limpiarse. Pero no por marchar suavemente dejaba de murmurar la cristalina sierpe algunas cosas al oido de nuestra pareja. Al principio la condesa pensaba que decía siempre lo mismo:

—¡Qué pesadez! Siempre el mismo *ru*, *ru*... ¡llega á marear! No observas con qué gravedad murmura esta gran culebra... Parece un maestro que nos está sermoneando, sin cansarse jamas de darnos consejos... Escucha ahora sin embargo... ¡Qué notas de flauta tan hermosas!... Ya vuelve al *ru*, *ru*... Otra vez las notas de flauta... Parece que interrumpe su sermon para hacernos una caricia...

Pedro con sus grandes ojos abiertos seguía la corriente del agua.

—¡Qué serio te has puesto, Periquillo...! ¿Te vas aprovechando de los consejos del agua?... ¡No pongas esos ojazos, hombre, que me asustas!

La condesa reía sin cesar y sin motivo, como quien se desquita de un largo ayuno. Eran sus carcajadas sonoras y claras, pero no en tono agudo, sino grave. En obsequio de la verdad, debemos manifestar que las notas firmes y llenas que de su garganta se escapaban cuando reía, contrastaban un poco con la pureza y trasparencia de su mirada. Salían cargadas de una sensualidad punzante y extraña que agitaba los sentidos.

No eran los trinos inocentes del ave que saluda la aparicion de la luz en el bosque, sino los gorjeos reprimidos y maliciosos del pájaro que ve terminarse su nido. Era una risa dulce y amarga á un mismo tiempo, como la de una bacante. La cándida Laura estaba muy léjos de sospechar los misterios amables de su risa: si los conociese, tal vez notaría el brillo inusitado de los ojos de sus amigos cuando la dejaba correr por su garganta, y se ruborizara.

—Mire usted, señorita, cómo se inclinan estos avellanos sobre el arroyo... parece que arden de sed los pobres y tratan de apagarla en sus aguas limpias... ¡Qué pena debe de ser mirar el agua tan cerca y no poder beberla!... Mire usted, mire usted, sin embargo, aquella rama... ya consiguió besar la corriente... ¡cómo se pondrá ahora el cuerpo de agua!... ¡Ahora salimos con que nos estaba escuchando aquel lagarto...

En efecto, uno de estos animales de pintada piel había asomado primero la cabeza al ruido de la conversacion por entre dos piedras, y no tardó en salir todo él, quedando inmóvil, segun su costumbre, en tanto que nuestros amigos hablaban.

—¡Ah maldito!—gritó Pedro arrojándole una piedra con todas sus fuerzas:—¡no escucharás más tiempo!

La piedra cayó sobre el lomo del animal, partiéndolo en dos; la cola dió todavía algunos brincos sobre la arena.

—¡Pobrecillo!—exclamó la condesa:—¡para qué le has matado!

—Señorita, dicen que estos animaluchos hablan con las brujas y les cuentan todo lo que oyen. Parece increible, ¿no es verdad?... pues á mí de chico me sucedió que una vez hablé muy mal del maestro con otro compañero, y prometí vengarme de él cuando fuese mayor: recuerdo que un lagarto nos estaba escuchando. Pues al dia siguiente, lo supo por una bruja que llamaban la tia Dolorosa, y por poco me deshace á palos. Entónces me puse á cavilar si sería el lagarto, ¡y les tomé un odio!...

Sin dejar de hablar, levantáronse y emprendieron nuevamente la marcha. No tardaron en salir de la áspera y estrecha cañada y desembocar en un valle relativamente muy ancho. Era casi circular y alcanzaría unos dos kilómetros de diámetro. No podía imaginarse nada más fértil y frondoso que aquel pedacito de tierra llana circundado de altísimas montañas: todo él estaba dedicado á pradería y semejaba una alfombra donde los setos guarnecidos de avellanos trazaban los dibujos. El rio corría por el medio más sereno y tranquilo que en la cañada. A la

entrada encontraron la casa de Pedro, el cual se empeñó en que su señora descansara en ella un instante. Laura no osó negarse. La casa estaba habitada solamente por la madre de Pedro y por un hermanito de doce años: el padre había muerto. Allí fueron de oir las exclamaciones de la buena mujer al ver á la señora condesa en compañía de su hijo. No sabía lo que le pasaba; corría de un lado á otro poniéndole tres sillas á un mismo tiempo para que se sentase; tomaba todos los objetos y los soltaba con objeto de arreglarlos; hacía mil reverencias ridículas y no se cansaba de repetir, «¡que cuándo podía esperar ella que la señora condesa se dignara entrar en una choza tan miserable!» Pedro escuchaba la zalamerías de su madre con indiferencia; Laura, con semblante risueño y agradecido. La pobre mujer no podía ofrecer nada más que una taza de leche y torta de borona, pero «¡cómo había de comer una cosa tan ruin la señora condesa!»

—Que lo coma para que sepa cómo viven los pobres—dijo Pedro con cierto énfasis brutal.

La condesa, léjos de ofenderse, le dirigió sonriendo una mirada humilde y aceptó de manos de su espantada madre la taza de leche y la torta. Comió, si no con gran placer, al ménos sin hacer ningun asco, miéntras el mayordomo la contemplaba fijamente con expresion triunfal. El

Canelo participó tambien del festin, y bien lo tenía ganado, pues por milagro no se le desprendió el rabo á fuerza de menearlo.

—Vamos, vamos, que ya es hora de ir llegando á la fiesta,—dijo Pedro.

Y otra vez emprendieron la marcha, alargando un tanto el paso. Salvaron casi todo el valle caminando por una de las laderas. A la mitad de él próximamente sintieron el lejano y débil repiqueteo del tambor, y algo más adelante percibieron un murmullo ó rumor vago y confuso que despierta siempre una dulce emocion en los que asisten á esta clase de regocijos. La romería estaba cerca. Caminaron todavía algunos minutos por un espeso maizal que los ocultaba enteramente, y llegaron, por fin, á un sitio, desde el cual vieron á corta distancia el campo donde se celebraba. Era un vasto prado de verde claro, y todo circuido de avellanos. El espectáculo que ofrecía era á par sorprendente y deleitoso. Por encima de él hormigueaba una muchedumbre, compuesta principalmente de mujeres, cuyos pañuelos de diversos y vivos colores, al moverse, mareaban y turbaban la vista. Los hombres en su mayoría se hallaban recostados debajo de los árboles, bebiendo pésimo vino y cantando desentonadamente. Escuchábanse los gritos desafinados de los pregoneros,

ofreciendo agua de limon, sangría de vino tinto y avellanas tostadas, y los sonidos agudos y gangosos de la gaita siempre acompañada del interesante tambor. Esparcidas por diversos parajes del campo, veíanse algunas mesas vestidas de lienzo blanco y atestadas de ciertos confites característicos y peculiares á la fiesta, como mazapanes, amargos, florones, madamitas, crucetas y otros muchos que se llevaban los ojos de los niños y los cuartos de las madres. Muy pocos se van de las romerías sin llevar algunos de estos dulces en un pañuelo, los cuales toman el nombre de *perdones*, por ser la ofrenda que los romeros hacen á su familia en recompensa de haberse quedado en casa miéntras ellos se divertían. En uno de los ángulos del prado se hallaba el grupo de los bailadores que movían las piernas con ligereza al són de la gaita y el tambor, rodeados de otro grupo mucho más numeroso de curiosos. Pero lo que más atraía la vista era un gran nogal, colocado casi en el centro del campo, que por lo espeso de sus hojas y lo bien recortado, semejaba una enorme planta de albahaca. Debajo de él se había establecido una cantina, donde los cueros hinchados que guardaban el vino, yacían insolentemente sobre las mesas, inmóviles como borrachos. En torno de la cantina y del árbol se había formado una

danza que daba vueltas pesadamente, cantando las baladas del país.

Nuestra pareja se introdujo entre la muchedumbre. Inmediatamente se vieron rodeados por una porcion de aldeanas conocidas de Laura en otro tiempo, las cuales prorrumpieron en exclamaciones de sorpresa y placer, saludándola con muestras de un regocijo espontáneo, y prodigándola mil epítetos cariñosos de los que tanto abundan en la lengua rústica y primitiva de estas comarcas, tales como boton de rosa, lucero, corazon de manteca, reitana y palomina sin hiel. Ninguna, sin embargo, se atrevía á llamarla de tú, ni á besarla, aunque buena gana se les pasaba á todas; algunas, no pudiendo resistir la tentacion, le tomaban las manos y se las cubrían de besos. Laura, muy conmovida, consiguió á fuerza de trabajos desprenderse de aquel grupo y seguir adelante. Marchaba apoyándose en el brazo de Pedro y aspirando con delicia todos los olores y todos los ruidos de la romería, parándose á cada instante y fijando su atencion en cuanto la rodeaba. Cerca de una mesa de dulces, percibió al fin á una jóven que hacía tiempo la miraba con ojos tímidos y ansiosos. Era la amiga más íntima que había tenido. Voló hacia ella y la estrechó entre sus brazos con fuerza; la aldeana recibió tal impresion, que no acertó á decir ni

hacer nada, y se dejó acariciar por la condesa, inmóvil y desfallecida, pero soltando por sus ojos tristes un diluvio de lágrimas. Despues charlaron mucho de cuanto les había pasado. Pedro, que no podía tomar parte en la conversacion, derramaba la vista con semblante distraido por los contornos.

—Pedro, te estás aburriendo. De buena gana bailarías un poco, ¿no es verdad?... Pues mira, por mí no has de dejar de hacerlo. Vamos allá, que quiero bailar contigo.

Y dicho y hecho; la condesa, á pesar de los ruegos y las protestas del mayordomo, le arrastró hacia el sitio del baile y se introdujo allá resueltamente. Y con gran pasmo del grupo de curiosos, puestos uno en frente de otro, comenzaron á bailar con brío y arrogancia al són de la gaita. Los mozos, levantando los brazos y mirando á las mujeres atrevidamente á la cara, ejecutaban mil suertes de figuras y brincaban hacia atras y hacia adelante haciendo ruido con sus fuertes y claveteados zapatos. Las mujeres, con los brazos y los ojos bajos, brincaban mucho ménos y recibían la ruidosa y tosca adoracion de su pareja, dignamente y ruborizándose. Pero, ¡quién se acordaba de ninguna de ellas teniendo á la vista la figura encantadora y risueña de la condesa de Trevia! La muchedumbre, que dis-

curría con estrépito por el vasto prado; el manso rio, que atravesaba el valle sin prisa de llegar á su destino, como un viajero que admira la amenidad del sitio; el cesped florido, donde los piés se hundían con deleite; los árboles, y las imponentes montañas, que cerraban á corta distancia el horizonte; todo estaba allí colocado por Dios con el objeto exclusivo de ver á Laura. Por lo ménos no habría hombre de mediano sentido práctico, que no diera todas aquellas hermosuras por uno de los rizos que caían en desórden sobre la frente de la condesa, alborotándose más y más con los rápidos movimientos del baile. Cuando ya tenía las mejillas encendidas como amapolas y los piés se negaban á separarse de la tierra, quiso cesar, y empezó á darse aire con el pañuelo. En aquel momento alzóse un poco de tumulto cerca de ellos, se oyeron algunos gritos coléricos y tambien el chasquido de los garrotes. La gente acudió allá en tropel. Viéronse bastantes palos enarbolados y otros tantos combatientes ébrios de furor, y alguno de ellos soltando sangre por la frente. Salió una voz del tumulto gritando: «¡Pedro, que matan á tu primo!» El mayordomo partió como un rayo, y vibrando su nudoso garrote empezó á tirar mozos por el suelo como si fuesen muñecos de barro. Pronto trazó el miedo un círculo espacioso en torno suyo. Las mujeres

se cogían á la cintura de los campeones, queriendo sujetarlos. La condesa, al igual de ellas, tambien trataba de contener á Pedro vertiendo lágrimas de susto. Cesó la gresca por la misma razon que había empezado, esto es, por ninguna. Quedaron algunas mesas de dulces por el suelo y no pocas cestas de fruta volcadas. Los heridos se fueron á lavar al rio, que estaba cerca.

La danza siguió dando vueltas en torno del gran nogal. A la condesa tambien le vino en apetencia el entrar en ella. Ya los hombres y las mujeres no estaban separados como en los antiguos tiempos, sino agradablemente confundidos, aunque agarrándose sólo por el dedo meñique. Los mozos terciaban sus garrotes haciéndolos descansar sobre el brazo, lo cual prestaba á la danza el aspecto guerrero que indudablemente tuvo en su orígen. Cuando la condesa y Pedro entraron, la mitad de la danza decía cantando:

¡Ay, un galan d'esta villa!
¡Ay, un galan d'esta ca sa!

La otra mitad contestaba:

¡Ay, diga lo qu'él quería!
¡Ay, diga lo qu'él buscaba!

La melodía era suave y monotona. En una

mitad cantaban las voces agudas, y en la otra las graves, prolongando todas extraordinariamente la vocal final del segundo verso:

¡Ay, busco la blanca niña!
¡Ay, busco la niña blanca!

Al instante contestaban los otros:

¡Ay, que no l'hay n'esta villa!
¡Ay, que no l'hay n'esta casa!

La condesa se balanceaba cogida al dedo de Pedro, y á menudo volvía la cabeza para dirigirle una sonrisa. Todos tenían los ojos puestos en ella, mostrando gran satisfaccion de verse tan honrados.

Si no era una mi prima,
Si no era una mi hermana.

Y cantaban las voces graves en seguida, bien enterados de todo:

¡Ay, del marido pedida!
¡Ay, del marido velada!

—Pedro,—dijo en voz baja la condesa:—¿cómo eres tan quimerista? Yo te creía más pacífico... ¡Me has dado un susto!... todavía me late el corazon con prisa...

—¡Ah, señorita! ¡Si usted supiera el sentimien-

to que tengo por haber hecho esa barbaridad!... Me estaría dando de palos hasta romperme la cabeza, por bruto. Pero ya ve usted; era mi primo... Usted es muy buena, señorita, y me perdonará; ¿no es cierto?

—Sí, Periquillo, estás perdonado,—repuso la señora haciendo una mueca graciosa y soltando el dedo para apretar la mano del mayordomo.

¡Ay, bien qu'ora la castiga!
¡Ay, bien que la castigaba!

Y mejor enterados los otros, respondían:

¡Ay, con varillas de oliva!
¡Ay, con varillas de malva!

Los mozos y las mozas se dirigían en los intermedios del canto palabras sueltas y se daban leves empellones á guisa de caricias, no siendo al parecer estos requiebros de hombro los que ménos estimaban las doncellas de sus galanes. Todos cantaban maquinalmente y sin darse cuenta del drama sombrío que se iba desenvolviendo en su romance. La misma Laura, que pudiera ver en él tristes analogías, no fijaba la atencion, y pocas veces se la vió tan risueña y despegada de malos pensamientos. Con la boca entreabierta, los ojos brillantes y el vaiven incitante de su cuerpo garrido, parecía otra Laura

evocada y traida de los abismos del tiempo por aquel ritmo primitivo.

¡Ay, que su amigo l'espera!
¡Ay, que su amigo l'aguarda!

Al pié de una fuente fria,
Al pié de una fuente clara

Que por el oro corría,
Que por el oro manaba.

—¿No le parece á usted, señorita, que podemos ir dejando la romería? El sol está ya muy bajo...

Laura sacudió la cabeza como si despertase de un sueño y soltó sus manos del corro. Cuando se alejaron de la danza las voces agudas cantaban:

Ya su buen amor venía
Ya su buen amor llegaba.

Y las graves respondían:

Por donde ora el sol salía
Por donde ora el sol rayaba.

Despidiéronse de cuantos amigos hallaron. La sombra, en efecto, había invadido todo el valle y empezaba á escalar lentamente las montañas. Compraron confites y avellanas tostadas y bebieron unos sorbos de vino para tomar fuerzas.

Algunas aldeanas los acompañaron un buen pedazo del camino, despidiéndolos á la salida del valle. Al entrar en la cañada una brisa perezosa y blanda vino á acariciarles el rostro y las manos. Caminaban charlando y comiendo avellanas: cuando la condesa tenía reunidos en la mano algunos cascos los arrojaba riendo á la cara de Pedro. La voz de la gaita se perdía moribunda ya en los repliegues y concavidades de las peñas. El rio se quejaba amargamente del poco sitio que éstas le dejaban. Cerrábanse los avellanos formando túnel y oscureciendo mucho el camino. Los honrados castaños alargaban sus palmas sobre las cabezas de los romeros brindándoles proteccion. Al pasar cerca del molino Laura le dirigió una mirada. La gran culebra triste y oscura no acababa de encontrar guarida y seguía arrastrándose silenciosamente entre las sombras del crepúsculo: los pedazos del lagarto que Pedro había matado se reflejaban aún en su lomo tembloroso y plomizo. Cuando llegó la pareja al palacio era ya noche cerrada.

IX

Fragmentos de un diario.

Cierto, no habrá lector que haga al señorito Octavio la ofensa de suponerle desprovisto de un *diario*. Los héroes de novela tienen ciertas obligaciones á las que no estamos sujetos el resto de los mortales, entre las cuales no es la de ménos tomo el llevar un libro de memorias donde se apunten por menudo las impresiones y sucesos del dia. Bien saben todos, que escasamente se hallará un personaje de Octavio Feuillet que no lleve su correspondiente diario, el cual sirve grandemente para esclarecer todas las dudas que acerca de su vida y milagros pudieran surgir. En nuestra España, los que mejor cumplen con este sagrado deber, son, si no me engaño, los héroes del Sr. Perez Escrich.

Hé aquí algunos trozos que me tomé la libertad de arrancar del cuaderno del señorito Octavio. Son de gran utilidad para el curso de esta

historia y estaban escritos de su mismo puño en una magnífica letra inglesa.

Julio, 26.

Lo mismo que ayer. ¡Qué tiempo tan fatal! No tengo disculpa para ir allá con esta lluvia que ahora da en caer por las tardes... ¡Y yo que atravesaría el Océano en una lancha por tocar un dedo de su hermosa mano!

Julio, 27.

Lo mismo que ayer y que anteayer. Las mañanas están limpias y claras, y á la tarde es precisamente cuando estalla la borrasca. Me desespero. Hoy no pude resistir la tentacion: tomé el impermeable y me fuí hacia allá. Despues de pasar el puente salté á los prados para no ir por el camino. Si me hubieran visto caminar con aquel temporal, no sé lo que hubieran presumido. Mi objeto único y exclusivo era verla, aunque fuese de léjos. Me aposté detras de un árbol y estuve esperando no sé cuánto tiempo: el agua me bañaba el rostro y el cuello. Al fin oí su voz clara y perlada *. Salió al corredor con su hijo y ambos se divirtieron un rato en extender las

* No sé á punto fijo lo que el señorito Octavio quiere significar con este adjetivo. Tal vez lo habrá tomado del frances.

manos para recibir en ellas los hilos de agua que caían del techo, secándose despues con el pañuelo. ¡Qué aire infantil tan encantador toma á veces! Y no obstante, yo la prefiero altiva y soberbia, cuando pasea su mirada distraida por los objetos y contesta á un saludo profundo con una leve inclinacion de cabeza. Mujeres hay muchas; damas muy pocas. Cuando me acerco á ella tiemblo de los piés á la cabeza, pero este temblor me hace gozar extraordinariamente. Son misterios de mi organismo que á nadie se pueden confiar, porque nadie los entendería.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Agosto, 1.º

Hoy, hablando con ella de la antigüedad de mi familia, me enredé en un lio de mentiras tan grande, que no sé cómo pude salir de él. Me puse colorado hasta las orejas, y cuantos más esfuerzos hacía por aparecer sereno, más me sofocaba. Si ella lo notó, como es de presumir, ¡qué idea tan baja habrá formado de mí! Estoy vendido con este rubor estúpido que me asalta por el más leve motivo. Se me figuró que al despedirme hizo un gesto de desprecio. ¡Dios mio, qué estúpido soy!

Agosto, 2.

Cuando creí que iba á encontrarla fría y seria, por mi necedad de ayer, recibí la deliciosa sorpresa de hallarla más amable y jovial que nunca. Jamas se acaba de entender á esta clase de mujeres; pero estos vaivenes y misterios son los que más encienden el amor. Al verla hoy dirigirse á mí tan cariñosa y risueña, me dió un golpe el corazon, que me cortó la voz; seguramente me puse pálido. Nunca me ha pasado esto con Cármen: á los ocho dias de tratarla, ya me la sabía de memoria y predecía todas sus respuestas y ademanes. ¡Pobre Cármen, qué mal le pago el amor que me tiene! Pero ella, ó el diablo por ella, se empeña en quitarme las ilusiones; ayer me decía con gran amabilidad, que esperaba que hoy fuese á su casa á comer *de mediodía*. ¿Tengo yo la culpa de que la pobre niña sea tan chavacana?... Hoy ha estado cariñosa en extremo conmigo, hasta el punto de que su marido fijó alguna vez con insistencia su mirada en nosotros, lo cual ha contenido un poco los ímpetus de la lengua, pronta á dejar escapar mi dulce secreto. Yo pensaba que á los maridos se les tenía siempre lástima, pero no es así; ese hombre me causa pavor, y su mirada me hace temblar. Hemos merendado en el campo, que estaba delicioso. He gozado pocas veces

tanto en mi vida. El humor de ella era excelente, aunque á veces decaía repentinamente y sin motivo. Como yo me negase á tomar cierto dulce, del que se hacían grandes elogios, levantóse ella de improviso con una cucharilla en la mano, se acercó á mí, me hizo con un gesto encantador abrir la boca, y me introdujo allá la cuchara cargada de dulce. Dudo que la ambrosía tuviese mejor gusto.

Agosto, 3.

(Aquí apunta nuestro héroe la escena que ya hemos descrito al final del capítulo séptimo.)

. . . . . .

. . . . . .

Agosto, 5.

Ayer me llamó el conde aparte con aire de misterio. Confieso que le seguí más muerto que vivo, pues no dudé que había sospechado mi pasion; pero la amable sonrisa con que inauguró su discurso, me tranquilizó completamente. Me dijo que se acercaban las elecciones para diputados á Córtes y que contaba con mi apoyo y el de mi padre. No tuve valor para contestarle que yo no tengo ninguna influencia, y que mi padre, como hombre afiliado á un partido político, tiene compromisos ineludibles, contrarios, sin duda, á las ideas que él representa. ¡Cuánto

siento que papá figure en un partido tan avanzado! No sé por qué ha tenido la desdichada ocurrencia de enamorarse de esa chusma insolente, que escarnece todo lo grande y elevado. La igualdad que esa gente pide, es la igualdad en la grosería y la bajeza. Les molesta el brillo de los salones, y sienten envidia y piden que todo el mundo habite en desvanes: se sienten contrariados por la superioridad de los nobles, por su cultura, por su valor, por su exquisita educacion y pretenden que sean torpes y cobardes como ellos, sin que sus nombres ilustres, que van unidos á las inmarcesibles glorias de España, les infundan ningun respeto. Odian tambien la religion, porque se opone á sus apetitos concupiscentes y les encarece la humildad. Quieren, en una palabra, destruir las dos cosas más hermosas que los hombres han poseido jamas; el culto á la divinidad, y esa sublime magistratura de los siglos, que se llama poder real. Me avergüenzo de haber querido tambien su destruccion. Todo el que tenga alma de artista sentirá siempre repugnancia hacia el triunfo de la fuerza numérica. Hay belleza y mucha en los misterios religiosos que se celebran en nuestras catedrales; en la voz del órgano cuyas cláusulas ya atronadoras y patéticas, como los versículos del Apocalipsis, ya tiernas y suaves, como los del

Cantar de Salomon, estremecen el corazon y levantan el ánimo; en la luz recogida y discreta que penetra por las grandes ventanas cerradas con cristales de color; en el incienso que despide el áureo incensario, y en la plegaria que sale de la boca del niño á quien su madre une las manos para adorar á Dios: la hay tambien en nuestras crónicas caballerescas, llenas todas de sentimientos honrados y leales, de rasgos heróicos y de amores generosos y constantes. Pero, aunque me maten, no acierto á comprender qué belleza puede existir en una turba de hombres sucios, que sueltan las herramientas del trabajo para ir á vociferar delante del ayuntamiento, pidiendo *sus derechos*.

Si papá opinase como yo, no le mirarían por encima del hombro muchos que no sirven para descalzarle. Lo peor es que estoy comprometido á convencerle de que debe apoyar al conde. Confío en que lo he de conseguir. ¡Es tan bueno!

. . . . . .

. . . . . .

Agosto, 9.

Estoy inquieto; no puedo dormir. Me levanto de la cama y escribo estos cuatro renglones en un estado casi febril. Todo el mundo nota que

ando ojeroso y pálido estos dias. Y en efecto, siento una intranquilidad tan grande en mi alma y en mi cuerpo, como si tuviera una pila de electricidad en la cabeza y otra en el corazon. ¡Dios mío, por darle un beso, aunque fuese en su lindo pié desnudo, renunciaría á todas las dichas de este mundo! Por besar su cuello blanco y perfumado, me parece que daría tambien las del otro. Hoy hemos dado un paseo relativamente largo: seguimos el arroyo que baja de la montaña á unirse en la Segada con el Lora, caminando siempre entre árboles. Como íbamos formando un grupo, apénas pude hablar con ella. Llevaba vestido azul oscuro, el cabello un poco despeinado, en el brazo derecho un brazalete de esmeraldas y en el cuello un medallon de las mismas piedras. No necesitaba estampar estos pormenores, porque los he de recordar miéntras me dure la vida. En cierto paraje estrecho tropezó en una piedra grande, y gracias á D. Primitivo, que la sostuvo, no cayó. Me he fijado en la piedra, porque pienso arrojarla al rio... Pero no; mejor será llevarla á mi jardin y conservarla. Llegamos cerca de una capilla llamada de la *Consolacion*. La condesa se empeñó en entrar, y yo la seguí. Los demas, incluso el cura de la Segada, se quedaron fuera con el pretexto de que estaban sudando. La luz se filtraba con trabajo dentro del exiguo

templo por dos ventanillas estrechas que más parecían grietas. Colgada frente al altar de la Vírgen, chisporroteaba una lámpara de bronce. Aquella Vírgen solitaria, de mejillas y piés rosados, de ojos cándidos y piadosos, recibiendo como única adoracion el triste chisporroteo de la lámpara, infundía en el alma, tierna y amorosa devocion. El silencio era grande: las sombras descendían del techo por intervalos y cubrían con tupido manto alternativamente el altar, el confesonario, la Vírgen y el pavimento. La condesa se hincó de rodillas y me dijo en voz baja y sonriendo:

—¿Quiere usted rezar unas Ave-marías conmigo?

Me apresuré á hincarme tambien á su lado. Empezó á rezar delante, muy bajo, y yo á contestarle. No puedo describir la sensacion deliciosa que tal oracion me causó, aunque sí presumo que no aprovechó nada á mi alma. Aquel cuchicheo tan suave que salía de su boca, penetraba en todo mi sér y lo henchía de voluptuosidad. Un desmayo ó embriaguez, lleno de blandura y fragancia, se apoderaba de todos mis sentidos. Hubiese querido prolongar unos instantes más aquel estado, y morirme despues.

Cuando volvíamos para casa traté de explicarle algo de lo que me pasaba, para que conociese

siquiera una parte del amor infinito que me inspira; pero siempre rehuía la conversacion. Una vez, sin embargo, logré que se fijase.

—Quisiera morirme pronto,—le dije de repente.

—¿Y por qué?—repuso volviendo el semblante con sorpresa.

—Porque llevo dentro de mí un demonio que me atormenta sin cesar.

—¿Qué demonio es ese?

—Una pasion imposible.

Siguió andando en silencio unos momentos y se puso grave. Hasta entónces había estado muy risueña y habladora.

—No encuentro motivo para que usted desee la muerte, Octavio. Una pasion, por imposible que sea, arrastra consigo muchos y dulces placeres. Solamente el amar es ya una felicidad inmensa... á mi entender mucho mayor que la de ser amado. Si es verdad que usted siente una pasion, y esa pasion es noble, procure usted encerrarla en el fondo de su alma como una joya preciosa, como una flor delicada. Las flores no crecen en los parajes infectos ó áridos. Quizá le preserve de cometer malas acciones, y aunque no fuese más que por esto, debe usted bendecirla.

No me cabe duda que entendió mi declara-

cion. Su mirada huía de la mia al decirme estas palabras; su voz temblaba; su paso era precipitado... Oh, sí, me ama, me ama... Siento no obstante una turbacion... Me encuentro tan agitado... Todas las noches sueño cosas espantosas...

Agosto, 15.

Me causa vergüenza escribir lo que acaba de sucederme: pero, ¿no ha de ser este libro solamente para mí? No quiero dejar de apuntarlo, aunque me cueste trabajo. Tendré siempre á la vista la historia exacta de mi vida.

Hemos estado en el monte á cazar. Salimos á las cinco y media de la mañana y regresamos á las siete de la tarde. El conde se empeña en que *ella* cace tambien: ¡y por qué sitios! Por mucho que la imaginacion trabaje, es imposible que se forje nada tan fragoso y espantable. Hemos estado en la misma Peña Mayor; pero ántes de llegar allá necesitamos atravesar bosques espesos de hayas, donde se deja en pedazos la ropa y hasta la piel, senderos labrados en la roca sobre negros abismos, donde un tropezon cuesta la vida, y puentes rústicos formados á veces de un solo tronco de árbol, que por maravilla no se va uno cien veces al torrente. Las montañas se elevan á menudo perpendicularmente sobre nuestras cabezas, dejando sólo un estrecho paso que

se reparten el hombre y el arroyo: en otras ocasiones los peñascos se aglomeran en un punto, los unos sobre los otros, de tal suerte, que el hombre y el arroyo se ven obligados á dar mil vueltas y rodeos para hallar salida. Ella pasa por los sitios más peligrosos sin ningun miedo: á veces parece gozar desafiando á la muerte. Verdad que lleva consigo á Pedro el mayordomo, que conoce todos aquellos parajes al dedillo, y anda por ellos lo mismo que por una sala. Le he visto hoy coger á la condesa como si fuese una muñeca y atravesar de dos brincos un puente hecho de troncos podridos. Despues de andar inútilmente bastante tiempo, y ya bien mediada la tarde, echamos un rebaño de nueve corzos. Ni ella, ni yo, por haber disparado con precipitacion, conseguimos tocar á ninguno: el conde esperó con calma que estuviesen cerca y dejó dos muertos de dos disparos. La impasibilidad con que este hombre lo ejecuta todo, es para sorprender á cualquiera. Ella le tiene miedo, y esto me obliga á odiarle con todo mi corazon, por más que reconozca que es un hombre distinguido. No creo que la maltrate, pues al fin y al cabo «nobleza obliga», pero me da el corazon que no la quiere. ¡Qué sacrilegio! ¿Dónde tendrá los ojos el señor conde de Trevia?

Despues que presenciamos las últimas convul-

siones de los corzos (cuando contemplé el dolor de aquellos inocentes animalitos, por nada en el mundo hubiera querido ser su matador), subimos aún más para ver el lago *Ausente*, que es un capricho grandioso de la Naturaleza. Está rodeado de altas y descarnadas montañas que forman un anfiteatro, en el cual la superficie tranquila del agua forma el redondel. Nos asomamos por uno de los peñascos que lo circundan. La soledad de aquel sitio es aterradora y oprimió mi corazon. Parece el lugar donde los genios de la montaña vienen á llorar sus tristezas, y aquellas aguas opacas y pesadas como el plomo, las lágrimas que derraman. El conde, apénas hubo arrojado sobre él una mirada, se volvió con Pedro. Quedamos ella y yo en pié sobre el abismo. ¡Qué hermosa estaba sobre su pedestal granítico! Despues de Dios, jamas contempló aquellas aguas un sér tan bello. Sentí que el corazon me latía fuertemente, me pasó como un carbon encendido por la garganta, turbóseme la vista, y sin saber cómo, me encontré á sus piés, diciendo:

—Más vale morir una vez que morir mil veces cada dia. Hace un mes que tengo un infierno en el corazon... Una palabra, una mirada, un gesto de usted puede elevarme repentinamente al cielo... Porque quiero que usted sepa que la amo...

sí... la amo como un insensato que soy. Soy un insensato... pero ya no tiene remedio... Si esa palabra ó esa mirada no viene, si usted no me entrega siquiera una de sus preciosas manos para que la derrita con mis besos, tendrá usted la triste satisfaccion de verme rodar ahora hasta esas negras aguas, que me taparán para siempre.

Quedó un momento suspensa y mostrando gran sorpresa: me dirigió una mirada altiva y prolongada, y sin proferir una palabra volvió la espalda y echó á andar lentamente.

No sé lo que pasó por mí. Cuanto tenía delante, el lago, la tierra, el cielo, quedaron confundidos y se oscurecieron. Sentí que era necesario morir, y ví la muerte delante de los ojos. Pero un pensamiento maldito de temor se alzó en mi corazon con poder invencible. Ví de improviso y en un solo instante todo mi pasado, los sitios donde corrieron las dulces horas de mi infancia, el pequeño lecho donde me dormía oyendo los cuentos de la criada, percibí el aroma del hinojo que se esparcía por las calles en los dias de procesion, escuché el tañido melancólico de las campanas al tocar la oracion de la tarde, sentí sobre la frente los tiernos besos de mi madre y en las mejillas la áspera caricia de la mano de mi padre, más suave para mí que

el ala de un ángel... ¡El lago estaba tan negro!... ¡Qué rumor extraño levantaría mi cuerpo ensangrentado al penetrar en él!... ¡Ay! Faltóme el valor... ¡Qué vergüenza!... Sumí el rostro entre las manos y rompí á llorar como un niño.

Noté que ya no andaba, y sin verla sentí que su mirada se posaba sobre mí más dulce y compasiva.

Durante el camino no me atreví á despegar los labios. Ella tambien iba silenciosa. El conde y Pedro charlaban de las ocurrencias de la caza. Cuando llegamos á casa era ya noche. Lo primero que vimos en el portal fué á la monísima Emilia que extendió los bracitos hacia su madre gritando de alegría. Esta se apresuró á levantarla y le dió un sonoro beso en la frente. Despues señalándomela con ademan imperioso, me dijo: «¡Ahí!»

Obedecí sumiso y besé tambien la frente de la niña.

Agosto, 16.

Salgo de la cama en este instante. No he soñado monstruosidades como otras veces, pero ha sido tan triste mi sueño, que aún estoy conmovido. Siento dentro del alma una melancolía honda y desgarradora como si me encontrase solo en el mundo.

Soñé que me hallaba en medio de un salon de baile espléndido y hermoso y profusamente iluminado. Pero lo raro es, que en aquel salon no había nadie más que yo, que me paseaba en traje de etiqueta, viendo repetirse mi imágen en todos los espejos. El silencio era casi absosoluto; mis piés se hundían en la mullida alfombra sin producir ruido. Al cabo de algun tiempo observé que se abría una puerta y aparecía en ella la torneada figura de la condesa, rica y elegantemente vestida. Dirigióse á mí sonriendo, y me dijo:—«¿Quiere usted que bailemos un poco?»—Y al mismo tiempo escuché los acordes de un vals de Strauss, tocado admirablemente por una orquesta invisible. Nos pusimos á bailar. Ella se abandonó en mis brazos como una niña y corrimos el salon de un cabo á otro sin tocar apénas en el suelo. Yo sin gastar preámbulos le declaré mi amor con palabras fogosas y apasionadas. Me contestó que su amor era tan grande como el mio y empezó á estrecharse más contra mi pecho. Turbado y ebrio de voluptuosidad, quise acercar mis labios á los suyos; pero en aquel momento me sentí cogido por unas manos de hierro. Volví la cabeza y se me figuró ver el rostro pálido del conde. Todo desapareció y mi sueño quedó disipado, como las imágenes de un cuadro disolvente.

Mas de improviso y sin saber cómo, encontréme sentado en una barca en medio de un mar verdoso y sombrío. El sol que se estaba poniendo le hería de traves con sus pálidos rayos. El agua no se movía; el viento callaba. Creíme perdido y empecé á remar marchando á la ventura. Remé durante mucho tiempo sin percibir orilla ninguna, y ya me iban abandonando las fuerzas cuando acerté á ver las agujas de dos elevadas torres. Caminé hacia allá y pronto divisé un magnífico palacio que las aguas del mar lamían, y detras de él se vislumbraban soberbios y frondosos jardines. Acerquéme cuanto pude, y ¿cuál fué mi sorpresa al observar que en una de sus ventanas ojivales estaba *ella* reclinada, hermosa como nunca y deshaciendo con sus dedos afilados una rosa cuyas hojas arrojaba con desden á la mar? Se posaron sus ojos sobre mí, pero con una expresion muy singular. Parecían á primera vista risueños y benévolos, pero reparando mejor se observaba allá en el fondo mucha ironía. Miréla tambien y nos estuvimos contemplando un gran rato en silencio. No sé por qué me acometió entónces una tristeza profunda. La barca se balanceaba suavemente. Noté que se iba hundiendo poco á poco, pero no me importaba nada. Me era imposible separar la vista de aquellos ojos brillantes y cargados de malicia que estaban cla-

vados en los míos. Parecía que ellos eran los que tenían la culpa de que me fuera hundiendo. Ya el agua iba alcanzando los bordes de la barca, ya penetraba dentro, ya me llegaba á la cintura. Entónces, sin dejar de mirarme fijamente, extendió su mano y señalando con el dedo los abismos de aquella mar siniestra, dijo con acento penetrante: «¡Ahí!... ¡ahí!... ¡ahí!» El agua me llegaba al pecho, á la garganta, á la boca, á los ojos...

Al tiempo de sumergirme por completo, vi con sorpresa y horror que ya no era ella la que estaba á la ventana, sino el conde. No fué más que un relámpago.

Despertéme dando un fuerte grito, y con tal sobresalto, que necesité llamar á la pobre mamá para que me hicieran una taza de tila. Aunque estoy mejor, todavía me dura la alteracion nerviosa. No sé si llegaré á presentarme otra vez en la Segada. Quisiera tener fuerzas para huir de estos sitios.

X

Síntomas graves.

El calor había alcanzado su grado máximo. Los árboles y las plantas, poco acostumbrados á él, empezaban á sentirse sofocados y demandaban á las nubes, que pasaban volando sobre ellos, algunas gotas de agua; pero las nubes se hacían las sordas y seguían inflexibles su camino por el espacio. Los frutos comenzaban á amarillear; los riachuelos se secaban dejando al descubierto su lecho de rigodones que los rayos del sol tornaba blancos. Si se aplicaba un fósforo encendido á la hierba, ardía como estopa. La gente de la Segada tenía que andar un kilómetro para ir á la fuente, porque la del pueblo se había agotado.

La vida en el palacio era monotona, pero dulce y amable. Laura tenía perfectamente distribuido el tiempo, y léjos de aburrirse se encontraba como el pez en el agua. La idea de su vuelta á Madrid la estremecía. Se levantaba muy temprano y salía á la huerta, donde hizo por su mano

algunas notables mejoras, como fué la de trasplantar algunos claveles, porque estaban demasiado prietos y se molestaban, y limpiar el polvo con delicado esmero á las hojas de una enredadera: tambien colocó una esterita de quitaipon sobre los alelíes para que el sol no los quemase á ciertas horas del dia. Tornaba al palacio siempre fatigada y se apresuraba á lavarse las manos que la tierra había manchado. Despues se desayunaba en compañía de sus hijos, con los cuales permanecía encerrada en sus habitaciones toda la mañana, alternando los juegos con el trabajo. Eran las horas más deliciosas de su existencia. Pero venían á avisarla que el almuerzo estaba servido y era fuerza resignarse otra vez á ver sonrisas ambiguas, miradas crueles, semblantes odiados. Por la tarde, cuando no tomaba el álbum y los lápices para ir á dibujar al campo, salía á dar una vuelta por el pueblo, entraba en las casas de los vecinos y se pasaba á veces dos ó tres horas en una de aquellas miserables viviendas sentada sobre algun cofre sucio y escuchando sin pestañear las relaciones de las mujeres garrulas que no acababan jamas, ó ayudándolas en sus fatigosas tareas. Al principio la trataban con mucho respeto, pero á medida que la conocían, iban tomando confianza, que hubo de tocar no pocas veces en familiaridad. Llegó alguna vieja

hasta reprenderla con aspereza. Pedro solía acompañarla en estas excursiones lo mismo que en los trabajos matinales de jardinería. El pobre debía aburrirse de un modo lastimoso en aquellas sesiones en que la condesa servía de paño de lágrimas á toda la familia, pero no lo demostraba. Antes parecía estar como en la gloria sentado en frente de su señora, callando, sonriendo y sin quitarla ojo. A las cinco, poco más ó ménos, la condesa volvía á casa para recibir las visitas de los amigos de Vegalora. Al oscurecer comían y despues de rezar el rosario y acostar á los niños se encerraba en su cuarto y pasaba un gran rato leyendo ántes de irse á la cama. Así era la vida que la opulenta condesa de Trevia, gloria y admiracion de los salones de la corte, verdadera estrella Sirio de la sociedad madrileña, encontraba dulce y amable. Algunos dias salía de caza, con no poca pesadumbre, pues aunque amaba el ejercicio y los campos, aborrecía la muerte de los animales inocentes. Ademas, se veía precisada á estar con *él* una porcion de horas.

En cuanto á la manera que el conde tenía de pasar el tiempo en su palacio, ni lo sé ni creo que á nadie le sería fácil saberlo. Y, sobre todo, ¿qué nos importa? Me parece que á los lectores les será tan simpático este señor como á mí, y

que no tendrán mucho gusto en trabar relacion más íntima con su excelencia. Lo mismo digo respecto á la blonda institutriz.

Pero llego al mayordomo, y aquí no hay inconveniente en detenerse. Pedro es un buen muchacho, en toda la extension de la palabra; un poco brusco, un poco altivo, un mucho cándido y un muchísimo noble. Las vicisitudes de su carrera militar, aunque breve, gloriosa y variada, no le habían enseñado más que lo que ya tenía aprendido de la naturaleza: á callar muy pocas veces sus sentimientos y á ser intrépido y firme en todas ocasiones. Su figura anunciaba claramente todas estas cosas. Aquellos ojos negros velados por largas pestañas, aquel cabello encrespado, los rasgos pronunciados de su rostro trigueño, la anchura de su cuello y lo fornido de sus hombros, estaban señalando sin ninguna duda el temperamento sanguíneo puro. En toda la comarca era temido por sus ímpetus, y amado por su franqueza y generosidad. La vida de Pedro, ántes de la llegada de los condes, era la de un labrador bien acomodado. Odiaba las cifras y las cuentas, y procuraba despachar las que le estaban encomendadas, en el menor tiempo posible y por el procedimiento más breve. En cambio era apasionadísimo de los trabajos del campo, de la caza, de los caballos y de los toros.

Le costaba mucho trabajo estarse quieto, y sobre todo en casa. Parecía que sus pulmones de gigante no encontraban aire ni áun en los espaciosos salones del palacio. Pero desde que los señores habitaban en la Segada, ó mucho habían cambiado sus aficiones, ó muy contrariado debía estar, pues sus costumbres se alteraron de un modo notable. Ya no salía de caza sino con los condes: dejó en manos de los criados los trabajos de la labranza; apénas visitaba las cuadras y pasaba mucho más tiempo en casa. La condesa le tenía secuestrado para todas sus expediciones y arreglos de jardin. Los niños tambien le retenían como un compañero que les servía en sus juegos.

Las relaciones entre Pedro y la condesa habían experimentado asimismo algunos altibajos dignos de atencion. Durante los primeros dias, el respeto y la veneracion tenían cohibido al mayordomo en presencia de su señora, y le obligaban, contra su natural, á parecer tímido y reservado. Vino despues un período de confianza del cual hemos visto ya una muestra en la excursion á la romería. El carácter franco y enérgico de Pedro, concluyó por sobreponerse al espíritu inocente y sumiso de Laura, y en sus conversaciones casi llegó á borrarse la línea infranqueable que los separaba. Mas de repente, y sin

que la condesa diera motivo ninguno para ello, Pedro cayó de nuevo en una timidez y una reserva inexplicables. No sólo prescindió de las frases familiares y de los modales descuidados en su presencia, sino que hasta evitaba el mirarla frente á frente. A pesar de esto no se notó que huyera las ocasiones de acompañarla, ántes al contrario, parecía que las solicitaba; mas, una vez á su lado, dejaba pasar las horas sin despegar los labios, apresurándose á cumplir sus órdenes más insignificantes. La timidez del mayordomo no era en verdad de la misma índole que ántes. Me parece que había en ella más idolatría á la mujer que respeto á la señora. La condesa, ó no observaba tal cambio de modales, ó si lo observaba no quería fijar la atencion en ello.

La actividad de Pedro había decrecido notablemente. Aquel hércules se enervaba á ojos vistas en los cuidados del jardin: el perfume que la condesa despedía de su persona había desmayado sus fuerzas y el roce fugaz de su vestido había turbado mucho sus costumbres. Cuando quedaba sólo no buscaba al momento, como ántes, una ocupacion manual en que entretenerse; permanecía grandes ratos contemplando sin pestañear cualquier objeto que tuviera delante de los ojos, y (cosa que hasta entónces

nunca le había sucedido) le llamaban poderosamente la atencion las cimas lejanas y vacilantes de las montañas que cortaban la niebla del horizonte. Quiso atribuir al calor esta singular postracion que experimentaba, y cuando algun vecino despues de sorprenderle con los brazos cruzados le dirigía alguna pulla, echaba pestes contra el verano, que le quitaba las ganas de emprender ningun trabajo. Y en realidad, no mentía; nunca había sufrido tanto calor. La sangre hervía dentro de sus venas produciéndole gran desasosiego. Pasaba muchas noches en claro dando vueltas en la cama sin lograr prender los ojos. Y de vez en cuando solía levantarse en lo más hondo de sus entrañas un rumor extraño, doloroso, que le desazonaba sin acertar á comprender de dónde venía ni qué expresaba: parecía el ruido de la sangre al invadir con ímpetu lugares donde nunca hubiese entrado.

Cierta noche en que se revolvía en el lecho medio sofocado por el calor y la desesperacion de no dormirse, despues de haber aligerado la ropa en vano y abierto de par en par la ventana, concibió el proyecto de salir á darse un baño en el rio. Y como para nuestro mayordomo los proyectos eran resoluciones, y más tratándose de algo peligroso, dicho y hecho; levantóse velozmente, abrió una de las puertas traseras del

palacio y se encaminó sin vacilar á las orillas del Lora. Despojóse inmediatamente del vestido y se zambulló en los cristales opacos del rio, con estrépito. La noche era despejada, pero sin luna. El remanso donde Pedro se bañaba estaba envuelto en sombras espesas que los árboles arrojaban. Permaneció más de media hora tendido de cara al cielo contemplando las estrellas que flotaban en el éter como él en el agua. Pensaba, ó por mejor decir, soñaba cosas disparatadas, pero suaves y hermosas. El calor, sin embargo, no huía de su cuerpo. Dejó pasar otra media hora, y viendo que no conseguía refrescarse enteramente, salió del baño. Cuando se puso la ropa, sintió un fuerte temblor de frio, que desapareció al instante. En el camino sintió otros dos ó tres cada vez más prolongados. Al entrar en la cama tiritaba atrozmente y no consiguió producir la reaccion por más que se echó gran cantidad de ropa encima. Al amanecer se le fijó un agudo dolor en el costado izquierdo que le obligó á llamar al médico. A las diez de la mañana, estaba declarada la pulmonía, y el médico de la villa le daba un fuerte lancetazo y le extraía una buena porcion de sangre.

La condesa, á las doce del mismo dia, asomó su carita graciosa y sonrosada por la puerta del cuarto y preguntó con interes:

—¿Qué es eso, Pedro; qué te pasa?

—Me he puesto malo, señorita, pero ya estoy bien.

—¡Qué has de estar bien, hombre; si me han dicho que te acaban de sangrar! ¿Cómo has hecho la atrocidad de bañarte por la noche? Mira, te está bien empleado por majadero. ¿Tú crees que se puede jugar con la salud? Lo que no sucede en un año sucede en un dia. Los que estais robustos os figurais que no podeis enfermar jamas, y á lo mejor os viene el latigazo encima. Voy á preparar el calmante que el médico ha recetado. Ten cuidado de no sacar los brazos fuera. Gracias á Dios, eso no será nada. No tengas aprension.

La condesa desapareció despues de pronunciar este sermoncito que el mayordomo encontró delicioso.

Al dia siguiente á la misma hora volvió á asomar la cabeza.

—¿Cómo va?

—Mejor; ya me ha desaparecido el dolor.

—¿Has dormido bien?

—Regularmente.

—Ya sé que te probó bien el calmante. Hoy hay que repetir la dósis. Lo que importa es que sudes mucho. He mandado calentar unas botellas de agua para los piés, y que te las renueven

cada hora. ¡Pero qué majadería has hecho, Pedro! ¿Cómo se te ha ocurrido la idea de bañarte por la noche?...

La condesa pronunció un nuevo sermon contra los hombres que juegan con su salud y se figuran que no pueden estar enfermos nunca.

Al otro dia, despues de preguntarle cómo seguía, Laura observó que la ropa de la cama se había caido un poco, y sin poder contenerse se acercó al enfermo.

—¡Ave María Purísima, cómo has puesto la ropa!—dijo, miéntras la arreglaba con solicitud maternal.—Si no te movieses tanto, criatura, no te sucedería esto. No tienes tú toda la culpa, sino esas torpes de criadas que no saben hacer una cama.

Al tirar por la ropa hacia arriba, los dedos de la condesa rozaron la boca del mayordomo, el cual dejó escapar un beso tímido sobre ellos. Laura quitó rápidamente la mano, se puso colorada, y continuó, sin decir palabra, arreglando la cama.

Al dia siguiente sólo asomó la nariz por la puerta para preguntarle cómo seguía, y se fué sin entrar en conversacion. Pero al otro volvió á notar con disgusto que las almohadas se hallaban completamente fuera de su sitio.

—Debes estar muy incómodo, Pedro. Espe-

ra... alza un poco la cabeza... Así... ¿No estás mejor ahora?

Arregló despues un poquito el lecho, y allá para concluir, tiró otra vez por la ropa hacia arriba. La casualidad hizo que otra vez rozasen sus dedos con la boca del jóven. La casualidad tambien, que Pedro apretase sus labios contra ellos .La condesa no pareció notarlo.

El mayordomo era muy inquieto en la cama y la enfermedad le hacía serlo aún más, por lo que con mucha frecuencia se le revolvía y marchaba la ropa; por lo ménos, la condesa la encontraba siempre muy descompuesta. Las casualidades de que hablábamos repitiéronse varias veces, sin que Laura se diese por enterada, ni acusase el recibo del beso. ¡Era tan leve y tan tímido! Si hubiese mostrado enojo, el pobre Pedro hubiese empeorado y acaso sucumbido. Pero con aquella dulce medicina nuestro mancebo se fué mejorando de un modo rápido, hasta levantarse á los doce dias de la cama. Nunca enfermedad se le hizo más corta á nadie.

Estuvo tres ó cuatro dias sin salir de la habitacion y durante ellos pudo observarse una cosa singular; y es que el mayordomo estaba ménos contento en la convalecencia que lo había estado en la enfermedad. La gente del palacio lo atribuía al abatimiento que le dejara la extrac-

cion de sangre, mas nosotros tenemos otras causas á qué atribuirlo. La condesa venía á verle todos los dias, conversaba con él, le traía golosinas, le mimaba... pero ya no arreglaba la ropa. Su tristeza era visible para todos, que procuraban animarle, ménos para ella.

Una tarde, sin embargo, cuando el mayordomo estaba ya casi sano, la condesa asomó, como de costumbre, la cabeza, y le preguntó si no se decidía á dar una vuelta por la huerta: el dia estaba muy hermoso y el ambiente muy seco; alguna vez era preciso salir del cuarto. Pedro contestó, sonriendo, que no se encontraba con ánimo todavía para pasear. Mas en la sonrisa que contrajo sus labios reflejábase una tristeza tan profunda y tan grande abatimiento, que la condesa se le quedó mirando un buen espacio, tratando de sondarle el alma. Al fin, acercóse á él lentamente y le dijo en voz baja:

—Estás muy triste, Pedro. ¿Te encuentras peor?

—No, señorita, no; me encuentro bien.

—Vamos, no lo ocultes. ¿Te sientes mal?

—No, ya estoy completamente bueno.

—Entónces, ¿te hace falta algo?

Pedro vaciló un instante, y apoderándose rápidamente de una mano de su señora, empezó á cubrirla de besos apasionados.

—Sí; me hace falta esto.

A la pobre Laura se le encendió el rostro; quedóse confusa y temblorosa y no supo más que decir miéntras trataba de sustraer su mano á las apasionadas caricias del mayordomo:

—¡No; eso no... eso no!

BIBLIOTECA DE
BIBLIOTECA PUBLICA

XI

Lo que cuesta un perro de caza.

El Canelo no era uno de esos perros frívolos que se ponen en dos patas así que se lo ordenan con imperio, ni que se entretuviese en buscar un pañuelo cuando se lo ocultaban adrede, ni nunca se oyó que hubiese saltado por Francia, por Inglaterra ó por cualquier otro país extraño. Tampoco era un perro cominero que fuese con la cesta al mercado ó con la bolsa de los cuartos y viniese muy tranquilo para casa con la carne y el pan sin tocar de ellos. El Canelo tenía formado un juicio muy severo sobre todas estas niñerías que no tienen inconveniente en ejecutar los perros sietemesinos, y estoy seguro de que si alguien le hubiera propuesto una cosa parecida, lo hubiera rechazado enérgicamente. Mas en lo que toca al cumplimiento de las tareas que estaban encomendadas á su cuidado bien puede decirse que ningun perro le ponía el

pié delante. Era esclavo de sus deberes. Así que sentía en el cuello el cascabel de caza y veía á su amo tomar la escopeta, se le hinchaban las narices de contento y empezaba á ladrar como un energúmeno (como un perro energúmeno) manifestándole por todos los medios posibles que el deber no era para él una carga, ántes por el contrario estaba deseando ser útil en todo lo que pudiera. Por esta cualidad tan sobresaliente, y por su maravillosa aptitud y habilidad para quedar hecho una estatua delante de las perdices y para *cobrarlas*, aunque se ocultasen en el centro de la tierra, se había captado la estima y admiracion de todos los cazadores del contorno. Alguno de ellos llegó á ofrecer por él dos onzas, pero estaba tan léjos Pedro de enajenarlo á ningun precio, como de tirarse á la mar. Porque aunque no le escaseaba los puntapiés, tal cariño le profesaba, que primero le faltara el pan á él que á su perro. Razon poderosa tenía, pues, el Canelo para adorar á su amo y no separarse de su lado ni de dia ni de noche.

Las costumbres del Canelo no podían ser más sencillas y metódicas. En el invierno se tumbaba al sol, y en el verano á la sombra. La única variante que á veces introducía en este régimen saludable, era el tumbarse tambien al sol por el verano á pique de coger un tabardillo ó unas

calenturas gástricas. Adoptaba siempre para acostarse posturas diversas y tan fantásticas en ocasiones, que excitaba la risa de los que le miraban. Si no fuese por las pulgas y las moscas, que le obligaban á mudar á cada instante de sitio, el Canelo se hubiera juzgado con razon el perro más dichoso de la tierra. Pero estos inicuos animalejos le habían declarado una guerra cruel, y no perdonaban medio de molestarle y exasperarle, consiguiendo á veces ponerle en un estado de irritacion vecino de la locura.

Los rasgos sobresalientes de su carácter eran la honradez y la independencia. Al mismo tiempo no dejaba de ser afable con todo el mundo y se dejaba acariciar de cualquiera, pero sin hacer aspavientos. Era pacífico por naturaleza y de un temperamento tan conciliador, que nadie podía venir á las manos con otro en su presencia, pues en seguida saltaba hecho una furia sobre los contendientes, y los obligaba á separarse con grave detrimento de sus pantalones, cuando no de sus pantorrillas. Gozaba de mucha popularidad en la comarca, siendo conocido por su nombre lo mismo en la villa que en los caseríos del concejo. Entre los perros tambien era bien quisto, y todos confesaban que tenía una razon muy clara y le juzgaban incapaz de jugar una perrada á nadie. Si la raza canina convocase un par-

lamento, el Canelo sería indudablemente el candidato indicado para aquel distrito. Mas como al fin no hay mortal que esté libre de defectos, nuestro Canelo tenía algunos, aunque de poca monta, que la imparcialidad me obliga á consignar. Decíase, con razon, que era un tanto caprichoso y no bastante justificado en sus antipatías. Todo el mundo, por ejemplo, censuraba la conducta inconveniente y torpe que seguía con el licenciado Velasco de la Cueva, al cual sin motivo alguno ladraba, gruñía y hasta pretendía morder. El pobre D. Juan Crisóstomo no acertaba á explicarse el por qué de esta aversion, y se le erizaba el cabello cada vez que necesitaba ir á la Segada. Apeló al recurso de los mendrugos, llevando siempre una buena provision de ellos en los bolsillos, que se apresuraba á donar liberalmente al inhumano perro, así que le tenía cerca; mas éste, que miéntras duraba la pitanza movía la cola en señal de amistad y gratitud, lo mismo era concluir que tornaba á gruñir de un modo más cruel, sin consentir por ningun concepto que el licenciado le pasase la mano por la cabeza. Peor resultado dió todavía un baston de estoque que D. Juan Crisóstomo tuvo á bien comprar. El furor del Canelo cuando se hizo cargo de que el licenciado había adquirido un nuevo baston, no tuvo límites. Era una ofensa

que sólo podía lavarse con sangre. Fué menester que Pedro le machacase á golpes y despues le atase para conseguir apaciguarlo.

Pues bien; ademas de esta desigualdad de carácter, que por fortuna sólo se mostraba de raro en raro, es necesario manifestar que era uno de los perros ménos religiosos que se hubiesen visto nunca. Yo no sé si por estar inficionado de los últimos errores de la filosofía alemana, ó por su mismo natural refractario á toda idea teológica, lo cierto es que era muy poco respetuoso con los misterios de nuestra religion. No se dió vez que hallándose en misa no se hubiese levantado en el instante más crítico y solemne para desperezarse groseramente abriendo una boca horrorosa y echando un palmo de lengua fuera, despues de lo cual con mucha sangre fría y la cola tiesa, se salía *pian pianito* del templo. Todo el mundo censuraba fuertemente estos alardes de impiedad.

Mas á pesar de tales y otros defectos, no es posible negar que era un perro simpático y que tenía un fondo excelente. Desde la llegada de los condes á la Segada, había experimentado su vida algunas modificaciones que no eran muy de su gusto. Confesaba, como no podía ménos, que la comida era más abundante y escogida, pero en cambio se veía obligado á sufrir la soba continuada de los niños que no le dejaban á sol

ni á sombra. En todo el dia no paraban: Canelo para aquí; Canelo para allí; unas veces montándosele sobre el espinazo, otras tirándole de las orejas y otras del rabo. Era cosa para desesperarse. Mas todo lo sufría con paciencia por ser los verdugos hijos de tal madre; porque es de saber, que el Canelo había tomado un grandísimo amor á la condesa desde el punto en que la vió, sin que para ello hubiese ningun motivo de interes, pues ya conocemos la generosidad y limpieza de su corazon. Lo mismo era verla, que ya perdía su continente grave y reposado, y saltaba y brincaba y movía la cola haciendo mil suertes de carocas lo mismo que un ruin cachorro. Algunas veces, sin decir oste ni moste le ponía las patas sobre el pecho, y en poco estaba que no la hiciese caer; otras, cuando la veía sentada en el campo, se acercaba sigilosamente por detras y le pasaba la lengua por la cara; la condesa daba un grito y despues se echaba á reir miéntras él la comtemplaba de hito en hito á una distancia respetable un poco asustado de lo que había hecho. Verdad es, que la condesa le pagaba su aficion prodigándole grandes cuidados culinarios y librándole en no pocas ocasiones de la justa cólera de su dueño. Y basta de noticia biográfica.

Acaeció que una mañana de los últimos dias

del mes de Agosto salió la condesa con sus hijos á recrearse á la pomarada donde las espesas copas de los árboles brindaban sombra fresca y deleitable. Reclinada debajo de uno, sobre un almohadon que le trajo Pedro, miraba con semblante risueño corretear á los niños y divertirse con el Canelo, el cual, contra lo que pudiera presumirse, se hallaba de un humor excelente y se prestaba de buena voluntad á que le tirasen por el rabo, sin dejar por eso de hacerse el enfadado y correr detras de los muchachos como una fiera que los fuese á devorar. Pero los muchachos, que sabían á qué atenerse sobre esta fiereza, se paraban de repente y le metian sus manos pequeñísimas en la boca con la mayor tranquilidad del mundo. Miss Florencia se paseaba sola en uno de los parajes más apartados de la finca con un libro abierto en la mano.

La condesa había cambiado bastante desde su llegada á la aldea. Había en su persona modificaciones sensibles, que todo el mundo notaba, y otras que sólo un ojo perspicaz y avezado á sondar las profundidades del corazon pudiera distinguir. El cambio de color en las mejillas era lo que primero saltaba á la vista. Los aires del campo y el ejercicio las habían tornado más frescas y rosadas: las ojeras madrileñas habían desaparecido totalmente. Pero la mirada de las

gentes que ordinariamente frecuentaban el palacio, deteníase aquí, sin observar los matices delicados, los detalles casi imperceptibles de esta trasformacion. No observaban, por ejemplo, que sus ojos estaban velados á la continua por una humedad cristalina que los hacía más brillantes y tiernos y que sus labios, en cambio, se hallaban casi siempre secos: no observaban que su marcha era más lenta y sus ademanes más tímidos; que le gustaba mucho estar sola y que á menudo se la encontraba distraida con los ojos puestos en el vacío; que vagaba, en fin, constantemente por su boca hermosa una sonrisa beata muy lejana de aquella aciaga y melancólica del tiempo en que por primera vez la vimos. Para cualquier hombre aficionado al estudio y observacion de los caractéres, no ofrecía duda que la condesa de Trevia era feliz. Caso raro, en verdad, dados los precedentes que de ella tenemos, ó por mejor decir, tienen nuestros lectores. ¿Cómo se había operado una trasformacion tan súbita en el espíritu de nuestra heroina? ¿Qué acontecimiento singular y poderoso había conseguido despedir la nube de tristeza que la envolvía y despertar nuevamente la música dulce de su temperamento risueño? Para la mujer sólo hay un acontecimiento capaz de producir tales y tan instantáneos efectos: nuestros lectores lo

saben y áun mejor nuestras lectoras. ¿Estaría la condesa enamorada? Dejemos que los acontecimientos, próximos por fortuna, vengan á esclarecerlo.

Al poco rato de hallarse disfrutando de la amenidad de la pomarada llegó tambien el conde, vestido como siempre de un modo original, con un traje de franela blanca y una gorra negra de caza. Traía pintados en el semblante el cansancio de todo y la sequedad de su alma. Despues de haber contemplado breves instantes á sus hijos, que ya no corrían, sino que formaban un grupo silencioso, dentro del cual estaba el Canelo, hizo que Pedro le trajese la escopeta para tirar al blanco. Fijóse éste en el tronco de un manzano y durante media hora estuvieron resonando tiros en la finca. Todos los presentes fueron invitados á tirar, exceptuando los niños. La condesa acertó muchos blancos, lo mismo que Pedro y miss Florencia: el único que estuvo desgraciado fué el conde, á pesar de ser un tirador habilísimo en toda clase de armas, de lo cual había dado más de una brillante muestra en los tiros de pistola y salas de armas de París y Madrid; pero aquel dia estaba nervioso ó no sabía lo que le pasaba. Tenía motivos para estar irritado por su torpeza, y no obstante, su fisonomía no daba señales de alteracion, apareciendo

fría y tranquila como siempre y plegada por la misma ambigua sonrisa, aunque un poco más definida.

El Canelo, desde que oyera los primeros tiros, no paraba ni tenía sosiego, figurándose, sin duda, que aquello tocaba ya á su ministerio; pero estaba sumamente sorprendido de no ver caer ni un miserable pájaro, y deploraba en su interior la detestable puntería y la torpeza de los cazadores.

Las carreras y los saltos que daba eran incesantes y prodigiosos. El conde, que estaba apuntando al blanco, se distrajo una de las veces, mirándole correr, y sin decir palabra movió el cañon y lo dirigió hacia él. Sonó el tiro. El Canelo se detuvo en su carrera y cayó herido mortalmente.

El conde soltó una carcajada y dijo, alargando la escopeta á miss Florencia: «Veo que aún no he perdido enteramente la puntería.» Todos los circunstantes quedaron atónitos. Pedro se puso blanco como el papel; despues le subió una ola de sangre á la cara y pasó un relámpago de ira por sus ojos, y todo su cuerpo se estremeció como el mástil de un barco al golpe del viento. Por un instante pudo creerse que el fiero leon caía sobre el gato y lo deshacía entre sus garras; mas la chispa se apagó sin causar

estrago. Quedóse otra vez pálido, bajó los ojos, y de ellos brotó una lágrima ardiente y silenciosa. Lo único que sus labios trémulos murmuraron, fué: «¡Señor!» de un modo casi imperceptible. El conde le arrojó una mirada altiva, volvió la espalda y se fué hacia casa. La condesa y Pedro corrieron al sitio donde yacía el Canelo luchando con las ansias de la muerte. El pobre animal levantó la cabeza lentamente, y pareció decirles con una mirada angustiosa: «¿Por qué me habeis matado?» Pedro dijo sordamente:

—Hace falta agua.

La condesa agarró el sombrero del mayordomo y voló á uno de los charcos cercanos. Despues, ambos de rodillas, se pusieron á lavar la herida del animal: la bala le había atravesado de parte á parte, entrándole por el vientre cerca de las patas traseras y saliéndole por el pecho. Todos los esfuerzos fueron inútiles: la sangre corría con tal abundancia, á pesar de los pañuelos que le ataron, que en breve se hizo un charco á su alrededor. Los niños á cierta distancia contemplaban con ojos de espanto y dolor la muerte de su fiel amigo. La respiracion del Canelo era cada vez más fatigosa y anhelante; despues se fué poco á poco amortiguando, escuchándose un estertor débil y profundo, y se le vidriaron

los ojos. Levantó, por último, con mucha suavidad la cabeza, que la condesa se apresuró á tomar entre sus manos. El moribundo perro alargó un poco el hocico, lamió una de aquellas manos, y espiró. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Acababan de sonar las dos de la noche. El reloj del salon principal, envuelto en su caja de madera negra, había vacilado algun tiempo ántes de darlas. Las tinieblas envolvían el salon y toda la casa. El reloj descansaba apoyado en uno de los rincones del salon. Reinaba el silencio en todas partes. El latir grave y acompasado del reloj era el único ruido sedicioso que turbaba la majestad de aquel silencio. El reloj se había estremecido dentro de su armadura, como si quisiera despertar de algun sueño triste, y había exhalado un suspiro ronco: despues se escucharon en lo interior de su vientre algunos ruidos huecos y mecánicos, y, por último, lanzó dos campanadas firmes y solemnes, que vibraron largo tiempo por los espacios tenebrosos del palacio. Despues todo quedó otra vez en silencio.

Trascurrieron algunos instantes. Una de las puertas del salon, la que daba á las habitaciones de la condesa de Trevia, empezó á abrirse suavemente y apareció en ella una figura blanca, la

cual cerró tras sí la puerta y avanzó cautelosamente hasta la mitad de la estancia. El reloj no le dijo una palabra y se contentó con mirarla desde su rincon oscuro asomando el rostro por encima de la negra caja de madera. La figura blanca, despues de pararse un instante, avanzó de nuevo y salió por otra puerta que daba á un pasillo; siguió andando por él cada vez con más cautela y apoyándose en la pared; subió despues una escalera interior y entró en otro pasilllo; en la mitad de él tropezó con un mueble, produciendo un fuerte ruido. Detúvose, quedando inmóvil como una estatua; sólo se escuchaba su respiracion anhelante y comprimida. Despues de un rato siguió marchando, y cruzó todavía otro pasillo más estrecho y más largo: al final de él se paró ante una puerta y aplicó el oido; dentro se oía una respiracion tranquila y acompasada. Al cabo de un buen rato alzó con la mano suavemente el pestillo, empujó la puerta y penetró silenciosamente en la estancia. Con los brazos extendidos hacia adelante avanzó algunos pasos hasta tropezar con una cama. Quedó inmóvil otra vez, y con voz apagada dijo:

—Pedro... Pedro...

Nadie contestó. La misma voz volvió á repetir más fuerte:

—Pedro... Pedro...

Esta vez la voz de Pedro contestó:

—¿Qué es eso?... ¿quién va?

—Soy yo, no te asustes.

Pedro se incorporó violentamente en la cama y exclamó muy espantado, aunque en voz baja tambien:

—¡Usted, señorita!... ¿Ocurre algo?... ¿Qué es lo que quiere?...

La figura blanca echó los brazos al cuello al mayordomo, y acercando la boca á su oido le dijo con un acento tembloroso, en el cual se percibía al mismo tiempo cierta ferocidad:

—Quiero... ¡quiero que te vengues de ese infame!

Y acabando de decir estas palabras, la figura blanca, sin dejar de estrechar al mayordomo entre sus brazos, volvió la cabeza hacia la puerta, y sus ojos hermosos, rasgados, centellaron de indignacion.

XII

Un paquete de cartas.

De Octavio Rodriguez á la condesa de Trevia.

Será forzoso, pues, que sucumba? ¿El cáliz de la vida habrá agotado para mí su licor dulce y chispeante? ¿No he de apurar ya más que sus heces amargas? Cuando torno la vista al pasado, condesa, y contemplo lo que era hace pocos meses y lo que ahora soy, me acometen grandes ímpetus y deseos inmensos de odiar á usted. ¡Ah, si esto pudiera ser! ¡Ah, si pudiera borrar, aunque fuese con mi sangre, la pasion fatal que me atormenta! Si usted comprendiera mi felicidad pasada, cuando bañado por el sol de la alegría y dormido suavemente sobre risueñas ilusiones y esperanzas esperaba que mi alma despertase al rumor de una pasion embriagadora que iluminase mi espíritu y lo encendiese en placeres celestiales; y si usted alcanzara ahora

toda la fuerza de mi desgracia, quizá no fuese usted tan cruel conmigo. Yo conocía el amor por las novelas que leía y por las que mi imaginacion iba forjando, y nunca ví en él otra cosa que un sentimiento purísimo, encanto de la vida, sacado por Dios del seno de la luz para regalo del universo. Todas las melancolías y tristezas que de él escuchaba referir, todos los anhelos, dolores y martirios, me parecían un acompañamiento obligado que servía tan sólo para hacer más dulce y sonora su música. No había sospechado jamas que los dolores del amor podían lastimar el alma, y que sus lágrimas eran verdaderas lágrimas, amargas y calientes como las demas que se vierten en el mundo. Era que aún no había amado. Una dia vino á mí una niña hermosa, tierna y sencilla y me entregó su cándido corazon. Yo fuí bastante bárbaro para no saber qué hacer de este corazon. Por un momento creí amarlo, lo calenté contra mi pecho, lo perfumé con la poesía de mis sueños y lo cubrí con todas las flores de mi espíritu; pero fué en vano; aquel corazon, en vez de calentar mi pecho, lo iba enfriando poco á poco, y mis esfuerzos para gozar la dicha inefable de amar fueron estériles. Sobre todo en este mundo se puede mandar; sobre la tierra oscura que pisamos, sobre los abismos recónditos del Océano y sobre los senos

luminosos del aire, ménos sobre nuestros propios sentimientos. Vino usted despues, y sonó la hora de mi vida y de mi muerte. Aunque usted no lo crea, le diré que ya mi alma la había adivinado, que ya su imágen pura y graciosa flotaba vagamente en lo íntimo de mis pensamientos. ¡Pero qué léjos estaba de sospechar, cuando por vez primera fijó usted en mi sus ojos brillantes, lo que había de suceder tan presto! Tuve la audacia de amar á usted; tuve la audacia de decírselo y no la tuve para morir. ¡Cuánto debe usted despreciarme! Soy muy desgraciado; no puedo serlo más, aunque el cielo se empeñase en ello; pero le juro por mi salvacion que no trocaría mi desgracia por la felicidad de nadie. Y es porque va usted ligada á esta desgracia, porque es usted la causa de ella, porque en el fondo de este cáliz de amargura veo brillar sus ojos altivos y serenos. Es de tal suerte mi amor, que la quiero á usted más, altiva que risueña, que padezco horriblemente con sus desdenes y padecería aún más si confundida con el vulgo de las coquetas, me otorgara los pequeños favores que halagan la vanidad, que gozo con que usted me desprecie y me haga llorar y que todas estas extravagancias se las cuento para que usted me desprecie todavía más y se acreciente el sabor dulce que percibo en el fondo de sus desprecios. ¡Seré

insensato! Debo confesarle tambien algo que me humilla, porque quiero que usted lea en mi alma como en un libro abierto. Yo me decidí á hablar á usted de amor, no porque me inspirara desde el punto en que la vi una pasion loca, sino por motivos de vanidad, porque me lisonjeaba ser amado de una dama hermosa y celebrada en el mundo cortesano. Hoy todos estos motivos se han ido marchando á la tierra, como la escoria, y ha quedado limpio y acendrado el oro puro de mi cariño ó mejor dicho de mi adoracion, porque el amor es algo que iguala á los séres que lo sienten, y yo no quiero ser igual á usted, sino infinitamente inferior; quisiera ser el gusano que usted aplasta con el pié al caminar sobre la hierba. Voy á confesarle aún otra cosa, pero con mucho misterio, bajo secreto de confesion. Hay en el fondo de mi desgracia un pensamiento tan consolador, que casi no me atrevo á decírselo de miedo que usted me lo arrebate; es una luz suave que esclarece un poco las tinieblas en que yace mi espíritu acongojado. *Usted no ama á su marido.* No me arranque usted por Dios esta última ilusion. Usted no ama á nadie: no hay un hombre en el mundo digno de tal honra. ¡Cuánto placer me causa el creer esto! Su espíritu sereno como las montañas que nos circundan y casto como la nieve cándida que viene á caer sobre

ellas, vive en contemplacion eterna del firmamento azul. Me complazco en considerar á usted como una de aquellas diosas de mármol que habitaban en el seno de los bosques de la Grecia, comunicando su pensamiento augusto con la blanca luna que á la noche las visitaba. ¿Y sabe usted por qué me complazco? Porque aquellas diosas escuchaban la ferviente plegaria de los peregrinos que venían á postrarse al pié de su pedestal, inmóviles y frias, sin dignarse siquiera posar sobre ellos la mirada; porque aquellas diosas, como usted, no amaban á nadie. ¡A nadie, á nadie! ¡Qué feliz me hace este pensamiento! Pero qué triste felicidad debe ser esta que yo siento, ¿no es verdad, condesa? Sí; estoy triste y de esta tristeza infinita que me oprime tal vez salga algo muy triste tambien. Vivo en tal confusion de ideas que ni sé lo que pienso, ni lo que hago, ó lo que es más cierto, pienso cuanto se puede pensar y no soy capaz de hacer nada. ¿Qué me aconseja usted? Estoy dispuesto á llevar á cabo cuanto me ordene, ménos dejar de adorarla. En sus manos adorables pongo mi pobre corazon.

¡Por Dios, no le haga usted mucho daño!

OCTAVIO.

De la condesa de Trevia á Octavio Rodriguez.

Le escribo á usted arrepintiéndome de antemano de hacerlo. No es en verdad prudente que escriba á un jóven que se dice enamorado de mí, por más que sepa á qué atenerme sobre este amor; pero dada la exaltacion momentánea de su ánimo y su temperamento excesivamente impresionable, y como quiera que ya hace algunos dias que no pone los piés en esta casa, tampoco sería prudente dejar de escribirle.

Y ante todo, ¿de dónde ha sacado usted que yo le desprecio? Repaso en mi memoria todos los momentos que nos ha hecho el honor de dedicarnos, y no creo que haya salido de mis labios una palabra, ni que haya ejecutado acto ninguno que pueda inducirle á usted á creer una cosa semejante. Y si alguna vez ha observado en mí señales de impaciencia, considere usted de lo que me estaba hablando y se hará cargo de que no podía ménos de darlas. Por lo demas puede creer que, léjos de despreciarle, me ha inspirado usted siempre una profunda estimacion fundada en su corazon generoso y sensible y en su carácter afable sobre todo elogio. Lo que hay es (y no se ofenda porque se lo diga) que tiene usted la cabeza llena de ideas romancescas, las cuales le turban y le hacen ver lo que no es. Ayer se creía

usted enamorado de una niña de quince años; hoy se juzga usted apasionado de una mujer de treinta. ¿No comprende usted mismo que en ello juega muy poco papel el corazon, y que todo tiene su raíz en una fantasía inquieta y poderosa? Hoy forja usted sobre mi insignificante persona una novela tan complicada é interesante como la que hace poco tejía sobre la hermosa niña que es todavía su novia. ¿No se le ocurre á usted que esta novela necesariamente ha de terminar como aquélla? Estoy muy léjos de ser lo que su mente exaltada se ha figurado: no soy esa diosa de la Grecia de que usted habla, que sólo se comunica con la luna y recibe la adoracion de los mortales sin pestañear, sino una pobre mujer plagada de defectos y que está en el caso de agradecer cualquier prueba de atencion que se le conceda.

Me pide usted que le diga lo que debe hacer. Es una carga superior á mis fuerzas. No sé lo que convendría que usted hiciese. Sin embargo, yo en su caso me iría de este país por una temporada, hasta que nos hubiésemos partido á Madrid. Cuando volviera á verme el año que viene le doy mi palabra de que se habría deshecho la diosa de la Grecia y de que usted se reiría grandemente de sí mismo. Haga usted la prueba y lo verá.

LAURA.

De D. Primitivo Alonso á M. Baltasar Alonso.—27, *rue des Feuillantines*.—Paris.

Querido sobrino: Leí tu grata del 14, y por ella veo que gozas de salud, de lo cual nos alegramos mucho, lo mismo tu tia que yo, pues es lo principal, porque de todo lo demas hay que hacer poco caso. Ya sé que marchan bien tus negocios, aunque tú nunca me dices una palabra; eres lo mismo que tu padre, que cuando le sale bien una cosa, se calla, y cuando le sale mal, no tiene boca bastante para quejarse.

Quizá sepas por los periódicos, que vamos á tener elecciones para el mes de Diciembre. Es el caso, que me he comprometido á apoyar con todas mis fuerzas la candidatura del señor conde de Trevia, persona de quien me habrás oido hablar más de una vez, muy amigo mio, de muy sanas ideas y excelentes sentimientos. En estos tiempos de desórden, conviene que los hombres que no queremos la destruccion de la religion de nuestros mayores, nos unamos y votemos personas de respeto para oponernos al torrente impetuoso que nos arrebata al ateismo y á la demagogia. Te lo digo para que me contestes á vuelta de correo, si puedo disponer de los votos que tienes en la Meruca y en Cayacente. La mayor parte de ellos están obligados tambien á la fábrica, pero creo que si les pre-

sento una carta tuya, amenazándoles con el desahucio, no tendrán más remedio que hacer lo que se les mande. Cuento que no me faltarás en esta ocasion, pues ya sabes el interes que tengo en el asunto.

Pues hablando de otra cosa, te diré que las habas del Danuvio que me has enviado han salido riquísimas, y que todos andan detras de mí para que les proporcione algunas para sembrar. Parece mentira lo que aumentan de tamaño despues que se cuecen. Los perales que me enviaste, y que regalé á D. Lino Pereda, todos se secaron, lo cual me ha disgustado mucho, aunque presumo que habrá sido porque los plantó en una tierra demasiado húmeda: lo mismo se peca por lo mucho que por lo poco. No dejes de mandarme en tiempo oportuno algunos otros de buena casta, pues se los he prometido al cura de la Segada. El nabi-col aquí no ha gustado gran cosa, pero es que no entienden una palabra de legumbres. Si lo hubieran comido á tiempo, y no lo hubieran dejado endurecerse en la tierra, estoy seguro de que dirían otra cosa. No sucedió lo mismo con la col de Bruselas, pues ha gustado tanto, que no se cansan de alabar su finura y agradable sabor; pero como no se aprovechan de ella más que los repollitos que nacen en el tronco, di-

cen que para comer algo es necesario segar un cuadro entero. En esto me parece que no dejan de tener razon. Es una legumbre muy rica, pero muy cara.

No tengo más que decirte por hoy. Consérvate bueno y recibe muchos recuerdos de tu tia y de toda la demas familia, y un fuerte y cariñoso abrazo de tu tio

PRIMITIVO ALONSO.

Vegalora 28 de Setiembre de 187...

Del provisor de la Diócesis al párroco de la Segada y arcipreste del concejo de Vegalora.

Mi estimado arcipreste: Suma alegría y regocijo nos han causado las noticias que en su última nos comunica, y es en verdad cosa para alabar á Dios el ver cuán fácilmente se van venciendo en esa, como en todas partes, los obstáculos que ántes parecían insuperables. Porque ciertamente, nadie pudiera creer que una comarca tan revoltosa como esa, donde el masonismo ha conseguido echar hondas raíces, esté á punto ahora de mandar á las Córtes un diputado neto y de buena casta. Su ilustrísima, á quien hice presente los fructuosos trabajos que está usted ejecutando en pro de la santa causa, se ha dignado recibirlos con benevolencia, y me en-

carga le trasmita su bendicion para que persista en ellos con el mismo celo y entusiasmo.

La cuestion de proporcionar misa á los de Cayacente y Romeral, que, como usted me indica, nos dará ciento cincuenta votos, puede usted considerarla como resuelta, y está usted autorizado para decirlo así en el ofertorio de la misa cuando lo crea oportuno. A pesar de que usted cuenta como seguro el apoyo de ese D. Baltasar Rodriguez, yo no me fío. Tengo las peores noticias de tal individuo, y aunque no sé en qué forma le tendrá usted cogido, nada más fácil que á la postre tire la cabra al monte. De todos modos procure que no se le vea en público con ese sujeto, y esparza bien la creencia entre la gente de que el apoyo que nos presta obedece sólo á los remordimientos de su conciencia y á los deseos de ponerse en paz con la Iglesia.

Mucho me ha sorprendido lo que usted me cuenta del párroco de Solano, pues nunca pude imaginarme que tratándose de una eleccion en que está interesado el Palacio, llegara á cerdear; pero á bien que le tengo cogido por el cuello con motivo de cierta denuncia que nos han remitido hace tiempo, y si no se decide á trabajar como Dios manda, lo dicho dicho, mi amigo, que ya le cayó encima tarea para divertirse un rato. ¡Vaya todo por Dios!

Escribí en nombre de su ilustrísima á ese capellan de la Seo de Urgel para que recomendara la candidatura del señor conde á su hermano el estanquero de Romeral. Hasta ahora no se ha recibido contestacion.

Suplicándole muchísima reserva le diré que hemos tocado tambien la tecla del gobernador, el cual, á pesar de ser un republicano desorejado, ha respondido admirablemente. A su señora, que es hija de un prendero de la calle del Rubio, le da mucho por la aristocracia y llama *chusma* á los partidos avanzados: conque no le digo más, porque esto basta y sobra: *intelligentibus pauca.*

Los quesos que me ha mandado, salieron excelentes, sobre todo el amarillo. Si puede encargar otros dos, hágalo por mi cuenta, pues los necesito para regalar á una persona de respeto; no le encargo más por hoy. Consérvese bueno y no deje de enterarme minuciosamente de todo cuanto ocurra, pues dará gusto con ello á su amigo y superior q. b. s. m.

JOAQUIN LLAGOSTERA.

N*** 1.º de Octubre de 187...

De Homobono Pereda á su amigo Manuel Ruiz Perez, secretario primero de la seccion de literatura del Ateneo de Madrid.

Mi querido Manolo: He leido tu carta con el mismo placer y atencion que si fuese un artículo de Tiberghien ó Leonardi. Eres tan erudito y piensas tan derecho, que la ciencia fluye de tu pluma hasta cuando tratas los asuntos más insignificantes. Los párrafos que en tu epístola dedicas al contenido necesario de la voluntad y á la existencia del principio sobre-individual en el *yo*, son admirables y me han causado una profunda impresion: parecíame estar oyendo alguna de las magníficas lecciones del sabio D. Nicolás en aquellas tardes de invierno que tú recordarás como yo. Lo mismo digo de las palabras que consagras al desenvolvimiento de nuestras facultades interiores, cada una en sí misma y todas en relacion armónica entre sí. Juzgo como tú, que es imprescindible apartarse de toda falsa relacion entre estas facultades, si se quiere evitar el desórden interior que es su consecuencia indeclinable. No puede darse la armonía en las relaciones exteriores del hombre, miéntras la vida interior no esté rectamente ordenada en sus facultades y diversas tendencias; y para que este órden se establezca, precisa que concibamos el destino del hombre en su unidad, como abrazan-

do todos los fines particulares que en él se contienen. Tanta mella han hecho en mi espíritu tus atinadas observaciones, y tanto he meditado sobre ellas, que al cabo me he decidido á realizar importantes reformas en mi modo de vida. No puedo ocultarme por más tiempo que hay en ella un principio de desórden que ya está produciendo notables desequilibrios, el cual desórden se halla sostenido, á no dudarlo, por un predominio nocivo del pensamiento sobre las otras facultades interiores. ¡Y cuán cierto es que el cultivo exclusivo del pensamiento conduce al orgullo, como dice D. Julian en las notas al *Ideal para la vida*, y seca y atrofia una parte importante de nuestro sér! A fin de restablecer el equilibrio entre mis facultades, es indispensable que conceda alguna atencion al cultivo del sentimiento y al de la voluntad. Para el desenvolvimiento del primero, nada más eficaz en la edad en que me encuentro, que el amor sexual, y esto supuesto, he buscado ya medio de satisfacer este fin racional. A ti, que eres un hombre de superior inteligencia y educado en los principios de la escuela armónica, no te sorprenderá que te diga que el objeto de mi amor es la doncella de mi casa. Tú sabes tan bien como yo, que la condicion social de la persona es un simple accidente que no debe tener importancia cuando se trata del cumplimien-

to de uno de los fines racionales y fundamentales de la vida, cual es el matrimonio. Y en efecto, siendo éste la union íntima y viva de dos individualidades distintas para formar una personalidad humana perfecta, las circunstancias puramente exteriores no deben influir en él. *El lazo personal*, dice á este propósito Ahrens, es el fin pleno y entero del matrimonio. Todos los fines particulares que se atribuyen á esta institucion, se refieren únicamente á determinados puntos de vista. La mujer en que me he fijado es una muchacha de figura agradable y de carácter bondadoso. Como es la que desempeña los pequeños servicios que necesito, en poco tiempo consiguió apoderarse de mi corazon, el cual jamas había experimentado lo que ahora experimenta. El otro dia la tropecé en el pasillo, y muerto de vergüenza (porque es indudable que el estudio, aunque engradece el espíritu, nos priva de resolucion) la declaré mi amor. Se echó á reir como una loca y me contestó que si le volvía á hablar de semejante cosa se lo diría á mamá. A pesar de eso, noto que desde entónces me mira mucho y con interes. Ayer, al pegarme un boton de la camisa, me tiró por una oreja y se escapó riendo. Sé que cuando le comunique á papá mi proyecto, habrá un escándalo en casa, pero no me importa: estoy resuelto á casarme y no me

hará retroceder ninguna consideracion de carácter temporal.

Mi padre me significó el deseo de que me presentase candidato para diputado á Córtes en las próximas elecciones. He visto en ello un medio muy adecuado para ejercitar mi voluntad desmayada, y le contesté que tendría mucho gusto, por lo cual hemos empezado ya nuestros trabajos electorales, que, entre paréntesis, no puedes figurarte lo que repugnan á mi educacion científica, pues en todos ellos se atacan directa ó indirectamente las bases fundamentales del derecho público, coartando de un modo ó de otro la libertad del elector. Tengo por contrincante al conde de Trevia, apoyado por todos los elementos reaccionarios del distrito. Los curas me hacen una guerra encarnizada, propalando que soy un impío. Si el ser impío consiste en detestar la forma histórica que actualmente reviste la religion, es verdad lo que dicen, pero de ningun modo si consiste en no tenerla. Los que creemos, como tú y yo, que la religion es uno de los fines racionales de la vida, ¿cómo hemos de ser irreligiosos?

Me pides que te sugiera algun pensamiento para un drama, pues quieres hacer tus primeras armas en el teatro, y me preguntas si entre estas ásperas montañas no encontrarías alguna accion

interesante que pueda servirte de tema. No, amigo mio; aquí hallarás la belleza objetiva de la Naturaleza en todo su esplendor, la cual no sirve gran cosa para expresar adecuada y completamente el complejo organismo de la vida humana, que es lo que tú intentas. La poesía dramática, como sabes mejor que yo, no expresa la belleza objetiva exterior (áun cuando se den en ella elementos objetivos), sino la belleza objetivo-subjetiva, donde se hallan indisolublemente unidos hechos interno-externos, y psico-físicos en enlazado concierto. Lo que estas fragosas sierras te pueden proporcionar es una decoracion grande, imponente, pero no el hecho de la vida humana que constituye el fondo de toda composicion dramática, porque aquí los afectos y las pasiones no se elevan al grado de energía y dignidad necesario para que exista ese juego encontrado de sentimientos y caractéres sin el cual no es posible que se produzca la emocion estética. Por lo demas, con los vastos conocimientos filosóficos que tú posees y los especialísimos estudios que has hecho en la estética, no dudo por un momento, que ribiescrás una obra maestra y que alcanzarás un éxito ruidoso en el teatro. A mi entender están haciendo falta obras macizas, con un fin objetivo, con un pensamiento trascendental que las informe y las preste con-

sistencia. Las obras más celebradas hoy, como por ejemplo, las de Ayala, García Gutierrez y Tamayo, á mí me suenan á hueco y no veo en ellas otra cosa que una forma muy bella guardando un pensamiento muy frívolo. Miéntras los hombres de ciencia no se apoderen del teatro, no pasará éste de ser un fútil y agradable entretenimiento.

Nada más por hoy. He estudiado todo el día y tengo la cabeza como un horno. Muchos recuerdos á Gumersindo Azcárate, Moreno Nieto, Simarro, Montoro y demas amigos, y tú lo que gustes de tu afectísimo, que desea abrazarte,

HOMOBONO.

Vegalora 3 de Octubre de 187...

XIII

El cáliz.

Octavio besó la firma de la carta, dejó caer las manos sobre las rodillas y la cabeza sobre el pecho, y así estuvo un largo espacio inmóvil como una estatua, delante de su escritorio. Al volver de su meditacion, escapósele del pecho un suspiro blando y prolongado. Era la nota final, triste y moribunda de una melodía del corazon. Alzóse de la silla y con paso vacilante fué á abrir una ventana. El dia empezaba á declinar. La mirada del jóven vagó durante algun tiempo por los contornos de su casa; por el jardin, cuyos árboles se iban tornando amarillos; por los prados, que como un cinturon de esmeraldas lo circundaban; por las tierras dilatadas de maíz que ostentaban ya con orgullo sus mazorcas rebujadas, y al cabo se detuvo con insistencia en un grupo de casas que apénas se distinguía en el fondo del valle. Despues alzó los ojos á los adustos riscos de la Peña Mayor y

se estremeció. Creyó sentir que le pasaba una columna de aire glacial por el corazon. Quedóse pálido, cual si acabase de ver algo muy horrible y espantoso.

—¿Qué será esto?—dijo en voz baja miéntras cerraba apresuradamente la ventana. Luégo se fué otra vez al escritorio y apoyó sobre él ambos codos, metiendo la cabeza entre las manos.

—Sí,—tornó á decir en voz baja:—yo debí morir en aquel momento..... ¡Oh, era una gran ocasion!.... Hubiera conservado de mí una memoria amarga, pero punzante, como el olor de un cadáver..... Ahora me desprecia por cobarde..... ahora ya no es ocasion de morir, sino de seguir siendo lo que he sido..... un cobarde. Me manda que huya; pues huyamos. Quiero cumplir su voluntad con el mismo afan que si fuese la de Dios..... ¡Oh, con qué placer sería su esclavo y me arrastraría á sus piés! ¡Qué deleite el estar cumpliendo eternamente sus mandatos, satisfaciendo sus caprichos!.... Sí, sí, huyamos..... ella lo manda.....

El jóven se levantó de la silla vivamente, y dió algunos paseos rápidos por la sala; despues arrastró desde su cuarto un baul-maleta, y se puso á introducir en él ropa que sacaba con precipitacion del armario. Cuando vió el equipaje hecho, lo contempló con ojos espantados, como si

no comprendiese para qué servía. Acordóse de que aún le faltaba alguna cosa, y sacando una llavecita del bolsillo abrió el cajon central del escritorio. Inmediatamente tropezó su vista con una relojera que Cármen le había regalado el dia de su santo. Estaba bordada por su mano. La puso sobre la mesa y la envolvió en una mirada tierna y compasiva.

—¡Pobre niña!—murmuraron sus lábios.—¡Por qué andarán tan mal arregladas las cosas de este mundo!

Y saltaron á su memoria de improviso todos los instantes felices de aquellos amores serenos y límpidos como los pensamientos de la infancia, desde aquella tarde en que una manecita blanca le arrojó una rosa de Alejandría, estando en el jardin, hasta la noche reciente en que aquella misma mano le dió un pellizco, miéntras su dueño le decía al oido:—¿Qué tienes? Andas muy triste de algun tiempo á esta parte.

Octavio se sintió conmovido por estos recuerdos. Luégo se enfureció contra el destino, la Providencia, ó lo que sea, que nos hace insensibles para los que nos aman y nos inflama de amor por los que nos desprecian.

—¿Por qué, por qué no he de querer yo á esta niña como ella me quiere?—se decía.—Si me fuera posible sentir por ésta lo que siento por la

otra, ni en la tierra ni en el cielo habría un sér más feliz que yo.

Recordó con enternecimiento el primer beso que la dió por sorpresa viniendo de paseo, y el rubor que se apoderó de ella instantáneamente; recordó cuando estuvo enferma, hacía ya tiempo, y le permitieron verla en su lecho diminuto, donde reposaba pálida y ojerosa, pero más bella que nunca; recordó tambien la vez primera que vino á visitar á su madre que la recibió en la escalera y la echó los brazos al cuello cubriéndola de caricias y llamándola hija. Poco á poco, y por virtud de estas memorias, se fué apaciguando la violenta desesperacion en que ardía su espíritu, y fué penetrando en él un pensamiento melancólico y suave que le reconcilió por un instante con la vida. El verse amado, mucho más siendo por una mujer hermosa, aunque no nos proporcione goces intensos, aplaca siempre un poco el odio de la existencia.

¡Cuántos elementos de dicha perdidos y desbaratados—pensó el jóven, miéntras daba vueltas entre los dedos á la relojera.—¡Pobre niña!—volvió á murmurar;—¡qué lejos estarás de presumir lo que te aguada!—La compasion penetraba en su pecho como un torrente, y lo llenaba de inquietudes.—No, no me escaparé como un ladron despues de haberme introducido trai-

doramente en el santuario de su alma inocente. Iré á despedirme de ella y achacaré mi viaje á un mandato paterno, á un negocio urgente: desde allá podré ir poco á poco desengañándola, y tal vez la ausencia mitigue la aspereza del golpe. Ya que me vea precisado á herir, procuraré hacer el menor daño posible.

Despues de tomar esta resolucion, encendió una bujía y se aliñó los cabellos frente á un espejo; tomó el sombrero y el baston, apagó la luz y bajó la escalera de su casa velozmente. En un instante salvó el corto espacio que le separaba de la casa de su novia, y penetró en la tienda, dando las buenas noches con un poco ménos de aplomo que otras veces.

Había ya alguna gente, porque era noche de lotería. Paco Ruiz se hallaba sentado sobre el mostrador mordiendo un cigarro, como la vez primera que le vimos. Escuchaba con suprema indiferencia, guiñando los ojos á menudo, la historia circunstanciada de un catarro pulmonar, que hacía ya media hora le estaba relatando D. Ignacio Valcárcel. Don Lino Pereda conversaba en un rincon con el promotor, haciéndole saber que su hijo había recibido el mismo dia por el correo un paquete de pruebas de imprenta que le mandaban de Madrid. No comprendía cómo el chico tenía cabeza

para corregirlas en el plazo que le señalaban.

Casi al mismo tiempo que Octavio, entraron unas cuantas señoras, lo que sirvió de señal para trasladarse los jugadores á la trastienda. Al llevarlo á cabo, hubo un poco de apretura á la puerta, y Cármen tuvo ocasion para estrechar con disimulo la mano de su novio. Octavio le devolvió la caricia afectuosamente y le dirigió una mirada tierna y grave á la vez. Estaba un poco pálido, como el cirujano que va á acometer una operacion importante. Sentáronse todos con el estruendo acostumbrado, y como de costumbre tambien quedaron juntos los novios. Del otro lado de Cármen se colocó doña Demetria. Paco Ruiz, en su carácter de ídolo de la tertulia, andaba haciendo de las suyas en torno de la mesa. Mas al poco tiempo se acercó á doña Demetria, y con su desenfado habitual le dijo en voz alta:

—Doña Demetria, yo no puedo vivir sin usted. Nada pueden contra mi amor los desprecios. ¿Me concede usted un sitio á su lado?

La vieja, poniendo cara de vinagre y refunfuñando, apartóse hacia un lado, y Paco introdujo su silla entre ella y Cármen. Estaba empeñada á la sazon entre ésta y su novio una plática suave como el gorjeo de las tórtolas. Octavio, á modo de un goloso, que ahito y empachado por los confites, todavía ántes de retirar el plato, lleva

las manos á él y se obstina en comer más, preguntaba á la niña blonda con acento melifluo:

—Dime, Cármen, ¿me quieres mucho?

—¡Pero, hombre, qué matraca eres! ¡Cuántos millones de veces lo habrás oido en tu vida!

—Es que, vida mia, necesito oirlo hoy otra vez: nunca lo he necesitado tanto como ahora.

El jóven dijo estas palabras con voz un poco temblorosa, y Cármen le dirigió una mirada de sorpresa.

—Pues si tanto lo necesitas, te lo diré otra vez. Sí; te quiero, te quiero... Ya está usted servido, don Caprichoso. Pero no pongas esa cara, hombre de Dios. ¡Si parece que estás haciendo testamento!

—¿Estás segura de que no lo estoy haciendo allá en mis adentros? Mira, Cármen, ya conocerás en mi cara que me pasa algo grave. Te he querido y te quiero muchísimo, porque eres una niña muy buena y muy hermosa, y porque sé el cariño que me profesas. El afecto que me inspiras es dulce y profundo, y tiene algo del amor fraternal. Todos los dias risueños de mi existencia van unidos indisolublemente á tu imágen bella, como si Dios hubiera querido otorgármelos por tu mano. En el curso, ya bastante largo, de nuestros amores, puedo decir que no tuve motivo serio para quejarme una sola vez de ti.

Nuestras reyertas han sido siempre las de dos niños ligeros, y han terminado con la misma brevedad que las de los pájaros que riñen en el aire. Los pensamientos honrados y generosos que abrigo, y las pocas acciones virtuosas que en mi vida pueda llevar á cabo, tambien creo debértelas á ti, y suena tu nombre en mis oidos tan suave...

La afortunada doña Faustina dió el alto en aquel momento. Cármen, que había estado escuchando con semblante inquieto y distraido el discurso de su novio, tomó parte en el alboroto que se armó en la mesa con tal motivo. Las señoras decían medio en broma, medio en serio, que aquello ya no se podía aguantar. Doña Feliciana odiaba á doña Faustina con todo su corazon, pero se reprimía. Despues que el órden se hubo establecido, Cármen se puso á charlar como una cotorra con Paco Ruiz. Los chistes del jugador la hacían desternillarse de risa, hasta el punto de que algunas veces le mandaba callar, porque ya le dolía el pecho. Octavio habló tambien durante un rato con la señora que tenía al lado, mas aunque aparentase indiferencia, claramente se leía en su rostro el digusto que la conducta ligera de su novia le causaba. Irritado al fin le dió un golpecito en el brazo y le dijo con acento irónico:

—¿Con cuál de los dos te quedas?

La niña mostróse un poco cortada y respondió mirando para los cartones:

—¡Qué tonto eres!

—Es que como te veo muy entusiasmada...

—Vamos, no digas disparates. ¿Qué tiene de particular que hable un instante con otro chico? Me parece que despues del tiempo que llevamos en relaciones ya podías tener alguna mayor confianza en mí.

—Si la tengo, querida mía,—repuso Octavio suavizándose de repente,—pero no se pueden evitar ciertos impulsos de celos que nacen, sin saber cómo, en el corazon. Por lo demas debes convenir en que has obrado con ligereza, y que sin querer me has colocado en una situacion ridícula... Pero dejemos esto: tengo que hablarte de cosas serias, de las cuales tal vez dependa tu felicidad y la mía, y necesito que me escuches con atencion. Yo no sé qué profundidad habrán alcanzado las raíces de tu amor, porque esto jamas lo llega á averiguar un amante. Eres aún muy niña y en tu edad los afectos suelen ser más bien caprichos que pasiones. Aunque hoy me quieras con toda el alma, si mañana dejases de verme y estuvieras separada de mí por algun tiempo, quizá ese amor se fuera debilitando y al cabo concluyera por extinguirse. No es

que deje de tener confianza en ti, hermosa, pero todo cabe en lo posible. Esa separacion acaso esté próxima... quizá empiece mañana mismo...

Octavio daba vueltas entre los dedos desde el comienzo de su discurso á una bola de la lotería, y al decir estas palabras se le cayó al suelo. Bajóse rápidamente á cogerla, mas al hacerlo, pudo observar que las manos de Paco Ruiz y de Cármen se hallaban enlazadas, y que se soltaban á toda prisa al notar su movimiento. Sintió la misma alteracion que si hubiese tocado una víbora. Al levantarse lanzó una mirada fulminante, abrasadora, sobre ambos. Paco Ruiz parecía atender con cuidado al juego, miéntras en sus labios se dibujaba vagamente una sonrisa sarcástica. Cármen tambien atendía á sus cartones, pero roja y confundida.

El efecto que de repente produjeron á nuestro jóven no sólo aquellos dos séres miserables que tenía cerca, sino todos los allí congregados, no es fácil de describir. La indignacion en que rebosaba su alma le hizo ver en ellos, por arte mágico, no una asamblea de séres humanos, sino una piara de animales inmundos. Acometióle un asco invencible y un sentimiento vivo y enérgico de la superioridad de su persona. Ninguna de aquellas almas pequeñas podía gozar el privilegio de ofenderle. De buena gana les hubiera

escupido á todos en la cara. Contentóse con arrojar á la tertulia una profunda mirada de desprecio, y tomando el sombrero salió de la trastienda y de la tienda sin percatarse de la sorpresa de los circunstantes. Una vez en la calle detuvo el paso, y volviendo la vista atras, murmuró: —«Al fin no pudo desmentir su casta... ¡Su casta de villanos!»—añadió con acento más colérico.

La cólera del jóven cedió, no obstante, muy pronto. No había sido más que una irritacion pasajera levantada por el amor propio. Como la hija de D. Marcelino no había vivido jamas en el fondo de su corazon (por más que él tratara de engañarse á sí mismo suponiéndolo), la herida causada por su mano no podía tener mucha profundidad. Despues de todo, en el instante de contemplar su perfidia, ¿no iba él tambien á engañarla y á hacerla una traicion? Es cierto que no era tan grosera, pero al fin era una traicion. Por otra parte, tenía el espíritu tan lleno de sentimientos nebulosos y filigranas espirituales, que no es maravilla que á los pocos minutos de vagar por las calles se olvidase enteramente de la escena vergonzosa en que acababa de jugar un papel tan desairado. ¡Ay! Otras escenas más lejanas se le representaron inmediatamente con mayor energía! Acudieron en tropel á su mente los pensamientos dolorosos que á la tarde le ha-

bían asaltado en su habitacion cuando el sol se ponía y las sombras iban envolviendo lentamente los ámbitos de la sala. La imágen celeste de la condesa vino sobre las alas del viento á soplar la llama que le estaba consumiendo. Era preciso alejarse ó morir. La carta lo decía... la carta que estaba guardada en su bolsillo. Octavio llevó la mano allá y la sacó con violencia: despues se puso á mirarla fijamente. No había claridad bastante para descifrar sus caractéres, pero ya los tenía bien descifrados. Los estaba leyendo con los ojos del alma tan perfectamente, como si los rayos del sol del mediodía cayesen de plano sobre ellos. La linda mano de la condesa había pasado por encima de aquel papel. Lo llevó á los labios con trasporte y lo tuvo un largo espacio sobre ellos. La carta despedía un perfume suave y delicado. El jóven lo aspiró con delicia cerrando los ojos, y sintió que un deliquio voluptuoso y embriagador se apoderaba de todo su sér. Tornó á guardar la carta, y siguió andando á la ventura. Empezó á soñar despierto. Ofrecióle su imaginacion inmediatamente un cuadro por demas risueño y venturoso. La condesa le amaba; se lo había dicho al oido cuando ménos lo esperaba, despidiéndole en seguida roja de vergüenza, pero lanzándole una mirada maliciosa. A esta confesion hubieron de seguir, como es lógico, ho-

ras muy felices, *horas de juventud, de amor y de ventura,* como las llama el poeta, y la fantasía encendida del mancebo no dejaba de recorrerlas una á una, complaciéndose y recreándose en ellas, y adornándolas con los detalles más inefables y primorosos. Una tarde reciente le había dicho la condesa echándole los brazos al cuello: —«Escucha, Octavio; tengo miedo, mucho miedo de perderte. Vivo en un continuo sobresalto, que amarga y emponzoña los instantes felices que paso á tu lado. Si el conde llegase á sospechar algo, ten por seguro que te mataría ó te haría matar. Sólo de pensarlo me estremezco. ¿No sería mejor que huyésemos, sí, que huyésemos á ocultar nuestra dicha y nuestro amor en cualquier rincon del mundo, á la márgen de un rio, en una casita rodeada de laureles y naranjos?» Despues de algunas dudas y vacilaciones, se resolvieron á llevarlo á cabo. Hicieron sus preparativos, y señalaron la noche en que se había de consumar la fuga. Ya la noche habia llegado. La condesa le aguardaba y no había que perder un instante. Detras de él, un criado traía dos magníficos caballos que en pocas horas los podían conducir á la orilla del mar, donde se embarcarían para algun país hermoso y seguro.

Sacóle de su desvariado ensueño el ruido que produjo al caer á sus piés un erizo de castañas,

desprendido del árbol por la madurez, más que por el viento. Sin darse cuenta de ello, había tomado la carretera de la Segada, y notó con sorpresa que estaba ya bastante cerca del puente. La noche era fresca y apacible. El cielo parecía empedrado de nubecillas redondas y blancas, como pacas de algodon, que dejaban paso expedito á la claridad de la luna: en ocasiones se la veía por los intersticios caminar impávida por los abismos del aire. Alzó la vista y vió negrear encima de él los contornos fantásticos de la Peña Mayor. El mismo estremecimiento singular y doloroso que por la tarde, le corrió ahora por todo el cuerpo.

—¡Qué cosa más extraña!—exclamó, tornando á emprender la marcha. Hallóse muy pronto al lado del puente, y despues de vacilar un momento penetró en él. Puesto que mañana parto, se dijo, quiero echar una última mirada á los balcones de su habitacion; quiero recorrer los sitios en que tantas veces la he visto por mi desgracia. Cuando tenga noticia de mi marcha, ¡qué ajena quedará de este viaje nocturno! ¡Oh, no puede concebir lo que la amo!

El rio sonaba impetuoso debajo del puente. La claridad de la luna prestaba fosforescencia á la espuma de los remolinos que allí se producían. Un poco más léjos se extendía límpido y

tranquilo en un remanso dilatado que sombreaban por ambos bordes dos filas de espesos avellanos. Despues que hubo pasado el puente, entró por el estrecho y sombrío camino que le separaba de las casas de la Segada y del palacio condal. No tardó en llegar al pueblecillo y lo atravesó sin hacer ruido. Todo estaba en reposo; en las casas no había luz; sólo al pasar por delante de una puerta escuchó las voces gangosas de algunas mujeres que rezaban el rosario. Dió la vuelta con precaucion al palacio, pero no pudo colocarse delante de los balcones de la condesa, porque había demasiada claridad en aquel sitio. Entónces, con el objeto de contemplarlos á su sábor y sin riesgo de ser visto, dió un pequeño rodeo y saltó la cerca de la pomarada, que no era muy alta y ofrecía grietas donde apoyar los piés. Desde allí penetró en la huerta, empujando la puerta enrejada. Mas apénas había avanzado algunos pasos, cuando se detuvo repentinamente con un movimiento de espanto. Le pareció escuchar ruido en uno de los cenadores próximos. Quedóse inmóvil como una estatua, conteniendo la respiracion; y, en efecto, pudo escuchar claramente el murmullo de dos personas que conversaban discretamente. El señorito Octavio, para quien las voces eran harto conocidas, fué andando á paso de lobo hasta colocarse detras

de un árbol inmediato. Desde allí no se perdía una palabra de la conversacion por bajo que se hablase. Apénas escuchó las primeras frases, se puso pálido. Una de las voces era masculina; la otra femenina. El diálogo era tan suave y discreto, que semejaba el ruido del viento al pasar por la enredadera. A nuestro jóven, no obstante, aquel débil murmullo le atronaba los oidos como el estampido de cien cañones, á juzgar por el susto y espanto pintados en sus ojos. La sangre iba huyendo á toda prisa de su rostro, dejándole cada vez más pálido, hasta ponerse lívido. Tuvo necesidad de cogerse al árbol para no caer. Al cabo de pocos minutos ya no escuchaba: con la frente bañada en un sudor frio, los ojos extraviados y agarrado fuertemente al árbol, parecía estar en presencia de un espectro. La agonía del jóven se prolongó cerca de media hora. Por último, la voz femenina pronunció un adios y dejó de escucharse. Octavio pudo ver una figura breve y gentil que se deslizaba por la huerta y desaparecía.

¡Pero el hombre aún estaba allí, á su lado, inmóvil debajo de la enredadera! La sangre subió otra vez aceleradamente al rostro pálido y lo tiñó de un fuerte color rojo. Una ola de fuego invadió su yerto corazon abrasándolo en ira. Dió tres ó cuatro pasos adelante. Al mismo tiempo el

hombre salía del cenador y la claridad de la luna dejó ver las facciones atezadas y varoniles de Pedro.

—¿Eres tú, miserable,—exclamó Octavio con voz alterada poniéndosele delante;—eres tú, gañan asqueroso, el que se atreve á profanar lo que debiera ser tan sagrado para ti como la Hostia?... ¿No sabes que los criados no pueden atentar á la honra de sus señores?... Pues apréndelo, villano...

El junquillo del jóven silbó al mismo tiempo en el aire, y fué á cruzar la mejilla del mayordomo. Oyóse una exclamacion de rabia. Pedro alzó la mano, y el señorito Octavio rodó por el suelo sin sentido.

—¡Oh, qué bárbaro; le he matado; le he matado!—dijo el mayordomo inmediatamente acercándose á su agresor.—Es un chico tan débil... y le dí con toda mi fuerza...

Y arrodillándose en el suelo levantó suavemente la cabeza de Octavio. Pronto se cercioró de que no estaba muerto, sino desmayado. Pero de todos modos era un gravísimo compromiso. Trató de volverle á la vida dándole aire con el sombrero (porque no había cerca agua), pero fué inútil. No era posible pedir auxilio en casa por el escándalo que se armaría. Dejarlo allí era una accion indigna y muy expuesto ademas á cualquier percance... ¿Qué hacer?...

Despues de meditar algunos instantes, tomó de pronto una resolucion violenta. Agarró al señorito por el medio del cuerpo, y lo echó al hombro con la misma facilidad que si fuese un canastillo de cerezas; salió de la huerta, cruzó el pueblo rápidamente y entró en el camino de Vegalora. Pronto apareció en el puente y lo atravesó como una saeta. Despues corrió á lo largo de la carretera ocultándose y desapareciendo por intervalos, segun caminaba debajo de los árboles ó al descubierto. Al llegar cerca de la villa se detuvo á tomar aliento. Acto continuo se deslizó con precaucion rozando las paredes de las casas, consiguiendo llegar sin ningun tropiezo á la del señorito Octavio. El portal estaba oscuro. Despues de buscar á tientas el llamador, lo hizo sonar dos veces fuertemente. Tiraron desde arriba por un cordel y se abrió la puerta. Entónces Pedro no hizo más que depositar con gran ligereza el cuerpo del señorito en tierra, y echarse á huir como un gamo por las calles.

No fué pequeño el alboroto que se armó en la casa de D. Baltasar, así que hallaron al jóven en semejante estado. Doña Rosario, creyendo á su hijo muerto, se dió á gritar como una loca. Convencidos, sin embargo, prontamente D. Baltasar y los criados de que no era más que un simple desmayo, lograron calmarla. En efecto, Octavio

no experimentaba más que un adormecimiento del cerebro producido por la conmocion. A fuerza de echarle agua en la cara y hacerle aspirar esencias, consiguieron que recobrase el conocimiento. Apénas estuvo vivo le abrumaron con preguntas. ¿Qué había pasado? ¿Quién le había puesto de aquel modo? ¿Quién llamó á la puerta? Octavio se negó á contestar durante algun tiempo diciendo que no sabía, que no se acordaba de nada; pero haciéndose cargo de que no era posible que sus padres se contentasen con esto, prefirió idear una historia. Su imaginacion poderosa le vino en ayuda inmediatamente. Un hombre con barba y con traje de obrero le estaba aguardando en el portal para robarle. Le pidió lo que traía amenazándole con un puñal, pero él retrocediendo había llegado hasta la puerta y pudo coger el llamador. Viéndose frustrado el ladron le dió un fuerte golpe en la sien, que le hizo venir al suelo. D. Baltasar salió inmediatamente á dar parte al juzgado. Octavio, despues de haber sorbido dos tazas de tila y de ceñirse la cabeza con un pañuelo empapado en árnica, se retiró á su babitacion pidiendo que le dejasen descansar.

El descanso de nuestro señorito consistió por lo pronto en dar vueltas por la sala como un lobo enjaulado, sin dignarse echar una mirada

al arqueológico lecho. Así pasó más de un cuarto de hora en un estado de agitacion que inspiraba lástima. Las mejillas se le iban inflamando, y sus ojos zarcos llegaron á inyectarse de sangre. Relámpagos siniestros brotaban de ellos de vez en cuando, y despues de cada uno su cuerpo se estremecía como si acabase de cometer un asesinato. Y es la verdad que allá en los profundos abismos del alma los estaba cometiendo, y á cual más horrible, porque tantas veces como la imágen de Pedro se ofrecía á su imaginacion, otras tantas le cosía á puñaladas con singular deleite.

—Este canalla (murmuraba unas veces y pensaba otras), despues de haber abusado de su fuerza física, quiso burlarse de mí trayéndome á casa... ¡Ah, si hubiera tenido un arma, hubiese matado á las dos víboras en su nido!... Pero todavía hay tiempo... ¡Miserable!... En mi vida pude pensar que un hombre tan soez llegase... Pero, ¡si apénas es posible creerlo! Se necesita tener bien envilecido el corazon para entregarse á un patan como ese. ¡Qué risa!... Digo, no... ¡qué vergüenza! ¡Lindo galan ha elegido la señora condesa de Trevia!... Este invierno de seguro llamará la atencion en las *soirées* de los duques de Hernan-Perez:—(Octavio se sonreía al pensar esto, pero de un modo que daba ganas de llorar).—Pero, ¿es posible que no haya más

que podredumbre en el corazon de las mujeres?... ¡Y yo que no me hubiera atrevido á tocar con los labios la orla de su vestido!... Buen papel me han hecho jugar ese par de... Pero no se reirán de mí mucho tiempo... Mañana salen de caza y se las prometen muy felices...—(El jóven se detuvo delante del escritorio.)—Pues bien; la felicidad no existe en este mundo. Tengo en mi mano el rayo que os puede pulverizar... ¡Allá os lo envío!

Al decir esto se sentó, y tomando pluma y papel trazó con agitacion, y disfrazando la letra, la siguiente carta:

Excmo. Sr. Conde de Trevia.

Si mañana sales á cazar con tu señora, abre mucho los ojos y quizá podrás ver á quien te roba la honra.

UN AMIGO.

Despues de cerrarla y escribir el sobre, llamó á la criada.

—¿Se ha acostado ya tu hermano?

—No, señorito.

—Pues hazme el favor de decirle que suba.

Al poco rato se presentó en la sala un muchacho alto y delgado.

—Dime, Juan: ¿te conocen en la Segada?

—No lo creo, señorito, porque como usted sabe, hace pocos dias que he llegado de Castilla.

—Pues entónces te voy á confiar un encargo muy delicado. Toma esta carta: inmediatamente corres á la Segada, llamas en el palacio y dices que la entreguen al señor conde. Y sin aguardar contestacion ni entrar en plática con los criados, te vienes á todo escape, no por el camiuo real, sino por los prados. ¿Serás capaz de hacerlo?

—No es cosa muy difícil.

—Pues te recomiendo mucho silencio para que esto quede sólo entre los dos.

Octavio introdujo al mismo tiempo una moneda de plata en el bolsillo del castellano, que salió dando las gracias.

Una vez solo, el señorito llevó ambas manos á la cabeza. Se le partía de dolor. Desnudóse muy de prisa y se metió en la cama. Pero las emociones de la noche habían alterado demasiado sus nervios para que pudiese dormir. Los genios de la cólera y de la venganza batían las negras alas sobre su frente pálida. Revolcóse sin fin entre las sábanas, como si estuviesen llenas de alfileres. Sólo cuando rayaba el alba logró cerrar los ojos con un sueño inquieto y fatigoso.

XIV

A media noche.

Aún no ha caido la última hoja de los árboles y ya arde el fuego en la chimenea. ¿Quién tendrá frio?

El gabinete es rojo como la sangre. Las espesas cortinas de damasco, que caen formando pliegues sobre la alfombra, no dejan paso á la claridad de la luna. La estancia yacería en tinieblas, si no fuese por los troncos de roble que forman allá en el fondo un rincon luminoso.

Arden en silencio: la mitad está convertida en brasa. Algunas llamas fugaces y azuladas los coronan y se extinguen alternativamente; al desaparecer dejan en su puesto blancos penachos de humo, que no tardan en ascender por el estrecho cañon á tomar el fresco de la noche. De vez en cuando se desprende, con ruido seco, algun pedazo de brasa, y rodaría hasta la alfombra, si no fuese por la intervencion salvadora de dos

cabezas de bronce enlazadas por una barra de hierro que guardan la entrada del agujero. La impasibilidad estoica con que se dejan tostar por los carbones, ántes que consentirles pasar á prender fuego á la casa, es digna de encomio. Cuando salieron de la tienda eran doradas y relucientes, como los altares de los templos, y representaban dos mujeres hermosas. Ahora están negras y nadie sabe lo que representan.

Descansando en uno de los lados están los hierros de la chimenea. La lumbre los hiere de traves produciendo ligeros destellos. Delante del fuego y próximas á él hay dos butacas en actitud de conversar amigablemente. Sin embargo, están mudas, ó por lo ménos, no se oye lo que dicen. Quizá fatigadas de charlar y enervadas por el calorcillo agradable que templa la atmósfera del gabinete, se hayan entregado al sueño ó á la meditacion. La claridad las baña á veces vivamente; otras las deja sólo medio esclarecidas.

Pero detras de las butacas empieza ya la sombra; una sombra indecisa: en ella flotan como masas negras los muebles de la cámara. En ocasiones, no obstante, cuando una llama más viva se despierta sobre los carbones, el círculo luminoso ensancha sus dominios y arroja vivos reflejos á las paredes. Entónces, entre los vacilantes

rayos de la llama, percíbense los contornos severos de los sillones arrimados al muro: tal como aparecen, correctos, graves, inmóviles, semejan un congreso constituido en sesion permanente. Las sombras temblorosas aprovechan la huida de la llama para envolverlos de nuevo en su manto tenebroso.

El gabinete está solo. Una fantasía algo viva, espoleada por el miedo, pudiera, sin embargo, fácilmente imaginar otra cosa. Porque á menudo se ve correr una gran mancha negra por los muros, y pasar con la brevedad de un relámpago; otras veces, la mancha negra surge de improviso detras de las butacas, se arrastra lentamente por la alfombra y va á ocultarse entre los pliegues de las cortinas; otras, baja por el cañon de la chimenea un zumbido, aunque leve, extraño por demas y medroso. Y en los ángulos oscuros de la estancia, y debajo de las sillas, y en los huecos de los balcones, se agitan á la continua una muchedumbre de fantasmas que esperan la hora de extinguirse el fuego para salir.

Reina el silencio: es la media noche. Afuera se oye una vez que otra el cansado latir de algun perro. De tiempo en tiempo se alza tambien del sombrío recinto del valle un grito agudo, prolongado, angustioso, uno de esos gritos de la noche que nadie sabe de dónde parten,

y que hielan de terror el corazon del más bravo.

Óyese en la estancia el crujir de un vestido, y aparece una mujer de figura elevada y majestuosa, que marcha con lento paso á sentarse en una de las butacas que hay delante de la chimenea. La luz que de súbito la baña, deja ver la fisonomía severa, pero bella, de la institutriz de los Trevia.

¡Oh, no mentimos al declarar que es hermosa! Que venga un artista á contemplarla en este momento y dirá lo mismo. Sus cabellos son rubios y claros, y están anudados por detras de un modo sencillo y original; los ojos, en cambio, son de un azul oscuro como el cielo de Andalucía; la frente un poco estrecha, como la de las estátuas griegas; la nariz delicada y correcta; los labios delgados y rojos y siempre húmedos; la barba bien señalada, y el cuello mórbido y flexible. Pero lo que más resalta en este rostro, es la blancura deslumbradora de la tez. No la comparamos al marfil, á la nieve, al nácar ó á la leche, porque la tez de una mujer hermosa vale más que todas estas cosas juntas. La imaginacion no puede concebir nada más delicado, más terso y más suave que el cútis de la blonda institutriz.

Todas estas perfecciones no han logrado, sin embargo, producir una fisonomía dulce y apaci-

ble. La expresion de aquel rostro admirable es dura y siniestra como la de las diosas que en la antigüedad se reverenciaban en los lugares apartados y misteriosos de los templos, donde la multitud no penetraba jamas. Su frente está siempre ligeramente fruncida, y los ojos no despiden más que miradas altaneras como si tuviese al mundo entero postrado á sus piés. Pero tal expresion soberbia y feroz, hacía aún más incitante su hermosura, porque gusta particularmente á la humana naturaleza lo inaccesible, y porque es opinion muy seguida entre los sabios, que vale más el pellizco de la mujer arisca que el beso de la tierna.

Miss Florencia, despues de sentarse en la butaca, quedó con los ojos clavados en la lumbre. Una de las manos, prodigio de finura, descansaba en el regazo; la otra pendía fuera de la butaca. El fuego la envolvió tambien en una mirada larga que comunicó á su rostro mayor trasparencia.

Un hombre alto, delgado, de color cetrino y cabello lacio, vino silenciosamente á sentarse en la otra butaca, y quedó mirándola fijamente. El aya no apartó los ojos de la lumbre.

—Ya estoy aquí—dijo con impaciencia al cabo de un rato de contemplacion. Miss Florencia no movió un dedo siquiera.

El hombre le tomó una mano y la llevó suavemente á sus labios. Tampoco el aya hizo el menor movimiento. Entónces el hombre sacudió ligeramente aquella mano, miéntras con acento de cólera reprimida, exclamaba:

—¿No escuchas, dí, no escuchas? Soy yo, el conde de Trevia, el que te habla.

—¿Y qué tienes que decirme tú, el conde de Trevia?—repuso el aya, volviendo lentamente la cabeza.

—Que hay en la tierra un hombre que se ha atrevido á escupir sobre el honor de D. Cárlos de Montreal, y que ese hombre todavía respira el aire puro de la atmósfera, y su sangre, sin faltar una gota, circula aún libremente por sus venas malditas... que miéntras tanto la mia recorre á brincos el cuerpo como un corcel desbocado, y algunas veces se me atraviesa en la garganta y amenaza ahogarme... que aún faltan muchas horas para que amanezca... que tengo el humor negro, muy negro, y que necesito que hoy al ménos seas humilde... ¿Lo oyes, dí, lo oyes?... De otro modo no respondo de mí...

—Y yo te digo,—repuso el aya mirándole á la cara,—que me rio de ti, de tu cólera, de ese hombre y de todas las necedades que acabas de pronunciar.

El cuerpo del conde se estremeció de arriba

abajo, y se advirtieron en él impulsos de ejecutar algo bárbaro, pero se contuvo al instante, y mirando á la institutriz con rabia mezclada de admiracion, exclamó sordamente:

—¡Eres una fiera!

—Lo sé,—contestó ella con acento tranquilo.

—Te amo y te aborrezco á un mismo tiempo... Te amo hasta el punto de que por un cabello tuyo daría cien vidas si las tuviera... A pesar de eso, el dia que te ahogue entre mis manos sentiré un placer inmenso.

Los ojos de la hermosa se suavizaron y pasándole con dulzura un brazo alrededor del cuello, le dijo al oido:

—No lo sentirás tal, porque ántes te ahogaré yo á ti.

—Estoy conforme con morir á tus manos, y quisiera más allá de la tumba seguir sintiéndolas eternamente en la garganta... ¡Oh, qué hermosa eres!... Te has apoderado de todo mi sér, como un veneno que va matando, matando, sin sentirlo... Mi alma es de otro temple que la de los demas hombres... por mis venas corre la sangre de los Médicis... y esta sangre pide un amor inquieto, palpitante, feroz. En ti sola pude hallarlo, porque eres aún más incomprensible y más loca que yo...

El conde miéntras decía esto acariciaba con

la suya una de las manos primorosas del aya. De pronto un recuerdo fatal acudió á su memoria y quedó inmóvil. Sacó una carta estrujada del bolsillo, y despues de desplegarla entrególa á miss Florencia diciendo:

—Lee eso.

El aya la aproximó á la chimenea y pasó rápidamente la vista sobre ella. Era el anónimo que no hacía aún dos horas escribiera el señorito Octavio.

—¿Y que tengo yo que ver en esto?—dijo con soberano desden devolviendo la carta al conde.

—Nada, pero ¿ves estas manos?... Mañana, ántes que el sol se ponga, las verás rojas de sangre... Hoy están nerviosas, convulsas y no pueden acariciarte como otras veces, hermosa mia... ¡Qué ajeno andará ese hombre de que mañana dormirá para siempre!... Un amigo me lo dice... ¡Oh, si yo supiera quién es el amigo, amigablemente le mandaría á acompañar al otro amigo!... No hay duda que la venganza es el placer de los dioses, pues con sólo pensar en ella siento bañarse de dulzura el corazon... Ven, acércate un poco... déjame besar tus ojos... no los hay más admirables sobre la tierra... Díme, ¿conoces tú á ese hombre?

—Quizá.

—Pues dí luégo su nombre.

—¿Y á ti qué te importa su nombre? ¿No aseguras que ha escupido sobre tu honor? ¿Qué más da que se llame de un modo ó de otro para morir?

—Tienes razon, más vale ignorarlo hasta que no se llame ya más que... un cadáver... Pero, mira, aquí en los oidos me está sonando desde que leí este papel. No necesito que me lo digas... Pensemos ahora en otra cosa... pensemos en ti. Hace ya algun tiempo que me tratas con mucha crueldad, ingrata; te encuentro casi siempre fría, desdeñosa; mis caricias no logran despertar en tu corazon un movimiento de ternura, ni en tus labios una sonrisa; y á medida que mi amor crece, parece debilitarse el tuyo... Yo no sé de qué medio te has valido para ejercer sobre mí tal imperio... ¿Por qué lo ejerces de un modo tan tirano, dueño mio?

La bella extranjera sonrió como una diosa que percibe el olor del incienso, y fué á sentarse sobre las rodillas del conde, con el silencio y la delicadeza de una gata. Los ojos opacos de aquél brillaron al recibir el blando peso. El fuego lanzaba sobre ellos reflejos maliciosos.

—No es verdad nada de eso,—dijo la bella tomándole la barba con la punta de los dedos.—Ya sabes, Cárlos, que mi corazon es insensible y duro para todo el mundo, ménos para ti; que

Dios me ha criado orgullosa, fria, áspera, y que me ha puesto en el pecho un poco de ferocidad como á las fieras. Pero tú no puedes quejarte, porque al cabo te has logrado introducir en el único rincon apacible que hay en él; has arrancado la única flor que ha crecido y crecerá en mi alma; conseguiste acariciar á la fiera. Si tú no me hubieses enseñado lo que es amor, moriría sin conocerlo, porque ningun otro hombre haría por mí lo que tú has hecho. Acuérdate de las humillaciones que has sufrido, las lágrimas de fuego que has derramado, las noches en vela que pasaste, temblando de frio, á la puerta de mi cuarto. Pero ya te las he pagado con usura; ¿no es verdad, querido mio?... Tú eres como yo; por satisfacer un capricho das con gusto la vida... Tú tienes el corazon más grande que los demas hombres; eres valiente como un leon, sin perder jamas tus maneras cortesanas; eres orgulloso como un rey; tienes el corazon de bronce y la voluntad de acero. ¡Desgraciado el hombre que te ofenda!

—¡Desgraciado!—repitió el conde.

El aya acercó los labios á su oido y le preguntó en voz baja:

—¿Morirá él solo?

—¿Pues quién quieres que le acompañe?—repuso un poco espantado.

—Ella.

—¡Ella, no!

—¿Por qué?

—Porque no tengo ningun derecho para hacerlo; porque tú sabes mejor que yo hasta dónde le he clavado el puñal de los celos, hasta qué punto, bárbaro, inconcebible, he ofendido su dignidad; porque el mismo sol se nublaría al presenciar una accion tan baja y tan cobarde... ¿No te bastan las indignidades que me has obligado á llevar á cabo?...

Miss Florencia se había puesto en pié rápidamente desde las primeras palabras del conde, y clavaba en él sus ojos coléricos.

—¿Y tienes derecho á degradarme á mí, haciéndome representar el papel de concubina?...

—Nadie lo sabe.

—¡Lo sé yo!... ¿Tú no comprendes que cada una de las muestras de respeto que prodigas á tu mujer en público, son otras tantas saetas envenenadas que van á clavarse en mi corazon, y que son tantas las que me has lanzado que ya no tengo corazon para llevarlas? ¿Tú no comprendes que mi vida es un martirio continuado, y que la caricia que me haces con una mano es borrada al instante por la herida que me haces con la otra?...

—Esas heridas están bien compensadas por

las que tú causas continuamente á la condesa.

—¡La condesa!... ¿Lo ves?... Ni áun conmigo prescindes de ese título, que me trae á la memoria la humillacion en que vivo. ¡Ah! No has medido aún la extension de mi orgullo... Vamos, mírame bien. ¿No tengo porte de condesa?... ¿Mis manos, no son finas y delicadas como las de una dama encopetada?... ¿Mi cuello, no es erguido y esbelto?... ¿Tengo por ventura los ojos humildes y rastreros como una sirviente?... Contempla ahora mi marcha; dí, ¿no es distinguida y majestuosa?... ¡Qué pobre diablo eres! ¡Cómo me río de ti!... Cuando me recibiste de manos de las monjas venerables que me educaron, creiste llevar á tu casa á la hija de algun desgraciado menestral á quien el fuego del horno hubiese tostado el rostro y el uso de la herramienta encallecido los dedos... Ibas muy engañado, conde de Trevia: mi familia es tan ilustre por lo ménos como la tuya. Llevabas á formar parte de tu servidumbre á la baronesa de Zohiloff, á quien su padre había arruinado, y que ántes de mendigar el socorro humillante de sus parientes, ó servir de *dama de compañía* á alguna prima imbécil, prefería ganar el sustento fuera de la patria. Las monjas de Dublin te enterarán de todo cuando se lo exijas. Si ha salido tal secreto de mis labios, es porque esta será nuestra última entre

vista: de otra suerte, nunca lo hubieras conocido. Puedo bajarme á desempeñar los oficios más viles, pero no tengo derecho á humillar un nombre insigne, respetado y temido durante muchos siglos... ¿Qué te parezco ahora? ¿No es verdad que tengo figura aristocrática? De seguro adviertes en mí perfecciones que jamas habías visto. Ya puedes quedar tranquilo; no has arrastrado tu dignidad implorando el amor de una villana; la piel en que has posado los labios, oculta una sangre depurada por el heroismo de ilustres capitanes; los piés que acariciaste tantas veces, están más avezados á hundirse en las alfombras que en el barro de las calles... Pero ahora, ni una palabra más. La baronesa de Zohiloff corre á ocultar su vergüenza entre la muchedumbre. Para darle satisfaccion cumplida necesitas cometer un crímen, y prefieres la paz de tu conciencia á la de mi honor. Sea en buen hora. El mundo es grande y puede esconder perfectamente mi deshonra. Hazte cuenta que has poseido al aya de tus hijos, á miss Florencia, á una advenediza nacida entre las telas de araña de alguna guardilla... En cuanto á la baronesa de Zohiloff, es orgullosa como el águila que sus abuelos llevaban sobre el casco cuando marchaban á la guerra, y ten por cierto que sabrá morir ántes que prostituir su nombre... Adios.

La extranjera al decir estas palabras se había erguido con altivez, y su figura aparecía más arrogante y majestuosa que otras veces: brillaban sus ojos con inusitado fuego, y la sangre acudiendo á las mejillas, las había teñido ligeramente de carmin. El conde vió efectivamente en ella algo superior que se le había escapado hasta entónces, y que hizo de repente crecer su admiracion. Fué para él un sér nuevo rodeado de todos los atractivos del antiguo y de otros muchos más. Y aquel sér extraordinario que tanto había apetecido, aquel mundo vivo de placeres infinitos huía para siempre de su vista. Los deseos que ya estaban despiertos se le encendieron, y despertaron los dormidos briosamente. Dió un paso adelante, y con los ojos extraviados y la frente acalorada extendió las manos convulsas hacia aquella mujer que fascinaba sus sentidos, exclamando:

—¡Oh, no me había engañado mi instinto!... Eres lo que debías ser... Mi alma no te desconocía; ya lo sabes. El amor te ha tratado como á una reina, porque tiene mejor vista que la fria razon. No creas que deploro las horas en que no eras para mí más que una pobre mujer abandonada, no; entónces te amaba con delirio y me sabían tus besos como si bajasen del mismo cielo: en esas horas yo no echaba de ménos nada y

me consideraba tan feliz como un ángel... Pero ahora te amo más, mucho más, y alcanzo con los ojos del alma horas de mayor dicha que las pasadas, horas que alguna vez se sueñan en la vida y que jamas se realizan... Tú tienes poder bastante para dar forma á los sueños de mi fantasía, para levantarme sobre el resto de los mortales... ¿Por qué me pides una infamia tan horrenda en cambio de esa dicha?... Pide cualquier otra cosa... cualquier otra infamia... Por ti estoy pronto á ser un heroe ó un malvado...

La institutriz dió un paso atras y repitió secamente:

—Adios.

—Escucha... tú no puedes separarte de mí; tú no puedes romper el lazo de hierro que forjó el demonio para unirnos... Cerca de ti me envenena tu aliento, y léjos de ti me envenenaría el aire puro de la atmósfera... ¿Piensas, desdichada, que te voy á dejar partir con la serenidad de una estatua? ¿Has visto alguna vez á un tigre hambriento abandonar su presa?... Pues hazte cuenta que soy un tigre y que te echo la zarpa... ¿Lo ves?... ya estás cogida...

El conde había cogido, en efecto, á su querida por las muñecas y la arrastraba hacia sí con fuerza. La embriaguez del apetito triunfante estaba pintada en su rostro.

—Déjame... ¡suelta, miserable!...

—No... eres mia... mia para siempre.

La institutriz forcejeaba por desasirse de las tenazas que la sujetaban, y volvía el rostro para no recibir los besos abrasados de su amante. Al cabo, el orgullo, la rabia y la indignacion le prestaron tal fuerza, que logró rechazarlo con una violenta sacudida. El conde tropezó al mismo tiempo en el pié de una butaca y fué á dar con la cabeza en el mármol de la chimenea. Cuando se levantó corrían algunas gotas de sangre por su frente.

—Has conseguido herirme... me alegro... Los tigres al amarse se hacen sangre...

—Yo no te amo, te aborrezco... mejor dicho, te desprecio... Eres un cobarde... Quiero borrar de mi memoria hasta el recuerdo de tu imágen... la imágen del marido más condescendiente de la tierra... ¡Si supieras cuánto te desprecio! ¡Parece mentira que yo haya llegado á amar á un tonto como tú!.... Ven, acércate... prueba á retenerme otra vez y sentirás mi última caricia...

La extranjera se había apoderado vivamente de un cuchillo de monte que había sobre la chimenea y lo apretaba con mano crispada. El conde exclamó con voz ronca:

—Ya sabes que no temo á la muerte; la que tú me dieras, ademas, sería tan dulce, que ántes

debiera desearla... Pero no... no la deseo: yo necesito vivir todavía algun tiempo. Todavía me restan muchas horas de placer en este mundo... Hoy, como nunca, apetezco sentir el calor de tus manos en mis sienes, y la humedad de tus labios en los mios... Es preciso que viva, y que te ame... y que me ames... ¡Qué desgraciados son los demas hombres que cruzan por esta vida, y se mueren sin recibir una caricia tuya!... ¿Te acuerdas, hermosa, del viaje que hicimos solos de Nápoles á Sorrento? La tarde era tibia y despejada. El rumor del carruaje convidaba á dormir. Yo, que te amaba ya con frenesí, iba depositando besos tímidos sobre tu ropa con miedo de que despertases. Una vez me atreví á besarte en el pelo, y despertaste. La mirada que lanzaron tus ojos al comprender lo que había sucedido me hizo desgraciado mucho tiempo. ¡Cuánto me has hecho padecer!... Pero no me quejo... al contrario, me alegro. Yo no merezco que me ames; no soy digno de tanta dicha... pero ya me la has otorgado, y te juro por el cielo que no me la arrancarás... Perdóname... no sé lo que digo... Mírame á tus piés. No te vayas, no te vayas... Ten compasion de mí... Si te vas, húndeme ántes ese cuchillo en el corazon, y déjame bien muerto para que no pueda recordarte... ¿Lo harás, sí, lo harás?...

El conde se arrastraba por el suelo, trémulo, palpitante, con los sentidos alterados, y besaba con frenesí las rodillas y los piés de la dama. Esta se inclinó lentamente sobre él y le hizo al oido una pregunta. La cabeza del conde se movió afirmativamente. El semblante de la baronesa de Zohiloff, cuando tornó á alzarse, estaba iluminado por una feroz satisfaccion. La lumbre fenecía, y ántes de morir arrojaba sobre él algunos destellos rojos que lo hacían más hermoso y siniestro.

XV

Buscando salvacion.

Las ocho de la mañana serían ya bien sonadas, cuando el señorito Octavio abrió los párpados, despegándose del sueño febril que le embargara desde el amanecer. Muy léjos de concederle descanso y reparar sus gastadas fuerzas, le dejó más inquieto y molido que nunca, con las mejillas pálidas y un círculo oscuro, amoratado en torno de los ojos.

La idea del anónimo cayó de improviso como un rayo sobre su mente y le hizo dar un salto en la cama. Representósele con espantosos y sombríos colores la gran atrocidad que había hecho. Le pareció imposible que él, un hombre de honor, hubiese llevado á cabo accion tan indigna y repugnante, y dudó por un momento si estaría aún bajo la influencia de alguna pesadilla. Cuando se cercioró de que era una realidad, de que había sido un vil delator, de que corría peligro la vida del sér que más amaba, entregó-

se á una violenta desesperacion, mordiendo la ropa del lecho y prodigándose con furia epítetos á cual más injurioso. La imaginacion le hizo ver la muerte próxima de la condesa, y ante un cuadro tan espantable, desapareció al momento la afrenta que había recibido y se la perdonó de todo corazon. Despues de todo, se decía, yo no tengo ningun derecho sobre ella: si se ha enamorado de otro, debo sufrirlo con resignacion, como una desgracia: sólo un corazon pequeño es capaz de hacer lo que yo hice: hasta se comprende que los hubiese matado en aquel momento, porque la pasion ciega el espíritu... ¡pero delatarlos!... ¡Dios mio, qué indignidad!... Cualquiera diría que mi amor no era más que un deseo vanidoso de ser preferido... y sin embargo, no es cierto; yo la adoraba... yo la adoro todavía en lo profundo de mi pecho. En un principio me sedujo el aparato mundano de que estaba rodeada; pero despues se fué infiltrando poco á poco en mi alma, hasta el punto de que no era yo el que pensaba y sentía, sino ella la que pensaba y sentía por mí... Hoy daría la vida porque fuese una pobre de las calles, con tal que me amase un poco...

Y embebecido en estas y otras reflexiones estuvo algun tiempo sentado, hasta que de repente le asaltó el pensamiento del grave peligro que

corrían las vidas de los amantes, y se arrojó con ímpetu del lecho. Vistióse á medias precipitadamente, como si fuese á ejecutar algun acto que exigiese mucha premura. Una vez vestido, quedóse inmóvil con la mano puesta sobre el tirador de la puerta. ¿Adónde iba? Era preciso á toda costa evitar el crímen que no tardaría en perpetrarse, si no se había perpetrado ya; pero ¿cómo? Quiso pensar en algun medio, mas no pudo. Las ideas le daban vueltas en la cabeza, como bolas de plomo, y no acertaba á sacar nada en limpio de su meditacion ansiosa. Comprendía que no era imposible que existiese algun pensamiento salvador, pero estaba envuelto en tan tupidas gasas, que no percibía de él absolutamente nada. Y cuantos más esfuerzos hacía para sujetar su imaginacion y enderezarla á un resultado práctico, más se turbaba y más se perdía en un piélago de lucubraciones absurdas. Lo único que vió claro fué la imposibilidad de intentar por su cuenta nada con el conde. Era necesario darles aviso á ellos; pero ¿en qué forma y por qué medios? Despues de mucho vacilar se resolvió á ir él mismo á la Segada. Emprendió la marcha inmediatamente, y con no poca celeridad, aumentando ésta á medida que la idea terrible de no llegar á tiempo se iba apoderando de su revuelto cerebro. Ya estaba en la carretera... ya cruzaba

el puente... ya caminaba por el túnel de avellanos... ya estaba en el pueblo. Acercóse al palacio lleno de susto, y vió salir á un criado de una de las cuadras. Despues de reprimir un poco su respiracion fatigosa, y fingiendo naturalidad, le abocó, diciéndole:

—¡Hola, amigo! ¿Los señores condes se han ido ya de caza?

El momento que trascurrió entre su pregunta y la respuesta del criado, fué para Octavio de suprema angustia.

—La señora condesa ha salido ya con el mayordomo. El señor conde está durmiendo.

La noticia, sin sacar á nuestro jóven de apuros, le tranquilizó un poco. Tuvo fuerzas para decir:

—Gracias, muchacho: voy á dar un corto paseo miéntras el señor conde se levanta.

Así que se alejó algun trecho del palacio, retoñaron con más fuerza sus ansias y congojas. Aquel extraño sueño del conde en tales circunstancias le causaba gran inquietud y le parecía el precursor de una tremenda desgracia.—¡Oh! tengo la seguridad—se dijo—de que ántes de una hora el conde de Trevia saldrá de su palacio... Y si sale, es para cazarlos como á dos ciervos... ¡Dios mio, es horrible, es horrible!... ¿No habrá un medio de cortar el paso á la muerte?...

El jóven se mesaba los cabellos y corría sin tino por la márgen del riachuelo que bajaba de la Peña Mayor. Al dar vuelta á un repliegue del terreno vió blanquear entre los árboles, no muy léjos de sí, la iglesia de la parroquia, y al mismo tiempo surgió en su espíritu un pensamiento, al cual se agarró el desdichado inmediatamente, como se agarra á un clavo ardiendo el que rueda hacia el abismo. Pensó en el cura de la Segada y en la influencia poderosa que ejercía al parecer sobre el conde: pensó en que como hombre sagaz y de mucho ingenio pudiera tal vez hallar algun recurso ó escogitar algun medio de conjurar la tormenta. Despues de todo, en su calidad de ministro de Dios, estaba en el deber de hacer cuanto le fuera posible para evitar la consumacion de un crímen, y como amigo de los condes hallábase aún más obligado á impedir la desgracia que les amenazaba. Se determinó á ir á la rectoral y contarle al cura todo lo que ocurría, bajo secreto de confesion.

Los momentos eran por demas críticos y decisivos, por lo que se echó á correr cuanto más pudo hacia la casa, que por fortuna no estaba léjos. Era, como casi todas las rectorales de aldea, pobre de aspecto, puesto que se hallaba rodeada de huertas extensas y feraces, y tenía en la fachada principal un largo corredor de ma-

dera sin pintar, guarnecido todo él por una parra, cuyos pámpanos estaban ya marchitos. La puerta, ennegrecida por el tiempo, no tenía llamador, y Octavio se vió precisado á dar dos golpes sobre ella con la palma de la mano. Despues de un buen rato de espera rechinaron los goznes con cierto chirrido prolongado semejante á un lamento, y apareció una vieja, la cual, sin aguardar la pregunta del mancebo, le dijo en tono áspero:

—El señor cura está arriba.

Y á paso acelerado fué á sumirse por una puertecilla, que más parecía agujero, de donde salían bocanadas de humo y un fuerte olor á cocina. Octavio tomó la escalera estrecha, sucia y llena de agujeros, que conducía al piso primero y último de la casa, y despues de atravesar un corto pasillo, hallóse frente á una puerta sobre la cual dió otros dos golpes con la mano, aunque más discretos.

—¡Hola! ¿quién anda ahí?—preguntó la voz cascada del cura desde adentro.

—Soy yo, señor cura; tenga la bondad de abrir.

—¿Sabe que no le conozco, mi amigo?... pero aguárdese un instante el que sea, que estoy concluyendo de afeitarme.

A Octavio le contrarió extraordinariamente

aquella dilacion. Se puso á dar vueltas agitadamente por el pasillo: cada minuto que pasaba le parecía que traía consigo una calamidad. Por fin se abrió la puerta, y el rostro atezado del cura, que apareció detras de ella, expresó una agradabilísima sorpresa al ver á nuestro jóven.

—¡Ave María Puriiiiisima!... ¡Pues no era el señorito Octavio el que llamaba! ¿Por qué no dijo su nombre, criatura, y le hubiera abierto inmediatamente? Vaya por Dios... vaya por Dios... Es usted el diantre, señorito... Pase ahora adelante... Siéntese y cúbrase; siéntese y cúbrase; siéntese y cúbrase...

La estancia en que penetró el jóven era la más original que en su vida había visto. No tenía grandes dimensiones, pero albergaba trastos suficientes para amueblar una casa entera, los cuales trastos se hallaban esparcidos de tan singular y caprichoso modo, que era en verdad cosa digna de verse. Los sofás, que eran tres, no se hallaban arrimados á la pared como en todas las salas del mundo, sino que formaban en el medio un cuadrado abierto por uno de los lados, al modo que se ponen los bancos en las iglesias los dias de funeral: en el centro de este cuadrado se alzaba un ropero de madera sin barnizar atestado de sotanas, balandranes, manteos, sombreros de teja, bonetes, etc., etc., todo muy usado

y muy sucio. En el rincon más oscuro se veía apénas la mesa de escribir cubierta con una bayeta que habría sido verde; actualmente las manchas de tinta, vino, leche y otros líquidos la habían puesto casi incolora: sobre la mesa descansaban algunos breviarios, algunas plumas de ave, algunos tinteros y una buena cantidad de polvos de escribir; había ademas hasta una docena de manzanas (ó pomas, como las llamaba el licenciado Velasco de la Cueva), un paquete de café molido y algunos cigarros. Un armario inmenso, colosal, tapaba casi por entero uno de los lienzos de la estancia: cerca de él se hallaban amontonados formando pila unos cuantos feísimos y desvencijados cofres: más allá había una cómoda y sobre ella un San José de madera con su correspondiente niño, algunos paquetes de periódicos y dos grandes caracoles de mar. Otros muchos muebles había, de los cuales no quiero hacer mencion por no ser prolijo. Las sillas y los sillones eran innumerables, siendo de notar que no se encontraban dos de una misma clase; era una escala de sillas que recorría desde la forrada de vaqueta con respaldo tallado, hasta la moderna de rejilla. En el suelo y arrimados á la pared había varias hileras de frascos de todas formas y tamaños, y esparcidos en curioso desórden yacían unos pocos de libros forrados en pergamino.

El cuadro que acabamos de describir tenía un fondo opaco y parduzco, que advertía claramente de que la escoba no había penetrado jamas en aquel recinto. El polvo envolvía en su manto protector los muebles, los libros y los frascos de la habitacion, y la tapizaba tan perfectamente, que los piés no echaban ménos la mullida alfombra. Al poco rato de estar allí, nadie dejaba de aspirar, mascar y tragar polvo en respetables porciones.

El señorito Octavio, así que estuvo sentado, experimentó un vago malestar, cuya causa no podía bien explicarse, y se arrepintió tambien vagamente de haber acudido á aquel sitio en busca de salvacion.

—Vaya, vaya, vaaaya... ¿Y cómo deja usted á su señor padre y á su señora madre? Tan buenos, ¿eh? ¿No es verdad?... Pero, hombre, ¡qué bien se conserva su señor padre! El otro dia le ví en la calle y me dejó pasmado: está cada dia más jóven... Ya le dije yo: «Don Baltasar, la buena conducta, obra milagros.» Porque su señor padre, quiero que usted lo sepa, siempre pisó derecho... es verdad; y si todos hubiesen seguido su ejemplo cuando jóvenes, no andarían tantos por ahí hechos verdaderas cataplasmas...

Octavio, para huir el vago malestar que le aquejaba, procuró representarse bien el apuro en

que se veía y el sagrado ministerio de la persona que tenía delante. Se hizo cargo de que no había más remedio que entregarse en manos del cura, saliese lo que saliese, y le dijo con decision:

—Señor cura, he venido á su casa para hablarle de un asunto muy grave. Hay circunstancias en la vida, como usted comprenderá, en que un consejo dado con oportunidad puede sacarnos de un serio conflicto. Yo me encuentro por desgracia en una situacion bastante apurada, y pienso que ninguna persona mejor que usted puede serenar la tormenta que me amenaza.

—Vamos, vamos... Al parecer se trata de un caso de conciencia, ¿no es así?

—Algo de eso.

—Pues entre nosotros los curas, pasa por una gran verdad que la conciencia se descarga más fácilmente teniendo el estómago repleto que vacío. Conque así, mi amigo, ántes de pasar adelante, va usted á fortalecer el suyo con algo que yo le voy á dar... porque ha de saber usted, señorito, que yo tengo siempre de repuesto en esta alacena un poco de lastre para los pecadores.

El cura se había acercado efectivamente á una alacena, riendo miéntras la abría.

—Dispense usted, señor cura; no puedo tomar nada en este momento.

—Nada, nada... aquí no hay dispensas que

valgan... Ustedes los jóvenes necesitan nutrirse para tener un poco sosegados esos nervios... ¡esos nervios!...

—Señor cura, por Dios, me dispense; me es imposible...

—Estése quieto, criatura, estése quieto... que este mundo acá ha de quedar... y lo que le voy á dar no es un veneno... De aquí no sale sin haber hecho algun gasto al cura de la Segada... porque, lo que es á terco, no me gana usted á mí, señorito.

El cura se dirigió al decir esto á la puerta, dió la vuelta á la llave y se la guardó en el bolsillo; despues tornó á la alacena y fué sacando con calma y poniendo sobre la mesa un gran pedazo de salchichon, dos bollos de pan y una botella de vino. Octavio le dejó hacer, mirando todo aquel aparato con ojos resignados. Comprendió que el cura no escucharía una palabra si ántes no tomaba algo.

—¡Ajá! ya están arreglados los bártulos... Lo mejor que puede hacer ahora... créame á mí... es meter algo en el cuerpo. El tiempo que se gasta en comer, no se pierde: los viejos hemos aprendido estas cosas al cabo de muchos años, y ustedes los jóvenes las aprenderán tambien... es verdad... El salchichon vino directamente de la fábrica: tengo yo en Vich un primo hermano establecido, que todos los años se acuerda de man-

darme una buena provision: el pan está amasado y cocido en casa... coma, pues, sin escrúpulo, que luégo hablaremos.

Octavio empezó á morder con manifiesta repugnancia un pedacito de salchichon, que tenía entre los dedos.

—Vaya, vaya, vaaaaya con el señorito Octavio... ¿Y qué vientos corren por la villa, señorito? Nosotros, los curas de aldea, no sabemos nada de lo que pasa en el mundo hasta que llega el dia del mercado.

—Pues lo mismo de siempre, señor cura: nada ocurre de particular.

—¿Qué se sabe de la separacion del promotor fiscal?

—No tenía noticias hasta ahora de que...

—Hombre, hombre, hombre... ¿Viene usted de la villa y no sabe que el gobernador pidió al Gobierno la separacion del fiscal? Al parecer es cuestion de elecciones...

—Como yo me entero poco de política...

—Hace usted bien, señorito; hace usted bien; hace usted bien; la política trae consigo muchos disgustos... Pero en España no hay otro camino mejor para arribar á los altos puestos y hacerse hombre en un momento. ¡Cuántos que hoy son grandes personajes y se sientan en la poltrona andarían por su tierra escribiendo pedimentos y

dando consultas á peseta, si no se hubiesen metido en los mares de la política... La verdad es, querido, que el que no anda se queda atras, y sólo la ocasion hace al hombre, y el que no la aprovecha es un tonto. Y en último resultado hay que tomarlo todo con calma... con calma... con calma; porque lo que es de tomarlo á pechos, no se saca nada... La fe es muy buena para salvar las almas, pero los cuerpos... *nequaquam*. En la política pienso yo que no basta ya aquello de ver y creer, sino que es necesario ver y tocar... ¿no es verdad, mi amigo, no es verdad?... ¡eh! ¡eh! ¡eh!...

El malestar de Octavio iba en aumento. Apuntábale ya el deseo de marcharse. Sintió al mismo tiempo sed, porque el salchichon hacía ampolla en la lengua.

—¿Podrían traerme un vaso de agua, señor cura?

—No blasfeme usted, señorito... ¡Qué agua ni qué ocho cuartos! El agua para las ranas y el vino para los hombres... Va usted á beber uno de misa mayor que tengo reservado para los amigos que estimo de veras...

—Gracias, gracias; tengo mucha sed, y el vino no me la apaga.

—Está usted en un error, señorito... en un error muy grande: para apagar la sed, no hay nada mejor que el vino; está probado. No diré

que si usted bebe ese peleon que traen los arrieros de Toro, lleno de campeche y otras porquerías, no quede usted peor que ántes; pero en tratándose del vino de Rueda legítimo y con diez años en la bodega, como el que tiene delante, diga usted que es una bendicion del cielo, y que apaga la sed lo mismo que hace discurrir á un borrico... ¡Calle!... ¡pues si no le he traido copa para beberlo!... ¡Válate Dios... válate Dios... válate Dios!...

El cura se levantó, fué otra vez á la alacena, y sacó de ella una copa extraordinariamente sucia. Despues de haberla mirado al trasluz, fué á lavarla á la jofaina con el mayor sosiego. Octavio bebió una copa del vino de misa mayor, y en efecto, no le apagó la sed. La impaciencia y la rabia ayudaban tambien á abrasarle las entrañas.

—Pues, como iba diciendo, tiene usted razon, señorito; la política trae muchos disgustos; pero, en último resultado, vienen á recaer sobre los que dependen de ella y tienen el pan de cada dia ligado á la voluntad de un cacique. Mas no sucede otro tanto cuando el que se mete en ella es una persona independiente por su fortuna, como usted, pongo por caso, señorito. Mañana le da un disgusto la política á un hombre como usted; pues se mete en su casa muy tranquilo,

diciendo: ¡ahí queda eso!... Ademas, no es fácil comprender hasta qué punto facilita el camino de los altos puestos la circunstancia de gozar una buena renta el que los solicita... Créame que averiguado que un hombre es rico, los obstáculos desaparecen de su vista como por encanto... pero así que se susurra que es pobre, todo el mundo corre á ponerle el pié delante para que caiga de narices... Yo no sé lo que tiene la pobreza, que á todos huele mal. ¿No es verdad? ¿eh? ¿eh?

La charla del cura había conseguido marear á nuestro jóven, poniéndole en completo desórden las ideas. La impaciencia que le devoraba, desde el comienzo de la escena, le había ido subiendo la sangre á la cabeza y bullía dentro de ella haciéndole pensar en cosas extrañas y bien lejanas del asunto que debía ocuparle. Miéntras la voz cascada del cura le martirizaba los oidos, estaba pensando en un perro que había encontrado por el camino con una pierna rota. ¿Quién habría puesto de aquel modo al infeliz animal? Tal vez algun muchacho le tiraría una piedra. ¡Vaya una proeza que había llevado á cabo! Poco á poco se fué apoderando de su espíritu una gran repugnancia; una repugnancia invencible. Al mismo tiempo empezó á brillar en sus ojos la firme decision de no decir palabra de su gravísimo asunto al hombre de sotana que tenía

cerca y de marcharse al instante de aquel sitio. Se había equivocado. Allí no encontró el salvador que buscaba. Todavía, no obstante, permaneció clavado en la silla, como si el cuerpo se negase á obedecer las órdenes apremiantes del espíritu. El clérigo prosiguió diciendo:

—El único jóven que en esta comarca se encuentra en condiciones de ser un hombre influyente en la política, es usted, señorito... Ya sabe que yo no soy adulador y que se lo digo como lo siento... No porque la modestia lo tape, se deja de reconocer el mérito donde lo hay... Pero no se me afilie, por Dios, en ese rebaño de charlatanes y chorlitos como el hijo de D. Lino Pereda, porque entónces no conseguirá nada... nada... nada... Si usted comprende sus intereses, no debe separarse del partido de los hombres serios y respetables... Los partidos avanzados están llenos de jóvenes y para que uno de ustedes llegue á brillar es necesario que sea una eminencia, y áun así, jamas adquiere respetabilidad. En cambio el partido católico tiene consigo toda la riqueza del país y toda la aristocracia, pero le hacen falta jóvenes, por lo cual no es difícil que un muchacho de valer como usted logre distinguirse pronto... Créame á mí, señorito, créame á mí... es el Evangelio lo que usted está oyendo. Para alcanzar dentro de pocos años una posicion bri-

llante y mandar como jefe en este distrito y acaso en la provincia, no tiene más que hablar con prudencia, alternar con las personas sensatas del pueblo, cumplir con los preceptos de la Iglesia y dejarse estar... dejarse estar... Lo demas corre de nuestra cuenta... Los curas valemos poco... es verdad... pero todavía... todavía... todavía... Hoy, por hoy, lo que le conviene es apoyar con decision la candidatura del señor conde de Trevia... Hará usted un gran favor á la buena causa y adquirirá la consideracion de todos los hombres sensatos. Mañana será otro dia... El conde no ha de ser siempre diputado, señorito... y cuando llegue la ocasion, todos arrimaremos el hombro y le ayudaremos á empinarse...

Octavio sintió un fuerte estremecimiento al oir el nombre del conde de Trevia, como si despertase de un sueño profundo. De pronto se alzó de la silla y dijo con un tono resuelto que no admitía réplica:

—No me siento bien en este momento, señor cura. Otro dia hablaremos del asunto que aquí me trajo. Hasta la vista.

Y sin aguardar contestacion, salió como un huracan por la puerta, dejando altamente sorprendido al clérigo. Al llegar á la calle, sin detenerse un punto, dióse á correr por la márgen del riachuelo en direccion á la montaña.—Des-

pues de todo,—se iba diciendo,—el conde aún no sabe quién es el amante de su mujer.

Y los que por allí cruzasen, á la sazon, observarían, no sin sorpresa, que el pálido semblante del señorito resplandecía como el de las estátuas de los héroes, y su cuerpo afeminado parecía hecho de acero al escalar los primeros riscos de la Peña Mayor.

XVI

Las heces del cáliz.

Salieron solos. El conde había dormido mal y necesitaba todavía algun descanso: les dijo por medio de uno de sus monteros que podían ir andando, pues no tardaría en alcanzarlos.

La mañana estaba nublada y fresca. El toldo de nubes que cerraba herméticamente el horizonte, no era, sin embargo, muy espeso: la luz pasaba por él sin gran trabajo. Del lado del Oriente se percibía la redonda masa inflamada del sol, prisionero entre cendales plomizos. Un vapor trasparente y azulado llenaba todo el espacio y descomponía y borraba los contornos de los objetos dejando en ellos únicamente el color, y á veces sólo la mancha. Allá en los rincones del valle todavía se observaban algunos girones de niebla, algunos pedazos blancos de muselina que no consiguieron levantarse y que se movían temblorosos entre el amarillo follaje de los ár-

boles. La claridad sembraba de variados matices el llano y las montañas, compensando en cierto modo la monotonía del cielo. Sobre el color verde dominante de las praderas resaltaban las grandes manchas negras y rojas de la tierra labrada, y al lado de las blancas rocas calizas se alzaban los grupos de árboles vestidos á medias de hojas amarillas. La tierra traspiraba copiosamente: el musgo de las laderas ahumaba bajo los tibios rayos del rebozado sol: de cada hilo de hierba pendía una gota de agua.

Nuestros cazadores caminaban lentamente. El aliento que salía de sus bocas se cuajaba en la atmósfera en forma de vapor acuoso. La condesa iba ceñida por un riquísimo abrigo forrado de pieles, y ocultaba su rostro, encarnado como una cereza por el fresco de la mañana, debajo de un enorme y caprichoso sombrero de paja. Pedro marchaba llevando sobre el hombro una carabina de dos cañones y la de su señora, que era un primoroso juguete encargado ex-profeso por el conde á una fábrica de Inglaterra. El semblante del mayordomo expresaba una melancolía grave y profunda que su pareja no echaba de ver, á juzgar por el tono indiferente que imprimía á las palabras que de vez en cuando cruzaba con él. Pocas eran las que habían salido de los labios de Pedro en la media hora que llevaban de

camino. Marchaba distraido, con la mirada perdida en las nieblas del horizonte y absorto en vagos y tristes pensamientos. Los celos le tenían asida el alma desde el encuentro que por la noche tuviera con Octavio; mas era su amor tan tímido, á pesar de las victorias alcanzadas, que no osaba decir una palabra de tal escena á la condesa. Su corazon sencillo no tenía conocimiento de las mil estratagemas que se emplean tan á menudo para sorprender los pensamientos y las intenciones de los otros, sin dejar ver las nuestras. Por otra parte su naturaleza ruda y leal rechazaba por instinto la perfidia: así que, ante la presuncion de ser engañado por la mujer que amaba, su pensamiento se revolvía aturdido como el pájaro que penetra casualmente en una sala.

Al fin la distraccion llegó á ser tan manifiesta, que la condesa se le quedó mirando un rato y le preguntó con inquietud:

—¿Qué tienes?

—¿Yo?... Nada.

—Sí tal... Algo te pasa... ¿Por qué estás triste?

—No estoy triste.

—¡Oh! No puedes engañarme, Pedro; si no te pasara algo que te causa pena, dada la suerte que hemos tenido de salir solos, irías contento

y feliz como otras veces... A ménos,—añadió lanzándole una mirada entre cándida y maliciosa,—á ménos que no te vayas cansando de mí.

Pedro se puso rojo y balbució algunas palabras incoherentes para protestar de aquella suposicion que le lastimaba el alma. Laura se cercioró aún más de la tristeza de su amante, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo con voz mimosa:

—Vamos... dime, querido mio, ¿qué tienes?

El mayordomo dió todavía algunos pasos sin contestar. Una lágrima tembló en sus negras y largas pestañas, y bajó rodando silenciosa por la mejilla. Laura al verla exclamó con sobresalto:

—¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?

—Porque no me quieres.

El semblante de Laura se serenó, y medio riendo repuso:

—¿Y cómo has llegado á averiguar eso, gandulazo?

—No me martirices por Dios... Tengo aquí en el lado izquierdo un dolor tan vivo, que parece que me están abriendo el pecho con tenazas... quiero más morir que padecerlo... Escucha; voy á hacerte una pregunta... Segun como contestes, así me matarás ó me darás la vida... ¿Prometes decirme la verdad?... ¿Lo prometes por la salud de tus hijos?...

—No necesito jurar para decir verdad... pero sí... te lo juro por la salud de mis hijos... Habla...

—¿Estás enamorada ó sientes algun interes por el hijo de D. Baltasar Rodriguez, por ese jóven rubio que viene á menudo al palacio?

—No.

La condesa pronunció esta negacion con tal fuerza y mostrando tanta seriedad, que Pedro, sintiendo de improviso una alegría inmensa, infinita, quedó, sin embargo, confuso, y no supo más que decir mirando al suelo:

—¡Perdóname!

—Estás perdonado: pero mira... no vuelvas á hacerme preguntas tontas... Tenemos demasiadas cosas en qué pensar, para ocuparnos en llorar celos ridículos.

No necesitó más el mayordomo para quedar enteramente sosegado. La palabra de la condesa hizo la luz en su atribulado espíritu, y dejó escapar un suspiro de satisfaccion, como si le hubiesen quitado una losa de plomo de encima de los hombros. Ni se atrevió, ni quiso preguntar más. Tenía bastante con la mirada límpida y franca que su dueño le dirigió al responderle. Tornó á despertar en su pecho la pura alegría que siempre le acompañaba, manifestándose al exterior de una manera infantil. Empezó á char-

lar como un descosido y á caminar con más celeridad. De buena gana hubiese dado brincos. Cuando alguna rama ó vástago importuno interrumpía el camino, ya de muy léjos se echaba á correr para separarlo y que la condesa pasase cómodamente. Si percibía entre las zarzas alguna madreselva, aunque se arañase las manos, ya estaba saltando á cogerla, para ofrecérsela á su señora. Otras veces procuraba quedarse atras para contemplarla á sabor. La condesa sentía sobre su espalda la mirada amorosa del jóven, y sonreía.

Caminaban por la márgen del rio, cuyo declive hasta entónces había sido bastante suave: mas poco á poco, y á medida que se iba estrechando la cañada, fué haciéndose más agrio y más violento. Cesaron las praderas y empezaron los bosques de hayas, que se extendían por entrambas laderas hasta perderse de vista. Los perros se internaron por ellos rastreando algun corzo ó robezo, pero Laura no quería cazar, y Pedro los hizo venir inmediatamente con un silbido.

—¿No te parece que dejemos la caza para cuando *él* venga? Subamos miéntras tanto al lago; no me canso de verlo. En la primer cabaña que encontremos podemos dejar dicho donde estamos...

El mayordomo lo halló todo muy bien, y si-

guieron andando. La selva ofrecía un aspecto mágico. El otoño, dorando por entero muchas de sus hojas, haciendo palidecer levemente á otras, y dejando verdes las ménos, la había convertido en un rico manto de brocado que cubría los formidables hombros de la montaña. El rumor que de ella venía no era como en la primavera, dulce, sino desapacible; los olores, acres y punzantes. Los piés de los cazadores trituraban las hojas secas de que estaba sembrado el camino. Al cabo de algun tiempo terminaron los bosques y empezaron de nuevo las praderas, que se apartaban bastante de las del llano, pues no eran como estas de un verde claro, sino oscuras y tersas: la hierba, en extremo tupida y menuda. Así que dejaron el bosque toparon con una cabaña, donde hicieron alto. El pastor les sirvió leche acabada de ordeñar, y quedó avisado para decir al conde y á sus monteros que no tardarían en descender. Y continuaron su interrumpida marcha por la senda que serpeaba á la vera del arroyo. La pendiente se hizo muchísimo más agria, y el arroyo, en vez de desatarse sereno y cristalino como abajo, se despeñaba en espumosos tumbos asordando á los viajeros, los cuales se detenían con frecuencia á tomar aliento. Con el pecho anhelante y las mejillas pálidas, quedábanse uno frente á otro sonriendo.

—¿Estás cansada?

—Algo.

—¿Quieres que te lleve en brazos un poquito?

—Ni un poquito, ni un muchito... Tú me juzgaz demasiado débil, Perico... Es necesario que te vayas convenciendo de que soy una aldeana en toda la extension de la palabra... Y sinó, mira... mira...

La condesa emprendía á correr desaforadamente por el monte arriba, pero á los pocos pasos dejábase caer jadeante sobre el césped, llamando burlon y cazurro á Pedro, porque se estaba riendo. Entónces éste acudía á levantarla, cogiéndola por ambas manos; pero la nueva aldeana se hacía la pesada, y era necesario tomarla por la cintura para ponerla en pié. El viento del puerto, cargado de aromas saludables, los tornaba retozones como cabritillos. Escuchábase á lo léjos el sonido de los cencerros, y veíanse pastar tranquilamente algunos ganados. Dejaron las márgenes del arroyo y se pusieron á ascender por una de las laderas, siguiendo un estrecho sendero que hacía eses. Pronto se borró el sendero y tuvieron que caminar sobre el musgo.

—Te advierto,—dijo Pedro,—que no tardarémos en tropezar con la niebla... Ya la ves ahí cerca...

—¿Y entónces?...

—Nada, yo tengo la seguridad de que no dura más de doscientos pasos, y de que el corte de la Peña se encuentra á estas horas bañado por el sol... pero, si tienes miedo á la humedad, podemos volvernos...

—No, no... de ningun modo... ¿Crees que vamos á ver el sol, de veras?... Pues adelante.

En efecto; despues de subir algo más por un áspero repecho, vestido casi todo él de tojo y retama, lo cual hacía muy penosa la ascension, tocaron en la niebla y se internaron por ella. Pedro cogió de la mano á la condesa para que no cayese, en el caso de tropezar. Al poco rato sintieron húmeda la cara y las manos, y se rieron como si les hubiese pasado alguna cosa placentera.

—Debemos parecer dos fantasmas, Pedro... ¿Será cierto que estamos dentro de una nube?

—¡Ya lo creo!

—¿De una de esas nubes que vemos correr por el cielo?

—¿Pues de qué otras quieres que sea?

—¡Ave María!

Así como Pedro lo había predicho, no se habían pasado diez minutos cuando la niebla comenzó á enrarecerse, convirtiéndose en una gasa sutil, que dejó percibir en vagorosa indecision

las peñas y los arbustos. Sintieron en el rostro algun calor, como si se aproximasen á un horno, y observaron que el leve vapor que aún los envolvía, se agitaba. Allá arriba, delante de sí, vieron una gran mancha de oro. Y de repente despojándose de su cendal gaseoso, como el que deja caer una túnica de los hombros, quedaron anegados en luz, surgiendo como dos manchas negras en medio del éter azul, debajo de un sol radiante. La condesa lanzó un grito de entusiasmo. Despues, acercándose más á su amante, y empinándose sobre la punta de los piés, le dió un beso claro y sonoro en la mejilla. Pedro la estrechó contra su corazon. Era la primera caricia que se hacían desde que salieron de casa.

Poco trecho necesitaron andar para colocarse sobre el mismo corte de la Peña. El espectáculo que entónces hirió su vista, fué uno de los más hermosos, y sin duda el más sublime, que pueden ver los humanos. Por toda la region que la vista abrazaba, se extendía un mar de leche, ligero y flúido, que cerraba por entero el horizonte: sobre este mar resplandecía la esfera luminosa del firmamento, donde nadaba el sol, arrastrando con orgullo su majestuosa cabellera de oro. Allá á lo léjos, de uno y otro lado, se alzaban sobre el mar de leche algunos negros ó jas-

peados islotes que eran, sin duda, las crestas de la montañas más elevadas de la cordillera cantábrica. Parecía que echándose á nadar se podía llegar á ellas en un momento. El sol no teñía por igual la superficie de aquel océano nubloso: en unas partes lo matizaba levemente de rosa, en otras de oro, á trechos lo dejaba en sombra, y á trechos lo hacía arder en resplandores. Nuestra pareja se hallaba sobre la misma cresta de la Peña Mayor, que formaba una de las varias islas de que estaba sembrado. Debajo de ellos, á los cuarenta ó cincuenta pasos, las olas de leche y rosa cercaban la Peña y la batían dulcemente con su hálito sutil. Nadie imaginara que dentro de ellas, allá en el fondo, dormían las aguas tristes y pesadas del lago Ausente su eterno sueño, inalterable.

El corazon de los amantes se estremeció de alegría delante de aquel cuadro prodigioso, tan lejano de los que se acostumbran á ver en la tierra. ¡La tierra! La tierra no existía en aquel sitio: era un mito sombrío, una pesadilla de la imaginacion. ¡Quién se acordaba de la tierra! Allí no había más que cielo; cielo arriba, cielo abajo, cielo en todas partes.

Sentados sobre la Peña bebían por su entreabierta boca el aire de las alturas, nítido y fresco como el aliento de los ángeles. La luz se

desprendía en efluvios infinitos por los orbes azules, haciéndolos centellar. La soledad y el silencio, tan amargos en la tierra, eran allí dulces y amables. Ningun ruido terrestre profanaba la majestad de aquella gloria: sólo la mente, mejor que los oidos, escuchaba un rumor solemne, una música grave y melodiosa, como el himno que las esferas entonan sin cesar al Eterno.

Poco á poco fué entrando el vértigo en el alma de Laura. Un deliquio voluptuoso, dulcísimo, se apoderó de sus sentidos, dejando despierta tan sólo la fantasía, y empezó á soñar. Imaginóse que ella y Pedro no llegaban del lodazal de la tierra, sino de los espacios lumbrosos que los rodeaban. Habían atravesado en raudo vuelo el éter y vinieron á posarse como dos pájaros celestes sobre aquella roca. Pero no tardarían en alzarse de nuevo para sumirse otra vez en los senos azules del firmamento y alcanzar otros sitios de mayor gloria, donde sonase la voz adorable de la madre de Dios y se oyesen las arpas de los ángeles. Ya estaban muertos para el mundo, y sólo bajaban á él de raro en raro, envueltos en la bruma de la tarde ó en la ola de los mares, ó atados, tal vez, á un rayo de sol. Habían sondado el inefable misterio de los cielos y formaban parte del coro de los santos que cantan las alabanzas del Señor. Gozaban entre

nubes de incienso y resplandores de la dicha perdurable, reservada á los buenos.

Pero este hermoso sueño fué turbado por un pensamiento cruel que heló su corazon. Ella no podía entrar en el cielo. Ya no era inocente y pura como en otros tiempos, y no ofrecería en remision de sus pecados veniales una vida de martirios y humillaciones. Había destruido con una venganza ruin todos sus merecimientos. No era más que una infeliz pecadora, una despreciable adúltera. Las puertas del infierno se abrirían para ella cuando muriese, y quedaría sepultada eternamente en los tormentos de los condenados.

Se estremeció de horror. ¿Sería posible que Dios le perdonase aquel gran pecado? No dudaba de su misericordia infinita, mas para ser perdonada era necesario arrepentirse. Entónces pensó vagamente en huir de su amante y hacer penitencia. Acercóse más á él y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Te has confesado, Pedro?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque estamos ofendiendo á Dios enormemente... porque estamos en pecado mortal, Pedro... Si ahora nos muriésemos iríamos á dar al infierno.

—Yo sí... Tú no, porque eres una mártir.

—Yo soy una pecadora mucho peor que tú, porque yo he jurado delante de Dios guardar fidelidad á un hombre, y he violado este juramento... Soy una mujer despreciable que está deshonrando á su marido... Mira, Pedro; te quiero con toda mi alma; por ser libre y casarme contigo me resignaría desde ahora mismo á ganar el pan, como la última labradora, con el sudor de mi frente... aún más, me resignaría á mendigarlo de puerta en puerta... Pero no quiero perder mi alma ni la tuya... No puedo amar á mi marido, pero puedo serle fiel... Lo que estamos haciendo es muy criminal, y tarde ó temprano caerá sobre nosotros el castigo del cielo... ¿Por qué no hemos de amarnos puramente, sin manchar nuestras almas? Tal vez esto sea lícito... yo me informaré del confesor... Detras de ese cielo azul está Dios contemplándonos. Si ahora refrenamos nuestro gusto, iremos á juntarnos á él despues de la muerte y podremos amarnos por los siglos de los siglos...

Pedro bajó la cabeza sin atreverse á contradecirla. La condesa le interrogaba con la vista. Al fin repuso:

—Yo no sé si es malo ó bueno lo que estamos haciendo: tú dices que es malo, y lo será. De lo que estoy seguro, es de que si dejas de quererme iré para el infierno irremisiblemente...

Y en último resultado, faltándome tu amor, el cielo y el infierno son iguales para mí...

—¡Calla, calla!—exclamó Laura tapándole la boca con una de sus manos.—¡No digas blasfemias!

Todavía continuaron algun tiempo hablando seriamente sin hallar ninguna solucion que les contentase. Cuando agotaran el tema permanecieron tristes y silenciosos sin atrever á mirarse. Los ojos de entrambos se perdían en los repliegues del océano ondulante que se extendía á sus piés y parecían seguir con atencion el vaiven de sus olas argentadas. Al fin, la condesa volvió la cara hacia Pedro y le dirigió una tierna sonrisa. Despues aproximóse más á él y reclinó la cabeza sobre su fornido pecho, sin dejar de contemplar en silencio el espectáculo sublime de la Naturaleza.

Mas en aquel instante escucharon pasos á su espalda y se volvieron con presteza. El señorito Octavio estaba delante de ellos. Sin esperar pregunta alguna, ni hacer caso de la sorpresa que en sus rostros se pintaba, les dijo con tono imperioso:

—¡Huid! el conde puede llegar de un momento á otro.

—Le estamos aguardando,—contestó Pedro secamente.

—Pues haces mal en aguardarlo. Lo sabe todo, y viene á matarte.

—Razon de más para que no huya.

—¡Eso es; hazle frente, y despues de haberle robado la honra, mátalo!... Los valientes como tú, hacen siempre las cosas por redondo... ¿Quieres que te diga lo que eres, Pedro?... Pues eres un necio y un fatuo... Si no amas la vida ahora, no mereces la dicha que has logrado... ¡Huye, huye, insensato!... El valor no consiste en despreciar la vida, sino en saberla perder á tiempo.

El viento había derribado el sombrero del señorito y el sol bañaba su revuelta cabellera dorada, que despedía fugaces destellos como en la mañana que por primera vez le vimos. Su faz, pálida entónces por el sueño, lo estaba ahora por la emocion. Pero sus ojos... ¡Oh, sus ojos mudaron mucho desde entónces! Ya no eran aquellos ojos frios y tímidos que resbalaban sobre los objetos sin penetrarlos. Brillaban con inusitado fuego y herían como dos vivas centellas. Dentro de ellos se vislumbraba un mundo de heroismo. Su figura delicada y endeble alzábase soberbia en el sitio más eminente de la roca y descollaba sobre el azul del cielo, como la de un coloso. Los dos amantes, situados en un lugar más bajo, desaparecían delante de él como desaparecen de los ojos del público los actores secundarios, cuando

entra en escena el protagonista del drama. La condesa, que se estrechaba, muerta de susto y vergüenza, contra su amante, le encontró hermoso y siniestro como el ángel que guarda las puertas del Paraíso.

—Huye, huye, por Dios, Pedro,—dijo Laura con voz temblorosa.

—Sí; pero tú conmigo.

—Yo no puedo huir... Tengo hijos... Ademas, te serviría de estorbo...

—¿Y si pone la mano sobre ti?

—Ya sabes que no puede ser... Por infame que tenga el corazon, no llegará á tanta cobardía... El conde no tiene derecho sobre mi vida...

El semblante de Octavio se iluminó de repente al escuchar estas palabras, y preguntó en seguida con ansiedad.

—¿Está usted segura, señora, de que su marido no intentará nada contra usted?

—Estoy segura.

—Ya lo oyes, Pedro... La condesa no necesita tu vida por ahora... Puedes marcharte sin temor.

Pedro comprendió que tenía razon, pero no hubiera cedido, á no encontrarse con los ojos suplicantes de su amada. Al fin, posando los suyos sobre ella, y envolviéndola en una mirada grave y tierna, le dijo con acento enérgico:

—Hasta luégo.

Y lanzándose por la pendiente abajo, desapareció á los pocos momentos.

El que siguió fué solemne para los dos séres que quedaban en la roca. La condesa ocultaba el rostro entre las manos. Octavio la contemplaba en silencio. Él fué quien primero lo rompió, exclamando:

—¡Está fuera de peligro! Conoce todos estos sitios á palmos. No daría con él un batallon entero, cuanto más un hombre. Ya no debe usted afligirse, señora...

—No me aflijo por él.

—¿Pues por quién?

—Por usted.

—¡Por mí!

—Sí; le he hecho á usted mucho daño... Conozco que tiene usted motivo sobrado para odiarme... y le pido perdon.

—¡Bah!—repuso el jóven, afectando un tono indiferente:—yo no tengo de qué perdonar á usted, condesa... Si usted me ha pisado el corazon, es porque me he empeñado en ponerlo debajo de sus piés. ¿Había de ser forzoso que usted se enamorase de mí?... Estas cosas no dependen de la voluntad... son fatales... El amor rara vez encuentra al amor en este mundo... ¿Por qué he de ser yo la excepcion y no la regla?... No se

preocupe usted por mí, ni se aflija... Despues de todo, las heridas que no matan de repente suelen cicatrizarse... La vida es un conjunto de lágrimas y quebrantos, donde sólo muy pocos séres privilegiados recogen algunas flores.

El tono indiferente de Octavio no podía engañar á nadie. Hablaba con el corazon desgarrado, y sus palabras espiraban á menudo en la garganta, como el eco de un sollozo reprimido. Las que llegaban á los labios venían envueltas en lágrimas. Mientras las pronunció, no apartó los ojos del nubloso horizonte, que el sol teñía de grana. Laura adivinó perfectamente lo que pasaba en aquel espíritu ardiente y delicado, y guardó silencio.

Al cabo de un rato, el oido de Octavio, fino como el de un tísico, percibió entre la niebla un rumor. Volvió entónces el rostro hacia la condesa, y dirigiéndole una sonrisa tristísima, le dijo con voz apagada:

—Hasta luégo.

Sonó entre la niebla un tiro, y el señorito Octavio se desplomó sobre la tierra con la cara mirando al cielo.

Oyóse inmediatamente un segundo disparo, y la condesa vino á caer de bruces sobre él, cual si fuese á hacerle una caricia.

El conde surgió de la nube pálido como un

fantasma. Llegóse á los cadáveres, y con un pequeño esfuerzo los hizo rodar por la pendiente de la Peña. La niebla los tapó en seguida. Despues se oyó el ruido que produjeron al entrar en el lago.

El viento había arrojado muy léjos las nieblas que envolvían el lago, y la noche se presentó limpia y serena. En el oscuro manto del cielo principiaron á encenderse, como lejanas luces trémulas, algunas estrellas. El héspero corría á esconderse entre las montañas. La luna asomaba ya su disco resplandeciente por detras de ellas.

Las aguas del Ausente dormían su sueño profundo, quietas, inmóviles como el dia en que Dios las vertió en aquella inmensa pila de granito. No siempre estaban así. Alguna vez, de tarde en tarde, solían despertar y esperezarse como un monstruo, con terribles sacudidas, lanzando su baba espumosa á las paredes que lo guardaban prisionero. Mas ahora el monstruo callaba como un muerto, y dejaba pasar sobre su lomo bruñido los rayos temblorosos de la luna, que formaban sobre la oscura linfa un reguero luminoso.

Negreaban las altas montañas que lo cercan arrojando sobre él capas de sombra. El cielo pa-

recía cortado por sus enormes masas dentadas. Las sombras se espesaban en las márgenes del lago y subían por los flancos de la roca hasta tocar en la cima. El reguero luminoso brillaba en el centro como una cinta de oro.

Al fin la luna apareció toda entera sobre una de las crestas y emprendió su marcha callada por el espacio. Las estrellas la seguían con sesgo vuelo como una bandada de pájaros. Los ámbitos del lago quedaron iluminados, y los líquidos senos del monstruo se estremecieron levemente al recibir la caricia del astro de la noche. Allá entre la juncia de la orilla oyóse la voz dulce y aflautada de un sapo.

El conde de Trevia bajó lentamente, apoyándose con las manos en las rocas hasta tocar con sus piés en los bordes del agua, y permaneció inmóvil. El sapo había repetido centenares de veces sus eternas notas románticas. La luna alcanzaba ya el medio de la esfera y flotaba como una isla de oro entre los pliegues del viento. El lago titilaba bajo su blanda caricia, y la figura triste y aciaga del conde aún seguía inmóvil al pié de la orilla con los brazos cruzados y los ojos hundidos en el oscuro seno del agua.

Pasó todavía mucho tiempo. De repente, los juncos que estaban á su espalda, se agitaron y dieron paso á otra figura que se deslizó sin ruido

hasta él. El conde volvió la cabeza y se halló en frente de su mayordomo.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—le preguntó inmutado y colérico.

—Lo que tú,—repuso con terrible calma Pedro.

—¿Olvidas, miserable, que soy tu amo?

—¿Tú?... Tú no eres más que un asesino.

—¡Ah!... ¿lo sabes?... ¡me alegro, me alegro!—exclamó el conde, inflamado de una excitacion repentina.—Tú, que quizá fuiste testigo de mi deshonra, lo has sido tambien de mi venganza... ¡Me alegro, me alegro!... De buena gana te abrazaría, Pedro. Te perdono la falta de respeto que acabas de cometer... Me alegro, me alegro de que hayas venido. No dejes de decir por Dios á todo el mundo lo que ha hecho tu amo con la pareja de tórtolas que elegía estos lugares elevados para arrullarse. ¡Pobrecillos!... Inclínate un poco, Pedro... mira al fondo del agua... ¿los ves?... Si no los ves es que tienes mala vista... porque allí están; no lo dudes... allí están acostados en el limo diciéndose ternezas... Pedro, eres un buen muchacho. Me alegro mucho de que hayas venido. Pero, mira... retírate pronto... al momento. Me están dando intenciones, sin saber por qué, de procurarte una cama parecida á la de ellos... Véte, véte en seguida.

El mayordomo le contemplaba sin pestañear, con la misma calma feroz. El conde no pudo ménos de turbarse ante la insistencia de aquella mirada clara y firme.

—Me voy á retirar al instante... en cuanto te diga otras cuantas veces que eres un asesino. Mataste traidoramente á una mujer y á un niño, y dejaste vivo al hombre que te ha deshonrado...

—¡Mientes, mientes, canalla!

—Mataste traidoramente á una mujer y á un niño,—repitió Pedro con sosiego,—y dejaste vivo al hombre que te ha deshonrado. Si otra vez te vuelves á casar, procura no equivocarte como ahora acerca del amante de tu mujer; porque ese desgraciado jóven que descansa en el limo es tan inocente, como los peces que nadan sobre su cadáver... Escucha... ¿quieres conocer al hombre que te ha quitado la honra?... pues te lo voy á decir... ¡Soy yo, yo, yo!

El mayordomo dió tres fuertes gritos al pronunciar estas palabras.

—¡La prueba, villano!—rugió el conde avanzando hacia él.

Pedro metió, sin inmutarse, la mano en el bolsillo, sacó un puñado de cartas y se las arrojó á los piés.

El conde cayó sobre ellas, como el gato sobre el raton, y desplegando una, la miró un instante

á la luz de la luna. Despues hizo un rápido movimiento para coger la escopeta que tenía cerca. Pero el mayordomo, sin darle tiempo á echársela á la cara, saltó sobre él y se la arrancó de las manos. El leon había caido al fin sobre el gato.

—¡Ah! Yo soy un poco más duro de matar que el Canelo. Cuando me halles descuidado, mátame por la espalda, como acostumbras á hacer... pero no con esta arma. Esta se la regalo á Octavio para que, si quiere, tome venganza de su asesino.

Y al proferir estas palabras arrojó con furia léjos de sí la escopeta, que cayó dando vueltas sobre el agua.

—Ahora me retiro, conde. Ya sabes que he sido yo el que te ha deshonrado. Si fuese, como tú, un asesino, te mataría, porque estás en mi poder. Por no manchar mi conciencia, te permito que vayas á juntarte otra vez con la prostituta que tienes en casa. Adios, señor conde... ¡Ah, maldito; tienes el corazon de hiena!

El conde lo miró alejarse por la pendiente arriba saltando sobre la maleza como un corzo. La desesperacion, la ira y la impotencia le tenían clavado al suelo, mordiendo rabiosamente las manos trémulas. En sus airados ojos brillaba el fuego de la locura.

De lo alto de la Peña Pedro le gritó otra vez:

—¡He sido yo, yo, yooo!

Y su voz poderosa resonó como un trueno en el espacio, yendo á perderse entre las quebraduras de las rocas.

XVII

Epílogo innecesario.

Carta de Homobono Pereda á su amigo Manuel Ruiz, secretario primero de la seccion de literatura del Ateneo de Madrid.

Mi querido Manolo: Aunque no he tenido el gusto de ver letra tuya hace ya bastante tiempo, te escribo para noticiarte un suceso que ha dejado huella dolorosa en mi espíritu, y un triste jalon, imperecedero, en el curso de mi existencia. En el seno de la amistad fraternal que nos une, he vertido las confidencias de mi primer amor, y en él quiero verter ahora las de mi primer desengaño. Ya estás enterado por mi anterior, de las incipientes relaciones amorosas que mantenía con Adela, la doncella de mi casa. Creo tambien haberte dicho mis intenciones en este asunto, y si no te las dijera, tú las supondrías conociendo á tu amigo como le conoces. Es imposible que el hombre que haya recibido una rigurosa educacion científica y posea una base

filosófica en sus estudios, tenga otro móvil, al dirigirse á una mujer, que el de cumplir un fin esencial y racional de la vida; y tú sabes mejor que yo que este fin no se cumple en un comercio pasajero indigno de los séres espirituales y libres, sino en la única forma digna del amor, en el amor humano (amor de todo el hombre á toda la mujer) en justa medida de toda inclinacion particular, esto es, en el matrimonio. No mirando, pues, en Adela su condicion social, y respetando en ella la peculiar excelencia y dignidad de la mujer, me propuse, como sabes, hacerla mi esposa, á sabiendas de que con ello iba á disgustar profundamente á mis padres. Estaba dispuesto á arrostrar su enojo, porque en realidad me cautivaban la dulzura, la candidez y la gracia de Adela. Por lo mismo que carecía enteramente de instruccion, parecíame que debía tener el ánimo más dócil y más abierto para recibir la cultura proporcionada á sus facultades intelectuales, carácter y destino. No puedo negarte que me seducía la idea de ir formando por mí mismo su espíritu, para que fuese el regocijo y el sol de mi vida doméstica. Mas este proyecto santo y honrado vino á tierra del modo más triste y más grosero que nadie puede figurarse. Hace algunas noches, ántes de acostarnos, le dió la ocurrencia á mamá de mirar debajo de la

cama de Adela, y se encontró con un hombre. Excuso decirte lo que habrá pasado. Mamá se desmayó del susto; acudieron los criados y sacaron al hombre de su madriguera, que desde luégo se creyó fuese un ladron, pero Adela vino á confesar muy avergonzada, que era un primo suyo que no tenía casa dónde dormir. Naturalmente, ambos fueron puestos en la calle en el mismo momento. Antes de salir de casa tuve ocasion de lanzarle una mirada de desprecio que la hizo ruborizarse. Despues me fuí á mi cuarto, y pasé la noche en claro, sin conseguir prender los ojos. ¡Cuán cierta es y cuán presto se señala la deficiencia de esta vida planetaria y la absoluta necesidad de otras que gradualmente la vayan completando! La reflexion, rigiendo y moderando los impulsos del sentimiento, ha conseguido tranquilizarme bastante.

Voy á referirte ahora una ocurrencia que tiene preocupada hace ya algunos dias á toda la poblacion. Ya tienes asunto interesante y patético para tu drama, si es que no has hallado otro mejor. Figúrate que mi contrincante el conde de Trevia, hombre de carácter extravagante, y que algunos daban por loco, llegó á este país en los comienzos del verano, con toda su familia. La señora era una mujer de singular hermosura y llena de atractivos en su parte moral, si no mien-

te la fama. A los pocos dias de hallarse aquí comenzó á galantearla, segun se dice, un jóven de esta poblacion llamado Octavio Rodriguez, bastante simpático é inteligente, pero de escasísima instruccion. Dícese tambien que la condesa no tardó en corresponder al amor del jóven, dándole de ello pruebas convincentes. El verano debió ser para los amantes delicioso, pues Octavio frecuentaba diariamente el palacio de los condes y los acompañaba á todas partes, sin que el marido sospechase de la fidelidad de su consorte. Algunos, sin embargo, quieren suponer que tenía conocimiento de la falta, bastante tiempo ántes de consumar su venganza, y que la dilató por uno de esos caprichos extraordinarios de su carácter. Lo cierto es, que hace algunos dias les armó un lazo donde fatalmente fueron á caer los desventurados amantes. Sorprendiólos, al parecer, en las márgenes del lago Ausente, donde con pretexto de la caza realizaban sus citas, y dió á ambos la muerte. No se conocen los detalles de esta misteriosa y terrible venganza. El conde desapareció con toda su familia, y se da como seguro que ha pasado á Francia á formar parte de la corte del Pretendiente. Un mayordomo suyo, que la voz pública designa como el principal auxiliar del asesinato, tambien huyó del país.

Hé aquí, pues, cómo á consecuencia de una

tragedia espeluznante me encuentro yo en este momento sin competidor en las próximas elecciones. Por lo tanto, puedes considerar ya á tu amigo Homobono hecho un diputado y sentado en los escaños del Congreso, no para ser, como la inmensa mayoría de nuestros políticos, un fiel observador del derecho y estado reinantes, sino para pensar y obrar en el espíritu del derecho eterno. Te remito el manifiesto brevísimo que acabo de dirigir á mis electores, y espero que me digas sinceramente lo que piensas acerca de su contenido. Me parece que ha de hacer mucho efecto.

He pasado todo el dia corrigiendo las pruebas de la Propedeútica, que saldrá á luz dentro de un mes próximamente, y tengo la cabeza hecha un volcan. No dejes de escribirme en seguida. Te abraza tu amigo del alma

HOMOBONO.

Dentro de la carta iba el siguiente documento impreso:

ELECTORES DEL DISTRITO DE VEGALORA:

A todo hombre en la tierra debe serle cumplido su derecho, el cual no es otra cosa que la recíproca y exigible condicionalidad para el des-

tino humano (individual y total). El derecho quiere que todos los hombres den y reciban mutuamente y en forma social el sistema de condiciones permanentes y temporales que su naturaleza armónica reclama, para cuyo fin hay un organismo interior é interiormente relativo y omnilateral llamado Estado. Importa, pues, considerar seriamente cuán interesados nos hallamos en que el Estado se organice y asiente, en vista de su fin, no en atencion de otros históricos ó temporales. Las perturbaciones sociales que la historia nos ofrece y las bárbaras infracciones del derecho, tienen su orígen en el desconocimiento de los principios fundamentales de la ciencia política á cuyo estudio he consagrado los mejores años de mi vida.

Llevando, pues, por cánon y norma de mi conducta los eternos principios del derecho y no las máximas prácticas de los políticos al uso, que no son sino reglas para explotar en su provecho las miserias de la corrupcion humana y alcanzar el poder, objeto de sus afanes, me presento ante vosotros solicitando vuestro libre é inteligente sufragio para representaros en el Parlamento. Los principios inmutables á los que rindo fervoroso culto, me impiden haceros ninguna clase de ofrecimiento de los que tanto abundan, por desgracia, en los manifiestos políticos. Tales

ofrecimientos no pueden ménos de ser para todo hombre de recto sentido, altamente inmorales, pues casi siempre se fundan en el privilegio y la injusticia. No espereis por tanto, si llego á honrarme con el título de vuestro representante, que alce mi voz reclamando para este distrito ninguna clase de mejora moral ó material que los demas no posean: ántes combatiré con todas mis fuerzas cualquier intento de llevarla á cabo, porque no quiero ser representante de ningun interes particular y temporal, sino de los generales y permanentes en que la sociedad debe asentarse. Lo único que puedo ofreceros como hombre de honrada conciencia, es ponerme siempre del lado de la justicia en el conflicto diario que las diversas fuerzas sociales promueven, y procurar en la medida de las mias, el reinado de un órden más positivo y orgánico entre los fines fundamentales humanos y sus sociedades relativas, para evitar que el pueblo (sistema de familias), preocupado del fin presente, como absoluto, acabe por pensar que no hay más vida, ni más fin que proseguir, ni más bien que esperar, sino las condiciones y estados temporales ó históricos.

HOMOBONO PEREDA.

Vegalora 3 de Noviembre de 187...

ÍNDICE

PÁGINAS.

I.—Despierta el héroe.. 5
II.—Los señores condes ó los condes á secas, como pedía el señorito Octavio que se dijese. 21
III.—Los amigos del conde.. 43
IV.—La pomarada.. 73
V.—La tienda de D. Marcelino.. 101
VI.—Un dia más.. 135
VII.—Il sol de l'anima.. 163
VIII.—La romería.. 189
IX.—Fragmentos de un diario.. 215
X.—Síntomas graves.. 233
XI.—Lo que cuesta un perro de caza. 247
XII.—Un paquete de cartas.. 261
XIII.—El cáliz.. 279
XIV.—A media noche.. 301
XV.—Buscando salvacion.. 319
XVI.—Las heces del cáliz.. 337
XVII.—Epílogo innecesario. 363

BIBLIOTEC
BIBLIOTECA

BIBLIOTECA DE ASTURIAS
Ramón Pérez de Ayala

VALDÉS

EL SEÑORITO OCTAVIO

Ast
R
2154